





Historia Universal

DEL

Conde de Segur.

TOMO II.

HISTORIA

Universal.

HISTORIA ANTIGUA

Por el Conde de Segur,

DE LA ACADEMIA FRANCESA, PAR DE FRANCIA:

traducida al español

Por D. Alberto Lista,

con correcciones, notas y adiciones.



TOMO II.

MADRID 1830:
Oficina de D. F. Moreno.

HISTORIA DE GRECIA.

CAPITULO XV.

Descripcion de la Grecia — Su posicion. — Division de su historia en cuatro edades. — Incertidumbre acerca del orígen de los griegos.

Descripcion *de la Grecia.* La Grecia, tierra clásica y tan célebre en la fábula como en la historia, fue la patria de los héroes y el templo de los dioses del gentilismo. Ningun pais ha producido guerreros mas valientes, filósofos mas grandes, legisladores mas hábiles ni espíritus mas ingeniosos. El nombre solo de Grecia afecta la imaginacion y recuerda el amor de la gloria, de la sabiduría y de la libertad. Esta nacion poética animaba y divinizaba el universo: colocaba en el cielo no solo sus virtudes, mas tambien sus pasiones; y su religion era la historia embellecida con imágenes y la naturaleza representada por seres celestiales. Sus juegos, fiestas, leyes, batallas y artes estan siempre grabadas en nuestra memoria; y los guerreros, oradores, poetas y filósofos miran en el dia á los de Grecia como maestros y modelos que instruyen

con sus lecciones nuestra infancia. Aquel pais destruido, bárbaro y despoblado, florece todavía en nuestro pensamiento, y conserva sobre los ánimos la influencia y la dominacion que ha perdido en la tierra. Aunque destinado por el cielo á una fama inmortal, estuvo sin embargo oscurecido muchos siglos y habitado por hombres selváticos, cuando Egipto y Fenicia disfrutaban todos los beneficios de la civilizacion. Entonces era dificil de preveer que un territorio inculto, cubierto de bosques, poblado de fieras y de bárbaros, cuya estension no llegaba á la cuarta parte de la Francia, esparciria pocos años despues tantas luces en Europa y Asia, y llenaria el mundo con la gloria de su poder. Algunas colonias, procedentes de Sais, Menfis y Tiro, mudaron la faz de la Grecia; los egipcios le dieron leyes y religion, los fenicios el alfabeto y las artes de la navegacion y el comercio; los caldeos la astronomía; mas no tardó en ser superior á sus maestros estacionarios del oriente; y los pequeños estados que la dividian, llenos de héroes y de sabios, resistieron á los grandes imperios y los vencieron y subyugaron. La union de los pueblos de Grecia aseguró el triunfo contra Gerjes; pero embriagados con la gloria adquirida se dividieron: la discordia, destruyendo sus fuerzas los sometió á Filipo, Alejandro y sus sucesores, á la potencia romana, y en fin, al yugo de los mahometanos.

Su posicion. La Grecia es hoy parte de la Turquía europea. Estaba limitada al oriente por el mar Egeo, hoy Archipiélago: al mediodia por el mar de Creta, llamada ahora Candía: al occidente por el mar Jónio, y al norte por la Macedonia. Estaba dividida en varios paises, el Peloponeso, hoy Morea; el Atica, la Beocia; la Focide, la Lócride, la Dóride, la Tesalia y las islas del Archipiélago. El Epiro, la Etolia y la Macedonia, aunque vecinos, no eran contados entre los paises griegos hasta los tiempos de los sucesores de Alejandro. Los pueblos del Epiro eran los molosos, caonios, tesprocios y acarnanios: las ciudades principales eran Dodona, célebre por el bosque y oráculo de Júpiter, Butroto, Ambracia, Accio, famosa por la batalla naval que junto á ella se dieron Antonio y Augusto, y Nicópolis edificada por éste en memoria de su triunfo. Los rios del Epiro eran el Cócito y el Aqueronte, que la mitología colocó en el infierno (1). El Peloponeso es una península unida al continente por el istmo de Corinto. Sus provincias eran: 1ª la Acaya, donde estaban Sicion, la mas antigua ciudad de Grecia,

(1) El Epiro era un pais llano y muy bajo con respecto á la Tesalia, que tocó á Pluton en el repartimiento hecho por Júpiter de los estados de su padre Saturno, asi como á Neptuno las islas y á Júpiter la Tesalia y el monte Olimpo. (*N. del T.*).

Corinto, célebre por las riquezas que le adquirió el comercio, y Patrás: 2ª la Elide, cuya principal ciudad era Olimpia, donde concurrian todos los grigos á disputar el premio en los juegos públicos: 3ª la Mesenia, cuyas metrópolis fueron Mesenia y Piloz, patria de Nestor: 4ª la Arcadia, celebrada por todos los poetas que han cantado la vida pastoral de sus habitantes: en ella estaban las ciudades de Tegea, Stinfalia, Megalópolis, patria de Filopémen y Mantinea, ilustre por la última victoria de Epaminondas: 5ª la Laconia, de nombre inmortal por Esparta ó Lacedemonia su capital, por Licurgo su legislador, por sus reyes Agis y Agesilao y por el gran número de héroes que produjo: 6ª y última, la Argólide, primer pais que fue civilizado en Grecia, patria de Hércules y de Agamenon: sus metrópolis fueron Argos, Micenas y Epidauro, patria de Esculapio. En Etolia estaban las ciudades de Calidon y Naupacto, hoy Lepanto; y en la Fócide, Delfos, adonde concurria toda la Grecia á consultar el oráculo de Apolo. La capital de Beocia era la famosa Tebas, que ilustró Edipo en los tiempos fabulosos, y el virtuoso y valiente Epaminondas en los últimos dias de gloria que tuvo la Grecia. Eran tambien ciudades de Beocia, Queronea, Platea, Leuctras y Orcomeno, célebre por las grandes batallas que se dieron en sus llanuras, y el puerto de Aulide, que inmortaliza-

ron el embarque de los griegos para la espedicion de Troya y el sacrificio de Efigenia.

Las artes, la gloria y la libertad consagraron el nombre de Atenas, capital del Atica. Estaban tambien en este pais las ciudades de Megara, Maraton, donde fueron vencidos los persas y Eleusis, cuyos misterios fueron siempre impenetrables. Atenas tenia tres puertos famosos, el Pireo, el de Muniquia y el Falero. Las montañas mas célebres de la parte de Grecia, comprendida entre el istmo de Corinto y la Tesalia fueron el Parnaso y el Citeron.

La Tesalia, conocida por sus amenos valles y la profesion de hechiceros que se atribuia á sus habitantes, tenia las ciudades de Magnesia, Gonfos, Tebas de Tesalia, Larisa, patria de Aquiles, Demetriada y Farsalia, en cuyos campos fue vencido el gran Pompeyo. Sus montañas son el Olimpo, corte de los dioses, el Pelion y el Osa, que los titanes, segun la fábula, pusieron uno sobre otro para escalar el cielo, y el Eta, que formaba el célebre desfiladero de las Termópilas, donde trescientos espartanos pelearon contra el mayor monarca del oriente y eternizaron con una muerte heróica la gloria de su nombre y de su patria. El rio Peneo refrescaba con sus aguas cristalinas el delicioso valle del Tempe. La Macedonia era un reino, separado de la Grecia y que la subyugó despues. Sus metró-

polis fueron Egea, Edesa, Pela, patria de Alejandro Magno, el mas ilustre de los conquistadores, Olinto, Tesalónica y Filipos, donde Bruto y la libertad romana perecieron. El rio principal de Macedonia era el Estrimon, y el monte Atos, el mas elevado del pais.

Las islas de Grecia eran en el mar Jónio Corcira hoy Corfú, Cefalenia, Itaca, patria de Ulises, Citera, consagrada á Venus: en el golfo Sarónico, Egina y Salamina: en el mar Egeo, las Cicladas, entre las cuales eran notables Naxos, Délos y Páros y las Espóradas. Al lado de la Beocia estaba la isla de Eubea, separada del continente por un brazo de mar llamado el Euripo, en cuya ribera estaba fundada la ciudad de Cálcis: en la parte septentrional del Egéo se veian las islas de Esciros, Samotrácia, y Lemnos, famosa por las fraguas de Vulcano; y en su parte oriental cerca del Asia menor, las de Lesbos, cuya capital era Mitilene, Quio y Samos; y al Sur, Creta, célebre por sus leyes y por su rey Minos, á quien la fábula puso por juez en los infiernos. Sus principales ciudades eran Gortina y Cidonia, y sus montañas Dictéo é Ida, donde nació Júpiter. Los griegos fundaron muchas y opulentas colonias en el Asia menor, que hoy es parte de la Turquía asiática. Sus provincias griegas fueron la Eolia, donde estaban Cumas, Focea y Elea: la Jónia, cuyas colonias mas notables fueron Esmirna opulenta aun ahora por su co-

mercio, Clazomene, Teos, Colofon, Efeso, célebre por el templo de Diana y Mileto; y la Doride, donde estaban Halicarnaso, patria de Herodoto, y Egnido, consagrada á Venus. Los griegos tenian ademas colonias en Sicilia y la parte meridional de Italia, que se llamó por esta razon la grande Grecia. La opulenta ciudad de Marsella era colonia de los Foceos, y Sagunto célebre por su fidelidad y su infortunio, de los de Jacinto, isla del mar Jónio.

Division de su historia en cuatro edades.

Se divide ordinariamente la historia de Grecia en cuatro edades, que comprenden 2154 años. La primera empieza en la fundacion de las pequeñas monarquías, de las cuales la mas antigua es la de Sicion, y concluye en la toma de Troya: este periodo, casi todo fabuloso, es de 1000 años desde 1820 hasta 2820 del mundo. La segunda, se estiende desde la toma de Troya, hasta el reynado de Darío I; época en que la historia de los griegos se mezcla con la de los persas: es de 663 años desde 2820 hasta 3483. La tercera, que fue el siglo de oro de la Grecia, comienza en el reinado de Darío I, y termina en la muerte de Alejandro el grande: es de 198 años desde 3483 hasta 3681. La cuarta y última edad, que es la de la decadencia, desde la muerte de Alejandro el grande, tiene por principales épocas la toma de Corin-

to por el cónsul Lucio Mummio en 3858: la estincion del imperio de los seleucidas, destronados por Pompeyo en 3939, y la ruina de la dinastía de los lagidas, destronados por Augusto en 3974: comprende el espacio de 293 años.

Incertidumbre acerca del origen de los griegos. Es imposible conocer con alguna certidumbre quienes fueron los primeros pobladores de Grecia. Aquellos hombres selváticos, que se alimentaban como los animales de frutos silvestres, ni dejaron monumentos, ni tradiciones. Lo que parece mas probable es que el norte de la Grecia fue poblado por hombres que procedian de diferentes paises de Europa, y la parte meridional, por las incursiones de algunos piratas que salian de los puertos del Asia, y de las islas del Archipiélago. Se cree generalmente que sus primeros habitantes tuvieron el nombre de Pelasgos, impuesto por *Phaleg*, ascendiente suyo. Los hebreos, caldeos y árabes, llamaban á los griegos jónios: segun ellos, Yon ó Javan, hijo de Jafet y nieto de Noé, fue el padre de los griegos. Javan tuvo cuatro hijos: Elisa, Tarsis, Cetim y Dodanim, que fueron gefes de diferentes tribus: los de la Elide descienden del primero: los macedonios de Cetim, y en efecto, el libro de los Macabeos llama á Alejandro magno rey de Cetim, y á Filipo y á Perséo reyes de los Ceteos. La ciudad de Dodona en Epíro, conservó el nombre de

Dodamin. En las obras de Homero se dá á los griegos los nombres de helenios, danaos, argivos y aqueos: Virgilio nunca los llama *Grecos* (1). Es muy singular que no se sepa el verdadero origen del nombre bajo el cual son conocidos mas generalmente estos pueblos. Plinio dice que lo recibieron de un rey llamado *Graeco*, del cual no ha quedado ninguna otra memoria en los anales. Lo que es cierto es que los griegos primitivos, eran bárbaros hasta el punto de tributar los honores divinos á Pelasgo su rey, porque inventó comer bellotas.

Las familias se reunieron al principio para defenderse contra las fieras, se egercitaron en la caza, y empezaron á criar rebaños para alimentarse y vestirse. Estos rebaños fueron bien pronto objeto de envidia y causas de guerra entre varias tribus. Las que habitaban las islas adonde se habian retirado huyendo de las fieras, no conociendo la agricultura formaban canoas de troncos huecos, y se egercitaban en la piratería, haciendo frecuentes incursiones en las costas. Esta primera navegacion, cuyo descubrimiento debió parecer prodigioso, era fácil, y poco peligrosa para los habitantes de un clima caliente, acostumbrados á nadar y á navegar sobre los árboles que los vientos arran-

(1) El nombre que mas se acerca á este es el de *Grajos*. *Græcus* era el nombre *prosaico* que dieron los latinos á los griegos. (*N. del T.*)

caban y hacian caer en los rios. Parece que los habitadores del Atica, cuyo terreno árido no escitaba la rapacidad de sus vecinos, conservaron siempre su territorio, cuando las demas tribus transmigraban continuamente de un canton á otro.

Algunos autores dicen que Deucalion, contemporáneo de un diluvio que trastornó la faz de la Grecia, tuvo un hijo llamado Heleno, que reinó en el Peloponeso, y dió á sus súbditos el nombre de helenios. Los aqueos y los jónios, habitantes del occidente de aquella provincia, atribuian su origen á Yon y á Aqueo, nietos de Heleno. Eolo y Doro, principes de la misma familia, dieron sus nombres á los eolios y doríos. Pelope, hijo de Tántalo, vino á reinar en el Peloponeso, y le dió su nombre. En fin, los heraclidas, esto es, los descendientes de Hércules, arrojaron de este pais á los eolios y á los jónios, que despues de haber transmigrado al Atica, se establecieron en las costas occidentales del Asia menor.

CAPITULO XVI.

Primera edad de la Grecia.

Destruccion de los pelasgos. Reinos de Sicion y Argos. Espedicion de los Argonautas. Primera guerra de los heraclidas. Atica.

Diluvio de Ogiges. Cecrope. Consejo de los anfictiones. Teseo. Tebas. Cadmo, su primer rey. Guerra de Tebas. Corinto. Sisifo, su primer rey. Lacedemonia. Guerra de Troya.

Destruccion *de los pelasgos.* La Grecia en su primera edad estaba divida en muchos reinos pequeños, fundados por colonias del Asia menor, de Egipto y de Fenicia. Los antiguos habitantes se sometieron unos voluntariamente, otros por la fuerza, á los reyes de Sicion, Atenas, Argos, Esparta y Corinto. Estos príncipes comenzaron á civilizar los pueblos, mostrándoles los primeros beneficios de la reunion social, y haciéndoles gozar en el circuito de las ciudades que fundaban, la seguridad contra los ataques de las fieras, y contra las invasiones de los vandidos. Una gran parte de los pelasgos, aficionados á los hábitos y ociosidad de la vida selvática, lucharon largo tiempo contra las luces que se les presentaban, y contra el yugo que se les queria imponer. Estas tribus errantes, guiadas por gefes crueles y valerosos, fueron el terror del pais, asesinaron á los pasageros, robaron los ganados y asolaron los sitios por donde pasaban. Este obstáculo opuesto á los progresos de la civilizacion, escitó la indignacion de los titanes, primeros colonos que vinieron á Grecia, procedentes del Asia menor, y oriundos de la antiquísima colonia de Luddin, hijo de Mesraim, que salien-

do del Egipto, se estableció en la Lidia. El objeto de sus esfuerzos fue durante muchos años la estirpacion de los bandidos, que lograron completamente. Los titanes enseñaron á los griegos que se les sometian, la religion de los egipcios, que era la suya; y los pueblos, que debieron á sus hazañas la tranquilidad, dieron á sus bienhechores los nombres de los dioses que les enseñaron, y la mitología griega fue en gran parte la historia de los titanes desfigurada por tradiciones fabulosas. Vencidos los monstruos y esterminados los salvages, los reyes de Grecia pelearon unos con otros, hicieron invasiones en las islas y costas vecinas, y aun es probable que se estendieron hasta la estremidad del continente europeo, y que los celtas, pueblo belicoso y dominador, del cual quedan vestigios en Alemania, Francia, España, é Inglaterra, fueron descendientes de los titanes.

En estos tiempos llamados heróicos, coloca la historia el viage de los argonautas: el delito de las danaidas, las aventuras de Teseo, los trabajos de Hércules, las desgracias de Edipo, y los sitios de Tebas y Troya. En estos tiempos se ven mezcladas la mitología y la historia, las acciones de los hombres y de los dioses, las metamorfosis y las revoluciones, y asi se pueden llamar tiempos *fabulosos* con la misma razon que heróicos. Los primeros reyes de Grecia mandaban á hombres valientes y feroces: su autoridad, muy corta en la paz, era algo

mas estendida en la guerra. Aunque se valieron de sus luces para suavizar las costumbres, nunca pudieron establecer una dominacion absoluta, porque el pais, cortado por montañas, rios y golfos, no presentaba como las llanuras del Asia, conquistas fáciles ni imperios estendidos. Cuando las disputas de los reyes produgeron grandes males á pueblos sencillos que vivian en la sencillez primitiva y cuyos territorios eran reducidos, se abolió el gobierno monárquico, y se adoptó la democracia. Esta revolucion se verificó en la segunda edad. En la tercera se introdugeron con la civilizacion y la victoria las riquezas, la ambicion, la desigualdad y los vicios. En la cuarta fueron reducidos los griegos á la servidumbre, consecuencia necesaria de su corrupcion.

Reinos de Sicion y Argos. (A. M. 1915. A. J. 2089). Esta ciudad, la mas antigua de Grecia, fue fundada por Egialeo, hijo de Inaco, rey de la Argólide. Este era natural de Egipto, y víctima de una revolucion, se refugió á la Argólide con los suyos, trajo á Grecia la primer colonia, despues de la de los titanes, y dió su nombre al rio Inaco. Sucedióle su hijo Foroneo, que edificó la ciudad de Argos, y se apoderó de casi todo el Peloponeso. Apis, su sucesor, dió á esta península el nombre de Apia, que conservó por muchos siglos. Argo, sucesor de Apis, enseñó á uncir los bueyes al yugo y hermoseó la capital, que

tomó de él el nombre de Argos. Criaso edificó un templo á Juno, principal deidad de los argivos. Cuando Gelanor subió al trono, el rey de Egipto, dicen los autores griegos, dominaba en Menfis, y tenia cincuenta hijos que queria casar con otras tantas hijas de su hermano Danao. Este, no gustando de aquellos enlaces, huyó á la Argólide con su familia y amigos, se puso al frente de los argivos que estaban descontentos de su rey y quitó el trono á Genalor. El rey de Egipto, obstinado en su designio, no dejó tranquilo á su hermano en el nuevo reino y envió á Grecia un poderoso ejército, cuyos gefes eran sus cincuenta hijos que sitiaron á Argos y obligaron á Danao á consentir en el matrimonio tan deseado de Egipto; pero el cruel rey de Argos, cuyo odio se habia aumentado por la violencia que sufria, hizo que sus hijas asesinasen á sus maridos la noche misma de las bodas. Solo Hipermnestra salvó á su esposo Linceo, que se libertó de las asechanzas del tirano, vengó á sus hermanos y fue rey. Acrisio y Preto, hijos gemelos de Linceo, disputaron el trono despues de la muerte de su padre: Acrisio salió vencedor, y cedió á Preto la ciudad de Tirinto.

Acrisio tuvo una hija llamada Danae. Un oráculo habia pronosticado que un hijo de ésta mataria á su abuelo. El rey, para evitar esta desgracia, encerró su hija en una torre; pe-

ro un príncipe vecino, sobornando las guardias robó á Danae, casó con ella, y fue padre de Perseo. Este héroe peleó contra los monstruos de las selvas; mató á Medusa, una reina del Africa, que segun la fábula, convertia en piedras á los que la miraban; libertó á Andrómeda, otra princesa africana, de las manos de un amante que la habia robado, y que los poetas transformaron en un monstruo marino; en fin, disputando el premio en unos juegos fúnebres, cumplió el oráculo dando la muerte sin intencion á su abuelo Acrisio con una pala. Al mismo tiempo vino á Grecia Pélope, hijo de Tántalo rey de Lidia, huyendo la venganza de Tros, rey de los troyanos, que hacia la guerra á Tántalo porque le habia robado á su hijo Ganimedes. Pélope consiguió el premio de los carros en los juegos olímpicos, casó con Hipodamia, hija de Enomao, rey de la Elide, sucedió á su suegro, dió su nombre al Peloponeso, del cual conquistó gran parte y fue gefe de la dinastía de los Pelópidas.

Perseo, entristecido en Argos desde que mató á su abuelo, fundó la ciudad de Micenas (A. M. 2692. A. J. 1012). Dos de sus hijos repartieron sus estados: Anaxágoras y sus sucesores reinaron en Argos, y Estenelo en Micenas. Sucesor de Estenelo fue Euristeo su hijo, cuyos descendientes tuvieron guerra con los de Hércules, hijo de Anfitrion y de Alemena, nietos ambos de Perseo, é hijos de

Alceo y Electrion, hermanos de Estenelo. Hércules, dotado de un valor invencible y de una fuerza prodigiosa, adquirió mucha fama en su juventud venciendo monstruos y bandidos. Euristeo, envidioso de su fama, le encargó muchas empresas peligrosas con la intencion de que pereciese en ellas; mas esta persecucion no sirvió sino para aumentar sus triúnfos y estender su nombre por toda la tierra. Se cree con bastante probabilidad que han existido muchos Hércules en diversos paises y que los griegos atribuyeron las hazañas de todos al hijo de Anfitrion, el primero de sus semidioses, y á quien creian hijo de Júpiter. Hércules esterminó al leon de la selva Nemea, al javalí de Calidonia y á la hidra de Lerna; mató á Busivis, rey de Egipto, por su crueldad con los estrangeros que llegaban á sus playas; postró á Anteo, rey de Libia, que daba la muerte á todos los que vencia luchando; derribó con su clava á los gigantes de Sicilia y á los centauros de Tesalia, y despues de haber purgado de monstruos y tiranos la tierra, puso sus límites en el estrecho que separa el Africa de España, rompiendo, dice la fábula, la montaña que se oponia á la union del Occeano con el Mediterráneo. Su historia es un tejido de ficciones; mas no se puede dudar de su existencia, pues sus descendientes fueron célebres y reinaron en varias partes de Grecia y Asia.

Espedicion de los argonautas. (A. M. 2785. A. J. 1219). No siempre fueron dirigidas al socorro de la humanidad las empresas de los ilustres aventureros de Grecia en los tiempos heróicos: algunas veces tuvieron objetos menos nobles, como apoderarse de las riquezas de un pais, ó robar una princesa célebre por su hermosura. La Cólquide, escala del comercio, entre el mar Negro y las grandes monarquías de Asia por su proximidad á las fuentes del Eufrates, Tigris y Araxes, era un pais muy opulento, y tenia un tesoro, que la fábula convirtió en un bellocino de oro, guardado por dragones. La fama de las riquezas de aquel pais, escitó la codicia de los héroes griegos. Jason era príncipe legítimo de Yolcos, ciudad de Tesalia, usurpada por su tio Pelias, que le envió á la empresa de Colcos con la esperanza de que en ella pereceria. Los hombres mas valientes de la Grecia, Hércules, Oileo, Telamon, Cástor, Póluz, Teseo, Filoctetes, Argo y otros muchos le acompañaron. Argo se encargó de construir el navio que debia llevarlos y que tomó su nombre. Despues de una feliz navegacion llegaron al Fasis, donde Medea, enamorada de Jason, le entregó los tesoros del rey su padre Eétes y huyó á Grecia con él. Despues de esta espedicion, continuó Hércules sus brillantes aventuras, venció á los troyanos y conquistó la Lidia, donde reinaron sus descendientes; pero vencido del

amor hiló como una esclava á los pies de Onfale, y casó con Deyanira; la cual deseando conservar el corazon inconstante de su marido, le dió una bebida, que ella creia filtro, y que le privó de la razon, causándole violentos dolores No pudiendo tolerarlos mandó encender una hoguera en la cumbre del Eta, y se precipitó enmedio de las llamas para acabar su vida y sus tormentos. La fábula dice que el filtro de que se valió Deyanira fue la camisa de Neso, rival de Hércules, que cuando este le mató, se habia empapado en su sangre emponzoñada por las flechas del semidios, á causa de que estaban teñidas en la sangre de la hidra de Lerna. Neso y los principales hombres de Tesalia eran los centauros, medio hombres y medio caballos, porque los tésalos fueron los primeros que en Grecia enseñaron á domar y dirigir estos animales.

Primera guerra de los heraclidas. La muerte de Hércules no estinguió el odio de Euristeo, que arrojó del Peloponeso á los hijos del héroe; pero estos volvieron y le derrotaron y dieron la muerte en un combate. Tres años despues, Hilas, el mayor de ellos, fue vencido y muerto por un rey de Tegea. Sus hermanos se dispersaron en Grecia y ellos y sus descendientes fueron conocidos con el nombre de Heraclidas. Muerto Euristeo, tomó posesion del Peloponeso, Atreo, hermano de su madre é hijo de Pélope. Los crímenes é

infortunios de su familia son bien conocidos en la historia y en el teatro. Su hermano Tiestes sedujo á Erope, esposa de Atreo, que para vengarse fingió una reconciliacion y le hizo comer en un banquete los miembros de su hijo asesinado sin que el infeliz padre lo supiera. Hijos de Atreo fueron Agamenon y Menelao. El primero fue gefe de toda la Grecia en la guerra de Troya, emprendida para vengar el robo de Helena, muger de su hermano.

Atica. Diluvio de Ogiges. El Atica fue bárbara hasta la llegada de la colonia de Cécrope. El hecho mas notable anterior á este rey fue una irrupcion de los mares en las tierras, llamada Diluvio de Ogiges, porque se verificó en tiempo de este rey. (A. M. 2208. A. J. 1796).

Cécrope. (A. M. 2448. A. J. 1556). Cécrope, natural de Sais, ciudad de Egipto, dejó las orillas del Nilo, huyendo de un enemigo implacable. Despues de haber errado por mucho tiempo en los mares, desembarcó en las costas del Atica, habitada entonces por una tribu originaria del pais, bárbara y que los titanes no habian podido vencer ni civilizar, porque su pobreza y la esterilidad del suelo la defendian. Los áticos recibieron sin desconfianza á aquel estrangero desgraciado que venia á enseñarles los goces de la vida social y formaron un solo pueblo con los egipcios. Estos fueron superiores por sus luces; y Cécro-

pe elegido rey por las dos naciones reunidas, justificó su nombramiento con la felicidad que hizo gozar á sus nuevos súbditos. Los antiguos áticos solo se alimentaban de bellotas: Cécrope les enseñó el uso del trigo; aclimató en el pais el olivo y los frutales; sometió á leyes el casamiento, dando al amor una sancion moral: creando el lazo doméstico, estendió los de la sociedad, y los hombres, aislados hasta entonces y selváticos, amaron sus hogares y con ellos su patria. Adoraban antes los astros, los bosques y las montañas. Los egipcios introdujeron sus dioses en el Atica y la consagraron á Minerva, como Inaco habia consagrado la Argólide á Juno. Para inspirar sentimientos de humanidad á aquel pueblo bárbaro, Cécrope mandó honrar los muertos, enterrarlos con solemnidad, consagrar con elogios la memoria de los hombres virtuosos y con ignominia la de los malvados. Estableció el tribunal del Areópago, cuya equidad fue siempre respetada en toda Grecia, y cuyas decisiones no dieron nunca motivo á la menor reclamacion. Para subvenir á la fertilidad del pais, cuya poblacion iba á aumentarse rápidamente, enseñó á sus vasallos la navegacion: por medio de ella los trigos del Africa aseguraron subsistencia abundante al nuevo pueblo.

Los sucesores de este rey virtuoso fueron, Cranao, Anfiction, Erictonio, Pandion I, Erecteo, Cécrope II, Pandion II, Egeo, Te-

seo, Mnesteo, que reinó en tiempo de la guerra de Troya, Demofoonte, Oxintes, Fidas, Timetes, Melanto y Codro. Si las instituciones de Cécrope duraron mucho tiempo, no tuvo la misma dicha su posteridad; Cranao fue arrojado del trono por Anfiction y Heleno, hijos de Deucalion, rey de Tesalia, en cuyo tiempo hubo otro diluvio en las tierras bajas de la Fócide y de la Beocia. Algunos autores dicen que Heleno dió el nombre de Helade á la Grecia.

Consejo de los Anfictiones. Anfiction fue célebre por la alianza que formó entre varios pueblos de la Grecia, cuyo número, segun unos, fue doce; segun otros, treinta y uno. Estos pueblos confederados enviaban sus representantes á las Termópilas dos veces al año: el objeto de sus deliberaciones era preservar el templo de Delfos contra la rapacidad de los bandidos y piratas. Esta reunion se llamó el consejo de los anfictiones que decidia las desavenencias entre las ciudades confederadas. En el se encuentran los primeros rudimentos del gobierno federal. Los anfictiones fueron por muchos siglos independientes y estimados hasta que se dió la presidencia del consejo á Filipo, rey de Macedonia, que se valió del influjo de este cuerpo para dominar la Grecia.

Se pone en el tiempo de Anfiction la fábula de Baco, llamado tambien Dionisio, que vino de la India al Atica, y enseñó á los grie-

gos muchas artes, entre ellas el cultivo de la vid. Su gloria escitó la envidia; los áticos le dieron muerte y despues le colocaron en el número de los dioses. En el reinado de Erecteo sucedió el robo de Proserpina, hija de Ceres, reina de Sicilia, por Pluton, rey de Epiro. Ceres buscó á su hija en toda la Grecia; y alojándose en casa de Triptolemo, ciudadano de Eleusis, le enseñó el arte de labrar la tierra. Por este beneficio fue adorada como diosa, y en Eleusis, se estableció su culto cuyos misterios fueron célebres en todo el universo; se iniciaron en ellos los reyes mas poderosos, y los hombres mas distinguidos por su saber y sus virtudes. Ninguno reveló el secreto; pero generalmente se cree que consistia en enseñar á los iniciados una religion mas pura, espiritual y virtuosa que la del pueblo. El rey Erictonio estableció el estadio de los carros y las fiestas *Panateneas* en obsequio de Minerva, y enseñó el uso de las monedas de oro y plata. Pandion II tuvo dos hijos, Egeo y Palante: de este descendió la familia de los Palántidas. Egeo fué padre de Teseo, á quien hubo de Etra, hija de Piteo, uno de los hombres mas valientes y virtuosos de Grecia, la cual sin haber casado con él se rindió á su amor.

Teseo. (A. M. 2740. A. J. 1264.) Piteo, abuelo de Teseo, mandaba en Trecena. Egeo dejó en esta ciudad al niño, ocultando su nacimiento para no escitar contra él el ódio de

la familia de su hermano Palante. Al salir de Trecena dejó escondida debajo de una piedra muy grande una espada hermosa, é hizo jurar á Etra que no revelaría á su hijo el secreto de su nacimiento hasta que fuese capaz de levantar la piedra y ceñirse la espada. Teseo, nacido para la gloria, escuchaba en su infancia con inquietud animosa la narracion de las hazañas de Hércules, y ardia en el deseo de imitarle. Cuando llegó á la edad en que la fuerza podia asociarse al valor, estaba Hércules en Lidia; y los bandidos, aprovechándose de su ausencia, volvieron á parecer en Grecia. Las fieras tambien infestaban de nuevo los bosques. Etra, no pudiendo contener ya el valor ardiente de su hijo, le descubrió quien era su padre, lo condujo adonde estaba la piedra, y le mandó arrancarla de su sitio. Teseo lo hizo, halló la espada real, se la ciñó, se apartó de los brazos de su madre, recorrió la Grecia, y la admiró con sus aventuras y hazañas. Scimis, bandido temible y cruel, ataba los vencidos á las ramas de dos arboles encorvados que los destrozaban al enderezarse. Teseo le mató, como tambien á Sciron, que estaba apostado junto á una montaña, y precipitaba á los pasageros desde la cumbre al mar vecino. El tirano Procusto tendia á sus prisioneros sobre una cama, á cuya longitud debia igualarse la de sus cuerpos que alargaba ó acortaba con atroces suplicios. Teseo lo in-

moló sobre el mismo teatro de sus crímenes. Despues de haber seguido las huellas de Hércules, su modelo, llegó á la córte del Atica, atormentada entonces con crueles disensiones. Los Palantidas, sacrificando la naturaleza á su ambicion, despreciaban á Egeo, ya anciano, y conspiraban contra su vida, siguiendo los consejos de la pérfida Medea, que desechada de Jason y matadora de sus hijos por vengarse de su inconstante padre, se habia refugiado al Atica. La llegada imprevista de Teseo suspendió los proyectos parricidas de los Palantidas, aterrados por solo su nombre. Medea inspiró sospechas al rey contra un estrangero, que fiado en su valor podia aspirar al trono. El débil Egeo la creyó y se decidió á dar muerte á Teseo en un convite; pero sacando este su espada para cortar con ella la vianda, segun la costumbre de aquellos tiempos, el rey conoció á su hijo, derramó la copa envenenada que se le destinaba y descubrió en presencia de todos el secreto de su nacimiento. Los palantidas enfurecidos tomaron las armas; pero Teseo peleó contra ellos, les dió muerte, y echó á Medea del pais. El Areópago decidió que era forzoso espiar la muerte de los palantidas, aunque necesaria. Teseo fue desterrado por un año, y no volvió al Atica hasta que le absolvieron los jueces del templo de Apolo en Délfos. A su vuelta halló el pais aterrado por los estragos que hacia un toro rabioso, nacido en los cam-

pos de Maraton. Teseo le venció y domó, y lo presentó encadenado á la vista del pueblo. Los áticos habian asesinado á Androgeo, hijo de Minos, rey de Creta. Este príncipe, ya fuese originario de la isla, ya egipcio, le dió las leyes mas antiguas que tuvo la Grecia, y por su justicia se hizo tan célebre que la fábula le colocó en los infiernos con su hermano Radamanto para juzgar á los condenados.

Minos declaró la guerra al Atica y despues de haberla vencido, le impuso la ley de entregar cada siete años un número determinado de jóvenes que debian pasar á Creta donde los mataban ó reducian á la esclavitud. Cuando Teseo volvió al Atica, se iba á pagar este tributo por la tercera vez: el jóven príncipe consoló al pueblo prometiéndole que le libertaria de aquella ignominia y calamidad. Se embarcó y se presentó en Creta con soldados y no con víctimas. Venció á Tauro, general de las tropas de Minos, y este rey prudente y generoso perdonó á los áticos, elogió el valor de Teseo, y le dió por esposa á su hija Ariadna. Otros historiadores dicen que esta princesa, enamorada de Teseo, le proporcionó los medios para vencer á Tauro. Teseo despues de su victoria la robó; mas en el camino se la arrebató Baco. Este pesar hizo que olvidase, al llegar á las playas del Atica, poner en su navío una bandera blanca que anunciase á su padre la victoria, como le habia prometido antes de partir.

Egeo, viendo llegar el buque con la bandera negra, creyó muerto á su hijo y se precipitó en el mar, al cual dió su nombre. La fábula cuenta de otro modo esta aventura. Segun ella, las víctimas eran encerradas en un laberinto y devoradas por el Minotauro, monstruo medio hombre y medio toro y fruto de los amores infames de Pasife, esposa de Minos. Ariadna, enamorada de Teseo, le dió un hilo por medio del cual salió del laberinto despues de haber muerto al Minotuaro. Teseo huyó con esta princesa y la abandonó despues en la isla de Náxos.

Este héroe subió al trono, muerto su padre, y dió al gobierno una forma regular. El Atica estaba dividida en doce aldeas independientes, cuyos gefes se hacian muchas veces guerra y debilitaban la autoridad real, casi siempre espuesta á ser despreciada por su poco vigor, ó aborrecida por la arbitrariedad. Teseo ganó el afecto del pueblo, y para consolidar su poder, puso en Atenas el centro del estado; dió el poder legislativo á la asamblea general, y dividió la nacion en tres clases, los nobles, los labradores y los artesanos. De la primera debian escogerse los principales magistrados, sacerdotes y jueces: al rey pertenecia el mando de los ejércitos y la defensa de las leyes. De este modo se hizo democrático el gobierno, lo que despues fue causa de disensiones continuas. Teseo celebró una fiesta solemne para perpetuar la union de los pueblos y el engrandeci-

miento de Atenas, y construyó dentro de la ciudad un edificio para el Areopago. El comercio atrajo muchos estrangeros y aumentó la poblacion, y la adquisicion de Megara, el territorio. Se erigió en el istmo de Corinto una columna que servia de límite entre el Atica y el Peloponeso.

Teseo no satisfecho con las ocupaciones pacíficas del gobierno, dejó su trono por buscar nuevas aventuras: acompañó á Hércules en la derrota de los centauros y en la caza del javalí de Calidonia; fue uno de los argonautas y se distinguió en el famoso sitio de Tebas. Piritoo fue su amigo y su camarada en las aventuras amorosas: robaron á Helena, hija de Tindaro; pero Castor y Polux, hermanos de esta princesa, la libertaron de sus manos. Despues quisieron robar á Proserpina, muger de Aidonio ó Pluton, rey de los molosos; pero este príncipe descubrió sus intentos, mató á Piritoo y puso á Teseo en prisiones, de las cuales le libró Hércules. Hipólito, hijo de Teseo y de Antiope, reina de las amazonas, vencidas por este héroe, habia quedado en Atenas durante la ausencia de su padre: Fedra, su madrastra, no pudiendo hacerle consentir en el amor incestuoso que la devoraba, le atribuyó el crimen de ella cuando Teseo volvió á sus estados. Teseo enfurecido condenó á muerte á Hipólito; y Fedra desesperada siguió voluntariamente á su víctima.

La ausencia y aventuras poco gloriosas de Teseo y la muerte de su hijo descontentaron á los atenienses. Mnesteo, aprovechándose de esta ocasion sublevó al pueblo y acuso al rey ante el Areópago. Teseo se condenó á un destierro voluntario, despues de prorrumpir en imprecaciones contra la ingratitud del pueblo, y se refugio á la isla de Sciros, doñde reinaba Licomedes, que envidioso de su gloria sé apoderó de el á traicion y lo mandó precipitar al mar. El pueblo ateniense adoró como semidios cuando estaba muerto, al que habia perseguido cuando vivo. Muchos siglos despues trajo Cimon sus huesos á Atenas desde Sciros, y el sepulcro que se le construyó fue el asilo de los esclavos. Mnesteo, que le habia destronado y sucedido, hizo observar sus leyes. En su reynado fue la guerra de Troya.

Tebas, Cadmo, su primer rey. (A. M. 2466. A. J. 1538). Cadmo, hijo de Agenor y primo de Danao, trajo á Beocia una colonia fenicia con el pretesto de buscar á su hermana, á la cual habia robado un príncipe griego. Edificó la fortaleza de Cadmea y la ciudad de Tebas. Despues de él reinaron sucesivamente Polidoro, Lábdaco y Layo. El primero fue despedazado por las bacantes. El segundo murió joven y dejó á su hijo Layo bajo la tutela de Lico, que se apoderó del trono. Antiope, su muger, tuvo de Júpiter, segun ella decia, dos hijos llamados Antio.i y Zeto. Lico, irritado

de esta hipocresía que solicitaba encubrir los desórdenes con el nombre de un dios, la repudió y echó de palacio. Sus hijos la vengaron quitando el trono á Lico; y Anfion, proclamado rey, legitimó su usurpacion ganando el afecto del pueblo con su dulzura y elocuencia, engrandeciendo á Tebas, y edificando muchos templos. Fue el primer músico de su siglo, y los poetas fingieron que al son de su lira, se movian por sí mismas las piedras para colocarse segun él queria en los edificios de la ciudad. Layo, hijo de Labdaco, reclamó la herencia de su padre, venció á Anfion, le arrojó de Tebas y subió al trono. Casó con Yocasta, hija de Creonte, uno de los principales tebanos. Este matrimonio fue el origen de sus desgracias, y la de su familia. Atemorizado por un oráculo que le habia predicho que moriria á manos de su hijo, espuso en el monte Citeron uno que tuvo de Yocasta. Este se llamó Edipo, porque se le habian hinchado los pies cuando se le ató y colgó de la rama de un árbol. Un pastor le quitó de aquel sitio y le llevó á Corinto donde fue educado. Siendo ya hombre recorrió la Grecia en busca de aventuras, segun la costumbre de aquel siglo bárbaro; encontró en la Focide á su padre, tuvo con él una reyerta y le mató sin conocerle. Creonte, padre de Yocasta, se encargó del gobierno. La Beocia estaba entonces en guerra civil, promovida por Esfinge, hija natural de Layo que aspiraba al

trono. La fábula la convirtió en un monstruo alado, medio muger y medio dragon, que degollaba á todos los que no podian adivinar los enigmas que proponia. Creonte mandó publicar que daria el reino y la mano de su hija al que los esplicase. Edipo se presentó, y preguntándole el monstruo *cuál era el animal que por la mañana andaba á cuatro pies, á mediodia en dos y á la tarde en tres*, Edipo adivinó que era el hombre. Despues combatió con el monstruo, ó mas bien con Esfinge y la mató, casó con su madre y fue rey. Irritado el cielo de aquel himeneo, castigó á la Beocia con una peste cruel; y consultado el oráculo, respondió que no cesaria la peste hasta que se desterrase de Tebas al asesino de Layo. Edipo, despues de muchas indagaciones, averiguó que era parricida é incestuoso. Creyéndose indigno de ver la luz del dia, se arrancó los ojos y huyó á Colona. Yocasta se dió la muerte.

Guerra de Tebas. Eteocles y Polinices, hijos gemelos de un enlace tan funesto, y cuyas peleas comenzaron, segun la fábula, en el mismo seno de su madre, convinieron en reinar por años alternativamente. Eteocles fue el primero que subió al trono, y no quiso cederle cuando acabó su año. Polinices llamó en su socorro á Adrasto, rey de Argos, á Tideo, á Anfiarao, á Capaneo, á Hipomedonte, á Partenopeo y á Teseo. Estos príncipes aliados

pusieron sitio á Tebas treinta años antes de la guerra de Troya. El cerco fue largo, obstinado y sangriento: casi todos los gefes de entrambos partidos perecieron en él; hasta que al fin en una batalla general se encontraron los dos hermanos, combatieron y se dieron la muerte uno á otro. Los hijos de los reyes aliados, llamados los *epigones*, se apoderaron de Tebas. No se conocen los nombres de los reyes que dominaron este pais hasta Janto, último rey de Tebas, que pertenece á la segunda edad de la Grecia. Despues de él se estableció en Beocia el gobierno republicano.

Corinto. Sisifo, su primer rey. (A. M. 2628. A. J. 1376). Los historiadores no estan de acuerdo sobre el orígen de Corinto. Se cree que Sisifo la edificó y le dió el nombre de Efira que tuvo en sus principios. Era nieto de Heleno, hermano de Anfiction I, rey del Atica. Sus sucesores fueron Glauco, su hijo, Belerofonte, Orsition, Tersandro y Aliño. Segun la fábula, Sisifo fue hijo de Eolo y encadenó la muerte hasta que Marte la libertó para satisfacer á Pluton, cuyo imperio se iba despoblando. Homero esplica esta alegoría diciendo que Sisifo, amante de la paz, conservaba las vidas de sus súbditos y vecinos. Sin embargo, los poetas dicen que está condenado en el infierno á rodar perpetuamente un peñasco hasta la cumbre de una montaña, de la cual vuelve á caer en castigo de haber revela-

do un secreto de Júpiter. Segun algunos historiadores, Glauco fue el fundador de los juegos istmicos, Belerofonte, su hijo, terminó heróicamente todas las guerras que emprendió; y para decir poéticamente que triunfó de los mayores obstáculos, la mitología le representa montado en el Pegaso y vencedor de la Quimera. A los reyes mencionados sucedió Baguis, cuyos descendientes se llamaron Báguidas y fueron arrojados del trono y despues restablecidos. Corinto colocada entre el Peloponeso y la Hélade continental, era llamada el *ojo* de la Grecia. Pudo haber sido la ciudad mas poderosa de este pais, y se contentó con ser la mas rica y comerciante. Corcira y Siracusa fueron colonias suyas, fundadas por los báquidas, cuando arrojados del trono buscaban asilo en las islas del mar de Jónia y en Sicilia.

Lacedemonia. Lelex fue el primer rey de este pais, llamado primero Lelegia y despues Laconia. Sus sucesores fueron Myses, Eurotas, Lacedemon, Amicles, Argalo, Cinortes, Abalo, Hipocoonte y Tindaro. Eurotas edificó á Esparta y le dió el nombre de su hija, la cual estaba casada con Lacedemon, por cuyo nombre el territorio de la ciudad se llamó Lacedemonia. Tindaro casó con Leda y tuvo dos hijos y dos hijas muy célebres en la fábula y en la historia, Castor, Polux, Helena y Clitemnestra. Los varones eran gemelos y se

distinguieron entre los héroes de su siglo. Libertaron á su hermana Helena, cuando fué robada por Teseo y Piritoo, y fueron de la espedicion de los argonautas. La Grecia los colocó en el número de sus dioses, y dieron su nombre á la constelacion de Geminis. Despues que murieron, Tindaro dió en matrimonio su hija Clitemnestra á Agamenon rey de Micenas, y su hija Helena con el reino de Esparta, á Menelao hijo de Agamenon. Segun la mitología, Júpiter enamorado de Leda, muger de Tindaro, la sedujo, trasformado en Cisne. Leda puso dos huevos, del uno nacieron Polux y Helena, y del otro Castor y Clitemnestra. Los primeros fueron tenidos por hijos de Júpiter y los segundos de Tindaro. Solo Polux gozaba de la inmortalidad; pero la repartió con su hermano, y asi habitaban en el cielo seis meses el uno y seis el otro. Páris, príncipe de Troya, robó á Helena; y toda la Grecia se conjuró contra aquella ciudad para vengar esta injuria.

Guerra de Troya. El reyno de los troyanos era ya célebre por su opulencia, el valor de sus guerreros, y su alianza con el poderoso imperio de los asirios. Priamo reinaba en Troya y Agamenon en Micenas, á cuyo reino agregó las ciudades de Corinto y Sicion, y otros muchos pueblos. Menelao era rey de Esparta; y los dos hermanos, dueños de casi todo el Peloponeso, dominaban por su influen-

cia en las demas naciones griegas. En Grecia se creia que los troyanos eran oriundos de la Arcadia, porque Dárdano, uno de sus primeros reyes, habia nacido en este pais. Lo que no tiene duda es que ambos pueblos adoraban los mismos dioses, hablaban la misma lengua, y tenian las mismas armas y costumbres.

Priamo habia casado con Hécuba, hija de un rey de Tracia y hermana de Teano, sacerdotisa de Apolo. Tuvo de su matrimonio cincuenta hijos. Vencedor de sus enemigos, amado de sus aliados, sostenido por una familia numerosa y respetado en toda el Asia, habia engrandecido su capital y dádole el nombre de Pérgamos. Sus murallas que habian sido destruidas por Hércules, se reedificaron; y Priamo, cercano ya al fin de un reinado glorioso, no podia preveer que aquel esplendor pasagero fuese precursor de la ruina de su imperio. Varias causas produjeron el ódio recíproco de los griegos y troyanos. La familia de Priamo y la de los pelopidas estaban enemistadas entre sí, por injurias antiguas y no vengadas. Tántalo, padre de Pélope, prendió, siendo rey en Lidia, á Ganimedes, hijo de Tros, bisabuelo de Priamo; y Tros, en venganza de este ultraje, arrojó del Asia á Tántalo y á Pélope, que se refugiaron en Grecia, y fundaron en ella un nuevo reino. Laomedonte, padre de Priamo, queriendo embellecer y fortificar su capital, habia gastado en estas obras los tesoros de los

templos de Apolo y Neptuno. Sobrevino una peste que se atribuyó á la impiedad del rey, y el oráculo declaró que no se aplacarian los dioses hasta que Hesione, hija de Laomedonte, fuese espuesta á la voracidad de un monstruo marino. Hércules llegó entonces á Troya, y prometió libertar la princesa si el rey se la daba en matrimonio. Esterminó el monstruo, y Laomedonte le negó el premio pactado. El héroe irritado destruye el pais, derriba los muros de Troya, roba á Hesione y la conduce al Peloponeso. En fin el atentado de Páris aniquiló toda esperanza de reconciliacion, y dió principio á la guerra.

Estando Hécuba preñada de este príncipe, soñó que paria una antorcha, cuya llama ponia fuego á Troya. Priamo, atemorizado con este sueño, dió orden apenas nació el niño, que se le espusiese en el monte Ida. Unos pastores le criaron, y fue dotado de singular gracia y hermosura. Cuando llegó á edad juvenil, se presentó en Troya, y Priamo superando la ternura al miedo, le acogió en sus brazos, y le reconoció por hijo suyo. Poco tiempo despues viajó Páris á Grecia para ver á su tia Hesione que estaba casada con Telamon, príncipe griego. Muchos estrangeros concurrian entonces á Esparta á ver las fiestas que se hacian con motivo de las bodas de Helena y Menelao. Páris fue á aquella ciudad, vió á Helena, y fué visto de ella, se inflamaron en

un fuego adúltero y recíproco, y Páris deseando satisfacer su amor y vengar la injuria de Hesione, robó á Helena y la condujo á Troya. Menelao enfurecido reclamó el socorro de su hermano Agamenon: los dos inspiraron su resentimiento á los príncipes de Grecia, que miraron aquella accion como un insulto hecho á todos los griegos, y se decidió arruinar á Troya. Si algunos reyes dudaban entrar en una empresa tan peligrosa y que debia costar tanta sangre, fueron vencidos por la elocuencia del Anciano Nestor, rey de Pilos, por los discursos artificiosos de Ulises, rey de Itaca, el mas astuto de los griegos, y por el ardor y el ejemplo de Diomedes, hijo de Tideo, rey de Calidon, de Ayax, príncipe de Salamina, de Aquiles, hijo de Peleo y príncipe de Tesalia, y de otros muchos guerreros deseosos de competir con los héroes que habian adquirido tanta gloria en las espediciones de Colquide y de Tebas. Todos los príncipes confederados reunieron en el puerto de Aulide un ejército de cien mil hombres, eligieron por su gefe á Agamenon, y pasaron en una escuadra de mil doscientos bajeles á las playas de la Troade.

El célebre poeta Homero, que cantó esta larga querella trescientos años despues de la guerra de Troya, representa dividido en partidos el cielo, asi como la tierra. Apolo, Marte y Venus protegian á Troya. Palas y Juno habian jurado su ruina, y Júpiter pesaba la suer-

te de los combatientes en la balanza del destino. Las divinidades del olimpo descendian al campo de batalla y se esponian á los golpes de los mortales. Tan viva y brillante era la imaginacion del pueblo griego, cuyo ingenio parecia no tener ya que adelantar, cuando su razon y las artes sociales estaban aun en su infancia. Troya era defendida por murallas y torres cubiertas de un ejército numeroso. El valeroso Hector, hijo de Priamo, el piadoso Eneas, Deifobo, Páris y muchos príncipes de Asia, aliados de Troya, resistieron los primeros ataques de los griegos, que tuvieron que atrincherarse en su campamento y encerrar en él la mayor parte de sus bajeles. Estos buques no tenian puente: en los mejor construidos, apenas cabian 150 hombres, y para no esponerlos á las tempestâdes, los sacaban á tierra.

Las fuerzas de ambos partidos eran casi iguales, y la altura de las murallas hacia inútiles los esfuerzos de los griegos que no conocian aun el uso de las máquinas de guerra. La llanura que mediaba entre la ciudad de Troya y el campo griego fue teatro de inumerables combates que nada decidian: las tropas se acercaban sin orden, lanzaban flechas y dardos, y despues peleaban cuerpo á cuerpo. Los príncipes entraban en combate unas veces en carros, otras á pie, y prorrumpian en invectivas contra sus contrarios. Cuando un gefe caia, se peleaba con furor junto á su cuerpo; los ene-

migos para quitarle las armas, los suyos para defender el cadáver: la noche los separaba y á la aurora volvian al combate. No sabian, ni aprovecharse de la victoria, ni prepararla con el arte; en la derrota no se perdia mas que la sangre, y el triunfo no daba otra utilidad sino la gloria. Despues de muchos é infructuosos combates interrumpidos por las treguas que se juraban para sepultar los muertos y honrar su memoria con juegos fúnebres, comenzaron á faltar las subsistencias en el campamento de los griegos; y una parte de la escuadra taló las islas del Egeo para buscar víveres. Varios destacamentos corrieron las provincias cercanas y robaron las cosechas y los ganados, tambien con el fin de obligar á los aliados de Troya á ir á defender sus hogares. Aquiles, el héroe mas famoso de esta guerra, asoló aquellas provincias con el hierro y la llama, y volvió al campo con un botin inmenso y una multitud de esclavos, que eran objeto de la abidéz de los príncipes confederados y causa de sus rencillas.

La guerra volvió á hacerse con nuevo furor. Ulises y Menelao habian pedido á Priamo que restituyese á Helena, y se le concederia la paz. El consejo de los troyanos queria que se atendiese á tan justa demanda; pero el rey de Troya, enternecido con las lágrimas de Helena y Páris, y no olvidado de su antiguo rencor contra los pelópidas, rompió la negocia-

cion y causó por esta pertinacia su ruina y la de su imperio. El falaz Ulises, envidioso de Palamedes príncipe de Eubea, que habia aconsejado la paz y cuyo saber y valor admiraban todos, ocultó en su tienda una grande suma, y logró persuadir á los griegos que Priamo se la habia enviado para comprar su traicion. Los griegos irritados le condenaron á muerte. Aquiles, su amigo, no pudo salvarle, y enfurecido contra sus crueles aliados, no quiso pelear en favor de ellos. La inaccion de este héroe disminuyó las fuerzas de los griegos, y dió nuevo ánimo á los troyanos. Hector y sus hermanos y muchos príncipes sus amigos, como Sarpedon, Reso y Memnon, hacian mucho estrago en los griegos. Hector, en fin, atacó y forzó sus atrincheramientos, y puso fuego á la escuadra. La victoria parecia declarada en favor de Troya; pero Patroclo, amigo de Aquiles, no pudiendo sufrir la idea de que triunfasen los troyanos, se puso al frente de los tésalos y rechazó á los contrarios. Muchos valientes guerreros perecieron en esta batalla. Patroclo, que se habia puesto las armas de Aquiles, mató á Sarpedon; mas pereció á las manos de Hector. Este suceso cambió la suerte de ambos ejércitos. Furioso Aquiles por la muerte de su amigo, olvidó su enojo contra los griegos, y habiendo sacrificado doce prisioneros á los manes de Patroclo, se precipitó enmedio de los troyanos buscando á Hector,

peleó con él, le mató y arrastró su cadáver atado al carro al rededor de las murallas de Troya. Poco tiempo despues una flecha disparada de la mano de Páris, dió la muerte á Aquiles. Páris mismo, antorcha fatal de esta guerra, fué muerto por Filoctetes, heredero de las flechas de Hércules. Los dos ejércitos habian perdido sus mas valientes capitanes: los troyanos maldecian á Helena: los griegos suspiraban por volver á su patria; pero el deseo de la venganza se oponia á toda proposicion de paz.

Ruina de Troya. (A. M. 2820. A. J. 1184.) Despues de diez años de batallas, Troya sucumbió, y su caida, que llenó de orgullo á la Grecia y de espanto al Asia, es una de las épocas principales de la historia. Algunos dicen que se verificó en el año 1209 antes de J. C. Los poetas cuentan que algunos griegos valerosos se ocultaron en el seno de un gran caballo de madera consagrado á Minerva: que introducido este en la ciudad, salieron de noche los guerreros que encerraba, abrieron las puertas á sus compañeros, y esterminaron á los troyanos. Es probable que esta alegoría nació de haberse inventado alguna máquina de guerra que remataba en cabeza de caballo, y que con ella fueron derribadas las murallas de Troya. Sus casas, palacios y templos quedaron reducidos á cenizas: Priamo pereció al pie de los altares despues de haber visto degollar á sus

hijos: Hécuba su muger, Casandra su hija, Andromaca viuda de Hector, todas las troyanas nobles y plebeyas, siguieron cargadas de hierros á sus vencedores, y terminaron su vida en la esclavitud.

Este fue el exîto de aquella guerra cruel. Los reyes griegos se hartaron de venganza; pero su funesto gozo fue el principio de las desgracias que les esperaban en su patria, y aun pocos fueron los que volvieron á ver sus hogares. Mnesteo, rey de Atenas, murió en la isla de Melos: Ulises anduvo errante diez años antes de volver á Itaca: Ayax, rey de los locrios, pereció con su escuadra en una tempestad: Idomeneo, Teucro, Filoctetes y Diomedes hallaron usurpado su trono, manchado su lecho y sus vasallos sublevados, y buscaron asilo en otros paises. Agamenon fue asesinado por su muger, y vengado por su hijo Orestes. Menelao fué el solo que gozó del triste fruto de la espedicion, y volvió á Esparta con su delincuente esposa. Eneas con algunos troyanos que se escaparon del incendio y la matanza, corrió las playas de Grecia, Sicilia y Africa, arribó en fin á Italia y fundó una colonia que algunos siglos despues dió origen al pueblo romano. La señora del mundo nació de las cenizas de Troya. A sus ruinas debemos tres poemas que son los mas bellos que ha producido el ingenio del hombre: la *Iliada* y *Odisea* de Homero y la *Eneida* de Virgilio.

Segun algunos pasages de Homero, Estrabon y Jenofonte, Troya no fue arruinada enteramente. Eneas, su hijo Ascanio y Escamandro hijo de Hector, reinaron en ella despues de la partida de los griegos. Los troyanos reedificaron los muros de su capital, que recobró su antiguo esplendor, y no perdieron su nombre hasta la llegada de los Eolios arrojados por los heraclidas del Peloponeso.

CAPITULO XVII.

Segunda edad de la Grecia.

Segunda guerra de los heraclidas. Colonias del Asia menor. Esclavitud de los hilotas. Legislacion de Licurgo. Coro de ancianos. Coro de jóvenes. Coro de niños. Guerra entre Esparta y Argos. Primera guerra de Mesenia. Segunda guerra de Mesenia. Arcontado en Atenas. Legislacion de Dracon. Solon. Usurpacion de Pisistrato. Hipárco é Hipias. Restablecimiento de la democracia.

SEGUNDA *guerra de los heraclidas.* (A. M. 2900. A. J. 1104.) Despues de los tiempos fabulosos, descritos mas bien por los poetas que por los historiadores, se interrumpe el hilo de los hechos: la civilizacion de los griegos adelanta en el silencio y la oscuridad, y solo te-

nemos relaciones inciertas de los sucesos de este pais en el espacio de cuatrocientos años. Un corto número de nombres célebres y de acontecimientos notables se libertaron del olvido. El primero de ellos es la vuelta de los heraclidas al Peloponeso ochenta años despues de la guerra de Troya. Echaron de la peninsula á los descendientes de Pélope, y obligaron á los jónios y eolios á emigrar al Asia menor.

El gobierno de todas las ciudades y pueblos de Grecia en su primera edad habia sido monárquico, y hemos visto que Agamenon era gefe de reyes. Cuatro siglos despues se encuentra el republicano establecido generalmente en este pais. La venganza de los reyes arruinó á Troya; pero este triunfo arruinó las monarquías. En los siglos bárbaros el valor daba la dominacion: cuando las calamidades producidas por la ambicion de los gefes hicieron aborrecible su dominio, la democracia se sostituyó al gobierno de uno solo con todas sus turbulencias, sus grandes hombres, sus medios inmensos para la defensa, y su debilidad para la agresion. Este pequeño pais, apenas conocido en el Africa y en el Asia, produjo entonces talentos superiores, ilustres filósofos, célebres guerreros, y brilló con un esplendor que ningun pueblo ha igualado todavía. Todos sus reyes ligados habian consumido diez años delante de una sola ciudad, y despues el amor de la independencia les dió recursos para resistir

á todas las fuerzas del Asia, y dominar en todos los mares. Seria tan curioso como instructivo examinar circunstanciadamente las causas que produjeron esta grande revolucion; mas como se verificó en el tiempo oscuro del tránsito desde la fábula á la historia, los antiguos no nos han dejado sino pocas luces acerca de este suceso importante. Solo sabemos que los griegos, segun observa Platon, adoptaron en sus principios el gobierno monárquico, el mas antiguo y universal, el mas propio para mantener la paz y el mas natural, como que fue su modelo la autoridad paterna. Poco á poco las pasiones de los soberanos, la violencia de los usurpadores, y la versatilidad del derecho de suceder al trono, produjeron guerras, crímenes y calamidades. Puede conocerse por las maldades que se cometierón en el palacio de Atreo, cual fue la suerte de los demas pueblos de Grecia: una nacion á medio civilizar y qúe conserva todavía su vigor primitivo, no sufre por mucho tiempo semejantes atrocidades: la larga ausencia de los reyes griegos durante el sitio de Troya, acostumbró á los pueblos á existir sin ellos, y entonces fue cuando nació por la primer vez la idea y el deseo de la democracia. Sin embargo aun despues de establecida esta, algunos particulares se apoderaron de la autoridad suprema por astucia ó por violencia, y tomaron el nombre de *tirano* que entonces significaba rey. Para conservar el po-

der usurpado, tenian que ser pérfidos y crueles y el pueblo detestó no solo su gobierno, sino el nombre que lo significaba. Despues de esta época la palabra *tirano* se usó esclusivamente para denotar al usurpador de la soberanía. A estas causas debe agregarse otra que fue la que principalmente influyó en el republicanismo de los griegos, y es que siendo los estados de Grecia muchos y muy pequeños no tenia en ellos tanto inconveniente la democracia como en los territorios estendidos, y al contrario, era imposible que se sostuviesen tantos reyes sin arruinar á los ciudadanos particulares. Una poblacion numerosa que ocupa un terreno muy vasto, siente la necesidad de una gran fuerza para dirigirla, y puede sin grandes sacrificios contribuir al esplendor del monarca y de su familia: ademas, los intereses estan muy divididos, y es dificil reunirse para derribar la autoridad establecida. Pero en una ciudad donde todos se conocen y la injuria que uno sufre amenaza á los demas, donde los gastos del trono oprimen á la poblacion, pronta siempre á reunirse, no puede durar largo tiempo la usurpacion del poder, y es muy fácil recobrar y defender la libertad.

Parece que el primer pueblo de Grecia que adoptó el gobierno democrático, fue el tebano. Los beocios, pueblo de las montañas de Tesalia, ocuparon todo el pais comprendido entre el Atica y las Termopilas y le dieron

su nombre. Dueños de Tebas, echaron de esta ciudad á los descendientes de Creonte, y fueron gobernados por sus reyes propios hasta Janto que fué el último. Despues de su muerte abolieron la monarquia y se gobernaban por siete magistrados llamados beotarcas, que reunian la autoridad civil y la militar, y presidian la asamblea de la nacion. Pero las principales repúblicas de Grecia fueron Atenas y Esparta, ya por la celebridad de su legislacion, ya por su fuerza preponderante. Tebas brilló algun tiempo cuando decayeron estas repúblicas, y despues la Macedonia y la confederacion aquea, fueron las potencias dominantes hasta la conquista de los romanos.

Cuando los heraclidas conquistaron el Peloponeso y echaron de él á Tisamedes, hijo de Orestes, tenian por gefes tres hermanos, Temenes, Cresfonte y Aristodemo, que repartieron asi la península: á Temenes se dió la Argólide: á Cresfonte la Mesenia: y el reyno de Lacedemonia á Euristenes y Procles hijos de Aristodemo que habia muerto en la espedicion. Estos dos reinaron juntos en Esparta, y desde entonces tuvo siempre esta ciudad dos reyes descendientes de los primeros.

Los heraclidas hicieron guerra á los atenienses, porque dieron acogida á los jónios y eolios arrojados del Peloponeso. Reinaba entonces en el Atica Codro, hijo y sucesor de Melanto, que aunque natural de Mesenia, ha-

bía obtenido el trono porque en una guerra contra los beocios, reducida por convenio á un combate particular, siendo campeon de Atenas venció al enemigo. Los heraclidas penetraron en el Atica, y aunque fueron vencidos por Codro quedaron dueños de la Megáride, y edificaron la ciudad de Megara; en este pais dieron establecimientos á los dorios, pueblo todavía selvático, originario de las vertientes del Pindo, que habia dado hospitalidad á los heraclidas cuando fueron echados del Peloponeso antes de la guerra de Troya, y que los acompañó y ausilió despues en la conquista. En la segunda campaña, sabiendo Codro que el oráculo habia prometido la victoria á los heraclidas si conservaba su vida el rey de Atenas, se disfrazó, pasó al campo enemigo é insultó á unos soldados que le mataron. Los heraclidas temiendo el oráculo, se retiraron al Peloponeso, y los atenienses juraron no tener en lo sucesivo otro rey que Júpiter.

Colonias del Asia menor. Los jonios, eolios y dorios, no pudiendo mantenerse en el corto territorio de la Megáride y del Atica, emigraron al Asia menor, en cuyas costas fundaron los jónios las ciudades de Efeso, Esmirna y Mileto: los eolios, las de Focea, Elea, Cumas y otras varias; y los dorios parte poblaron en Creta, parte se dirigieron á Caria donde fundaron á Egnido y á Halicarnaso. Asi la espedicion de los heraclidas, que destruyó la

monarquía de los descendientes de Pélope, pobló de colonias griegas el Asia menor.

Esclavitud de los hilotas. Los sucesores de Euristenes y Prócles en el reino de Esparta, fueron Agis I y Soyes. Los habitantes de Hilos no quisieron pagar las contribuciones impuestas por Apis. Este rey sitió la ciudad, la tomó é hizo esclavos á todos sus ciudadanos. Se les empleaba en Esparta en los trabajos mas penosos. Despues tuvieron á su cargo el cultivo de los campos, pero siempre esclavos. En otros paises de Grecia, nacieron los desordenes de la tiranía de los príncipes; en Esparta se originaron de la debilidad de Euripon, uno de sus reyes que hizo despreciable la autoridad monárquica. Su sucesor Eunomo dejó al morir dos hijos de dos diferentes mugeres, Polidecto y el célebre Licurgo. Polidecto murió sin hijos; pero su muger quedó en cinta. Licurgo declaró que si la reina paria varon le pertenecia la corona, y él gobernaria solo en calidad de tutor. Sin embargo la madre hizo que le dijesen en secreto que daria muerte al feto, si Licurgo prometia casarse con ella. Aquel hombre virtuoso, aterrado de una propuesta tan atroz, disimuló el horror que le causaba, engañó á la madre diciendo que habia medios mas suaves para conseguir el mismo objeto, y cuando nació el niño se apoderó de él, lo proclamó rey, le dió por nombre Carilao, y confió su educacion á hombres de conocida lealtad.

Pero el estado caminaba á la anarquía: ni la autoridad real vilipendiada, ni el freno de las leyes contenian ya la turbulencia del pueblo, que desconociendo la virtud de Licurgo y seducido por la reina que le aborrecia, lo acusó de conspirador. Y en efecto, meditaba desde entonces la regeneracion de las leyes, y la reforma de las costumbres. Lleno de esta idea, y deseando adquirir las luces necesarias para realizarla, salió de Esparta, y viajó por Creta y Egipto, paises los mas célebres entonces en cuanto á la sabiduria de las leyes. Recorrió tambien el Asia, y reunió las obras de Homero que estaban divididas en fragmentos, y se cantaban en las ciudades de Jonia bajo el nombre de *rapsodias*. Despues de haber examinado los usos y reglamentos de aquellos paises, formó un sistema de gobierno tan estraordinario y tan impracticable al parecer, que nadie creeria posible su establecimiento, á no hallarse confirmada su existencia, durante siete siglos por todos los escritores de la antigüedad. No se puede concebir como un solo hombre enmedio de un pueblo entregado á la licencia, consiguió establecer una legislacion austera que se oponia á las ideas comunes, destruía la propiedad, abatia el orgullo, sujetaba á los reyes, condenaba los placeres, y enfrenaba todas las pasiones, escepto el amor de la gloria y de la libertad.

Mientras meditaba en el oriente su nuevo

plan de legislacion, el pueblo de Esparta se sublevó, y asesinó al rey Carilao. La ciudad esperimentó todos los males de la anarquía, conoció la necesidad de un gobierno protector, y envió diputados á Licurgo para que acelerase su vuelta. Licurgo creyó necesario fundar la autoridad de las leyes en la de los dioses; partió á Delfos, consultó á Apolo, y recibió el célebre oráculo que le proclamó *amigo de los dioses, y mas dios que hombre*, añadiendo que Apolo habia oido sus ruegos, y que la república que iba á establecer, seria la mas sábia, gloriosa y floreciente de la tierra. Apenas volvió á Lacedemonia, comunicó su plan á los principales ciudadanos, y cuando estuvo seguro de su consentimiento se presentó en la plaza pública acompañado de gente armada para intimidar á los que quisiesen oponerse á su empresa. Leyó al pueblo su proyecto de legislacion y mandó llevarlo á efecto.

Legislacion de Licurgo. (A. M. 3100. A. J. 904.) La idea principal del legislador de Esparta al formar su nuevo gobierno fue dar á los lacedemonios una constitucion mista (1),

(1) Si fue este el proyecto de Licurgo, no aparece en sus leyes fundamentales que establecen la pura democracia. El senado era nombrado por el pueblo, y los monarcas, aunque hereditarios, no eran mas que generales *responsables* sometidos á un consejo nombrado tambien por el pueblo. No son estos los caractéres del gobierno misto. (*N. del T.*)

que reuniese las ventajas de la monarquía, la aristocracia y la democracia. Pensó que la creacion de un senado revestido de grande autoridad templaria el poder de los reyes, y contendria el espíritu turbulento del pueblo. La duracion de sus instituciones probó cuan sábias eran (1). Los dos reyes descendientes de las dos ramas de los heraclidas continuaron ocupando el trono: á la dignidad real juntaban la de sumos sacerdotes, el mando de los ejércitos y la presidencia del senado. Los senadores eran treinta contando los dos reyes: su empleo era vitalicio. Todas las leyes y decretos eran examinados, discutidos y propuestos por el senado. El pueblo aprobaba ó rechazaba sus propuestas, pero no podia discutirlas ni modificarlas. Otros cinco magistrados, llamados *éforos*, elegidos por el pueblo para impedir que los reyes ó los senadores traspasasen los límites de su autoridad, tenian el derecho de destituir, poner en prision y condenar á muerte á los senadores, y la de prender á los reyes, y suspenderlos en el ejercicio de sus

(2) Pero esta duracion no fue debida á sus leyes *políticas* que solo crearon una democracia, como la de Atenas y de otros pueblos de Grecia, sino á sus institutos morales, que convirtiendo á Esparta en un campamento, desterrando las artes y los placeres, y no dando á los ciudadanos mas ocupacion que defender su independencia, destruyeron todos los gérmenes posibles de degeneracion, y crearon el espíritu público, única garantía de la perpetuidad de los gobiernos. (*N. del T.*)

funciones hasta que el oráculo consultado mandase restablecerlos. Herodoto y Jenofonte atribuyen á Licurgo la creacion de los éforos: Aristóteles y Plutarco dicen que el rey Teopompo los estableció ciento treinta años despues de la muerte de Licurgo para reprimir la ambicion del senado. Acaso se pueden conciliar estas opiniones contradictorias con el respeto inviolable que tenian los espartanos al nombre de su legislador, diciendo que este habia meditado establecer los éforos, y dejó mandado que su idea se pusiese en práctica cuando ocurriesen disensiones entre el senado y los reyes. Se han conservado en la historia unas palabras de Teopompo al establecer los éforos. Su muger censuró que hubiese dejado á sus hijos menos autoridad que la que habian recibido de sus padres, y el rey le respondió: «se la dejo mayor porque la he hecho mas duradera.» La constitucion de Licurgo era mas bien combinada y sólida que las de los otros pueblos: era, por decirlo así, un tratado entre las pasiones que suelen turbar el reposo de los gobiernos, asegurando el esplendor del trono y la libertad del pueblo, templando ambos poderes con la prudencia y autoridad del senado. Una institucion capaz de mantener por tanto tiempo el equilibrio (1) entre todos los

(1) En Esparta no tenia esplendor el trono, pues los reyes podian ser presos y destituidos; el senado era

poderes, era la obra de un gran genio; pero aun es mas admirable el vigor con que Licurgo dió á sus leyes el apoyo de las costumbres.

Sus ideas, superiores á las miras ordinarias de la política, se dirigian á fundar sobre la virtud la potencia del estado; y sin embargo muchas de sus leyes son contrarias á los principios de la justicia, y á las máximas de la sana moral. Para cegar en su república las dos fuentes mas comunes de corrupcion, que son la pobreza y la riqueza, puso los bienes en comun, y repartió la tierra en treinta y nueve mil partes iguales: dió nueve mil á los ciudadanos de Esparta, y treinta mil á los habitantes del campo. Queriendo establecer la misma igualdad en las propiedades moviliarias y desterrar toda especie de lujo, prohibió las monedas de oro y plata, y creó una de hierro, tan pesada y de tan poco valor, que era menester una carreta tirada por dos bueyes para transportar una suma de dos mil reales. Establecido este reglamento, era inútil echar de la ciudad las manufacturas de lujo, y las artes frívolas: sin embargo las prohibió por un decreto formal para manifestar su aversion á todo lo que

---

una institucion democrática, pues procedia del pueblo: no habia equilibrio de poderes, porque el pueblo era soberano de hecho. Y así, apenas se debilitaron las instituciones morales de Licurgo, vino á tierra su edificio político, que no era mejor ni mas sólido que el de otros pueblos de Grecia. (*N. del T.*)

podia afeminar las costumbres. El mismo amor de la sobriedad y de la igualdad, le movió á establecer los banquetes públicos, en que todos los ciudadanos reunidos comian alimentos establecidos por la ley; y estaba prohibido comer en casa. Esta prohibicion se observaba tan severamente, que el rey Agis, al volver de una campaña gloriosa, fue reprendido y castigado por haber comido con su esposa en lugar de concurrir al banquete público. Cada uno traia una medida de harina, ocho de vino, cinco libras de queso, dos y media de higos, y algun dinero para los gastos de cocina. El mas comun y preferido de sus manjares era la salsa negra. Dionisio, tirano de Siracusa, quiso probarla: buscó para que se la guisase á un cocinero lacedemonio, y al comerla le pareció detestable. El cocinero le dijo: «para que este manjar sepa bien, es menester bañarse antes en el Eurotas; porque el ejercicio y el hambre son las especias de nuestras comidas.»

Los niños asistian tambien á los banquetes públicos, donde aprendian á ser templados, y se instruian oyendo conversaciones sérias. Cuando entraban en la sala les decia un viejo señalando á la puerta: *nada de lo que se dice aqui sale por allí*. No es fácil concebir como Licurgo se atrevió á privar á todos los ciudadanos de sus propiedades. Es verdad que los heraclidas, cuando se apoderaron de la Laconia, la dividieron en porciones iguales, y el

legislador no hizo otra cosa que restablecer la igualdad primitiva; y ademas la prodigalidad de los unos, la avaricia de los otros y varias circunstancias, habian hecho que un corto número de ciudadanos poseyese todas las tierras y gimiesen los demas en el seno de la mas horrenda pobreza, que era la causa de las frecuentes sediciones, en las cuales peligraba la vida de los ricos, objetos siempre del ódio de la plebe. El temor de este riesgo los movió á someterse á las leyes de Licurgo; mas no sin alguna resistencia al principio, pues sublevaron á sus partidarios, y un jóven llamado Alcandro dió con su palo un golpe á Licurgo, y le saltó un ojo. El pueblo indignado cogió al agresor y lo entregó al legislador, el cual en lugar de vengarse, le tomó bajo su proteccion, y con su bondad lo convirtió en amigo suyo.

Licurgo, queriendo formar hombres y ciudadanos, no dejó á los padres la propiedad de sus hijos: apenas nacian estos eran visitados por los ancianos de la tribu, y los que eran débiles y mal constituidos, se les condenaba á perecer; ley bárbara y contraria á la razon, tanto como á la humanidad. A la edad de siete años se separaba á los niños de sus madres; se les distribuia en clases; se les quitaba el cabello y andaban con los pies desnudos, y se les acostumbraba á arrostrar la intemperie de las estaciones. A los doce años aprendian las

leyes y se habituaban á obedecer á los magistrados y á respetar los ancianos. Se les enseñaba á luchar, á manejar la espada, á lanzar los dardos. Peleaban unos con otros tan de veras, que algunas veces perdian un miembro y aun la vida. Para habituarlos á los estratagemas de la guerra, se les permitia robar algunos frutos: estos robos no se castigaban sino cuando el ladron era sorprendido. En la fiesta de Diana se les azotaba con varas para ejercitar su paciencia y fortaleza: el que sufria con mas constancia era el mas estimado. Licurgo los hacia duros y valientes para que no fuesen conquistados, y pobres y enemigos del lujo para que nunca fuesen conquistadores. Mas la esperiencia probó cuan dificil es hacer guerrero á un pueblo sin hacerlo ambicioso. La juventud se instruia conversando, no leyendo. En Esparta se estimaba mucho la música guerrera, pero estaba prohibida la tierna y voluptuosa. Los lacedemonios no conocian mas elocuencia que la concision: querian que la palabra fuese rápida como el pensamiento, y los adornos del ingenio les parecian tan frívolos como los del cuerpo. Asi era admirable la brevedad de sus respuestas. Los embajadores de un pueblo digeron un dia al senado espartano: «talaremos á fuego y sangre vuestro pais si entramos en él.» El senado respondió: *si*. El primer objeto del legislador, fue inspirar un amor ardiente á la patria que la hiciese preferir á todo.

Este amor era la primera de las virtudes. Tenian por divisa en la guerra *vencer ó morir*, y estaba prohibida la fuga cualquiera que fuese el número de los enemigos. El cobarde, podia ser insultado impunemente por los ciudadanos. El soldado debia defenderse hasta la muerte, y como decia una madre espartana á su hijo, *volver con el escudo ó sobre el escudo.*

La educacion de las mugeres era casi tan dura como la de los hombres: se egercitaban en la lucha, en la carrera, y en disparar los dardos. Se presentaban desnudas en estos egercicios: los espartanos decian que adornaban sus almas y no sus cuerpos, y que la virtud hacia inútil el pudor. Sin embargo Licurgo tuvo por objeto en esta costumbre inmodesta quitarle al amor el cebo de la curiosidad. Queria que las mugeres fuesen mas ciudadanas que esposas ni madres, y para exaltar su valor endureció su corazon. Cuando se traia el cadáver de un lacedemonio muerto en la batalla, su madre y su muger antes de llorarle, examinaban si habia recibido las heridas en el pecho ó en la espalda; si eran gloriosas ó infames. El legislador, en fin, inmolando todos los intereses al bien público y todos los afectos al amor de la patria, permitió á los viejos y enfermos ceder sus mugeres á jóvenes capaces de tener de ellas hijos robustos.

Todos estos reglamentos convirtieron á los lacedemonios en un pueblo estraordinario, en

una especie de comunidad política y guerrera que admiró á su siglo y á la posteridad por sus costumbres austeras, por su carácter independiente, y por su valor intrépido. Pero esta nacion admirable cuando se la observa desde léjos ofrecia un triste espectáculo á los que la contemplaban. Los lacedemonios sin artes ni letras, sin amor ni amistad, sin placeres ni virtudes domésticas, pudieron hacerse célebres pero no fueron felices. Todas las leyes de Licurgo oprimian al hombre, y por medio de la educacion pública se grabaron tan profundamente en los animos que durante muchos siglos no se vió en Esparta ni sedicion popular, ni violencia privada, ni ampliacion arbitraria del poder. Esta disciplina austera, estas virtudes públicas adquirieron á los lacedemonios el respeto de todos los griegos, y á causa de él el imperio: pero siendo demasiado duro y estraño para las costumbres de los otros pueblos, los fatigó bien pronto; y la brillante Atenas, rival de Esparta, se aprovechó para estender su influencia del ódio que inspiraba el yugo pesado de los lacedemonios.

Aunque el legislador se hubiese propuesto en sus instituciones, el doble objeto de asegurar la independencia interior y esterior de su patria, muchos de sus conciudadanos criticaron sus leyes. Uno de ellos, temiendo el demasiado poder del rey y del senado, le dijo: ¿«por que no estableces la igualdad absoluta»? El sá-

bio le respondió: *ensáyala en tu casa*. Otro le preguntó cuál era el mejor medio para defenderse de los enemigos. Licurgo le dijo: *ser pobre*. Se le proponia que cercase la ciudad con murallas, y replicó: *mejor es con hombres*. Su república fue poderosa y floreciente hasta que Lisandro introdujo en ella las riquezas y los vicios de los pueblos vencidos.

Despues de haber concluido su grande empresa, Licurgo declaró que iba á consultar el oráculo de Apolo, é hizo jurar á sus conciudadanos que obedecerian sus leyes con fidelidad hasta que volviese. Llegó á Delfos: hizo un sacrificio á Apolo: el oráculo declaró que Esparta seria la ciudad mas ilustre y feliz mientras observase las leyes de Licurgo. El legislador envió esta respuesta á Lacedemonia, y se dejó morir de hambre por no volver á su patria, y quitar á los espartanos todo pretesto para alterar sus instituciones. Los antiguos no estan de acuerdo acerca del tiempo en que vivió Licurgo. Jenofonte dice que nació algunos años despues del establecimiento de los heraclidas en el Peloponeso: Eutiquides afirma que fue el undécimo descendiente de Hércules; Aristóteles, que era contemporáneo de Yfito, rey de la Elide. Conoció en Creta al filósofo Tales: tomó de los egipcios la separacion de los ciudanos en clases. Mandó que las juntas generales se celebrasen en el campo, y temiendo la seduccion de la elocuencia, no quiso que

hubiese jueces ni tribunales, y estableció que las desavenencias de los particulares se sentenciasen por árbitros. A pesar de la autoridad de sus decretos contra las artes, el lujo y el deleite, queria que la juventud espartana fuese alegre, y se vió con sorpresa que el mas severo de los legisladores fue el único que erigió un altar á la risa. Podemos formar idea de la poesía que se permitia en Esparta por la siguiente cancion lacedemonia que nos ha transmitido Plutarco:

Coro de ancianos... Fuimos jóvenes un dia
de gran valor y osadía.

Coro de jóvenes..... Sómoslo nosotros ora, y
el enemigo lo llora.

Coro de niños........ Y nosotros lo seremos
que en denuedo os venceremos.

Las mugeres lacedemonias, cuyas costumbres eran tan varoniles como las de sus maridos, solo fundaban su amor propio en la gloria de sus esposos é hijos: exaltaban sus animos, y eran muy respetadas de ellos. Una estrangera decia á la esposa de Leonidas: *las espartanas son las únicas mugeres que mandan á sus maridos. Es*, respondio la reina, *porque son las únicas que paren hombres.* Una madre consolando á su hijo que habia quedado cojo de una herida, le decia: *cada paso que des, te*

recordará tu valor. El celibato era despreciado entre los espartanos. Un jóven no quiso levantarse delante de un capitan ilustre, que no era casado, diciendo: *tú no tienes hijos que me hagan algun dia el mismo honor.* El respeto á la vejez era entre ellos uno de los principales deberes, y en el teatro de Atenas cedieron su lugar un dia los embajadores de Lacedemonia á un viejo que no hallaba donde ponerse entre sus compatriotas. El amor del bien público fue la virtud característica de los espartanos. Pedareto solicitaba entrar en el consejo de los trescientos; no fue nombrado y dió gracias á los dioses por haber concedido á la república trescientos ciudadanos de mas mérito que él. Sus oraciones eran cortas como sus discursos: solo pedian á los dioses que *favoreciesen á los buenos*: oracion que Sócrates preferia á las ricas ofrendas y ceremonias pomposas de Atenas. Este pueblo belicoso representaba armados á todos los dioses hasta á Venus. Estos ciudadanos intrépidos adoraban al temor, pero solo conocian el de las leyes, y asi su templo estaba junto al tribunal de los éforos. Creian que el ciudadano que mas teme las leyes, es el que menos teme al enemigo, y que el miedo de la ignominia impide el de la muerte.

Guerra entre Esparta y Argos. Poco tiempo despues de la muerte de Licurgo en el reinado de Teopompo tuvieron guerra los lacedemonios con los argivos que les disputaban el

territorio de Tirea. Entrambos pueblos, para impedir los males de la guerra, se convinieron en nombrar trescientos campeones de cada parte que decidiesen la querella. Casi todos perecieron en el combate, y solo quedaron dos argivos y nn lacedemonio llamado Otriades. Cada pueblo se atribuyó la victoria: el combate prosiguió y los dos argivos perecieron. Mas Otriades, aunque vencedor, no quiso sobrevivir á sus compañeros, y se dió la muerte en el mismo campo de batalla. Teopompo, despues de esta guerra, envidioso del senado, y aprovechándose de las quejas á que habia dado lugar la conducta de este, creó cinco magistrados, llamados *éforos*, para contener á los senadores y á los reyes. Se elegian para un año, y su autoridad muy estensa en tiempo de guerra, era casi nula durante la paz.

Primera guerra de Mesenia. El robo de Helena habia causado la ruina de Troya: una injuria hecha á algunas mugeres de Esparta, encendió una guerra que acabó con el reino de los mesenios. Segun una costumbre antigua, los habitantes de Esparta venian á ofrecer sacrificios á un templo situado en la frontera de Laconia y Mesenia. Un año, concluidas las fiestas que se hacian despues de la ceremonia religiosa, los mesenios robaron algunas doncellas de Lacedemonia. Aleménes, rey de Esparta, para vengar esta injuria sin declarar guerra á los mesenios, entró de noche en

la ciudad de Anfea y degolló todos los habitantes. Cuatro meses despues los mesenios mandados por su rey Faes, penetraron en la Laconia, y hubo una sangrienta batalla que duró todo un dia sin decidirse la victoria. El año siguiente todos los soldados espartanos juraron antes de salir de su ciudad no volver á ella sin haber conquistado la Mesenia. Una enfermedad contagiosa habia debilitado tanto á los mesenios que se vieron obligados á retirarse á la fortaleza de Itome, situada en la cima de una montaña, y como el oráculo de Délfos les habia respondido que para merecer la proteccion de los dioses, debian sacrificar una de sus princesas: Aristodemo, príncipe de la sangre real, inmoló su hija. Los lacedemonios se acercaron á Itome; los mesenios les salieron al encuentro, y se dió un combate obstinado en que cayó Faes rey de los mesenios, atravesado de heridas. Peleóse encarnizadamente al rededor de él; pero Aristodemo le sacó de entre las manos de los lacedemonios, y lo condujo á Itome donde murió. Los mesenios dieron la corona á Aristodemo en premio de su valor. El nuevo rey aprovechándose habilmente de la confianza que habia inspirado á sus tropas y del ardor que las animaba, acomete y vence al enemigo, hace prisionero al rey Teopompo y le manda matar como tambien á trescientos espartanos. La guerra parecia interminable: los lacedemonios que habian jurado no volver á

sus casas hasta subyugar al enemigo, temieron que una ausencia tan larga estinguiese sus familias, y asi enviaron á Esparta á los jóvenes nuevamente alistados, y que no habian hecho juramento alguno, con el permiso de usar de las mugeres de los ausentes. Los hijos que nacieron de estos matrimonios ilícitos, se llamaron *partenios*; y cuando fueron jóvenes, avergonzados de su origen, se desterraron de Esparta, pasaron á Italia y se establecieron en Tarento.

La guerra duró cuatro años despues de la muerte de Teopompo con vario suceso. Al fin los espartanos bloquearon á Itome: los mesenios se resistieron con valor; pero se rindieron por falta de víveres. Aristodemo se dió la muerte sobre el sepulcro de su hija; Itome fue arrasada y el pueblo mesenio reducido á la servidumbre. Esta guerra duró veinte años.

Segunda guerra de Mesenia. (A. M. 3320. A. J. 864.) Treinta años despues los mesenios se sublevaron, y bajo el mando de uno de sus príncipes, llamado Aristomenes, vencieron muchas veces á los espartanos. Consultaron estos al oráculo que les mandó pedir un general á la ciudad de Atenas. Esta, envidiosa de Lacedemonia, y deseando mas bien su ruina que su prosperidad, les envió como por burla á un poeta llamado Tirteo, pequeño y lisiado. El nuevo general nunca habia hecho la guerra; y su inesperiencia fue causa de que le venciesen

los mesenios en tres combates. Pero Tirteo, mas hábil poeta que guerrero, compuso cantos cuya elocuencia y harmonía exaltaron á los lacedemonios de tal modo que pidieron el combate. Tirteo condescendió y derrotó completamente al enemigo, que se retiró al monte Ira. Despues de una defensa ostinada pereció Aristómenes, y los mesenios, unos fueron reducidos á la condicion de los hilotas, y otros buscando su salud en la fuga, emigraron á Sicilia y fundaron la ciudad de Mesana, hoy Mecina.

En esta última guerra, Aristocrato rey de Arcadia, era aliado de los mesenios; pero en vez de defenderlos, entregó á los lacedemonios algunos que se retiraron á Arcadia. Los arcades condenaron á muerte á Aristocrato, arrojaron su cadáver léjos de la frontera del pais y erigieron una columna con esta inscripcion: «el infame, vendiendo á los mesenios mereció su suerte: la perfidia no queda sin castigo.» Desde entonces adoptó el régimen republicano: este pueblo virtuoso, que era creido el mas antiguo y estimado por el mas valiente de la Grecia. El oráculo habia dicho á los lacedemonios que no podrian vencer un pueblo tan frugal ni aun con el ausilio de los dioses. Los pintores y poetas mas célebres han descrito el cuadro risueño de las fértiles llanuras, los bosques frondosos, las fuentes cristalinas y los frescos valles de Arcadia. Los demas pueblos de Grecia inspiraban admiracion: los arcades

amor. Pintando las danzas de sus pastores, sus fiestas rústicas y repitiendo sus canciones, deseaban los hombres visitar este hermoso pais que merecia llamarse templo de la naturaleza y de pastoriles placeres. El viajero, al salir de las orillas del Alfeo, conservaba de ellas una grata memoria y repetia estas palabras puestas por un pintor antiguo en la tumba de una pastora jóven: *yo tambien he vivido en Arcadia.* Las principales ciudades de este territorio fueron Tegea y Mantinea.

El año antes de concluirse la primer guerra de Mesenia, Isito, rey de Elide, restableció los juegos olímpicos fundados por Pélope (A. M. 3288. A. J. 716.) La religion hizo sagrado el territorio de la Elide para todos los pueblos de Grecia: los reyes, los sábios, los poetas y los guerreros concurrian á sus juegos á disputar la palma, que creian recibir de mano de los mismos dioses. Su gobierno no tenia que temer ni guerras ni invasiones; pues todo el que entraba en el pais, debia dejar las armas. Su riqueza se aumentaba con los dones de los demas pueblos que le traia la ambicion de los concurrentes á la gloria olímpica. Los descendientes de Isito reinaron pacificamente en la Elide, hasta que el ejemplo de los otros pueblos les hizo adoptar el sistema republicano. Con él empezaron las disensiones: Elide y Pisa se disputaron la supremacia y la custodia de Olimpia. Hiciéronse la guerra y

Fedon, tirano entonces de Argos, se arrogó, como descendiente de Hércules, el derecho de guardar su templo. Despues que murió, los habitantes de Pisa se apoderaron de él; pero pasado algun tiempo, los de Elis tomaron á Pisa y la arrasaron.

Al principio se celebraban los juegos olímpicos de cinco en cinco años, despues se redujo este intervalo á cuatro y se llamó *olimpiada*: por ella computaron los griegos los tiempos de su historia; mas esta era no empezó hasta el primer año de la olimpiada 23. Los juegos olímpicos estaban consagrados á Júpiter: los vencedores, llenos de gloria y casi estimados como dioses, daban sus nombres á los años, eran celebrados por los poetas, y llevaban una corona de laurel que escitaba el respeto y la envidia. La primer palma era la de la carrera que se hacia en un sitio llamado *estadío*; pero habia tres especies de ella, á pie, á caballo y en carro: esta última era la mas ilustre. Gelon y Herson, reyes de Siracusa, y Filipo, rey de Macedonia, se gloriaban de haber conseguido el premio en ella. Los carros llevaban dos ó cuatro caballos de frente. Cuando Alcibiades fue proclamado vencedor, celebró un banquete y convidó á él todo el pueblo de Olimpia, y todos los estrangeros que habian concurrido á los juegos. Despues de la carrera competian los atletas en los diferentes juegos del pugilato, la lucha, el disco y el salto. Los

grandes escritores de Grecia leian sus obras en la asamblea olímpica: en ella presentó Herodoto su historia, y á cada libro se dió el nombre de una musa. Lisias leyó en Olimpia un discurso que habia escrito sobre la caida de Dionisio el joven. Uno de los atletas griegos mas hábiles, fue Milon de Crotona. Consiguió seis prémios en los juegos olímpicos, llevó sobre sus hombros por todo el estadío un buey de cuatro años, le mató de un puñetazo y se lo comió todo. La fuerza que le dió tanta gloria fue causa de su muerte; queriendo abrir el tronco de una encina que estaba algo hendida, se le quedaron cogidas las manos por un descuido, y no pudo sacarlas: los animales de la selva le sorprendieron en aquel estado, y le devoraron.

Arcontado en Atenas. Los atenienses despues de la muerte de Codro, adoptaron el gobierno republicano, llamaron arconte á su primer magistrado y dieron esta dignidad á Medonte, hijo de Codro. Al principio fue perpétua esta dignidad: despues se aumentó el número de arcontes y se redujo el tiempo de su magistratura á diez años y últimamente á uno. El primer arconte se llamaba *epónimo* y se fechaba el año por su nombre: el segundo se llamaba arconte *rey*: el tercero *polemarco*, y los demas *temostetes*. Pronto degeneró en anarquía este simulacro de gobierno. Habia tres facciones: los habitantes de las montañas

pobres é independientes, querian la democracia: los ricos dueños de la llanura, la oligarquía, y los que vivian en las costas, un gobierno misto que sin destruir la libertad, mantuviese el órden y asegurase las propiedades. La desigualdad de bienes era considerable: los ricos oprimian á los pobres, y éstos cargados de deudas, se veian obligados para pagarlas á venderse á sí ó á sus hijos por esclavos. El temor de una servidumbre perpetua los impelió muchas veces á la sedicion. La licencia era impune ó se reprimia arbitrariamente. Las leyes de los monarcas antiguos eran incompletas y no bastaban para un pais que por los progresos de la civilizacion habia adquirido nueva industria, nuevas necesidades y nuevos vicios.

Legislacion de Dracon. (A. M. 3381. A. J. 623). El pueblo, cansado de esta anarquía, nombro por legislador á Dracon, que entonces era arconte, y que era creido el mas sábio, el mas virtuoso y el mas severo de los atenienses. Dracon hizo un código de moral y de leyes penales. Sin alterar la forma del gobierno, prescribió los deberes de todos en todas las épocas de la vida; arregló el alimento y la educacion para formar ciudadanos virtuosos, pero la severidad de sus principios desagradó generalmente, y tuvo que emigrar á la isla de Egina donde murió. La dureza de su carácter estaba pintada en sus leyes. Desconoció las gradaciones de la culpa y miró como un crí-

men cualquier deviacion del sendero de la virtud, y así castigó con la pena de muerte el mas pequeño delito, hasta la ociosidad.

Despues de su ausencia fue mayor la confusion. Uno de los principales ciudadanos, llamado Cilon, que tenia muchos partidarios, aspiró á la tiranía; pero el pueblo le sitió en la ciudadela: el ambicioso conoció que su resistencia era inutil, y huyó. Sus amigos se refugiaron al templo de Minerva de donde fueron arrancados y se les dió muerte. Esta crueldad impía escitó la indignacion general, á la cual se siguió un gran temor porque se supo al mismo tiempo que los de Megara se habian apoderado de la ciudad de Nisa y de la isla de Salamina. Hubo en Atenas una enfermedad contagiosa: la superstición aumentó el miedo, y los atenienses creian ver espectros horrendos anunciadores de la ira de Minerva. Los sacerdotes y adivinos se aprovecharon del terror, y dieron oráculos ambiguos que lo aumentaban. Atenas fundó su esperanza en Epimenides, que entonces estaba en Creta y que era mirado en toda Grecia como un mortal favorecido de los dioses. Adivinaba lo futuro, y esplicaba los sueños, los presentimientos y los oráculos. La severidad de sus costumbres le hacia respetable y su elocuencia era persuasiva. Los cretenses decian que habia estado durmiendo cuarenta años en una caverna, y que despierto de este largo sueño y desterrado como impostor, dió

las pruebas mas evidentes de su verdad. Esta fábula quiere decir que Epimenides vivió en soledad por muchos años, y que el estudio, la meditacion y la fuerza de su fantasía le enseñaron á conocer y dominar los hombres. Su sabiduría y piedad eran tan respetadas que los pueblos imploraban su ausilio en los grandes desastres, para que purificase las ciudades y espiase los crímenes.

Atenas le llamó y recibió con la mayor alegría. Epimenides purificó los templos, inmoló víctimas, levantó nuevos altares, compuso himnos, arregló las ceremonias religiosas, tranquilizó los ánimos turbados, y por los principios de una piedad suave guió al pueblo, á lo menos por algun tiempo, al órden y á la virtud. El respeto que inspiraba hizo que se le obedeciese, y la paz reinó en Atenas mientras el sábio estuvo en ella. Partió llevando consigo el amor del pueblo, que queria colmarle de regalos: él los rehusó, pidiendo solamente para sí un ramo del olivo consagrado á Minerva, y para Groso, su patria, la amistad de los atenienses. Despues de su partida volvieron las facciones, y como sucede cuando el desórden llega á lo sumo, se conoció la necesidad de un poder único para remediar los males del estado.

Solon. (A. M. 3412. A. J. 592). Solon, descendiente de los antiguos reyes, fijó la atencion general y se le nombró legislador y pri-

mer magistrado. El pueblo queria hacerle rey; pero el sabio se aterró del precipicio que en aquella época rodeaba á los tronos; aceptó el gobierno de la república y rehusó la corona. Solon habia recorrido en sus viages toda la Grecia, el Africa y el Asia, y habia conversado con los hombres instruidos que recogian las verdades de moral y política y las reducian á máximas claras y concisas, por lo cual merecieron el renombre de sabios. Se admiraba la profundidad y brevedad de sus preguntas y respuestas. Unidos entre sí por el vínculo de la amistad, cuando todavía era desconocida la envidia literaria, se juntaban algunas veces para ilustrarse en sus conferencias. Los mas célebres de aquel tiempo eran Tales de Mileto, Pitaco de Mitilene, Biante de Priene, Cleobulo de Lindo, ciudad de la isla de Rodas, Quilon de Lacedemonia, el escita Anacarsis y Solon de Atenas. Tambien fue contado entre los sabios de esta edad Periandro, tirano de Corinto, aunque su crueldad deslustraba este hermoso nombre. Solon añadia á sus conocimientos filosóficos el talento de la poesía. Habia compuesto himnos en alabanza de los dioses, y dos poemas que fueron muy celebrados; uno sobre las revoluciones del globo, y otro sobre la guerra antigua de los griegos, de la cual no han quedado vestigios en la historia, contra los habitantes de la Atlántide, isla situada mas allá de las columnas de Hércules y que

fue sumergida en el mar en tiempos muy remotos.

Las luces de los sabios y el estudio de las leyes de Egipto habian templado su imaginacion, y sino tenia la austeridad de costumbres propia del hombre que va á reformar una nacion, poseia la justicia que inspira confianza, el talento que persuade, la ciencia que ilustra y la dulzura de carácter que concilia los intereses y calma las pasiones. Su mansedumbre no escluia el valor, y señaló los principios de su gobierno con un acto de energía. Los atenienses, temiendo que una guerra temerariamente emprendida mientras se hallaban en la anarquía consumase la ruina de la república, habian prohibido á sus oradores con penas muy severas hablar de la pérdida de Salamina. Solon arrostró el peligro, propuso al pueblo reparar aquella derrota vergonzosa, le persuadió la reconquista de la isla y el mismo la recobró. Plutarco dice que para ello se valió de la astucia. Sabiendo que los de Megara querian robar algunas jóvenes que solian ir á bailar en las riberas de la isla, mandó vestir de mugeres á un cierto número de atenienses con armas ocultas entre sus ropas. Estos atacaron á los de Megara, los mataron y se apoderaron de Salamina.

La mayor desgracia de la república era la guerra de los pobres contra los ricos: los primeros pedian á gritos la abolicion de las deu-

das y un nuevo repartimiento de tierras: los segundos se oponian obstinadamente á entrambas operaciones. Solon no quiso hacer el nuevo repartimiento, pero abolió las deudas y dió libertad á los ciudadanos presos por insolventes. Uno y otro partido quedó disgustado; pero los propietarios, viéndose libres de los tumultos que turbaban su seguridad, y los pobres, hallándose exentos del temor de la servidumbre, se dedicaron tranquilamente á la industria y al comercio; la confianza renació, las quejas se convirtieron en elogios, y el pueblo dió á Solon una autoridad mas ámplia. Solon corrigió las leyes de Dracon, conservó la pena de muerte contra el homicida, y mitigó las demas. Decia que no le era posible hacer leyes perfectas, sino las que los atenienses podian sufrir. La mayor parte de los habitantes queria la democrácia: fue menester, pues, conservar esta forma de gobierno, y remediar, en lo posible, sus inconvenientes. El poder soberano residió en la junta del pueblo, que votaba la paz, la guerra, las leyes y todas las cuestiones importantes. Todo ciudadano tenia derecho de asistir á esta junta. Despues de haber hecho esta concesion al espíritu popular de la época, para evitar los estravíos de la multitud ignorante, ilustrar su voluntad y dirigir sus decisiones, formó un senado de cuatrocientos individuos, que examinasen y discutiesen las proposiciones antes de presentar-

las á la aprobacion del pueblo. Exigió ademas que ningun orador hablase sobre los negocios públicos sin exámen preliminar de su conducta y costumbres. Los hombres de mas de cincuenta años debian opinar primero en las asambleas populares. Solo los ricos podian ser senadores y magistrados; pero el pueblo los elegia, y al pueblo daban cuenta de su administracion. Las magistraturas administrativas eran anuales: unas se daban por eleccion, otras por suerte, como los jueces que se tomaban de todas las clases de ciudadanos. El areópago, compuesto de los hombres mas respetables, velaba por la conservacion de las leyes y las costumbres. El cargo de areopagita era vitalicio. Ejercian la censura sobre los particulares y los magistrados, y se apelaba á ellos de las sentencias de los demas tribunales. Este poder superior conservaba en las autoridades el respeto á la constitucion, y en los hombres privados la sumision á las reglas de la moral. Los arcontes, cuando salian de su magistratura, despues de un severo exámen, eran incorporados en el areópago.

Solon habia observado que en tiempo de convulsiones públicas un corto número de malvados y facciosos se aprovechaba atrevidamente para dominar de la inaccion y amor al sosiego de los hombres honrados: para obligar á resistir á los malos, decretó graves penas contra el ciudadano que en tiempo de revolu-

cion no se declarase abiertamente por uno de los dos partidos. Esta ley, admirada en todos tiempos y rara vez seguida, obligaba al virtuoso á ser valiente. Otra ley condenaba á muerte al ciudadano que aspirase á la autoridad soberana y permitia á cualquiera matar al tirano, á sus cómplices y aun á los magistrados que continuasen ejerciendo sus funciones bajo el dominio del usurpador. Tal era el espíritu de sus leyes políticas. Las civiles consideraban al ciudadano, en su persona, como porcion del estado, en sus obligaciones, como individuo de una familia que pertenecia al estado, y en su conducta, como miembro de la sociedad, cuya fuerza consiste en las costumbres.

Era máxima de Solon que no se cometerian injusticias, si cada ciudadano mirase como suya propia la injuria hecha á otro ciudadano. La ley, pues, queriendo protejer los débiles y los pobres contra los poderosos y los ricos, permitia y aun mandaba á todo ateniense perseguir en justicia al que insultase á un niño, á una muger, á un hombre libre y hasta á un esclavo. Nadie podia empeñar por deudas su libertad, ni disponer de la de sus hijos; sin embargo un ciudadano podia vender á su hija y á su hermana cuando habian perdido el honor. Los suicidas eran mutilados y tenidos por infames. No habia pena contra el parricidio; porque Solon creyó imposible de cometer este

delito. La calumnia sufria penas graves: cualquiera podia prender á un hombre acusándole de hurto; mas sino podia probar la acusacion, pagaba una multa cuantiosa. Los pobres, á quienes atemorizaba este riesgo, podian hacer la denuncia del robo en presencia de árbitros: la accion se convertia en civil, y no causaba multa. Los ciudadanos estaban divididos en cuatro clases, segun la cantidad de sus bienes. Los estrangeros no obtenian la ciudadanía sino despues de haber cumplido ciertas condiciones muy difíciles. La ley velaba por la conservacion de las familias. El gefe de cada una era representado por su hijo legítimo ó adoptivo. En caso de muerte sin sucesion se obligaba jurídicamente á uno de los herederos á tomar el nombre del difunto y á perpetuar su casa. El mas cercano pariente de una hija única, tenia derecho de casarse con ella. Solon para evitar la concentracion de los bienes territoriales, habia limitado el derecho de hacer adquisiciones, mandando que ninguno pudiese vender sus tierras sino en el caso de una estrema necesidad. Para obligar á los jóvenes á tener miramiento á los viejos, permitió á los ciudadanos disponer libremente de una parte de sus bienes, con tal de que constase que estaban en sano juicio al tiempo de testar. Este reglamento, nuevo entonces, fue muy aplaudido. En imitacion de una ley egipcia, obligó á los particulares á dar cuenta al areópago de su

caudal y medios de subsistencia. La ociosidad era tenida por infame. La educacion de los niños, los estudios de las escuelas y los ejercicios de los gimnasios estaban arreglados por una ley. Los hijos de los ciudadanos muertos en el campo del honor se educaban á costa del público. Se recompensaban con coronas los grandes servicios hechos al Estado. Los cobardes convencidos de serlo en juicio, eran declarados infames. Se escluia de todas las funciones y asambleas públicas á los hombres de malas costumbres. Los hijos, escepto los habidos en una cortesana, estaban obligados á alimentar á sus padres ancianos. El magistrado que se presentaba borracho en público sufria la pena de muerte.

La legislacion política de Solon no impidió las revoluciones; porque las pasiones del pueblo tenian mas fuerza que la razon del legislador; pero sus leyes civiles y criminales, respetadas siempre en Atenas como oráculos, fueron el modelo de las de otros pueblos: la mayor parte de las ciudades griegas las adoptaron, y Roma, atormentada por la anarquía, las empleó como un remedio en los males que la afligian. Los magistrados y el pueblo de Atenas juraron observar, durante un siglo, las leyes de Solon: fueron escritas en rollos que se fijaron en los sitios públicos. El legislador, importunado por el gran número de personas que venian á pedirle que interpretase ó modi-

ficase su código, dejó al tiempo el cuidado de consolidarlo, y se ausentó por diez años, habiendo hecho jurar á los atenienses que no innovarian nada hasta su vuelta. Viajó segunda vez por Egipto y despues vino á Creta. Dió leyes á un canton de esta isla, y edificó una ciudad á la cual dió nombre, y cuya felicidad aseguró con buenos reglamentos. Cuando volvió á Atenas, halló la república dividida otra vez en facciones: todas querian mudar la constitucion, sin convenirse en la que se habia de substituir. Solon, que deseaba poner término á las turbulencias, fue ausiliado al principio por Pisistrato gefe de la faccion mas popular; pero bien pronto conoció que este hombre ambicioso no era demagogo sino para hacerse tirano.

Usurpacion de Pisistrato. (A. M. 3443. A. J. 561). Ningun hombre era mas propio que Pisistrato para lisongear y engañar la muchedumbre. Socorria á los pobres; afectaba grande amor á la democracia; prodigaba sus riquezas y hablaba elocuentemente de la libertad, mientras caminaba á la tiranía. Servia á sus amigos con celo; su dulzura desarmaba á los enemigos, i habia encubierto tan hábilmente su ambicion con la máscara de la virtud que era idolatrado de los suyos y respetado de los demas.

Licurgo, gefe del partido de la costa, y Megácles, hijo de Alemeon, que estaba al fren-

te de los ricos, aumentaban con su oposicion la autoridad de Pisistrato; porque como no penetraban sus designios secretos y reprehendian su celo por la igualdad y la libertad, aumentaban el amor del pueblo hácia él. El partido de Megácles era considerable: su padre habia hecho servicios importantes á Creso, rey de Lidia; y colmado de dones por este monarca, habia juntado un caudal inmenso por su matrimonio con Agarista, hija de Clistenes, príncipe de Sicion. Esta opulencia le ponia en relacion con los principales ciudadanos, y le proporcionaba medios para sobornar á los mas corrompidos.

Cuando Pisistrato estuvo seguro del afecto del pueblo, que le miraba como á su defensor contra los ataques de la oligarquía, se hizo una herida, se presentó en la plaza pública y dijo que los ricos y grandes le habian puesto asi y que era víctima de su celo por la libertad. El pueblo indignado celebró una junta y sin hacer caso de las declamaciones de Licurgo, de las amenazas de Megácles, ni de las prudentes advertencias de Solon, concedió á Pisistrato una guardia de cincuenta hombres para seguridad de su persona. Pisistrato aumentó en breve este número, recibiendo en su guardia á todos los que se ofrecian para ella, y con su ausilio se apoderó de la ciudadela. Sus enemigos huyeron: los amigos de las leyes quedaron consternados: todos

temblaban escepto Solon, que reprendió á los atenienses su debilidad y al tirano su perfidia. Recordaba al pueblo la ley que mandaba á los ciudadanos dar la muerte al usurpador de la autoridad: le preguntaron "¿quién le daba osadía para decir semejantes cosas?" y respondió: "mi vejez." Pisistrato era demasiado hábil para verter la sangre de un varon tan respetado, y creia mas útil ganarlo que quitarle la vida: ademas estaban unidos por el lazo del parentesco y por una amistad antigua y tan tierna que los detractores de Solon la acusaban de escesiva. El diestro usurpador no ignoraba el modo de seducir á un anciano. Llegaba á él con respeto, le manifestaba el mayor cariño, alababa continuamente sus leyes, las hacia ejecutar y las observaba rigorosamente el mismo, escepto la que le prohibia ejercer el supremo poderío. Solon, engañado por esta falsa deferencia, y aun mas por su amor propio, creyó que podria vencer la ambicion con la prudencia; se reconcilió con Pisistrato, le devolvió su confianza, entró en su consejo, y tuvo esperanza de mitigar una dominacion que no habia podido destruir. El pesar que le causó la inutilidad de sus esfuerzos, terminó sus dias: no sobrevivió mas que dos años á la libertad de su patria. Murió de ochenta años de edad, en el arcontado de Hegestrato, el segundo año de la olimpiada 51.

Pisistrato no gozó al principio de tranquilidad. El sentimiento de la muerte de Solon despertó el deseo de la independencia: los partidos de Licurgo y Megácles se reunieron y arrojaron de Atenas al usurpador. Pero Megácles, atento mas á su interes que á su opinion política, envidioso de Licurgo á quien el pueblo favorecia mas, prometió á Pisistrato restablecerlo en el trono si se casaba con su hija. Pisistrato aceptó. Sus partidarios reunidos echaron á Licurgo de la ciudad; y para ganar el espíritu del pueblo, se presentó repentinamente en medio de Atenas una muger muy hermosa en un carro magnífico, vestida como la diosa Minerva. Esta dijo que los dioses restablecian á Pisistrato; y el pueblo, creyendo obedecer la voz del cielo, recibió al tirano con transportes de júbilo. Sus hijos Hiparco é Hipias, temiendo que los del segundo matrimonio les quitasen el amor y la herencia de su padre, le inspiraron aversion á su nueva esposa. Megácles indignado favorecia á su hija, prodigó sus riquezas para ganar á los atenienses y escitarlos á la rebelion. Pisistrato se vió obligado á huir segunda vez de Atenas, y se refugió á la isla de Eubea. Despues de once años de destierro, habiéndose declarado en favor suyo algunas ciudades marítimas, reunió tropas, sorprendió á Atenas y entró en ella como vencedor. En la embriaguez de su victoria hizo matar á Megácles.

Licurgo y sus principales partidarios. Esta crueldad se olvidó por la justicia con que gobernó despues.

La astucia, la osadía y el artificio le habian dado el trono; la moderacion se lo conservó. El pueblo se sometió á sus leyes, porque él las observaba con rigor; no volvió á abusar de su poder, i la suavidad de su dominacion merece ser imitada por los príncipes legítimos. Activo y popular, protector de la industria y de la agricultura, pobló los campos de muchos ciudadanos pobres que en Atenas solo servian de dar pábulo á las facciones. Construyó fuentes, templos y otros edificios públicos para dar alimento á la novelería de un pueblo indócil. Publicó una nueva edicion de Homero y regaló una librería á la ciudad de Atenas. Accesible á todos los ciudadanos, era dadivoso con unos, prestaba á los otros y prometia á todos: sus palacios y sus jardines estaban siempre abiertos al pueblo: sufria la censura y perdonaba las injurias. Unos jóvenes embriagados insultaron una vez á su muger, y cuando pasaron los humos del vino le pidieron llorando un perdon dificil de conseguir: »estais equivocados, les dijo Pisistrato, mi muger no salió ayer en todo el dia." Un jóven quiso robar su hija, y como le incitase su familia á la venganza, dijo: »si aborrecemos á los que nos aman demasiado, ¿qué guardamos para los que nos

aborrecen?" y dió su hija por esposa á aquel joven. Algunos de sus amigos antiguos se sublevaron contra él y se retiraron á un castillo. Fue á buscarlos sin guardia y con su equipage: »vengo, les dijo, á que me persuadais á quedarme con vosotros, sino puedo persuadiros á que os volvais conmigo." Sin embargo de la dulzura de su gobierno, el espíritu democrático estaba tan arraigado, que los atenienses sufrieron siempre con impaciencia el dominio de un monarca. El reinado de Pisistrato fue largo y tranquilo. Murió treinta y tres años despues de su usurpacion, de los cuales pasaron diez y siete en una paz profunda. Heredaron su poder Hiparco é Hipias.

Hiparco é Hipias. (A. M. 3478. A. J. 526). Los hijos de Pisistrato, aunque no tan hábiles como su padre, gobernaron con la misma prudencia. Ambos protegian las letras y Anacreonte y Simonides, llamados por ellos á Atenas, recibieron grandes honores y regalos. Creian con razon que no es posible suavizar las costumbres de un pueblo sin ilustrarlo, y asi se dedicaron á mejorar la instruccion pública, multiplicaron los ejemplares de Homero, é hicieron grabar en los pedestales de las estatuas de Minerva que habia en las plazas. las máximas en que el pueblo pudiese aprender los pensamientoa de los sabios y los rudimentos de la moral. Su tiranía

no semejaba á la de otros usurpadores: imitando la modestia de Pisistrato, no tomaron el título de reyes, se contentaron con ser los primeros ciudadanos de la república y observaron fielmente las leyes de Solon. El mismo Pisistrato acusado de un homicidio, se habia sometido al juicio del areópago. Aunque se creian descendientes de los antiguos reyes de Atenas, dejaron á los magistrados sus prerogativas. Cobraron un impuesto de la vigésima parte del producto de las tierras; mas lo consagraron á las necesidades públicas y no á sus gastos personales; aunque ejercian un poder absoluto, lo ocultaban bajo formas legales.

A Hiparco se le acusaba de ser amigo de los placeres; vicio que hubiera corrompido mas bien que sublevado al pueblo. Pero cometió una injusticia que escitó el ódio y causó su perdicion. Dos jóvenes ciudadanos de Atenas, llamados Harmodio y Aristogiton, unidos por la amistad y aun mas por su ardiente amor á la independencia, proyectaron la muerte de los dos tiranos con el fin de restablecer la libertad y vengar una injuria que Hiparco habia hecho á la hermana de Harmodio, echándola de una ceremonia pública. Para ejecutar esta empresa, ocultan sus puñales entre ramos de mirto y entran en el templo de Minerva, donde los príncipes celebraban un sacrificio. Allí debian esperar que se les reu-

niesen los demas cómplices; pero viendo que Hipias hablaba en voz baja á uno de los conjurados, se creyeron vendidos, se entregan á su furor, se arrojan sobre Hiparco que estaba cercano á ellos y le unden los puñales en el seno. La guardia mató en el momento á Harmodio. Aristogiton fue preso; y puesto en el tormento, en lugar de nombrar á sus verdaderos cómplices, acusó á los amigos de Hipias, que sin mas exámen los hizo morir. «¿Tienes otros malvados que denunciarme?» le dijo. «No, le respondió el jóven ya moribundo: no me falta nadie sino tú. Llevo á la tumba el placer de haberte engañado é impelido á que degüelles á tus mejores amigos.»

Restablecimiento de la democracia. Desde entonces Hipias, escuchando solo al miedo, el mas funesto de los consejeros, fue detestado por sus injusticias y crueldades. Su gobierno violento y por lo mismo poco durable, cayó á pesar del apoyo que habia adquirido, dando su hija por esposa al rey de Lampsaco. Los alcmeonidas, familia poderosa en Atenas, desterrada por la de Pisistrato, gozaban en Grecia de mucha nombradía, porque Clistenes su gefe, habiendo obtenido de los anfictiones el encargo de construir un nuevo templo en Delfos habia empleado sus riquezas en embellecer este edificio. La fitonisa de Apolo, aficionada á los alcmeonidas por esta generosidad, siempre que los lacedemonios consultaban el oráculo,

les respondia que no esperasen felicidad en sus empresas hasta que restableciesen en Atenas la libertad. Esta astucia produjo su efecto. Lacedemonia dió tropas á los alcmeonidas para que volviesen á su patria; y aunque vencidos por Hipias en el primer combate, hicieron en el segundo prisioneros á sus hijos, y le obligaron para rescatarlos á abdicar su autoridad y salir del Atica. Habia reinado diez y ocho años. Pasó al Asia y se estableció en Sigeo, ciudad de la Frigia situada en la orilla del Escamandro. Asi recobró Atenas su libertad en la misma época que los reyes fueron desterrados de Roma (A. M 3496. A. J. 508).

Los atenienses libertados hicieron honores casi divinos á Harmodio y á Aristogiton. Sus estátuas, erigidas en la plaza pública, mantuvieron en los ánimos el odio á la tiranía y el amor de la independencia. En las fiestas públicas se cantaba en honor de aquellos jóvenes un himno que nos ha transmitido Ateneo, y que es un monumento de las ideas y costumbres de Atenas en el siglo de Solon. He aqui su traduccion.

«Yo llevaré mi espada cubierta de hojas de mirto como Harmodio y Aristogiton cuando mataron al tirano y establecieron en Atenas la igualdad de las leyes.»

«Caro Harmodio, no has muerto todavía: se dice que estás en las islas de los bienaventurados con Aquiles el de los pies lige-

ros, y Diomedes, el valiente hijo de Tideo."

"Yo llevaré mi espada cubierta de hojas de mirto, como Harmodio y Aristogiton cuando mataron al tirano y establecieron en Atenas la igualdad de las leyes."

"Eterna sea vuestra gloria, caro Harmodio, caro Aristogiton, porque dísteis muerte al tirano y establecísteis en Atenas la igualdad de las leyes."

Atenas inmortalizó tambien la accion de una cortesana llamada Leona, cómplice de la conjuracion y amiga de los dos gefes. Hipias la hizo poner en el tormento; Leona calló con una constancia invencible y se cortó la lengua con los dientes, porque la violencia del dolor no la obligase á prorrumpir en alguna espresion que declarase su secreto. Los atenienses no se atrevieron á erigir estátua á una muger pública y mandaron esculpir una leona sin lengua. En fin, mucho tiempo despues sabiendo que una nieta de Aristogiton vivia pobremente en la isla de Lemnos, el pueblo la hizo venir á Atenas, la dotó y la casó con un ciudadano muy rico.

La usurpacion es condenable, y merece alabanza el amor de la patria y de las leyes. Sin embargo la historia que nunca debe separar la gloria de la moral, comete una falta muy peligrosa sino hace conocer á la juventud que la lee, cuán contrario es á la razon y á la humanidad el elogio, hecho por el cana-

siasmo de las acciones reprobadas por la virtud. El que pelea contra un tirano puede adquirir una gloria sin mancha; pero ocultar el puñal entre el mirto, asesinar en lugar de vencer y denunciar á hombres inocentes, son actos á los cuales daremos siempre el nombre de crímenes; y á pesar de las elocuentes alabanzas de los escritores antiguos y modernos, la nobleza del fin no justificará nunca la infamia de los medios (1).

Atenas recobró la libertad y perdió el sosiego. Clisténes é Iságoras se disputaban la autoridad: cada uno tenia partidarios. Clisténes triunfó é hizo algunas mudanzas en la constitucion. La principal fue la ley del ostracismo, que concedia al pueblo la facultad de desterrar por diez años al ciudadano que sus riquezas ó mérito hiciesen sospechoso. Se dió á esta especie de juicio el título de *ostracismo*, porque los ciudadanos escribian en una concha el nombre del que querian desterrar. Iságoras imploró el ausilio de los lacedemonios: Cleómenes, rey de Esparta, vino con un ejército, y obligó á salir de la ciudad á Clisténes, á los

(1) El mal estaba en la ley de Solon, que mandaba como un deber el asesinato de los *usurpadores*, haciendo de este modo á un particular juez de la causa pública; pues le daba el derecho de *acusar* y *decidir* ante sí mismo si era ó no usurpador el asesinado.

Regla general: es perversa y antimoral toda ley que permita á los particulares ejercer por su mano la accion de los magistrados. (*N. del T.*)

alcmeónidas y á setecientas familias de su partido. Los desterrados juntaron tropas, vencieron á sus contrarios y recobraron su patria y sus bienes. Los lacedemonios, que habian sabido ya la astucia de Clisténes para forzar al oráculo de Delfos, irritados de esta superchería y envidiosos de Atenas, cuyo poder iba á aumentarse con la libertad, formaron el proyecto de restablecer á los pisistrátidas, y á este fin hicieron que Hipias viniese á Esparta; mas no podian ejecutar este designio sin el consentimiento y socorro de sus aliados Reunidos los diputados de las ciudades del Peloponeso, la elocuencia de Cleómenes hizo una grande impresion en los ánimos; pero Sosicles, diputado de Corinto, censuró en los lacedemonios que quisiesen establecer en Atenas la misma tiranía que odiaban en Esparta: describió los males que Corinto habia sufrido bajo el dominio de los usurpadores y conjuró á las ciudades libres que renunciasen al injusto proyecto de tiranizar á otra ciudad. Todos los diputados se rindieron á estas razones, y el designio de los lacedemonios no produjo mas efecto que el de hacer manifiesta su envidia. Hipias se volvió al Asia á la corte de Artafernes, sátrapa de Lidia. Rompiendo todos los lazos que le ligaban á su patria, empleó los recursos de su habilidad y elocuencia para mover á Darío, rey de Persia. á dirigir sus armas contra Atenas, cuya posesion someteria toda la Grecia. El orgu-

lloso sátrapa mandó á los atenienses que devolviesen á Hipias la autoridad. La república se negó á someterse á la influencia estrangera, y esta fue una de las causas que dieron orígen á la guerra entre persas y griegos.

CAPITULO XVIII.

Cuadro de las costumbres, culto y conocimientos de la Grecia en sus dos primeras edades.

Argos. Creta. Tesalia. La Fócide. Costumbres de los griegos. Doctrina de Orfeo. Religion de los griegos. Creencia de la inmortalidad del alma. Errores de la religion griega. Conocimientos de la Grecia. Sus poetas y filósofos. Lino. Museo. Orfeo. Hesiodo. Homero. Arquíloco. Alceo, Safo. Tespis. Simónides. Anacreonte. Tales. Solon. Quilon. Pitaco. Biante. Cleóbulo. Anacarsis. Esopo. Banquete de los siete sabios.

Argos. El reino de Agamenon que habia dominado la Grecia tantos años, perdió su esplendor cuando dejó de tener reyes. La república de Argos, destrozada por las facciones, cayó bajo la tiranía de Fedon, descendiente de Hércules; pero se restableció, cuando este murió,

el gobierno democrático. Los argivos, mal gobernados siempre, fueron desgraciados en el interior y sin influencia en el esterior. Micenas, Asina y Nauplia se hicieron independientes: Tirea y otras plazas cayeron en poder de los lacedemonios, y Hermione y Epidauro formaron repúblicas separadas.

Creta. En esta isla despues de la muerte de Idomeneo, que fue su rey en tiempo de la guerra de Troya, se abolió la monarquía como en los demas pueblos de Grecia. Los cretenses tuvieron bajo el régimen republicano reputacion de escelentes soldados: sus flecheros eran los mejores que se conocian. Pero se abolió la legislacion de Minos, que habia servido de modelo á las de Solon y Licurgo; y el pueblo cretense, desgraciado en su pais y despreciado en los demas, se desconceptuó por su mala fe hasta tal punto que su nombre era una ofensa.

Tesalia. La Tesalia, igual á la Arcadia en los favores de la naturaleza, no gozó como esta provincia de los beneficios de la paz. El delicioso valle de Tempe no preservó á sus pastores de los males de la guerra. La patria de Aquiles debia ser belicosa, y sin embargo la caballería tesala, que era la fuerza principal de los ejércitos griegos, contribuyó menos á la gloria de su pais que á la de otros pueblos cuyo sueldo devengó sucesivamente.

La Fócide. Los foceos, vecinos de la Tesalia, le hacian contínua guerra. Los tésalos ven-

cian en sus llanuras y eran batidos en las montañas de la Fócide, cuyos intrépidos habitantes resistieron tambien á toda la Grecia determinada á castigarlos porque habian laboreado un terreno consagrado á Apolo. Tenian en medio de su pais el templo de Delfos; mas no supieron sacar partido de esta ventaja para hacer su territorio sagrado é inviolable; y en vez de buscar su seguridad en la religion, atrajeron sobre sí la ira de los demas griegos por su impía codicia. Su obstinacion fue célebre bajo el nombre de *desesperacion focea*, porque en muchas ocasiones prefirieron su muerte y la de sus familias á sufrir la ley del vencedor.

Tal era al fin de la segunda edad de la Grecia la situacion de sus diferentes pueblos, amantes todos de la gloria, la independencia y la democracia. Este amor, agitando los espíritus y electrizando las almas, poblaron en breve aquel pequeño pais de tantos hombres grandes que él solo merece mas páginas á la historia que los imperios mas grandes: despues de tres mil años, llena todavía el mundo de los recuerdos mas brillantes y gloriosos. En la primera edad, en que los pelasgos recibieron de Egipto los primeros elementos de la civilizacion, la luz penetró lentamente en aquellas almas selváticas, y las costumbres conservaron por muchos años la rusticidad primitiva. La fuerza era entonces el mérito y el derecho: no tenian nombre para la **virtud**, y la significaban con

la palabra *arete*, que quiere decir *valor*. Trataban á los vencidos con ferocidad, y la esclavitud fue una mitigacion de su bárbara política, pues evitaba la muerte de los prisioneros.

Costumbres de los griegos. Los griegos fueron belicosos muchos siglos antes de conocer el arte de la guerra: la fuerza corporal decidia las batallas, que eran solo la reunion de varios combates singulares. Los tésalos, que fueron los primeros en domar caballos, recibieron con el nombre de *centauros* honores casi divinos. Su primer máquina de guerra fue el caballo de Troya. El principal objeto de la guerra era el saqueo: los buques griegos, canoas: sus años de tres, cuatro y seis meses: tanta era la ignorancia en astronomía. La seguridad personal no tenia defensa contra el fuerte que juntaba riquezas robando. El violador, el adúltero y el homicida eran castigados con una multa. Los príncipes no eran mejores que sus vasallos: injuriaban al enemigo antes de pelear con él y ultrajaban el cadáver del vencido. Las princesas iban á lavar sus vestidos á la fuente, y Agamenon, el rey de reyes, mataba un toro, lo asaba, lo despedazaba y le servia la espalda á su convidado Ayax.

Los primeros que se ilustraron fueron los griegos establecidos en el Asia menor, y siguieron sus pasos los de Europa con mucha lentitud. El ilustre Homero no fue conocido en Atenas y Esparta hasta trescientos años despues

de la guerra de Troya. Pero el hermoso sol de la Grecia no podia iluminar siempre á una nacion grosera: aquel suelo que presenta vistas tan variadas, solo esperaba un rayo de luz para despertar la imaginacion de sus habitantes, y para hacerla mas rica, agradable y activa que las de los otros pueblos del universo. Los griegos, saliendo de sus bosques umbrosos, se reunieron en las llanuras, se derramaron por las orillas de los rios, se asociaron en las ciudades. El dulce calor del clima electrizó su ingenio, dió colorido á sus ideas y adornó su idioma con espresiones figuradas. Encantados con la hermosura que presentaba á sus ojos un pais tan delicioso, adoraron la causa productora de tantas maravillas. La admiracion y la gratitud renovaron la idea casi borrada de Dios. Aristóteles dice que la tradicion de los hombres mas antiguos enseña que «Dios es el criador y conservador de todas las cosas: que ningun ser de la naturaleza puede mantener su existencia propia sin la proteccion constante de Dios; y de aqui se ha inferido que la naturaleza estaba llena de dioses que todo lo veian, oian y moderaban. Esta opinion es conforme al poder, mas no á la esencia de la divinidad. No hay mas que un Dios, pero ha recibido muchos nombres, segun los diversos efectos que produce.»

Doctrina de Orfeo. Orfeo habia enseñado esta sublime filosofía que las fábulas de los

otros poetas hicieron olvidar despues. De él se ha conservado este pasage citado por Proclo: «todo lo que es, ha sido y será, estaba contenido en el seno fecundo de Júpiter. Júpiter es el primero y el último, el principio y el fin, y de él se derivan todas las cosas.» La imaginacion griega dió un alma á cada objeto, atendió mas á los poetas que á los sabios, al sentimiento que á la razon, y pobló la tierra de dioses y el cielo de pasiones. «Entonces, como dice el abate Barthelemy, se formó esta filosofía, ó mas bien esta religion pagana, mezcla confusa de verdades y mentiras, de tradiciones respetables y de ficciones risueñas: sistema que halaga los sentidos y rechaza el entendimiento, y que respira el placer preconizando la virtud.»

Religion de los griegos. Asi se divinizó la naturaleza, y las fábulas de Hesiodo y Homero fueron la religion de los griegos. Segun esta creencia, una fuerza infinita, una luz pura, un amor divino que estableció la armonía universal, sacó el universo del caos y crió los dioses y los hombres que se disputaron el mando. La tierra hizo la guerra al cielo; los titanes atacaron á los dioses; estos fueron vencedores y subyugaron á los hombres para siempre. La familia inmortal se multiplicó. Saturno, hijo del cielo y de la tierra, tuvo tres hijos que repartieron entre sí el universo. Júpiter dominó en el cielo, Neptuno en los

mares y Pluton en los infiernos. Los demas dioses ejecutaban las órdenes de los principales; Vulcano gobernaba el fuego, Ceres las mieses, Marte la guerra, Venus los amores y Minerva las ciencias. Mercurio conducia los oradores á la tribuna y las sombras al Tártaro. Temis sostenia la balanza de la justicia; Júpiter lanzaba el rayo para aterrar á los criminales: su córte, centro de la luz eterna, era la mansion de la felicidad. Cada rio tenia su dios, cada fuente su nayade. Baco animaba la alegria de las vendimias; las Gracias derramaban sus hechizos en las facciones de la hermosura y en los escritos de los poetas: Apolo y las musas animaban el genio: Vulcano forjaba armas: Momo y la Locura favorecian la alegria: los rayos de Diana iluminaban dulcemente la obscuridad de la noche, y las adormideras refrigerantes de Morfeo hacian olvidar á los hombres sus afanes y penas, escepto las del remordimiento. Los hombres recibian de los dioses todos los bienes y los acusaban de ser autores de todos los males. Los dioses castigaban los delitos con el infortunio. Los griegos, creyendo que las deidades eran semejantes á los hombres, les atribuyeron una felicidad igual á la que es comunmente objeto de nuestros deseos. El cielo, tuvo pues, sus fiestas y banquetes; Hebe, diosa de la juventud, distribuia la ambrosía y el nectar á los dioses: la lira de Apolo hacia

resonar el Olimpo con sus acentos celestiales: la Aurora abria las puertas del cielo por la mañana y esparcia por la tierra el fresco ambiente, el perfume de Flora, diosa de las flores, y de Pomona, diosa de los frutos. Febo, subiendo en el carro del sol, inundaba el mundo con los raudales de su lumbre; y cuando Eolo, dios de los vientos, preparaba las furiosas tempestades y espantaba las driadas y los silvanos, divinidades de los bosques; la ligera Iris, brillante mensagera de Juno, anunciaba á la tierra en los vivos colores de sus vestigios, la vuelta de la serenidad y de la bonanza. Los dioses, siempre presentes, inspiran las virtudes, y los vicios dirigen las inclinaciones del hombre, son testigos de sus acciones y leen su corazon. Asi muchas divinidades combaten en el ánimo de los mortales. Unas lo separan de la virtud, otras lo inclinan á ella, hasta que la muerte y las Parcas terminan esta lid con su inexorable guadaña y su tijera. Entonces Mercurio deja de favorecer el robo. Venus no sonrie á los placeres. Marte no escita á las batallas y las leyes de Júpiter se ejecutan. El hombre atraviesa la Estigia en la barca del anciano Caronte, y entra en el sombrío reino de Pluton. Minos, Eaco y Radamanto le juzgan en el inflexible tribunal del Averno. Si ha obrado con justicia durante su vida, es conducido á los bosques amenos del Elisio, donde goza de una paz inalterable, de

una primavera eterna, en medio de héroes virtuosos, hermosuras fieles, monarcas bienhechores, sabios respetados, oradores y poetas célebres; y allí encuentra sin mezcla alguna de temor ó de mal, las dulzuras del casto himeneo, las confianzas de la tierna amistad, los afectos inocentes, los juegos, las ocupaciones y ejercicios que le agradaban mientras vivia. Pero si ha cometido crímenes, la implacable Nemesis, deidad de las venganzas, se apodera de su corazon; las horrendas furias le hieren con sus azotes, le destrozan con sus serpientes, le arrojan en los abismos del infierno, y allí le atormentan con los mas crueles suplicios.

Creencia de la inmortalidad del alma. Se ve, pues, que los griegos, discípulos de los egipcios, creian la inmortalidad del alma. En su opinion, la mente ó el alma espiritual estaba envuelta, durante la vida, en un alma sensitiva, material, sutil y luminosa, imagen perfecta, y por decirlo así, sombra del cuerpo. Despues de la muerte, el alma intelectual se reunia en el cielo á la luz divina de donde habia emanado, y el alma sensitiva, conducida por Mercurio, bajaba á los infiernos, donde recibia el premio de sus virtudes ó el castigo de sus maldades. Muchos creian que al cabo de un gran número de siglos, las sombras bebian las aguas del Leteo, y volvian á la tierra á vivir otra vez.

Errores de la religion griega. Los premios y los castigos eran sensuales en esta religion. Los dioses tenian las mismas pasiones que los hombres. La Discordia los dividia, el amor los atravesaba con sus flechas y los obligaba á transformarse en mortales para unirse con los objetos de su pasion. Júpiter sedujo á Danae, persiguió á Io, robó á Europa, engañó á Alcmena, de la cual tuvo á Hércules. Los celos escitaban á Juno á la venganza; Vulcano era deshonrado por Venus que adulteraba con el dios de la guerra, y aun la casta Diana se enamoró del bello Endimion. Las guerras de la tierra se repetian en los cielos. Minerva, Apolo, Venus y Juno combatian, unos para destruir, otros para salvar á Troya, hasta que Júpiter, monarca del universo, que á una señal de su cabeza estremecia el Olimpo, juntaba el numeroso consejo de los dioses, pronunciaba la sentencia dictada por el destino, y obligaba á los demas númenes á someterse á ella. Asi la religion de los griegos, inconsecuente en su sistema, mezclaba muchos errores funestos á un corto número de verdades útiles. Animaba el universo, pero alteraba su economía, y si por una parte enseñaba la existencia de la divinidad y la inmortalidad del alma, si prometia recompensas á la virtud y castigos al crímen, por otra favorecia las pasiones culpables y divinizaba los vicios. Este culto corrompido debia producir una mo-

ral relajada; pero presentaba á la política grandes medios para aprovecharse de la credulidad de los pueblos. Los entretenia con fiestas; los atemorizaba con misterios; les inspiraba ya miedo, ya confianza con los oráculos. La imaginacion, no teniendo un principio cierto que la reglase, tampoco sufria límites. Nada era razonable y todo maravilloso; y aquellas naciones heróicas parecian unos niños de gran talento, pero crédulos, divertidos con fábulas, y gobernados por una religion poética. La historia no fue para ellos sino un drama, cuya intriga maravillosa y llena de milagros, era dirigida por el destino y desenlazada por la intervencion de algunas deidades del olimpo.

Este cuadro, ó mas bien este diseño de la religion de los griegos, dá á conocer la influencia que tuvo en su carácter y acciones. Los pueblos, entregados á principios tan contradictorios, y á su imaginacion estraviada por tantas fábulas, vivian en un mundo de prestigios, y debian ofrecernos el espectáculo de las luces mezcladas con la ignorancia, la prudencia con la locura, el heroismo con la superaticion, las virtudes con las pasiones: espectáculo agradable al ingenio, aunque ofenda á la razon, y que en siglos de mas juicio, y á pesar de la severidad de la religion verdadera y de una moral ilustrada, exalta todavía nuestros pensamientos, se representa por el pincel de los pintores y en los cantos de los poetas,

y alhaga siempre nuestra memoria, por la misma razon que los hombres ancianos gustan de recordar las fabulas que rodearon su cuna, y los juegos que divirtieron su infancia.

Conocimientos de la Grecia. Algunos sábios, dejando para el pueblo las fábulas y los prodigios, estudiaban la naturaleza y buscaban la verdad. Ningun filósofo de los siglos modernos los ha escedido en aquella parte de la moral que enseña á mantener la tranquilidad de ánimo, y coloca la felicidad léjos de los escesos. Sus escritos son una fuente fecunda de donde beben con utilidad todos los moralistas cuando quieren pintar y combatir las pasiones. Pero su metafísica, sus esplicaciones de creacion, del destino y de los fenómenos intelectuales no se fundan en ningun principio cierto, y aunque brillan con los colores del ingenio, no satisfacen á la razon. Sus sueños filosóficos son tan estravagantes como la teogonía poética, y la mitología popular, objeto de su culto público y de su secreto menosprecio. Tres siglos despues de la ruina de Troya no quedaban en Grecia vestigios de barbarie; la civilizacion, las letras y las artes, habian hecho progresos rápidos; en todas partes se veían ciudades edificadas, templos construidos, códigos establecidos, altares humeando con el incienso de los sacrificios, pomposas ceremonias. y juegos célebres y concurrencia de estrangeros. La independencia, fortificaba los

ánimos; las artes suavizaban las costumbres; en la tribuna se oian discursos elocuentes; los escritos ingeniosos de muchos filósofos se leian en todas las escuelas, y aficionaban la juventud á las letras y á la oratoria. Los edificios públicos estaban adornados con las imágenes de los dioses y los héroes que daban vida al lienzo y al mármol, y la Grecia en un corto número de siglos, bajo el imperio de un clima suave y de una fantasía risueña, vino á ser un pais encantado donde se reunia todo lo que puede vigorizar el alma, exaltar al ingenio y alhagar los sentidos Al fin de la segunda edad contaba mas sábios y héroes que los antiguos imperios de oriente, de donde habia recibido las luces.

Sus poetas y filósofos. Lino, Museo, Orfeo, Hesiodo. Hemos dado á conocer los héroes de los tiempos fabulosos y del primer periodo histórico; pero antes de combatir con los persas, tenia la Grecia tambien poetas famosos y filósofos célebres. De Lino y Museo conocemos solo los nombres, y pocos versos de Orfeo han llegado hasta nuestros tiempos. Hesiodo cantó los campos y la agricultura. No conocemos los dioses del olimpo, sino por la *teogonía* de este poeta, y su escudo de Hércules es tan célebre como los trabajos de aquel semidios.

Homero. Homero, anterior á la era de las olimpiadas, fue el primero de los grandes poe-

tas y todavía les sirve de modelo. La *Odisea* cuenta los viages de *Ulises*, despues de la ruina de Troya: el asunto de la *Iliada* es el enojo de *Aquiles*, tan funesto á los griegos. Alejandro Magno decia que estos dos poemas eran las obras mas sublimes del espíritu humano. Ciceron pone á Homero entre los grandes pintores: Horacio lo prefiere á los mas profundos filósofos, y Quintiliano le juzga superior á los mas ilustres oradores. El cinto de Venus, la tierna despedida de Hector y Andromaca, el dolor de Priamo cuando templa con sus lágrimas los furores de Aquiles, los ruegos personificados que mitigan la venganza del señor de los dioses y otras muchas ficciones admirables, adornadas de una elocuencia divina, cuya gracia no podemos percibir sino imperfectamente, merecieron á este hombre estraordinario el hermoso título de *príncipe de los poetas*, que ningun genio ha podido disputarle hasta ahora. Perdió la vista, y vivió pobre. Todos los siglos han repetido sus versos, é ignoramos cual fue su patria. Muchas ciudades de Europa y Asia se han disputado el honor de haber sido su cuna.

Arquiloco. Páros, se jactaba de ser patria de Arquiloco, poeta enérgico y licencioso, inventor del verso yámbico.

Alceo. Alceo, natural de Mitilene, la ennobleció con sus poesías líricas. Apasionado por la libertad, hizo sátiras crueles contra el

tirano de Lesbos. Quintiliano hallaba alguna semejanza entre su estilo y el de Homero.

Safo. Safo brilló en la misma ciudad y en la misma época: el amor fue causa de su genio y de sus infortunios. Ningun poeta ha pintado mejor las pasiones: el esceso de las suyas manchó su fama.

Téspis. Téspis, contemporáneo de Solon, inventó la tragedia. Sus actores ambulantes representaban sobre carros entarimados, é interesaban por la narracion de hazañas heróicas que interrumpia el canto del coro. Recorió la Grecia y difundió los gérmenes y la aficion de las fábulas dramáticas, que con el tiempo fueron el objeto de la pasion de los griegos, influyeron en sus costumbres y contribuyeron á su gloria.

Simónides. Simónides se distinguió igualmente como poeta elegiaco y como filósofo. Hieron le dijo que diese una definicion capaz de esplicar la esencia de Dios; Simónides tomó un dia de término para responder, luego dos, luego cuatro, y en fin un número infinito, para probar la inmensidad del objeto que se habia propuesto á su meditacion. Habiéndose embarcado con unos mercaderes, se admiraban éstos de verle viajar sin equipage. El bajél naufragó, y Simónides les dijo: «Vosotros »quedais arruinados, y yo no he perdido na»da, porque llevo conmigo todos mis bienes.»

Anacreonte. Anacreonte floreció en la

olimpiada 72: era natural de Teos, ciudad de Jonia. Consagró su vida y su estudio al placer. Cantó hasta la edad de cerca de cien años el vino. el amor y los regocijos. Este poeta amable fue el ornamento de la corte de Policrates, tirano de Samos y de Hiparco, de Aténas. Mientras que la poesía cantaba las maravillas del cielo y la tierra, la filosofía se empeñaba en penetrar sus causas. Los filósofos griegos, entre los cuales se distinguian siete con el glorioso título de los *siete sábios*, se empleaban tambien en demostrar los principios de la política, las reglas de la moral y los elementos de la física.

Tales. Tales, gefe de la secta jónica, dijo que el agua era el principio universal de que se habia servido la inteligencia divina para formar el universo. Era grande matemático y astrónomo para su siglo; pues determinó la duracion del año solar, predijo el eclipse de sol que hubo en el reinado de Astiages, rey de Média, y midió la altura de las pirámides por la comparacion de la sombra de éstas con la de su cuerpo. Daba gracias á los dioses, principalmente por tres cosas: por haberle hecho hombre y no bruto, varon y no muger, griego y no bárbaro. Su madre le instaba que se casase: la primer vez dijo que era demasiado temprano, y algunos años despues que ya era tarde. Observando los ástros, cayó en un pozo, y una vieja le dijo: «No conoces

»lo que está á tus pies, y quieres saber lo »que pasa en los cielos.

Solon. El legislador de Atenas fue uno de los siete sábios. Sus respuestas ingeniosas y profundas fueron tan célebres como sus leyes. Creso, rei de Lidia, quiso deslumbrarle con el esplendor y felicidad del trono. Solon despreció la opulencia y dudó de la constancia de la fortuna. «No se puede decir, concluyó, »si un hombre es dichoso ó desgraciado hasta »que muere.» Creso vencido, destronado y próximo al suplicio, se acordó de esta máxima de Solon; su recuerdo hizo impresion en Ciro, y salvó la vida del Rey cautivo.

Quilon. Quilon, natural de Esparta, dudaba tambien de la felicidad de los mortales. Preguntándole Esopo en qué se entretenia Júpiter, respondió: «en humillar á los que se »ensalzan y en ensalzar á los que se humi»llan.» Su filosofía no le habia enseñado á dominar sus pasiones; pues murió de alegria en Pisa, viendo el triunfo de su hijo que habia conseguido el premio del pugilato en los juegos olímpicos.

Pitaco. Pitaco de Mitilene, desterrado con Alcéo de Lésbos, arrojó de aquella isla al tirano que la oprimia. Algun tiempo despues hubo una guerra entre Aténas y Mitilene. Pitaco para evitar la efusion de sangre de sus conciudadanos, desafió á Frinon, general de los atenienses, y lo mató. Los habi-

tantes de Lésbos, agradecidos, le dieron la corona. Alcéo, enemigo de toda monarquía, le acometió y fue hecho prisionero. Pitaco le dió la libertad, reinó diez años con moderacion, y abdicó el cetro. Decia, que un buen gobierno no es el que se hace temer; sino el que dá motivo para que los súbditos teman su caida.

Biante. Consultado por los sabios y legisladores de su tiempo tuvo la gloria de salvar á Priene, su patria, haciendo que el Rey de Lidia levantase el cerco que la tenia puesto.

Cleóbulo Cleóbulo fue la gloria de Rodas, su patria. La historia no ha conservado sus obras; pero basta para su reputacion saber que cuando Solon se desterró de Aténas, buscó un asilo en su casa.

Las costumbres de estos tiempos pueden esplicarnos la futilidad de las cuestiones y enigmas que los sabios y reyes de la Grecia proponian y resolvian por diversion Biante se hallaba convidado á la mesa de Periandro, tirano de Corinto, cuyo talento hizo que se le colocase en el número de los sabios, á pesar de su usurpacion, su inhumanidad y sus injusticias. Llegó una carta de Amasis, Rey de Egipto, en que preguntaba á Biante cómo responderia al rey de Etiópia, que le proponia darle diez ciudades de su reino, si se bebia todo el agua del mar, ó si no podia hacerlo, que Amasis le diese diez ciudades de Egipto. Biante respondió: « Aceptad la » proposicion, con tal que el Rey de Etiópia de-

»tenga el curso de los rios; pues la apuesta no »es beber el agua de éstos, sino solamente la »del mar."

Anacarsis. Anacarsis, nacido en el pais de los escitas, á quienes Homero llama *la nacion justa*, fue adoptado entre los sabios á pesar de su orígen. Compuso un poema sobre el arte militar y la historia de los Reyes de Escitia. Un ateniense le echó en cara la barbarie de su pais. «Si mi patria, replicó el escita, me deshonra, »tú deshonras la tuya." Decia á Solon, que sus leyes eran como las telas de araña en que se enredan los insectos pequeños, pero los grandes las rompen. Creso queria hacerle grandes regalos: él los rehusó diciendo, que no viajaba para adquirir bienes sino conocimientos.

Esopo. El frigio Esopo fue el padre de la fábula. Era esclavo; y el apólogo, que cubre la verdad para que el poder la oiga, es la literatura de la servidumbre. Era tan feo que nadie le queria comprar; pero el filósofo Janto conoció su valor y pagó su precio. Un dia le mandó su amo que trajese del mercado lo mejor que hubiese para comer, y todos los platos fueron lenguas condimentadas de diversos modos. Janto se admiró, y Esopo le dijo: «nada hay mejor que la lengua: es el lazo de la »vida civil, la llave de las ciencias, y el ór»gano de la verdad: con ella se instruye y go»bierna á los hombres, y se alaba á los dioses." Al otro dia le mandó el amo traer lo peor que

hubiese, y volvió á traer lo mismo, diciendo que la lengua era lo mas malo que habia en el mundo, madre de las querellas, alimentadora de pleitos, fuente de guerras, órgano de la mentira, la calumnia y la blasfemia. Cuando fue libre, se presentó en la corte de Creso, donde al principio fue despreciado por su fealdad: bien pronto hizo entender á todos que no debia estimarse el vaso por su figura, sino por el licor que contenia. Fue agente de muchos príncipes: estuvo en Aténas en tiempo de Pisistrato, y aconsejó la resignacion á los atenienses que llevaban impacientemente el yugo, con la fábula de las *ranas*, que pidieron un rey á Júpiter. Creso le habia encargado que llevase dinero á Délfos. Esopo se lo remitió diciéndole, que aquel pueblo turbulento y corrompido era indigno de tal regalo. Los de Delfos indignados contra él le despeñaron de lo alto de una roca: atribuyóse á castigo de esta injusticia el hambre y la peste que desolaron poco despues aquel pais.

Banquete de los siete sabios. Estos sabios, que ilustraban los pueblos, se reunian algunas veces para conferenciar entre sí. Se ha conservado la memoria del famoso banquete que tuvieron en casa de Periandro. La cuestion principal que movieron fue: ¿cuál es el gobierno mas perfecto? Solon dijo: «aquel en que la injuria hecha á un particular interesa á todos los ciudadanos.» Biante: «donde la ley está

en lugar del monarca.» Tales: «donde los ciudadanos no son ni muy pobres ni muy ricos.» Anacarsis: «donde la virtud es honrada y el vicio despreciado.» Pitaco: «donde los empleos se dan siempre á los buenos y nunca á los malos.» Quilon: «donde se hace mas caso de la ley que de los oradores» Periandro: «donde la autoridad está entre las manos de un corto número de hombres virtuosos.»

Hemos descrito la infancia y educacion de la Grecia: en la tercera edad aparece ya en toda su fuerza, valor y sabiduría, llenando el orbe con el esplendor de su gloria.

CAPITULO XIX.

Tercera edad de la Grecia.

Causas de la guerra médica. Guerra Jónica. Espedicion de Mardonio. Milciades. Temístocles. Arístides. Batalla de Maraton. Espedicion de Gerges. Combate de las Termópilas. Combate naval de Artemisio. Incendio de Atenas. Batalla de Salamina. Batalla de Platea. Batalla de Micale. Traicion de Pausanias. Proscripcion de Temístocles. Cimon. Victorias de Cimon. Pericles. Paz de Cimon. Guerra de Corcira. Guerra del Peloponeso. Gloria literaria y artística de Atenas. Primera campaña. Pes-

te de Atenas. Toma de Potidea. Cleonte y Nicias. Combate de Sfacteria. Campaña del año 9. Combate de Anfipolis. Paz de Nicias. Alcibiades. Renovacion de la guerra. Guerra de Sicilia. Sitio de Siracusa. Desastre de los atenienses en Sicilia. Alcibiades en Sardes. Los cuatrocientos. Batalla de Abido. Reconquista del Helesponto. Alcibiades generalísimo. Lisandro. Batalla de las Arginusas. Batalla de Egos Potámos. Toma de Atenas. Los treinta tiranos. Trasíbulo. Retirada de los diez mil. Sócrates. Guerra de Chipre. Victorias de Dercilidas. Agesilao. Guerra en Grecia. Batalla naval de Egnido. Batalla de Coronea. Paz de Antálcidas. Pelópidas y Epaminondas. Libertad de Tebas. Combate de Tegira. Batalla de Leuctras. Batalla de Mantinea. Filipo de Macedonia. Demóstenes. Guerra Sagrada. Focion. Batalla de Queronza Alejandro Magno. Destruccion de Tebas. Espedicion de Alejandro al Asia.

CAUSAS *de la guerra médica.* Ciro habia fundado un imperio inmenso, que su familia no conservó largo tiempo. Un mago impostor lo usurpó despues de la muerte de Cambises hijo y sucesor de aquel héroe; pero descubierto y castigado el engaño. los grandes recibieron por rey de Persia á Darío, hijo de Histaspes. Su reino comprendia todo lo que hoy se

llama Persia y Turquía asiática. Su muger Atosa, hija de Ciro, por dar libertad á Democédes, médico griego, que á su pesar estaba detenido en Asia por orden del rey, pidió á su marido que emprendiese la conquista de Grecia, y que antes enviase de esplorador á Democédes. Darío convino en ello, y el médico logró escaparse de los oficiales persas que le acompañaban, y volver á su patria que era Crotona, ciudad de la magna Grecia. Esta intriga de palacio no dejó de tener influencia en la determinacion que tomó despues Darío de subyugar á los griegos. Pero otro suceso mas importante acabó de irritar los ánimos y encendió las llamas del rencor que abrasaron el oriente.

Guerra jónica. La isla de Naxos, una de las Cicladas, se hallaba turbada por las discordias que escitaba en todas las ciudades griegas la lucha interminable de pobres y ricos, de aristocracia y plebe. Esta venció y desterró de Naxos á los ciudadanos mas opulentos que se refugiaron á Mileto, ciudad que gobernaba entonces Aristágoras bajo la proteccion de la Persia, y le pidieron socorro para volver á entrar en su patria. Aristágoras, creyendo aquella ocasion oportuna para hacer á Darío el servicio de someterle las Cicladas, y en ellas un camino para la Grecia, propuso una espedicion que fue aprobada por el rey, y cuyo efecto infalible hubiera sido la sumision de Naxos, si el

general persiano de las tropas espedicionarias, irritado de estar á las órdenes de un jónio, no hubiese avisado secretamente á los de Naxos el riesgo que les amenazaba y quitado á Aristágoras los medios de sorprender la isla. No contento con esto atribuyó el mal suceso de la espedicion á una traicion del gobernador de Mileto, y Artafernes, sátrapa de Lidia, juró arruinarlo.

Aristágoras no encontró mas medio de salvacion que sublevarse. Abdicó la tiranía en Mileto, hizo que siguiesen su ejemplo los demas que protegidos por los persas dominaban las colonias griegas del Asia menor, escitó en estas el entusiasmo de la independencia, y las tropas persianas fueron echadas de las ciudades de Jónia y Eolia. Pasó despues á Europa á buscar ausiliares, y llegando á Esparta dijo al rey Cleomenes que era una empresa digna de un pueblo libre socorrer á los jónios oprimidos, anticiparse á los proyectos de Darío contra la Grecia y llevar la guerra al Asia en lugar de esperarla en Europa. Unos autores dicen que Cleomenes, persuadido de estas razones y ganado por un regalo de cincuenta talentos prometió hacer alianza con los jónios; pero otros, y esto es lo mas creible y mas conforme á las costumbres de Esparta, aseguran que mandó salir á Aristágoras de la ciudad, y aun añaden que Gorgo, hija de Cleomenes, que tenia solo ocho años y estaba presente á la con-

versacion, esclamó: *padre, huye de ese estrangero; sino, te pervertirá.* El hecho es que Aristágoras no obtuvo socorros de Lacedemonia. Los de Atenas le recibieron mucho mejor; por que estaban inquietos por la comision de Democédes, atemorizados por la espedicion de Naxos é indignados de las amenazas de Artafernes que queria restablecer á Hipias en el trono. Dieron, pues, á Aristágoras un cuerpo ausiliar y veinte bajeles.

El ejército confederado marchó á Sárdes, que Artafernes evacuó, no habiendo tenido tiempo para ponerla en estado de defensa. Un soldado jonio prendió fuego á una casa, y como todas eran de madera, se comunicó en breve y redujo á cenizas toda la ciudad. Los persas reunieron con prontitud un ejército que obligó á los confederados á retirarse. Aristágoras pereció en un combate cuando marchaba contra Bizanzio. Mileto fue sitiada, y aunque la confederacion juntó fuerzas considerables y trescientos cincuenta bajeles para defenderla, faltó la union por las intrigas, el oro é insinuaciones de los persas: estos, pues, se apoderaron de Mileto y pasaron á cuchillo todos los habitantes. Histico, tirano de Mileto y tio de Aristágoras, habia hecho un gran servicio á Dario en la guerra de los escitas, conservando la guardia del puente del Danubio, sin lo cual el rey y todo su ejército hubieran perecido. Durante la guerra jónica, estuvo siempre en

la corte, y las insinuaciones de Artafernes no pudieron quitarle la gracia del rey; pero despues de la toma de Mileto, juntó algunas tropas, penetró en Misia y fue vencido y preso por el sátrapa Hárpago y entregado á Artafernes que envió su cabeza á Dario.

Espedicion de Mardonio. La insurreccion de Jonia, el incendio de Sárdes y el deseo de restablecer á Hipias movieron á Dario á enviar una espedicion á Grecia, cuyo mando confió á su yerno Mardonio. Este pasó el Helesponto y la Tracia y llegó á Macedonia; pero una tempestad destruyó su escuadra junto al monte Atos; los tracios del Hemo sorprendieron de noche su campo é hicieron en él una gran matanza, y hubo de volverse al Asia menor. Este suceso debilitó el terror que inspiraba el poder colosal del gran rey y dió á los atenienses ánimo para resistir.

Los habitantes de la isla de Egina, situada en el golfo Sarónico, no lejos de Atenas, se habian sometido á los persas. Los lacedemonios indignados enviaron á Cleomenes para que prendiese á los magistrados que habian cometido aquella infamia. Los eginetas rehusaron entregarlos con el pretesto de que Cleomenes no traia consigo á su cólega Damarato. Acusóse á éste de haberles sugerido la tergiversacion, y como era ilegítimo, quisieron echarle del trono. La fitonisa de Delfos, ganada por Cleomenes, aconsejó en un oráculo

que se le depusiese y fue echado de Esparta. Buscó un asilo en Persia, donde fue amado y respetado y se conservó siempre fiel á su patria. Su sucesor Leotiquides, de acuerdo con Cleomenes, prendió diez ciudadanos de Egina y los entregó á los atenienses, que no queriendo limitar á tan corto número su venganza, atacaron por la mar á los eginetas. En esta guerra hubo diversos combates que nada decidieron, pero ejercitaron la marina de los atenienses y la pusieron en estado de medirse con la de los persas.

Milciades. Temistocles. Aristides. Desde la espulsion de los pisistratidas Atenas era feliz y floreciente, y producia grandes talentos en todos géneros. Distinguíanse entre sus conciudadanos Milciades, Aristides y Temistocles. Milciades juntaba á un valor heróico y á un carácter firme la esperiencia de la guerra y de los negocios. Habia sido gefe de una colonia que los atenienses enviaron al Quersoneso de Tracia. Mardonio le arrojó de allí cuando pasó á Europa á pesar de la gran resistencia que hizo. Su odio á los persas y su habilidad movieron á los atenienses á darle un grado superior en el ejército. Temistocles elocuente, esforzado, astuto, ambicioso, persuasivo y popular, conocia á todos los ciudadanos de Atenas y los servia en sus negocios para que le favoreciesen á él. Ningun hombre ha amado mas la gloria: ninguno ha atendido menos á

la justicia ó inmoralidad de los medios que empleaba para conseguir sus fines. Envidioso de todos sus rivales confesó que las hazañas de Milciades le quitaban el sueño. Aristides, tan hábil y valiente como sus dos émulos, les escedia en virtud: era aristocrata porque amaba el órden; partidario de las leyes de Licurgo, porque eran conformes á sus costumbres; severo y firme en sus principios, ni queria agradar á los demas, ni amaba mas que la justicia ni hacia servicios sino á la patria. Discípulo de Clisténes, el que arrojó de Atenas á los pisistratides, era el enemigo mas implacable de la tiranía y el apoyo mas firme de la libertad.

Darío, resuelto á subyugar la Grecia, envió reyes de armas á todas las ciudades para pedir *la tierra y el agua.* Egina, Tebas, Beocia, y casi todas las ciudades griegas temblaron, se sometieron y esperaron callados la decision de los acontecimientos. Temian la numerosa poblacion de los persas y las invasiones que se repetirian incesantemente: ademas la guerra no les parecia justa, porque los atenienses, quemando á Sardes habian ofendido á Dario. "El homenage, decian, que este monarca pide, no es una servidumbre: bajo su proteccion conservan las colonias griegas del Asia, aun despues de su rebelion, sus leyes, culto, libertad y propiedades." El temor sugeria pretestos para disculpar la cobardía, y sin las virtudes que Solon y Licurgo

inspiraron á los pueblos; la Grecia, vencida sin combate, hubiera caido sin gloria, aumentando el número de las pequeñas provincias del imperio persa, que apenas nos han transmitido sus nombres. Atenas y Esparta rechazaron con menosprecio las proposiciones de Darío. y Platea y Eretria siguieron su ejemplo. Mas no conteniéndose en los debidos límites, arrojaron á unos pozos los reyes de armas de Darío, diciéndoles que *tomasen de allí toda la tierra y agua que quisiesen*. Esta violacion del derecho de gentes no tiene disculpa: aun en la antigüedad bárbara fueron respetadas las personas de los parlamentarios; y á Taltibio, rey de armas de Agamenon, se le dieron honores divinos. Despues atribuyeron los griegos sus infortunios al dios Taltibio que vengaba la muerte de los parlamentarios persas, y muchos ciudadanos distinguidos de Atenas y Esparta se entregaron á Jerjes en espiacion de aquella impiedad. Jerjes, mas generoso que sus enemigos, los envió á su patria sin hacerles mal.

Darío, sabiendo el terror universal de la Grecia y que solo cuatro pequeñas repúblicas se resistian, creyó la conquista fácil y envió una espedicion de quinientos bajeles y cien mil hombres mandada por Datis y Artafernes. Hipias los acompañaba como guia. Los persas ocuparon las islas del Egeo, se apoderaron de Eubea, quemaron á Eretria, que fue la pri-

mera en insultar la potencia del gran rey, desembarcaron en el Atica y se acamparon en la llanura de Maraton.

Batalla de Maraton. Lacedemonia habia prometido un socorro de tres mil hombres; pero una antigua supersticion prohibia á los espartanos salir á campaña al principio del plenilunio. Retardaron por este motivo su salida y no llegaron á Maraton sino despues de la batalla. Platea envió á Atenas mil soldados. El resto de la Grecia inmovil esperaba asombrado el suceso que iba á decidir su destino. Los atenienses, determinados á vencer ó morir, armaron hasta sus esclavos. Su egército era de diez mil hombres, á las ordenes de diez generales que se sucedian en el mando. Esta mudanza perpetua de gefes podia comprometer la suerte de la patria; pero Atenas, como todos los pueblos libres, escuchaba con mas frecuencia la desconfianza y la envidia que la razon.. En circunstancias tan críticas, Aristides, sacrificando á la patria su vanidad, cedió á Milciades, como al mas hábil, el honor de mandar, y los demas generales imitaron este ejemplo. Hubo cuestion sobre si se esperaria al enemigo bajo la proteccion de las murallas de Atenas ó se marcharia contra él. Milciades, viendo que los persas se habian apostado en un lugar estrecho entre las montañas, el mar y las lagunas de Maraton, donde no podian desplegar su inmensa caballeria,

queria aprovecharse de esta falta para desconcertarlos con un ataque atrevido y pronto. Aristides apoyaba su dictámen; pero otros generales creian que era una temeridad, próxima á la insensatez, abandonar los muros de Atenas y correr á una muerte casi segura, precipitándose con diez mil hombres en medio de un ejército tan numeroso. Divididas las opiniones, Milciades habló asi á Calimaco que era polemarca: »Ves nuestra incertidumbre: de tí solo espera Atenas la decision de su destino, porque va á ser ó la ciudad mas gloriosa del mundo, ó esclava de Darío y víctima de Hipias. Si dejamos apagar el ardor de nuestros conciudadanos, contarán los enemigos y sufrirán el yugo: si los llevamos rápidamente á la pelea, nuestra audacia, protegida por los dioses, nos dará la victoria. Una sola palabra tuya, oh Calimaco, nos condena á la servidumbre ó consolida la libertad.” Calimaco opinó porque se diese la batalla. Milciades temia hacer á sus cólegas responsables del suceso, y no queria aprovecharse de la generosidad con que le habian cedido el mando, y que el pueblo en caso de desgracia les reprocharia; y asi esperó el dia en que de derecho le tocaba mandar.

Desde la aurora de este dia feliz, dispuso su ejército en batalla á distancia de cerca de ocho estadios del enemigo. Calimaco mandaba el ala derecha; los plateos formaban la iz-

quierda, y el centro estaba á las ordenes de Temistocles y de Aristides. Milciades resolvió no tener sitio fijo para ir á todos los puntos donde fuese necesaria su presencia. Para evitar que sus tropas fuesen rodeadas las apostó junto á un monte y mandó llenar el campo de árboles destroncados á fin de impedir los ataques de la caballería enemiga contra sus alas, en las cuales puso la mayor parte de sus fuerzas, dejando poca gente en el cuerpo de batalla. Cuando se dió la señal, los griegos en lugar de marchar se precipitaron á todo correr sobre el enemigo, que sorprendido con este nuevo género de ataque, cedió á su impetuosidad; pero renovándose continuamente sus fuerzas, volvieron al combate, y á pesar del valor de Temistocles y Aristides, el centro de los griegos, despues de algunas horas de una resistencia ostinada, se vió obligado á retirarse ante la masa que se acumulaba contra él. Milciades se aprovechó de este momento crítico para decidir la victoria. Viendo que los persas dirigian todos sus esfuerzos contra el centro, hizo avanzar rapidamente sus dos alas, que acometiendo al enemigo por el flanco, lo arrojaron sobre una laguna en que se ahogaron muchísimos persas. Aristides y Temistocles, desembarazados con este movimiento, penetraron en el cuerpo escogido que Dátis dirigia contra ellos y fue general la derrota de los persas, que huyeron á la playa para bus-

car un asilo en sus bajeles. Los atenienses persiguiéndolos, llegaron antes y quemaron y echaron á pique muchos navíos: los demas se salvaron huyendo. Cinegiro, hermano del poeta Esquilo, viendo que una galera persiana queria separarse de la ribera, cogió el cable con la mano derecha. Cortáronsela los persas y lo cogió con la izquierda. Cortada esta tambien, lo aseguró entre sus dientes, y pereció atravesado de heridas sin soltarlo.

El ejército persa perdió en esta jornada siete mil hombres, y el de Atenas doscientos. Milciades fué herido. Calimaco y el general Stesileo perecieron gloriosamente. Hipias terminó en esta batalla su vida y su ignominia. Un soldado ateniense, á pesar de la fatiga de un combate tan largo, quiso llevar antes de todos á sus conciudadanos la noticia de su salvacion: corre, se presenta á los arcontes, les anuncia la victoria, y cae muerto de cansancio.

Dátis, ya en alta mar, quiso reparar su derrota sorprendiendo á Atenas que estaba indefensa. Su escuadra, favorecida por los vientos, dobló el promontorio Junio. Pero Milciades, no embriagado ni adormecido por la victoria, dejó mil hombres en Mataron á las órdenes de Arístides, y atravesando con su infatigable ejército las quince leguas que le separaban de Atenas, llegó á esta ciudad en aquel mismo dia y obligó al enemigo á retirarse al

Asia. Esta batalla célebre se dió el tercer año de la olimpiada 72. (A. M. 3514. A. J. 490).

Los espartanos llegaron el dia despues del combate: habian andado cuarenta y seis leguas en tres dias, hallaron á Aristides en el teatro de su gloria enmedio de los prisioneros aherrojados y de un inmenso botin que su severidad preservaba del pillage. Los lacedemonios rindieron á los vencedores el homenage público de alabanza y concibieron contra ellos una secreta envidia, causa de largas discordias y de grandes calamidades futuras. Se levantaron en la llanura algunas medias columnas con los nombres de los atenienses que murieron en la batalla grabados en ellas. En sus intervalos brillaban los trofeos formados de las armas de los vencidos. La recompensa de Milciades fué digna de él por su noble sencillez. Los atenienses colocaron bajo uno de sus pórticos un cuadro que representaba la batalla de Maraton, y en el primer término se veia á Milciades al frente de los generales exhortando á las tropas. Este combate, que decidió la suerte de Grecia, enseñó al mundo que la victoria no depende del número, que la resistencia valerosa puede triunfar del poder, y que un pueblo que quiere ser independiente es invencible.

Los atenienses fueron abandonados en un peligro tan grande por muchos pueblos que hubieran debido concurrir á la defensa comun y asi dieron á Milciades una escuadra de setenta

bajeles, y la comision de castigar las islas que se habian sometido á los persas. Conquistó muchas de ellas: mas la de Paros le opuso vigorosa resistencia. Herido en un combate y engañado por la falsa voz de que los persas venian sobre él, levantó el sitio y volvió á Atenas con su escuadra. La herida le impedia presentarse en público: la envidia irritada siempre contra la gloria, le acusó de haberse dejado sobornar por Darío: los atenienses injustos y suspicaces como todos los pueblos soberanos, condenaron á muerte el héroe que los habia salvado. Todos los ciudadanos virtuosos gemian por esta atrocidad, y clamaban: «Atenienses, acordaos de Maraton.» Solo consiguieron que se conmutase la pena en una multa de cincuenta talentos. Milciades, que no tenia con que pagarla, quedó preso, y el pesar envenenando su herida, le condujo al sepulcro. Cimon, su hijo, heredero de sus virtudes y talentos, juntó entre sus amigos el dinero necesario para pagar la multa y dar sepultura á su padre. Los atenienses honraron la memoria de este grande hombre con lágrimas inútiles, y con tardíos remordimientos. Pero no tardaron en dar á la Grecia otra prueba de su ligereza é ingratitud.

Temístocles amaba la gloria mas que la patria. Envidioso de la virtud de Aristides, temia que este hombre severo y estimado llegase al gobierno de la república: mas no pudiendo

acusar con verosimilitud de ningun crimen á un hombre tan justo, decidió á los atenienses á ejecutar en él la ley que les permitia desterrar á todo ciudadano cuyo mérito pudiera asombrar á los amigos inquietos y espantadizos de la libertad. El virtuoso Aristides fue desterrado: un ciudadano de la plebe que no le conocia, se llegó á él, y le suplicó que pusiese en su concha el nombre de Arístides. *¿Qué os ha hecho ese hombre?* le preguntó el héroe. *Nada*, respondió: *pero estoy fastidiado de oirle llamar justo á todas horas*. Aristides, sin replicar, escribió su nombre. Salió á cumplir su destierro, suplicando á los dioses que apartasen de Atenas toda calamidad, por la cual fuese necesario restituirlo á su patria. Este hombre raro era discípulo de Clistenes: porque en virtud de una sabia y antigua costumbre, cada jóven se hacia amigo de uno de los viejos mas estimados: y asi fue educado Cimon por Aristides y Polibio por Filopemen. El pueblo ateniense habia recibido de Aristides graves reprehensiones por su inconsecuencia. Habiendo sido nombrado tesorero de la república, administró con integridad, y descubrió sin miramiento alguno las infidelidades de sus predecesores y aun de Temistocles: se adquirió por eso muchos enemigos que le acusaron bajo falsos pretestos, y fue multado. Descubierta la intriga, se le dispensó el pago de la multa, y se le nombró tesorero al año siguiente. Enton-

ces aparentó mas suavidad y menos rigidez en su vigilancia. Todos los que querian malversar le colmaron de elogios, é hicieron tanto con sus partidarios, que al fin del año se declararon todos los sufragios en su favor. Aristides se levantó y dijo: «Atenienses, administré como un hombre de bien, y me injuriasteis: ahora que consiento los robos públicos, me elogiais como el administrador mas admirable. Vuestra condenacion me honró el año pasado: me avergüenzo de las alabanzas que me dais ahora. Yo veo que en esta ciudad es mejor tener contemplacion á los perversos, que mirar por los caudales del estado.» Esta reprehension aumentó la veneracion que se le tenia. Estaban todos tan convencidos de su rectitud, que dejaban los tribunales y le tomaban por árbitro. Un dia representándose una tragedia de Esquilo, el actor, hablando de Anfiarao, dijo: *quiere ser justo y no parecerlo.* Todos los espectadores, al oir este verso, volvieron los ojos á Aristides, y aplaudieron estraordinariamente. Este entusiasmo popular fue una de las principales acusaciones que le hizo la faccion de Temistocles, que temia un poder fundado en el amor público. Temistocles era demasiado ambicioso: pero debe confesarse que su ambicion fue casi siempre útil á la república. Mientras que los atenienses pensaban solo en gozar de su triunfo, preveia la nueva tempestad que se formaba contra la Gre-

cia, y persuadió al pueblo que emplease en construir bajeles la renta de las minas, que hasta entonces se repartia anualmente entre los ciudadanos. El suceso probó cuán prudente era este consejo; pues Atenas, atacada de nuevo, no debió su salvacion sino á su escuadra. Darío meditaba la venganza de la antigua injuria y de la nueva derrota: murió mientras formaba un ejército mas poderoso que los anteriores, y Gerges, su hijo y sucesor, ejecutô el proyecto de su padre.

Espedicion de Gerges. Las predicciones de Temístocles se verificaban, y Gerges, subyugado el Egipto, volvió sus armas contra la Grecia, y prohibió que se le compraran higos de Atenas: *yo mismo iré á cogerlos*, decia. Cuéntase que un fantasma se le aparecia de noche incitándole á la guerra: acaso fue una superchería de los magos que detestaban la religion de los griegos y querian destruirla. Heródoto nació en Halicarnaso el mismo año que comenzaron los grandes sucesos que habia de escribir. Gerges, con una escuadra de mil doscientos buques, un ejército por lo menos de millon y medio, aliado con los cartagineses que impedian á los griegos de Sicilia socorrer á sus metrópolis, echó puentes sobre el Helesponto, mandó azotar el mar que rompió uno de ellos, horadó el monte Atos y ocupó la Tracia y Macedonia. Envió reyes de armas á todas las ciudades de Grecia, escepto á Atenas y Espar-

ta: muchas se le rindieron, y mas de cincuenta mil griegos peleaban en el ejército de los persas. Sin embargo, la memoria de Maraton hizo que el terror fuese menos general y la gloria de Atenas y Esparta les adquirió aliados. Demarato, desterrado de Esparta y refugiado en la corte de Gerges, aseguraba á este rey que los espartanos le resistirian é informaba secretamente á los éforos de las disposiciones de los persas, violando la hospitalidad con el ejercicio del espionage y creyendo erradamente que los deberes de ciudadano son primero que los de hombre. Gelon, rey de Siracusa, prometió un ejérctio de veinte y cuatro mil hombres, si se le daba el empleo de generalismo: Atenas y Esparta se negaron á ello, queriendo mejor verse reducidas á sus propias fuerzas que tener un tirano. Los de Creta fingieron un oráculo que les aconsejaba la neutralidad: Argos disputó el mando para no combatir: Corcira prometió socorros y esperó el suceso de las batallas. Tespias, Tegea y Platea hicieron vigorosos esfuerzos á favor de la independencia.

En unas circunstancias tan críticas, los atenienses deslumbrados con la riqueza, liberalidad y jactancia de un ciudadano, llamado Epicides, hombre vano y necio, querian darle el mando de las tropas: pero Temístocles lo impidió, comprando los votos y llamó á Atenas todos los desterrados para aumentar las fuerzas de la república, entre ellos á su rival Arís-

tides. La prevision de este grande hombre salvó á los griegos: porque todos y aun el mismo Milciades habian creido que los peligros cesaron con la victoria de Maraton: y solo Temístocles habia mirado esta batalla como el principio de la guerra: y asi habia hecho que los atenienses formasen una escuadra de doscientos bajeles cuando la Grecia descuidada se hallaba sin marina. Aun hizo mas Temístocles: porque sacrificó su amor propio al bien de la patria, y para complacer la altivez de los espartanos, cedió el mando á Euribiades, que fue proclamado generalismo de la Grecia. Los aliados deliberaban si esperarian á los persas ó les saldrian al encuentro, cuando los tésalos declararon que se someterian, si eran abandonados. Enviose, pues, un cuerpo de diez mil hombres para guardar el paso que hay de Macedonia á Tesalia cerca del rio Enipeo, entre los montes Olimpo y Osa. Pero Alejandro, hijo de Amintas, rey de Macedonia, advirtió á Euribiades, que este puerto, fácil de ser rodeado, no era defensible. Los griegos se retiraron á las Termópilas y la Tesalia se sometió.

Combate de las Termópilas. En este desfiladero se apostó Leonidas, rey de Esparta, con cuatro mil hombres y envió al Atica el resto de las tropas. Gerges avanzaba rápidamente, llenando todos los paises de espanto y desolacion. Su escuadra seguia la costa y traia víveres al ejército, que consumió en breve todos

los frutos, cosechas y rebaños de Grecia. Solo un príncipe de Tracia se negó á obedecerle y mandó sacar los ojos á seis hijos suyos, que fueron á militar en el ejército de los persas contra la voluntad del padre, cuando volvieron á su casa. Gerges llega á las Termópilas y se admira de que cuatro mil griegos se atrevan á disputar el paso á su inmenso ejército. Prometió á Leonidas el imperio de la Grecia, si reconocia su autoridad: «quiero mas bien merecer la estimacion de mi patria que subyugarla» respondió Leonidas. Gerges le mandó entonces rendir las armas: *ven á tomarlas*, respondió el fiero espartano.

Los medos avanzaron para forzar el paso. Los griegos se estrecharon, penetraron en las columnas enemigas, las derrotaron é hicieron en ellas una grande carnicería: los diez mil inmortales, que se siguieron, no tuvieron mejor suerte: su impetuoso valor se estrelló contra el denuedo firme y disciplinado de los lacedemonios. El rey de Persia estaba desanimado con tantos esfuerzos inútiles, cuando un habitante del pais le mostró un sendero, por el cual atravesó la montaña y rodeó la posicion de Leonidas. Este viendo el mal sin remedio, envió á los aliados á la escuadra, que se hallaba entonces en el promontorio Artemisio, y se quedó con trescientos espartanos á perecer en el puesto que se le habia confiado. Antes del combate comió alegremente con los suyos,

anunciándoles que aquella noche *cenarian con Pluton*. Estos intrépidos guerreros vieron caer sobre sí la multitud innumerable de los persas. Leonidas murió el primero despues de haber inmolado á muchos enemigos. Todos los espartanos perecieron escepto Aristómenes, que pudo escaparse y volvió á Esparta, donde fue despreciado por cobarde, hasta que reparó su deshonor muriendo gloriosamente en la batalla de Platea.

Los anfictiones pusieron despues varias inscripciones en las Termópilas: una decia que cuatro mil griegos habian resistido á tres millones de persas: en otro se leía: *Pasagero, dí á Lacedemonia, que trescientos hijos suyos murieron aquí defendiendo sus leyes*. Pausánias hizo transferir á Esparta los huesos de Leónidas: se le erigió un soberbio túmulo, y se honró su memoria con juegos fúnebres. Gérges, que habia perdido veinte mil hombres en los dos combates, los mandó enterrar todos, escepto mil, creyendo que de esta manera enterraria su ignominia y la gloria de los griegos. Demarato aumentó su inquietud diciendo, que aun quedaban en Esparta ocho mil guerreros, dispuestos á pelear con el mismo valor y á sacrificarse como los defensores de las Termópilas. La determinacion heróica de Leónidas no habia sido una locura temeraria, sino un grande acto de política; Queria probar á la Europa y al Asia hasta qué punto puede el valor competir con

el número, y el espíritu de independencia con el poder. Y así, cuando los éforos le decian que llevaba poca gente, respondió: «Esparta no debe sacrificar mas guerreros. La Grecia no tiene suficientes soldados, si el número hubiese de decidir: los que llevo son mas que bastantes para probar con su muerte lo que puede el amor de la patria.» Conocia tan bien la suerte que le esperaba, que ántes de salir de Lacedemonia hizo que se celebrasen juegos fúnebres para él y su gente. Su generoso designio tuvo el resultado mas completo: porque en las Termópilas fue donde supo la Grecia, que haria temblar al gran rey en los muros de Susa y Babilonia.

Combate naval de Artemisio. La escuadra de los persas, maltratada por una tempestad, en la cual perdió cuatrocientos bageles, habia sido atacada por la griega cerca del promontorio Artemisio: la victoria quedó indecisa despues de tres dias de combates: mas los vientos estrellaron contra la costa doscientos buques persas; por lo cual dijo Herodoto que los dioses habian querido igualar las fuerzas de los dos partidos. Temístocles, que mandaba la escuadra ateniense, habiendo sabido la muerte de Leónidas y la marcha de Gerges, se retiró á Salamina, dejando escritas estas palabras en los peñascos de Eubea: «Jónios, acordaos de » vestros padres: seguid el partido de la Gre- » cia y de la libertad: y si no podeis hacerlo

„abiertamente, desordenad la escuadra persa con vuestras maniobras, y hacedle en el combate todo el mal que podais." Gerges atravesó sin obstáculo la Doride y la Focide. Los pueblos del Peloponeso, atemorizados, volaron á defender sus casas, y dejaron solos á los atenienses. El oráculo de Délfos habia dicho, que Aténas no se salvaria sino en murallas de madera. Unos lo entendian de la empalizada que rodeaba la ciudadela: Temístocles, de los navíos, único refugio de la patria: aconsejaba evacuar la ciudad y abandonarla al enemigo, pero el pueblo no queria, y la discusion fue turbulenta. Triunfó al fin la elocuencia de Temístocles, se dió un decreto poniendo la ciudad bajo la custodia de Minerva, y mandando que todos los hombres capaces de militar se refugiasen á los bajeles. Los demas pasaron á la Argólide con las mugeres y los niños. En este alboroto Cimon, hijo de Milciades, jóven todavia, subió con algunos compañeros á la ciudadela y consagró en el templo de Minerva el freno de caballo que llevaba en la mano, dando á entender que se renunciaba por entonces á los combates de tierra, y se ponia toda la esperanza en los de mar. Era estrema la afliccion de las mugeres y niños al abandonar sus hogares y al ver separarse de ellos la juventud guerrera. El aire resonaba con sus gemidos y las quejas de los animales domésticos se mezclaban á sus sollozos. El perro de Jantipo, pa-

dre del célebre Pericles, siguió nadando el buque en que navegaba su amo, por no separarse de él, y murió apenas tomó tierra en la playa de Salamina. Los niños y mugeres hallaron en Trecena la hospitalidad mas generosa.

Mientras que el gran rey se gozaba en el terror universal de aquellas provincias y creia la Grecia abatida y pronta á recibir el yugo, supo con espanto que los juegos olímpicos se celebraban con la misma tranquilidad, concurso y solemnidades que siempre: y que los griegos no hacian caso de sus amenazas y solo atendian á disputar coronas de oliva. ¿« Qué pueblo es este, esclamó, contra el cual me han aconsejado pelear? Desprecian el dinero y solo aman el honor.» Al mismo tiempo su codicia le impelia á saquear el templo de Délfos; pero se levantó una fuerte tempestad y se desgajaron rocas enormes que oprimieron á un gran número de persas. Esté desastre, que obligó á estos á desistir de su empresa, reanimó la esperanza de los griegos, porque creyeron que el cielo peleaba en su favor.

Incendio de Atenas. El rey ardiendo en deseos de venganza, entró en Atenas y la incendió. Algunos ancianos que habian preferido morir en su patria defendieron con valor la poca vida que les quedaba, y perecieron entre las llamas. Redugéronse á cenizas la ciudad y la fortaleza. Gérges no pudo encadenar otro

atenienses que las estátuas de Harmodio y Aristogiton, las cuales envió á Susa.

Batalla de Salamina. Despues de la ruina de Atenas hubo entre los gefes griegos una discusion muy reñida acerca de las medidas que debian tomarse. Euribiades queria que la escuadra se acercase á Corinto y al egército de tierra mandado por Cleombroto, hermano de Leónidas, para defender el Peloponeso, pues el Atica estaba ya perdida sin remedio. Temístocles insistia en que no se abandonase el apostadero ventajoso de Salamina. La disputa se enardeció de tal manera que Euribiades en un rapto de cólera, alzó el baston para pegarle, y el ateniense con la mayor serenidad le dijo. *Pega, pero escucha.* Despues le probó que si se separaba de los atenienses que no querian abandonar sus playas, la Grecia quedaria sin bageles: cada contingente se iria á sus hogares y el Poloponeso, por cuya defensa se queria cometer aquel yerro, quedaría abierto al enemigo. Euribiades, vencido por su elocuencia y su presencia de ánimo, se rindió, aunque con repugnancia, á la opinion de Temistocles. En el consejo de Gérges habia tambien diversidad de opiniones. Mardonio, los reyes de Tiro, de Sidon, de Cilicia y de Chipre querian que se diese la batalla: Artemisa, reina de Caria aconsejó que se contemporalizase, porque la escuadra griega de Salamina no tenia recursos para hacer víveres, y que asi

bastaba enviar algunos buques á las aguas del Peloponeso. Gérges se decidió por la batalla, precisamente cuando en el consejo de los griegos volvia á prevalecer el dictámen de Euribiades y pensaban los confederados en dispersarse. Temistocles instruido del estado de los negocios, envió en secreto á Gérges un confidente que le incitó á apresurar el combate para que no se le escapara la escuadra griega. Los bageles persas rodearon el estrecho, y obligaron á los griegos á combatir en el único punto donde podian vencer. Al mismo tiempo volvia Aristides de Egina, donde habia cumplido su destierro. Este virtuoso ciudadano, sacrificando sus justos resentimientos se presentó á Temistocles y le dijo: «Olvidemos nuestras disensiones: en el dia no podemos tener mas que un solo interés: salvemos la Grecia, tú dando órdenes, yo obedeciendo. Avisa al consejo que es inútil toda tentativa de fuga: he visto á los persas apoderados de todas las salidas y ya no hay esperanza sino en la victoria." Temistocles, conmovido de tanta generosidad, le confesó la astucia de que se habia servido, le hizo entrar en el consejo y tomaron entre los dos las disposiciones para el combate.

Se esperó, por consejo de Temistocles, la hora en que solia levantarse un viento favorable á los griegos. Entonces se dió la señal: el choque fue violento: pero la brisa, contraria á los persas, desordenó su línea. La traicion

de los jonios aumentó la confusion, y el valor de los atenienses y espartanos completó la derrota. Gérges, testigo del combate desde lo alto de una montaña, vió su escuadra vencida, sus bageles tomados ó echados á pique, y sus aliados en vergonzosa fuga. Solo Artemisa opuso una resistencia varonil y se escapó arbolando pabellon griego y destruyendo un buque persa para que creyesen los vencedores que su division era contraria al rey.

Gérges, aunque conservaba el egército de tierra y podia reunir grandes fuerzas navales en poco tiempo, estaba tan desanimado despues de la derrota como orgulloso estuvo antes de la batalla. Temistocles, que conocia su carácter, le avisó secretamente que la escuadra de los griegos iba á romper los puentes del Helesponto y quitarle todo arbitrio para la retirada. El rey se determinó á volver al Asia con la mayor parte de su egército, dejando en Grecia á Mardonio con trescientos mil hombres; y huyó con aquel inmenso número de cobardes vencido por un puñado de valientes, dejando en las costas de Salamina doscientos bageles de su armada quemados ó destrozados.

En la batalla de Salamina comenzó la gloria de Cimon, que se distinguió en ella por las hazañas mas brillantes. Segun una costumbre antigua, despues de la victoria cada gefe escribia en un billete el nombre del guerrero, que merecia en su opinion el pre-

mio del valor. Todos se asignaron á sí mismos el primer lugar en su billete: pero el segundo á Temistocles; dándose á sí mismos el voto de la vanidad y á Temistocles el de la justicia. La república de Lacedemonia dió el premio del valor á Euribiades y el de la prudencia á Temistocles. Cuando este héroe se presentó en los juegos olímpicos, todos los concurrentes se levantaron á hacerle acatamiento, y confesó que aquel momento habia sido el mas feliz de su vida.

Atenas, para restaurar sus pérdidas, le encargó que recorriese las islas del Egeo con algunos buques y les pidiese contribuciones. A los de Andros dijo que venia á cobrarlas en nombre de dos divinidades muy poderosas, la *persuasion y la fuerza*. Los de Andros respondieron que otras dos divinidades no menos fuertes, *la pobreza y la impotencia* les mandaban desobedecer.

A pesar de la ruina casi general de los griegos depositaron en el templo de Délfos todo el botin cogido á los persas. La batalla de Salamina y el combate de las Termópilas probó al mundo que el Asia producia hombres y la Grecia soldados. La gloria que Leónidas adquirió á Esparta durará eternamente. Entonces se citaban todos los dichos de aquel héroe y de sus valientes compañeros. Un tésalo vino á decirle que los persas estaban ya cerca de los griegos: *Di mas bien*, replicó

Leónidas, *que nosotros estamos cerca de ellos.* Un prisionero dijo á los espartanos que las flechas de los persas eran tantas que oscurecerian el sol. *Con eso pelearemos á la sombra,* respondió Denéces.

A pesar de la derrota de Salamina, el ejército que mandaba Mardonio era tan numeroso que infundia terror á los tímidos y conservaba sometidos á los tésalos y beocios, los cuales temian ademas el resentimiento de los griegos. Mardonio pasó el invierno en Tesalia y antes de empezar la campaña, propuso á los atenienses que reconociesen la autoridad del gran rey, el cual en pago reedificaria su ciudad y la haria señora de la Grecia. Alejandro, rey de Macedonia, fue el embajador que presentó estas condiciones. Los embajadores de Esparta hablaron despues de él, y procuraron demostrar cuanto se envileceria Atenas cometiendo una debilidad que no escusaria su ruina: pues los persas, no pudiendo vencer á los griegos unidos querian separarlos para destruirlos mas fácilmente. Aristides, que era á la sazon gefe de la república, declaró á los lacedemonios que su discurso era inútil y sus temores injuriosos á Atenas: á los persas, que los atenienses serian sus enemigos, mientras el sol iluminase la tierra, y á Alejandro, que sino se abstenia de mensages tan ignominiosos, no se respetarian en él ni los derechos del trono ni los de la hospitalidad.

Despues se dió un decreto consagrando á los dioses infernales á todo el que siguiese correspondencia con los persas ó propusiese la paz con ellos.

Mardonio, irritado de esta respuesta altanera, entró en el Atica y renovó sus proposiciones, acompañándolas con violentas amenazas. Licidas, individuo del Areópago, propuso que se entrase en negociacion. El pueblo enfurecido le apedreó, envolviendo en esta atroz venganza á su muger y á sus hijos. Los atenienses se retiraron de nuevo á Salamina. Mardonio entró en la ciudad y arruino los restos del incendio de Gerges: pero despues se retiró prudentemente á Beocia, en cuyas estensas llanuras podia desplegarse mejor su numerosa caballería. Los aliados de Atenas en lugar de enviarle los socorros prometidos, fortificaban el istmo de Corinto. Los embajadores atenienses acusaron la lentitud espartana, los lacedemonios tardaron ocho dias en responderles, mientras se concluian las obras y la tarde del último dia marchó Pausanias á Beocia con siete mil espartanos, acompañado cada uno de cinco hilotas armados, y al dia siguiente se declaró á los embajadores que sus quejas eran infundadas, pues el socorro prometido habia salido ya de la península.

Batalla de Dlatea. Mardonio estaba acampado en los llanos de Tebas, á lo largo del rio Asopo. Los griegos ocuparon una posicion

poco lejana en las vertientes del Citeron. Arístides mandaba los atenienses y Pausanias todo el ejército. Hicieron prestar á sus soldados un juramento concebido en estos términos: »Preferiré la muerte á la esclavitud: no abandonaré mis gefes, ni aun despues de muertos: honraré la memoria de los aliados que perezcan en el campo del honor: no atacaré ninguna ciudad que haya combatido por nuestra causa, y diezmaré todas las que se hayan sometido al enemigo. No quiero que se reedifiquen nuestros templos: sus ruinas deben recordar á nuestros descendientes el furor de los bárbaros y alimentar odio eterno contra ellos." El ejército de los persas ademas de los trescientos mil hombres que dejó el rey, tenia cincuenta mil aliados de Tesalia y Beocia. El de los griegos ascendia á ciento diez mil, porque las victorias anteriores habian alentado á los mas tímidos para unirse con los valientes.

Mardonio, instruido de la cercanía de los griegos, envió contra ellos su numerosa caballería, esperando oprimirlos con solo este ataque. Las picas estrechadas de los lacedemonios y atenienses contuvieron la impetuosidad de los bárbaros: Masistio su gefe, pereció en el choque: su tropa se desbandó, y este primer revés anunció el triunfo de la Grecia. Sin embargo, los griegos no queriendo esponerse á ser rodeados, se atrincheraron y esperaron tranquilamente al enemigo. Ocho dias estuvieron

observándose. El presuntuoso Mardonio atribuyó á cobardia la prudencia de los enemigos y los provocaba con frecuentes insultos; su caballería se apoderó de un gran convoy de víveres. Artabazo aconsejaba que esperase sin combatir la dispersion del enemigo, que era infalible por falta de subsistencias. Mardonio despreció este consejo y resolvió pelear al dia siguiente. Aquella noche llega un ginete al campo de los griegos, llama á Aristides y le dice. »A pesar del silencio de los oráculos y el consejo de los generales mas sabios, Mardonio quiere dar la batalla: os atacará mañana al rayar el dia. Acordaos despues de la victoria que arriesgo mi vida dandoos este aviso. Yo soy Alejandro, rey de Macedonia" La mayor parte de los historiadores citan este hecho sin censurarlo: como si pudiese haber circunstancias que quitasen á la traicion su infamia. En el momento que llegó este aviso, los griegos que estaban sin agua porque los persas habian cegado las fuentes, mudaron de posicion. Los lacedemonios, que formaban el ala derecha se acercaron á Platea: los atenienses y el ala izquierda marchaban en su seguimiento.

Mardonio, informado de esta operacion opuso los beocios y los tésalos á las tropas de Atenas para contenerlas y cortarlas: y poniéndose al frente de su caballería, persiguió á los espartanos, los alcanzó y los insultó diciéndoles, que á despecho de las leyes de Licurgo

se retiraban delante del enemigo. Los espartanos estaban descontentos de sus auspicios, y como el poder de la superstición era tan grande entre ellos, se dejaban insultar y matar sin resistencia. Pero los tegeates empezaron la batalla y los obligaron á arrojarse sobre el enemigo. El combate fue terrible: Mardonio cayó muerto y los persas se desordenaron y huyeron á su campo. Los atenienses por su parte derrotaron á los beocios y tésalos y se reunieron con los lacedemonios, que muy valerosos en el campo, eran poco hábiles para atacar los atrincheramientos. Aristides al frente de los suyos salvó los fosos y el valladar, y penetró en el campo de los enemigos, que se dejaron degollar como víctimas. Solo èscaparon cuatro mil. Artabazo, sabiendo la muerte de Mardonio, se retiró á Bizancio con un cuerpo de cuarenta mil persas. Esta victoria completa aseguró la independencia de los griegos: y despues de la batalla de Platea ningun ejército persiano se atrevió á presentarse al occidente del Helesponto

Los eginetas querian que Pausanias colgara de una horca el cadáver de Mardonio, como Gerges habia hecho con el de Leonidas: Pausanias respondió que preferia la estimacion de su patria al placer de la venganza, y que los manes de Leonidas estaban suficientemente aplacados con la muerte de doscientos mil persas. Algunos dias despues mandó preparar dos ban-

quetes, uno con todo el lujo de los persas, y otro sencillo como los de Esparta. «Ved, dijo á los convidados, cuán insensato era Mardonio, pues acostumbrado á aquellos deleites, esperaba vencer á hombres que de muy poco necesitan.» Los atenienses y lacedemonios disputaron el honor de esta gran jornada con un empeño que pudo causar fatales consecuencias, á no haberlas impedido la prudencia de Arístides. Por su consejo se eligieron por árbitros los aliados: estos eligieron á Cleocrito de Corinto y á Teogiton de Megara, que asignaron á los de Platea la gloria de la batalla. El campo de los persas quedó en poder de los aliados con un inmenso botin y todas las riquezas del Oriente. Se consagró la décima parte en el templo de Délfos: lo demas se repartió entre las ciudades griegas é introdujo en ellas los gérmenes de la avaricia y de la corrupcion. La batalla de Platea se dió el segundo año de la Olimpiada 75. (A. M. 3525. A J. 479).

Despues de la victoria, los aliados, queriendo vengarse de los griegos que habian favorecido al enemigo, sitiaron á Tebas, la tomaron y dieron muerte á los beotarcas que habian aconsejado someterse á los persas.

Batalla de Micale. El mismo dia de la batalla de Platea fue testigo de otra victoria de los griegos. La escuadra de los aliados mandada por Leotiguidas rey de Esparta, y por Jantipo ateniense, persiguió á la de Gérges. Los

persas, habiéndose retirado cerca del promontorio Micale, sacaron á tierra sus navíos y los rodearon de atrincheramientos defendidos por 100,000 hombres. Leotiguidas, favorecido por los jónios, inflamó el espíritu de sus soldados asegurándoles la derrota de Mardonio, aunque la ignoraba todavía, y aprovechándose del entusiasmo general que produjo esta noticia, forzó los atrincheramientos de los persas, esterminó un gran número de ellos, ahuyentó á los demas, y quemó la escuadra del rey. Gérges supo en Sárdes todas estas desgracias, y descargó su impotente furor en los templos de las ciudades griegas, que fueron destruidos por consejo de los magos. Estos atribuian los infortunios de la Persia á la tolerancia de un culto enemigo. Despues se retiró á Susa devorado del dolor y cubierto de oprobio.

Los atenienses, libres de los persas, reedificaron la ciudad y los templos, y trabajaron con actividad en fortificar la ciudadela y en rodear á Atenas de murallas. Pero los lacedemonios veian con disgusto estas obras. Su valor y patriotismo habian obligado á los demas pueblos de Grecia á reconocer la superioridad de Esparta y cederle el mando de las fuerzas confederadas, que siempre estuvo en un espartano. Esto bastaba para su gloria, mas no para su orgullo: no se contentaron con ser los mejores, querian ser los solos. El esplendor de Atenas ofendia á Esparta la cual queria que su

rival no volviese á levantar las murallas destruidas por Gérges. Envió, pues, embajadores á Atenas para representar cuan peligroso seria construir fuera del Peloponeso una fortaleza que podria servir de plaza de armas á los persas en otra invasion. Declararon con altivez que se opondrian á los trabajos ya comenzados. Temístocles ocupaba entonces uno de los primeros empleos del estado: y como tan hábil político, no se le ocultó, que Atenas en la situacion en que se hallaba, no podia oponer la fuerza á la insolencia: respondió con suavidad, logró que se le diese término y representó la necesidad de deliberar con madurez en un asunto tan importante á Atenas y á la Grecia. Propuso modestamente que se decidiese esta cuestion en Lacedemonia. Los atenienses nombraron diputados para ello: Temistocles que era el gefe de la legacion, se anticipó á sus cólegas y llegó á Esparta con los embajadores de esta república. Cuando estuvo en aquella ciudad, dilató de un dia para otro la discusion con el pretesto de la ausencia de los otros diputados, á los cuales les habia encargado en secreto que llegasen lo mas tarde que pudiesen. Entretanto todo el pueblo de Atenas hasta las mugeres y los niños trabajaban sin descansar en las fortificaciones. Supiéronlo en Esparta, y los éforos se quejaron de la lentitud afectada de Temístocles, y de la actividad de los atenienses. Temístocles repli-

có que estaban mal informados, y les propuso que enviasen diputados á Atenas para saber la verdad. Sus cólegas llegaron en fin cuando ya estaban concluidas las fortificaciones: entonces, quitándose la máscara, declaró al senado espartano que Atenas estaba determinada á mirar por su seguridad: que ninguno de los aliados tenia derecho para privarla de su independencia; que los lacedemonios no obraban bien en fundar su potencia sobre la debilidad de los otros pueblos: y en fin, que las fortificaciones estaban concluidas, y los atenienses sabrian defenderlas contra cualquiera que quisiese atacarlas. Esparta, sorprendida, calló: y su mala voluntad no produjo otro efecto que hacer patente su envidia y su ambicion. Atenas, habiendo fortificado sus puertos, aumentó su escuadra, y dispuso que cada año se construyesen veinte bajeles.

Temístocles que combatio tan victoriosamente contra la ambicion de Esparta, la tenia y no menor, á favor de su patria. Declaró al pueblo que habia concebido un proyecto muy importante: pero que no podia descubrirlo públicamente, porque su buen éxito dependia del secreto. Los atenienses respondieron que lo confiase á Arístides: Temístocles declaró á este que Atenas podia hacerse señora de la Grecia quemando la escuadra confederada que estaba en un puerto vecino. Arístides volvió á la asamblea y dijo: «el proyecto de Temístocle

es el mas útil para Atenas, pero es el mas injusto que se puede imaginar.» Esta decision de un hombre virtuoso bastó para que los atenienses desechasen la proposicion y probasen que eran dignos del esplendor y poderío que gozaban. Pero la espresion de Arístides, en el rigor filosófico, era inexacta: porque nunca puede ser útil la injusticia. Algun tiempo despues Lacedemonia propuso al consejo de los anfictiones que escluyese de la alianza general las ciudades que no hubiesen contribuido á la guerra contra los persas. De este modo quedaba reducida la confederacion á solo treinta pueblos de mediano poder y la esclusion de Argos y Tebas hubiera asegurado el predominio de Esparta. Temístocles desbarató este proyecto demostrando que un rigor tan escesivo escitaria discordias, produciria enemistades domésticas y debilitaria la alianza en lugar de fortificarla.*

El pueblo de Atenas, siempre inclinado á la democracia, llevaba á mal los privilegios que la ley concedia á los ricos: pues era preciso tener una renta de quinientos medimnos para optar al arcontado. La ciudad estaba próxima á una guerra civil: Arístides, mas virtuoso que político, hizo dar un decreto que concedia la elegibilidad á todos los ciudadanos: decreto, que produjo una paz momentánea y turbulencias duraderas.

Traicion de Pausanias. Los griegos, des-

pues de haber rechazado tan gloriosamente á los persas de su pais, quisieron libertar las colonias del Asia menor, y para esto enviaron una escuadra mandada por Pausanias, Arístides y Cimon: encontró la armada de los persas cerca de la isla de Chipre, la derrotó completamente, destruyó una gran parte de sus buques, tomó todas las ciudades de la costa de Asia y se apoderó de Bizancio, donde se cogió un botin inmenso y cayeron prisioneros muchos sátrapas: pero Pausanias, que era generalismo, ganado por sus regalos, los dejó escapar. El héroe de Platea no pudo defenderse de la avaricia y de la ambicion, y la rígida Esparta dió á Grecia el primer ejemplo de traicion y soborno. La altanería é injusticias de este general escitaban las quejas de los aliados que acabaron por quitarle el mando y dársele á Arístides. La virtud de un ateniense y la corrupcion de un espartano transfirieron á Atenas la autoridad de que habia gozado Lacedemonia hasta entonces.

Pausanias, que aunque no era ya generalismo, mandaba los lacedemonios, irritado de este desaire, olvidó lo que debia á su patria y escuchó solamente la voz de la venganza y de la ambicion. Escribió á Gerges ofreciendo entregarle la ciudad de Esparta y toda la Grecia, si le daba en casamiento una hija suya. El rey le envió grandes presentes, le permitió esperar la mano de su hija, y dió á Artabazo

el gobierno del Asia menor para que continuase esta negociacion. Los mensages que enviaba y recibia Pausanias inspiraron sospechas. Su altivez para con los griegos y el desprecio que hacia de las costumbres patrias hasta el punto de imitar el trage y el fausto de los persas, hacian notable contraste con la modesta sencillez de Aristides y Cimon. El odio general contra Pausanias obligó á Esparta á llamarle y ponerle en juicio, del cual salió absuelto por falta de pruebas. Volvió al Asia menor y continuó en sus proyectos: de nuevo se le mandó volver á Esparta y se le puso en prision: pero su crédito era grande por ser tutor de Plistarco, hijo de Leonidas: y los éforos, aunque ciertos de su crímen, no pudieron probarlo y le pusieron en libertad.

Acaeció entretanto que uno de sus esclavos, llamado Argilio, observando que ninguno de sus compañeros enviados al Asia por Pausanias, habia vuelto, sospechó que se les daba allí la muerte para asegurar el secreto de la comision. Encargado á su vez de llevar una carta á aquel pais, en lugar de partir, la entregó á los éforos y se refugió al templo de Neptuno en Ténaro. Pausanias, apenas lo supo, fue á hablar con él. Los éforos y algunos ciudadanos escucharon ocultos la conversacion. El esclavo confesó á su amo, que temiendo la muerte, habia abierto la carta. Pausanias, viendo comprometido su secreto, hizo muchas pro-

mesas á Argilio para obligarle á que lo guardase, le descubrió enteramente sus intenciones y le dejó. Los éforos armados de todas las pruebas necesarias fulminaron contra el decreto de prision: pero Pausanias lo supo á tiempo y se refugió al templo de Palas. La santidad del asilo impidió que le sacasen de él: pero el pueblo enfurecido tapió las puertas y se dice que la madre de Pausanias llevó la primer piedra para ello: se destechó el edificio para que no tuviera abrigo ninguno y pereció de hambre espuesto á la inclemencia del cielo. El pueblo temia haber ofendido á Palas: y el oráculo de Delfos ordenó que para aplacarla erigiesen una estátua á Pausanias en el mismo templo donde habia muerto.

Proscripcion de Temístocles. La lectura de las cartas interceptadas produjeron sospechas contra Temístocles. A la verdad, este héroe se habia negado á favorecer su empresa; mas no la habia delatado, y los lacedemonios irritados ya contra él y envidiosos de su gloria, lo desacreditaron en Atenas. Su vanidad, que ofendia á sus conciudadanos, favoreció á sus enemigos. Habia edificado un templo á Diana cerca de su casa y colocado en él su estátua; aun se conservaba allí en tiempo de Plutarco. Queria disminuir el mérito de los otros generales, y en todas ocasiones se jactaba de sus servicios. Como le dijesen un dia, que hablaba demasiado de sus hazañas, respondió: «ate-

nienses, os cansais de oir hablar de mis servicios, pero no os cansais de aceptarlos.» Siempre opuesto á Arístides, sostenia á los grandes y á los ricos contra el pueblo, cuyo odio se grangeó por esta causa. Como se habia portado con poca fidelidad en el manejo de los caudales públicos y alabasen en su presencia la incorruptibilidad de Arístides dijo: *Esa virtud la tiene un arca.* Arístides, cuando lo supo, replicó: «nadie mejor que Temístocles sabe cuán raro es el mérito de tener las manos limpias.»

Con semejante disposicion de los ánimos fue fácil á sus enemigos lograr que se les desterrase. Los lacedemonios no se contentaron con eso, y presentaron cartas de Pausánias, en que prometia al rey de Persia atraer á Temístocles á su partido. Este refutó por escrito aquella calumnia: pero se dió órden de perseguirle, prenderle y matarle. El se escapó á Corcira, y desde allí á Epíro: no hallando seguridad en ninguno de estos dos puntos, tuvo la osadía de refugiase á casa de Admeto, rey de los molosos, á cuyas pretensiones se habia mostrado contrario en otro tiempo. El rey estaba ausente, y su esposa le recibió con benevolencia. Cojió entre sus brazos al hijo del rey, se sentó con él entre los dioses domésticos, y cuando el rey vino, se levantó y le dijo que se ponia en sus manos. El generoso Admeto le concedió la hospitalidad, y rehusó entregarle á

los atenienses. Poco tiempo despues uno de sus amigos le trajo de Aténas á su muger y á su hijo con una pequeña parte de su caudal, que habia podido salvar de la confiscacion. Temístocles se acordó entonces de lo que su padre le habia dicho, siendo jóven, mostrándole una galera vieja, rota y abandonada sobre la ribera. « Así deja el pueblo á los que le sirven, » cuando cree que ya no tiene necesidad de » ellos."

Aténas sucedia entonces completamente á la autoridad que Esparta habia ejercido en Grecia. La severidad lacedemonia hacia pesado su yugo: el de Aténas pareció al principio mas ligero. Los espartanos favorecian en todas partes la aristocrácia, y el partido popular se declaraba por los atenienses. Las contribuciones que debian pagar los aliados para los gastos de la guerra con Pérsia se habian designado de una manera ilegal y arbitraria Aténas estableció las cuotas con justicia y proporcion. Se puso el tesoro comun en el templo de Délos: y como se buscase un hombre íntegro que administrase la hacienda de la confederacion, todos los aliados nombraron á Arístides por unanimidad: homenage ilustre y debido á la probidad: y así Plutarco dice: « Temístocles, Cimon y Pericles llenaron á Aténas de riquezas y monumentos: Arístides de virtudes. « La prudencia de su administracion justificó el nombramiento." Se ignora el lugar, la especie

y el tiempo de la muerte de este grande hombre : solo se sabe que no dejó bienes suficientes para los gastos de su entierro. Se acusó á su pariente Calias, hombre muy rico, de no haberle socorrido en su pobreza : mas Calias probó que Arístides habia rehusado todos los dones que queria hacerle. Lisimaco, su hijo, fue educado en el pritáneo, y la república dotó á su hija. Al nombre de Arístides está ligado inseparablemente el epiteto de *justo*, que es el título mas bello de la gloria humana

En este tiempo Gérges fue asesinado por Artabano, comandante de su guardia, y le sucedió Artagerges, su hijo tercero, que mató á su hermano mayor Darío, á quien el regicida habia atribuido su crímen : castigó á Artabano, sabida la verdad, y venció á su hermano segundo, Histaspes, gobernador de la Bactriana, que le disputaba la corona. Heredó el aborrecimiento de su padre á los griegos, y fue tan desgraciado como él. El objeto principal de su odio era Temístocles, á quien miraba como principal autor de los desastres de los persas en Europa y Asia : y creyendo que podria verse obligado el proscrito de Aténas á refugiarse en algun punto de sus dominios, puso su cabeza en precio. Los atenienses le perseguian tambien y amenazaban á Admeto con la guerra si continuaba protegiéndole. Temístocles no quiso que la generosidad de aquel rey le costase el trono : salió de sus estados y se refugió en la

Eólide, en casa de un griego llamado Nicógenes Supo alli que el rey de Pérsia habia prometido doscientos talentos al que le cogiese ó matase, y resolvió entregarse él mismo. Atravesó, disfrazado de muger, el Asia en un carro cubierto, llegó á Susa y se presentó á Artagérges. Este rey le dió doscientos talentos y le colmó de favores, parte porque tenia un corazon generoso, parte porque esperaba valerse de su esfuerzo y habilidad en la guerra contra los griegos.

Cimon. Cimon que habia seguido en la escuela de Arístides el camino de la gloria y de la virtud, heredó su crédito y administró la república. Los vicios de su juventud tempestuosa fueron comprimidos por las escelentes cualidades que pueden desearse en el hombre público. Tenia el valor de Milcíades, la prudencia de Temístoles y la justicia de Arístides. Siendo gefe del ejército y de la escuadra ateniense, conquistó á Eyone en el Estrimon y una parte de la Tracia: y estableció en Anfípolis una colonia de diez mil atenienses. Algunas de sus victorias fueron muy sangrientas: porque, á pesar de la superioridad de Esparta y Aténas, los griegos, aun cuando servian contra su patria, mostraban el valor y talento nacional. Algunos pérsas competian en estas dotes con los griegos: Róges, gobernador de Eyone, despues de una larga defensa, arrojó al Estrimon todas las riquezas de la ciudad,

mató á su muger y á sus hijos, y se quemó en su pira funeral. Cimon, imitador del heroismo de Teséo, le honró trayendo sus huesos á Aténas de la isla de Sciros. No solo aumentaba con sus hazañas la gloria de su patria, sino tambien animaba con su proteccion las artes y la literatura, que desde entonces comenzaron á ser una parte principal del esplendor de Aténas. Esquilo, que habia sido el primero de los autores trágicos, tuvo por competidor á Sófocles: y como se dividiesen los votos, se tomaron por árbitros á Cimon y otros generales cólegas suyos tan valientes como ilustrados, los que dieron la palma al jóven Sófocles. Esquilo no pudo sufrir esta desgracia y se desterró á Sicilia donde murió: tan violento era entre los atenienses el deseo del triunfo en todos géneros. Hasta entonces se habia exigido de los aliados el contingente en tropas y dinero. Cimon, mas hábil que sus predecesores, pidió solamente dinero á las ciudades confederadas, para que perdiesen el amor á la guerra y se afeminasen en la paz: de modo que vinieron á ser, no aliados sino casi vasallos de los atenienses.

Victorias de Cimon. Este infatigable guerrero con una escuadra de doscientas velas perseguia siempre á los persas, agotaba sus recursos, minaba sus fuerzas y separaba los pueblos de su alianza; de modo que desde la costa de Jonia hasta la de Panfilia no le dejó al

gran rey ni una ciudad. Despues de la toma de Sestos y Bizancio se movió cuestion entre los aliados sobre el repartimiento del botin y de los cautivos. Cimon, mas hábil que los otros gefes, les dejó los efectos y guardó para los atenienses los prisioneros. Al principio se burlaban de él por lo desventajoso de su parte: pero cuando llegaron los rescates, su producto superó al del botin, de modo que Atenas logró la suma necesaria para mantener cuatro meses su escuadra y egército. Artagérges irritado de tantas derrotas y decidido á hacer un grande esfuerzo, habia reunido todas sus fuerzas marítimas, que ascendian á trescientas cincuenta velas, y se apostaron en la embocadura del Eurimedonte, sostenida por un numeroso egército que habia en la costa. Cimon derrotó la escuadra, cogió doscientos bageles y echó á pique casi todos los demas: desembarcó su egército, venció al de los persas, hizo en ellos gran carnicería y recogió un botin inmenso. Sabiendo que una escuadra fenicia de ochenta velas llegaba de Chipre para reforzar á los persas, le salió al encuentro y la destruyó casi enteramente. Despues de estas victorias, que competian con las de Salamina y Platea, volvió triunfante á Atenas. Todas las riquezas que habia conquistado se emplearon en embellecer la ciudad y fortificar el puerto Al año siguiente navegó al Helesponto, arrojó á los persas del Quersoneso de Tracia, y aunque

su padre habia sido rey de este pais, lo cedió á la ciudad de Atenas. Los habitantes de la isla de Tásos se rebelaron: Cimon destruyó su escuadra y puso cerco á su ciudad. Este sitio duró tres años: porque los taseos se ostinaron en resistir, y las mugeres mismas peleaban y hacian de las trenzas de sus cabellos cuerdas para las máquinas. Sufrieron el hambre mas espantosa sobre las demas calamidades de la guerra; y aunque estaban próximos á perecer, nadie proponia la paz, porque estaba prohibido por una ley bajo pena de muerte. En esta estremidad un ciudadano de Tasos, llamado Hegetorides, se puso un dogal al cuello y propuso capitular para salvar el pueblo. Este generoso sacrificio enterneció y mudó los ánimos: se hizo la capitulacion, y los atenienses se contentaron con desmantelar la ciudad. Cimon enriqueció tambien á Atenas, conquistando toda la Tracia, muy abundante de minas.

Los atenienses, ensoberbecidos con estas victorias, esperaban que conquistase tambien la Macedonia: pero Cimon se detuvo en la frontera: y la ingratitud del pueblo que no perdona á los virtuosos, cuando cree ofendidos sus intereses, le acusó de haberse dejado sobornar por el rey de aquel pais. Cimon se justificó demostrando que Alejandro habia estado siempre en paz con Atenas y se habia conducido como amigo, y representando que los atenienses se harian aborrecibles á todos los

pueblos si movian guerra á los reyes y ciudades que no los habian ofendido. La acusacion de soborno pareció improbable, porque toda la vida de Cimon daba testimonio contra ella. En esta época quiso Artagérges enviar á Temístocles con un egército contra la Grecia: pero este héroe, por evitar la alternativa de ser traidor á su patria ó ingrato á su bienhechor, se dió la muerte con un veneno. La ciudad de Magnesia le erigió una estátua. Tucidides dice que murió de muerte natural. Temístocles en la desgracia habia corregido su orgullo y mostrado grandes virtudes: y si el suicidio no manchó la determinacion de no servir contra su pais, la gloria que adquirió en sus últimos dias es purísima. Su hija tenia dos amantes, uno pobre y virtuoso, el otro rico y de malas costumbres: y él prefirió la virtud sin caudal á la riqueza sin mérito.

La empresa que Artagérges meditaba contra Grecia se malogró por la rebelion de los egipcios, que nombraron rey á Inaro, príncipe de Libia. Atenas envió en ausilio de éste una escuadra y un egército á las órdenes de Caritimes, que destruyó en la embocadura del Nilo cincuenta navíos persas y venció reunido con Inaro á Aqueménides hermano del rey de Persia matándole cien mil hombres. Artagérges procuró ganar á los lacedemonios; pero la rivalidad de éstos contra Atenas no los cegó entonces, como sucedió despues en daño

de sus intereses comunes. Otro egército persa que penetró en Egipto bajo las órdenes de Artabazo y Megavises, venció á Inaro y obligó á los atenienses á retirarse á la isla de Prosopitis, donde se defendieron diez y ocho meses. Los generales persas abrieron canales y dejaron secos los brazos del Nilo, que defendian á los griegos: éstos imitando la resolucion de Leónidas, quemaron sus bageles y se decidieron á morir antes que entregarse. Los persas aterrados por esta determinacion, los dejaron volver libres á Atenas. En esta época Artagérges permitió á Esdras volver á Jerusalen á restablecer la ley de Moises y el templo de Salomon: y Roma reconoció las luces y virtudes de Grecia, enviando á pedir al Aréopago las leyes que debian gobernarla.

Pericles. Pericles comenzaba entonces á tomar parte en los negocios públicos: este hombre famoso que dió su nombre á su siglo, estaba destinado á dar el mayor esplendor á su patria y á plantar en ella las semillas de la corrupcion que causó su decadencia. Era hijo de Jantipo, el vencedor de Micale y descendia de Clistenes por su madre. Su maestro fue Anaxágoras de Clazomenes, por sobrenombre *mente*, por que atribuia á un solo Dios la creacion y gobierno del mundo. Pericles poseia el arma mas fuerte en una república, que es la elocuencia: la suya era tan seductora, que se decia que las gracias y la persuasion moraban

en sus labios, y algunas veces la comparaban al rayo por su fuerza. Su ribal Tucidides, que luchó largo tiempo contra él en los combates de la tribuna, decia: «Cuando he derribado á Pericles, su elocuencia hace creer á los oyentes, que yo soy el vencido." Ningun hombre ha conocido mejor su tiempo y su pais. El mismo contaba que antes de hablar en público se decia á sí mismo: «Mira que vas á hablar á hombres libres, á griegos y á atenienses:" y pedia á los dioses que lo preservasen de toda espresion indecorosa y de todo pensamiento contrario á la dignidad y al bien de su patria. Cuando era jóven decian que se parecia á Pisistrato, lo que lisongeaba su ambicion, pero era peligroso en una ciudad tan celosa de la independencia. Ocultando diestramente el amor del mando con la máscara de la popularidad, evitó al principio con sumo cuidado todo lo que pudiera hacerle sospechoso: y durante muchos años aparentó entregarse á los placeres, á la literatura, á las artes y á las ciencias, y cuando los deberes de ciudadanos le llamaban á la guerra, sabia mostrar valor y ocultar la ambicion. Habiendo ganado poco á poco el afecto del pueblo, le pareció la ausencia de Cimon una circunstancia favorable para conseguir su objeto: entonces mudó repentinamento su esterior: se hizo grave, severo, tomó una parte activa en los negocios públicos evitando con cuidado el orgullo ofensivo de Temistocles

por una parte, y por otra la familiaridad enemiga del respeto. Rara vez se presentaba en público: sus amigos y confidentes dirigidos por él se encargaban de los negocios menores; él, semejante á Júpiter, solo entendia en los de mas importancia: y entonces su elocuencia seductora sometia el pueblo á su voluntad.

Ascendió rápidamente á las magistraturas mas elevadas. La confianza llegó á ser un hábito, y se trocó en obediencia, de modo que mandaba en la república como un monarca. Diestro en leer los corazones de los hombres, contentaba al pueblo repartiéndole las tierras conquistadas, pagaba los espectáculos con el caudal público, suavizaba las costumbres de los atenienses para gobernarlas con mas facilidad y se servia de los juegos, las artes, las obras del ingenio y los placeres, para alejarlos de los negocios. Tolerando la licencia de la comedia, no llevaba á mal que le ridiculizasen en el teatro: y dejando al pueblo el fantasma de la libertad escénica, le quitaba la verdadera. La suerte no le habia designado arconte ni polemarca, y era necesario haber obtenido alguno de estos empleos para ser individuo del Aréopago: no pudiendo entrar en este cuerpo respetado y severo, cuya autoridad temia, le quitó poco á poco sus mas importantes atribuciones y las dió á los tribunales inferiores, de los cuales disponia. Así llegó á ser dueño de la república. Cimon volvió

entonces al Atica y quiso restablecer la aristocracia para derribar el poder del pueblo, fundamento de la autoridad de Pericles: mas su oposicion no hizo mas que balancear la influencia de su rival sin poder destruirla. La virtud de Cimon era la gloria de su patria: pero su austeridad desagradaba á los atenienses: partidario declarado de las instituciones de Licurgo, alababa siempre á Esparta á costa de Atenas, y esta predileccion ofendia la vanidad de sus conciudadanos.

La república de Lacedemonia sufrió en este tiempo grandes calamidades, y se vió próxima á una ruina total. Un espantoso terremoto derribó todas las casas de la ciudad, escepto cinco. La cumbre del Toigeto, desgajada de sus cimientos, cayó sobre la ciudad y la arruinó. Los hilotas aprovechándose de esta calamidad pública, rompieron sus cadenas y tomaron las armas con la esperanza de esterminar á sus señores dispersados. Pero el rey Arquidamo reunió los ciudadanos y rechazó á los esclavos: estos llamaron á los mesenios que los auxiliaron con todas sus fuerzas. En este peligro urgente pidieron los lacedemonios socorro á Atenas. El pueblo se reunió: Efialto, amigo y confidente de Pericles, queria que se negase todo auxilio, y que se dejase perecer á una república, cuya rivalidad impedia á Atenas dominar en Grecia. Pero el virtuoso Cimon representó con tanta fuerza cuán infame seria

este abandono, y cuán imprudente dejar la Grecia *coja* y á Atenassin contrapeso, que ganó todos los sufragios. La antigua generosidad triunfó de la ambicion política, y se envió un socorro de cuatro mil hombres al mando de Cimon, que libertó á Esparta del riesgo que la amenazaba. Algun tiempo despues renovaron la guerra los mesenios y hilotas, y Cimon entró de nuevo en el Peloponeso: pero los lacedemonios, hallándose esta vez con fuerzas suficientes para vencer á sus enemigos, tuvieron celos del socorro que se los enviaba, y lo despidieron al Atica. Los atenienses, irritados de esta injuria, miraron á Cimon como causa de aquel desaire y lo desterraron por diez años.

Pericles, desembarazado de un rival tan terrible, fue mas poderoso que nunca. Los lacedemonios vencieron á sus enemigos, y subyugaron la Mesenia. Megara, que seguia el partido de Atenas, se puso bajo la influencia de Esparta. La rivalidad de las dos repúblicas, que contribuyó tanto á su gloria comun mientras se contuvo en los límites de una noble emulacion, se convirtió en un odio violento, mas exaltado cada dia, y temiendo un rompimiento proximo buscaban una y otra aliados. Si la Grecia se habia incomodado antes con el duro yugo de Lacedemonia, no lo estaba menos entonces con la turbulenta ambicion de los atenienses. Mientras que Cimon peleaba con los persas, Mirónides y otros generales de

Atenas atacaban en Europa á Corinto, Epidauro y Tebas y demolian á Egina, y quemaban sus bajeles. Sus armas habian conquistado la Tesalia y obligádola á sufrir el yugo de Orestes. Cuando Atenas temia la invasion de los persas, practicó todas las virtudes que dan salvacion y gloria á las repúblicas: reinaban en ella el pudor, la modestia, el desinterés y las grandes hazañas no tenian mas premio que la estimacion pública. Aristides y Temístocles no lograron ni aun una corona de laurel. Milciades pidió que se le diese una despues de la victoria de Maraton y un simple ciudadano le dijo: «la tendrás cuando hayas vencido tú solo al enemigo.» Las inscripciones destinadas á perpetuar la memoria de los triunfos de Cimon contenian grandes elogios de las tropas, mas no hablaban de ningun guerrero en particular. La derrota de los persas, dando á los atenienses grande seguridad, les quitó una parte de sus virtudes. Su numerosa escuadra, que al principio los salvó, los corrompió despues estendiendo su poderío y aumentando sus riquezas. Se habia armado al principio para defender su independencia: despues solo pelearon para saquear. En fin, el decreto de Temístocles, que llamó á Atenas á los estrangeros para aumentar la poblacion, alteró las costumbres mezclando la molicie asiática á la sencillez ateniense. Esparta, mas severa, habia resistido mejor á la seduccion de las riquezas:

pero las victorias la ensoberbecieron, y si no era tan codiciosa como Atenas, tenia quizá mas ambicion.

No tardó en encenderse la guerra entre estas dos repúblicas. Un cuerpo de lacedemonios encontró algunas tropas atenienses junto á Tanagra, ciudad de la Beocia, y las venció. Cimon, aunque desterrado, hallándose cerca del campo de batalla, quiso ausiliar á los suyos: pero reusaron los servicios de este ciudadano generoso. Se alejó, pues: pero encargó á los que le acompañaban que hiciesen su deber, y todos perecieron en el combate. El inconstante pueblo de Atenas, temeroso de las consecuencias de esta guerra, comenzó á quejarse de Pericles y á sentir la ausencia de Cimon. Pericles, demasiado diestro para irritar al pueblo con una resistencia intempestiva, hizo él mismo lo que no podia impedir, y propuso el decreto de restitucion de su rival. Cimon volvió á su patria y se halló de nuevo al frente del gobierno. Concibió la grande idea de aniquilar la discordia en Grecia, empleando sus armas contra el enemigo comun. Envió cincuenta navíos en socorro de Amirteo, gefe de una nueva rebelion contra los persas en Egipto, y él mismo con doscientas velas marchó contra la armada de Artabazo que estaba en las aguas de Chipre, le quitó cien bajeles y destruyó un gran número de los demas. Desembarcó despues en Cilicia y ven-

ció á Megabises con gran mortandad de los persas. Su plan era pasar á Egipto: pero queriendo antes apoderarse de la isla de Chipre, desembarcó en ella y sitió á Cicio.

Paz de Cimon. Artagerjes reconoció cuan necesaria le era la paz y envió á Atenas á Artabazo y Megabises para que la pidiesen. Calias fue nombrado por la república para seguir la negociacion, que fue pronta y tan gloriosa para los griegos como ignominiosa para los persas. En el tratado se dió libertad á todas las ciudades griegas del Asia menor: se estipuló que ningun buque de la marina real pudiese navegar en los mares que hay desde el ponto Euxino hasta las costas de Panfilia, y que los egércitos persas no pudiesen acercarse á la distancia de tres dias de marcha de aquellos mares. Así acabó la guerra médica, que habia durado cincuenta y un años. Cimon murió aun no concluida la paz de una herida que recibió en el cerco de Cicio: pero antes de espirar dió orden de que se ocultase su muerte á los enemigos, porque la falta de un contrario tan temido no les inspirase el deseo de renovar la guerra. La armada ateniense volvió al Pireo, gobernada por el nombre de Cimon.

Pericles, libre de este rival, aumentó su poder de dia en dia, á pesar de los esfuerzos de la aristocracia, cuyo gefe era Tucídides, cuñado de Cimon. Dueño del estado gobernó

con mucha prudencia una poblacion tan numerosa y activa: cada año tripulaba sesenta bageles y daba ocupacion y jornal á un gran número de pobres. Atenas envió muchas colonias al Quersoneso, á las islas, á Tracia y á Italia, donde edificaron la ciudad de Turio. Pericles, protector ilustrado de las letras, las ciencias y las artes, llenó la ciudad de estatuas, cuadros y monumentos: su magnificencia y urbanidad atraia á muchos estrangeros, que vinieron á gastar sus rentas en la hermosa capital del Atica. Le acusaron de tirano porque prodigaba arbitrariamente el dinero de los aliados en construir edificios públicos. Pericles ofreció pagar de su caudal todas aquellas obras, con tal que las inscripciones de las columnas dijesen que él las habia erigido. La vanidad ateniense rechazó esta oferta y anuló la acusacion. Fidias, el mas célebre de los escultores, hizo una estatua de marfil y oro de treinta y nueve pies de altura. El teatro inmenso del Odeon se construyó tomando por modelo la magnífica tienda, desde la cual vió Gerges la batalla de Salamina. Pericles, deslumbrando al pueblo ateniense con el esplendor que le daba, triunfó sin dificultad de la oposicion de Tucídides, é hizo que le desterrasen por medio del ostracismo. Queriendo estender el dominio de su patria, propuso á los anfictiones un decreto para obligar todas las ciudades griegas de Europa y Asia

á enviar diputados á Atenas, que deliberasen sobre los medios de reparar los males y perjuicios de la guerra anterior y de levantar los templos destruidos. Esparta conoció el objeto de esta medida, y la inutilizó manifestando que si se egecutaba, haria á Atenas capital y soberana de toda la Grecia.

Pericles no tardó en conocer que la tranquilidad esterior incitaria á un pueblo tan inquieto, como el ateniense, á examinar su administracion y su poderío: vió que era menester que peleasen para que se dejasen gobernar, y que debia añadir á la estimacion que ya gozaba, la gloria de las batallas. La ambicion del pueblo favorecia sus intentos, y asi hizo la guerra con felicidad en Tracia, aterró las playas del Peloponeso, penetró en el Ponto Euxino y amenazó con sus armas á Egipto, Sicilia y Cartago. Poco despues se movió en Grecia una guerra que se llamó *sagrada*. Esparta habia quitado á los foceos la custodia del templo de Delfos: Pericles se la devolvió. La Eubea se habia rebelado y Pericles la sometió. Esparta, aliada de Megara, invadió el Atica. Pericles consiguió una victoria de los espartanos y firmó con ellos una tregua que debia durar treinta años: pero la ambicion y la animosidad de estos dos pueblos no tardaron en quebrantarla y en comenzar la larga y funesta lucha, conocida con el nombre de guerra del Peloponeso. Todos los aliados de Atenas se quejaban

de Pericles y le acusaban de emplear el tesoro público de la Grecia en los monumentos con que hermoseaba su patria. El respondia diciendo que Atenas no tenia que dar cuenta de las contribuciones, cuando el objeto, al cual se destinaban, se habia logrado completamente. Su elocuencia triunfó de los adversarios, y su valor de los enemigos. Cerró con una fuerte muralla el istmo del Quersoneso para defenderle contra las incursiones de los tracios. Bajo su administracion, que pudo llamarse reinado, fue Atenas respetada en todas partes, y para aumentar su poder, se aprovechó hábilmente de las divisiones de los otros pueblos. Samos y Mileto estaban en guerra: Pericles hizo alianza con los milesios y entró dos veces en Samos, donde restableciô el gobierno democrático. Una escuadra fenicia, que quiso oponérsele, fue derrotada y casi destruida.

Guerra de Corcira. Una guerra mas dificil de terminar y cuyas consecuencias fueron mas largas y funestas, hubo entre Corcira y Corinto su metrópoli. Los atenienses se declararon á favor de Corcira y pelearon con los de Corinto como aliados de los corcireos. La ciudad de Potidea, sita en Macedonia, era tambien una colonia de Corinto: y los atenienses quisieron que demoliese sus murallas y arrojase á sus magistrados, elegidos por un Corintio. Hubo una accion al pie de las murallas de esta plaza y quedaron vencedores los atenienses.

El sabio Sócrates, que adquirió mucha gloria en este combate, hizo que se adjudicase el premio del valor á su discípulo Alcibiades, sobrino de Pericles, cuyas hazañas adivinaba. Esparta, envidiosa de esta victoria, tomó á su cargo la defensa de Potidea, y atrajo á su alianza á Perdicas, rey de Macedonia. Los atenienses derrotaron las tropas de este monarca y sitiaron á Potidea. Este suceso exaltó el odio que la mayor parte de los griegos tenian á Atenas, á la cual acusaban de atribuirse todo el honor de los triunfos comunes y sobre todo de atacar la independencia de los otros pueblos. Corinto, que habia declarado ya haberse roto la tregua, envió embajadores á Lacedemonia para invocar la venganza pública contra los atenienses. Se deliberó en el senado de Esparta, y despues en presencia del pueblo sobre este grande asunto, cuya decision era tan importante para el sosiego y seguridad de la Grecia. Los corintios y sus aliados esponian sus quejas y pedian la guerra. Los diputados de Atenas enumeraban los servicios hechos á la causa comun, y recordaban con orgullo su consagramiento, su ciudad abandonada, sus murallas destruidas y las victorias de Maraton y Salamina. Arquidamo, rey de Esparta, aconsejaba la paz, anunciando las desgracias de una guerra dura y funesta que destrozaria la Grecia y dejaria respirar el enemigo comun. Los emisarios del rey de Persia atizaban la discordia: el orgullo ofendido de Esparta hablaba á

favor de la guerra y se determinó á hacerla. Sin embargo, antes de pelear enviaron á Atenas embajadores que exigieron que pusiese en libertad todas las ciudades griegas que estaban bajo su dominio ó influencia, y particularmente que revocase un decreto en que habia prohibido á los de Megara toda comunicacion con Atenas.

Los ciudadanos mas ricos y prudentes de esta ciudad querian que la república sacrificase algo á la paz, temiendo la ruina de sus heredades y los males que una guerra intestina iba á causar en Grecia. Pero á pesar de los esfuerzos que hizo el partido de Tucídides, prevalećió el sistema dominador de Pericles. Lisongeó la vanidad del pueblo recordándole sus triunfos y presentando un cuadro seductor de sus fuerzas militares y del estado de su hacienda. La república tenia entonces trescientas galeras, treinta mil soldados y nueve mil seiscientos talentos (veinte y ocho millones de pesetas) en el tesoro: las contribuciones de los aliados ascendian cada año á millon y medio de pesetas. Quitó á los ciudadanos el temor de las invasiones enemigas en el Atica. « Este será un mal pasagero, decia: dejad el campo al enemigo y defended solamente la ciudad: vuestras escuadras y tropas llevarán el terror á sus hogares y se verán obligados á llamar sus ejércitos para defenderse contra los ataques repetidos que la velocidad de nuestros buques

multiplicará en sus costas. El orgullo de Esparta domado no podrá resistiros y cesará de disputaros el imperio que debeis tener y que habeis adquirido con vuestras victorias.»

Guerra del Peloponeso. Asegurado de la disposicion de los atenienses y encargado de responder por ellos, convirtió todos los argumentos que se le hacian contra Lacedemonia, reprendiéndola por haber impuesto á la Grecia un yugo mucho mas duro y menos popular que el de Atenas. Declaró que esta no renunciaria á su autoridad sobre las ciudades que reconocian su imperio hasta que Esparta diese el ejemplo, dando libertad á los mesenios, hilotas y demas ciudades que gemian bajo su dominio. Ninguno de los dos partidos deseaba sinceramente la libertad de la Grecia. Esparta y Atenas aspiraban á la dominacion, y asi los discursos no eran mas que vanas formalidades y solo la espada debia decidir esta gran cuestion. La guerra se declaró con toda solemnidad. El sosiego y la ambicion de Pericles estaban interesados en que se rompiese la paz: porque sus enemigos trabajaban incesantemente para destruir su autoridad: y no atreviéndose á acometerle directamente, acometieron á las personas que le eran mas amadas. Citaron en juicio al célebre Fidias su amigo, acusándole de haber robado una parte del oro destinado á la estátua de Minerva, y de haber cometido la impiedad de poner el retrato de Pericles en el

escudo de Palas. Fidias se justificó del hurto, pero convencido del sacrilegio, fue puesto en la cárcel y murió en ella. Anaxágoras, acusado tambiem de impiedad, conociendo la impotencia de la razon contra el fanatismo, se escapó huyendo de los furores del pueblo. Aspasia era célebre por su hermosura, su talento, su instruccion y sus aventuras amorosas. El sabio Sócrates decia que habia aprendido de ella la pureza y elegancia del lenguage. Los filosofos mas ilustres y los magistrados mas respetables oian sus lecciones y seguian sus consejos: Pericles aseguraba que le debia su elocuencia y la habia tomado por esposa. Tambien fue acusada; su esposo la defendió con felicidad segun algunos autores, no tanto por la elocuencia del abogado como por la hermosura de la rea que descubrió Pericles á la vista de los jueces.

Gloria literaria y artística de Atenas. Entonces ofrecia Atenas el contraste mas singular y brillante de locura y sabiduría, de entusiasmo y de ingratitud, de luces y supersticiones, de crueldad y amenidad, de virtudes públicas y de inmoralidad privada. Abundaba en prudentes políticos, oradores turbulentos, guerreros valientes y generosos, plebe insolente y cobarde, esposas modestas y laboriosas, prostitutas llenas de ingenio y corrompedoras, artistas y poetas celebres destrozados por sofistas y satíricos oscuros y envidiosos, filósofos, en fin elocuentes y severos, rodeados

de una juventud ardiente é inconstante, que escuchaba sus lecciones para adornar su espíritu, mas no para grabarlas en su corazon, dominado siempre por la ambicion y el amor de los placeres. En aquella época memorable estaban reunidos todos los elementos de gloria y corrupcion: mezcla que anuncia á los pueblos haber llegado al colmo de su grandeza y empezar ya el primer grado de su decadencia.

Anaxágoras, maestro, amigo y consejero de Pericles, fue uno de los principales personages que ilustraban entonces á Atenas. Habia renunciado á la ambicion por consagrarse á las ciencias. Convencido del dogma de la inmortalidad del alma, y creyendo sometido el universo á las leyes de una inteligencia suprema miraba el cielo como su verdadera patria, no se curaba de los bienes de la tierra, y murió muy pobre en Lampsaco. Los habitantes de esta ciudad le preguntaron qué deseaba que hiciesen despues de su muerte, y él les pidió un dia de asueto para los jóvenes. Pericles olvidando la amistad entre los cuidados de la ambicion, le habia dejado sin ausilios: pero cuando supo que se acercaba á su fin, le hizo ofrecimientos tardíos: ya no es tiempo, respondió el filósofo: «debias saber, que quien gusta de una lámpara, la echa aceite.»

Entonces florecia Píndaro, natural de Tebas y el primero de los poetas líricos. Horacio advierte que es menester ser loco para atre-

verse á competirle. El poeta Esquilo, fundador del teatro de Átenas, dió á los actores el vestido largo, el coturno y las máscaras, y estableció la forma regular á la tragedia antigua. Puso los coros en los entreactos: se elogiaba la gravedad de su estilo, muy propio para escitar el terror y la compasion. Antes de representar los héroes, los habia imitado, distinguiéndose por su valor en las batallas de Maraton y Salamina. Sófocles, natural de Colona, fue rival de Esquilo: se le dió el sobrenombre de *abeja* por su elocuencia, dulzura y harmonía. Coronado veinte veces, logró el último triunfo teniendo cerca de cien años, y murió de alegria. Euripides de Salamina menos atrevido y elevado que los dos anteriores, tenia un estilo mas perfecto y que generalmente agradaba mas. Se comparaba su poesia á la marcha noble y suave de un rio, y la de Sófocles á la carrera de un torrente. Euripides, filósofo en sus escritos hablaba á la razon y á los afectos. Muchos atenienses cautivos en Sicilia despues de una espedicion desgraciada lograron la libertad, recitando sus versos. Aristófanes fue el mas célebre de los poetas cómicos. Su estilo era elegante, su sátira mordáz, y sus donaires groseros. Satirizaba osadamente al gobierno y ridiculizaba sin pudor en sus piezas á las personas mas respetables.

Herodoto de Halicarnaso es el padre de la

historia. Escribió en dialecto jónico los sucesos de los griegos, persas y fenicios. Demasiado amante de la poesia, mezcló muchas fábulas con la verdad. Su obra leida en los juegos olímpicos escitó el entusiasmo general y Tucidides confiesa de sí mismo que lloró de admiracion. Se dió á cada uno de sus libros el nombre de una musa. Un largo destierro que sufrió en Sámos, maduró su juicio y produjo en su carácter el efecto ordinario del infortunio. Tucidides, guerrero valiente, orador estimable, estuvo veinte años desterrado, y á esta desgracia debemos la historia de la guerra del Peloponeso, escrita en dialecto ático, muy estimada por su esactitud y por la pintura animada de las leyes y política de aquel tiempo. Está quizá demasiado llena de oraciones, pero muchas son modelos de lógica y elocuencia. Su estilo es vehemente, varonil y severo. La historia de Tucidides, segun la opinion comun. fue concluida por Teopompo y Jenofonte Jenofonte, natural de Atenas, tan célebre historiador como buen general, dirigió la famosa retirada de los diez mil griegos que habian auxiliado á Ciro el jóvon en su desgraciada empresa de quitar el trono á Artagérges Mnemon, su hermano. El aprecio que manifestaba públicamente á las leyes de Licurgo le grangeó el odio de los atenienses: fue desterrado, y escribió en el destierro la *Ciropedia* y la historia de las guerras de Grecia desde la vuelta de Alcibia-

des hasta la batalla de Mantinea. Ciceron dice que las musas hablaban por su pluma. Isócrates era admirado como orador por la dulzura, amenidad y brillantez de su elocuencia y por la pureza de su moral Fue el primero que introdujo en la prosa el número y la cadencia, y decian que lisonjeaba el oido sin convencer los animos. Plutarco le acusa de arreglar las palabras mejor que los negocios. Nicocles, rey de Chipre, le colmó de bienes. Contrajo amistad imprudentemente con Filipo, rey de Macedonia; no penetró que su ambicion se dirigia á subyugar la Grecia, y murió de pesar despues de la batalla de Queronea.

Fidias se inmortalizó por sus estátuas. La de Minerva fue causa de su gloria y de sus infortunios. Su Júpiter olímpico, de sesenta pies de alto, fue una de las siete maravillas del mundo. Sobresalia tambien en la pintura. Miron fue muy célebre como escultor: la vaca de cobre fue su obra maestra. Céuxis, pintor famoso, se distinguia por la vivacidad de su colorido: se contaba que los pájaros venian á picar las ubas de sus cuadros. Parrasio, pintor de Efeso, engañó al mismo Céuxis con una cortina tan bien pintada, que Céuxis le dijo que la descorriese para ver el cuadro. Timántes de Sicion era célebre por la filosofía de sus composiciones. En el cuadro que representaba el sacrificio de Efigenia, conociendo cuán imposible es al genio imitar el dolor de un padre

que vé inmolar á su hija, pintó á Agamenon cubriendo su cabeza con el manto.

Al mismo tiempo Empedócles de Agrigento gozaba en su pátria de grande autoridad y en toda Grecia de una merecida estimacion. En los juegos olímpicos se cantaban sus versos sobre las obligaciones del ciudadano. Cuentan que deseando ser tenido por Dios desapareció de la vista de sus conciudadanos, precipitandose en el Volcan del Etna; pero Aristóteles niega este hecho y dice que murió tranquilamente en el Peloponeso. Era de la secta de Pitágoras, que habia pasado á Italia seiscientos años antes de J. C. Este filósofo, natural de Sámos, era hijo de un escultor: su fuerza fisica se igualaba al vigor de su ánimo y en su juventud siguió la profesion de atleta. Las lecciones de Terecides sobre la inmortalidad del alma lo inclinaron á la filosofia. Dejó sus bienes y su familia para consagrarse al estudio de la naturaleza y de los hombres: viajó por Egipto y Asia; volvió á Sámos, que abandonó muy pronto por no someterse á la tirania de Policrates: y se fijó en la grande Grecia, morando ya en Tarento, ya en Crotona. Su secta fué llamada *itcilica*. Tuvo cuatrocientos á quinientos discípulos, que sufrian un noviciado de dos á cinco años, durante el cual se les obligaba á observar un silencio rigoroso. Su elocuencia era persuasiva y sus costumbres muy severas. Pacificó los pueblos

de Italia y reformó las costumbres en muchas ciudades. Los magistrados escuchaban y seguian sus consejos con veneracion. Cuentan de él que estuvo encerrado mucho tiempo en una caverna y que hizo creer al pueblo que habia estado en los infiernos. Prohibia á sus discípulos comer habas, sin que se sepa la causa de esta singularidad.

Zeleuco y Carondas, legisladores famosos, fueron sus principales discípulos. Era muy sabio, relativamente á su siglo, en las matemáticas, y halló la propiedad del cuadrado de la hipotenusa: y en accion de gracias de este descubrimiento hizo una hecatombe á los dioses. Se le atribuye el sistema de la metempsícosis ó transmigracion de las almas, y decia que se acordaba de haber sido aquel mismo Euforbo, al cual hirió Menelao en la guerra de Troya. El abate Bartelemy cree que Pitágoras no admitió este sistema sino como una imágen simbólica de las reproducciones y metamórfosis de los tres reinos de la naturaleza. Segun él, el alma del hombre era una inteligencia emanada de la divina mente, á la cual volvia á unirse cuando se separaba del cuerpo. La harmonía del universo le parecia un resultado de la proporcion de sus partes, y por eso daba mucha importancia al conocimiento de los números, que en su opinion era la ciencia del ser supremo, y el medio principal de que se habia valido para crear y

conservar sus obras. Decia que solo debia hacerse la guerra á cinco cosas, á las enfermedades del cuerpo, á la ignorancia del entendimiento, á las pasiones del corazon, á las sediciones de las ciudades y á la discordia de las familias. Enseñaba la moral bajo el velo de la alegoría; por ejemplo, para aconsejar una actividad contínua, decia *no mateis nunca el gallo*: para reprobar los votos y juramentos temerarios: *no os pongais en el dedo una sortija que os apriete*: y para impedir que se irrite á un hombre ya enojado, *no aticeis el fuego con la espada*. Se cree que murió con tranquilidad en Metaponto, á la edad de noventa años. Despues de su muerte fue venerado como un Dios. Sus discípulos tenian tanta fé en sus dichos, que solo respondian á los que disputaban con ellos: *el maestro lo dijo*. Los griegos le atribuyeron muchas fábulas, bien como á los demas hombres célebres de su pais: y asi cuentan que se presentó en los juegos olímpicos con un muslo de oro; que tenia secretos mágicos; que adivinaba lo futuro; que detuvo el vuelo de un águila y que estuvo en un mismo dia y á la misma hora en Crotona y en Metaponto.

Primera campaña. La Grecia, rica en talentos, ciencias, artes y grandes hombres, hubiera podido gozar pacíficamente de su esplendor y ser el centro del mundo civilizado: pero despreciando el imperio de las luces, el

mas agradable en su adquisicion y el mas fácil de conservar, siguieron la ambicion de las armas y del poder; y mas peligrosa que los persas, rompió la confederacion que habia resistido al Asia y preparó la ruina de los pueblos que se entregaron á sus ilusiones. Ninguna guerra se ha declarado que debiese anunciar mas pasiones y desastres: el amor de la independencia habia armado toda la Grecia contra el gran Rey, y la necesidad de oponer el heroismo al número ó de vencer ó morir bajo la masa inmensa de los persas, habia electrizado todas las almas. Despues de la victoria, la envidia recíproca de las ciudades alimentó el fuego de la discordia, que habia podido apagarse en aquella lid prolongada. El espíritu militar se sostuvo, pero cambió de direccion. No combatieron ya por la independencia, sino por la dominacion; y como solo podian aspirar á ella Aténas y Esparta, las pequeñas ciudades se aliaban con estas grandes repúblicas y les prestaban armas para destrozar la patria comun. Solo Tébas podia competir con aquellas dos rivales, y no tardó en elevarse al grado de potencia de primer órden.

Esparta podia armar ocho mil hombres, seguido cada uno de muchos hilotas que solo peleaban en el caso de una estrema necesidad. En toda la Grecia los ciudadanos estaban obligados al servicio militar desde la edad de trein-

ta hasta la de sesenta años. La infantería pesada llevaba escudos grandes, lanzas, dardos y sables: la infantería ligera peleaba con arco y honda, dividida en cuerpos de quinientos hombres y subdividido cada cuerpo en cuatro compañías. Los ejércitos griegos tenian poca caballería: no servian en esta arma sino los ciudadanos mas ricos.

La marina consistia en naves de carga, que navegaban á la vela, y bajeles de guerra que usaban del remo. Estas galeras se llamaban *biremes*, *triremes*, *quinqueremes*, segun el número de sus órdenes de remos. Los remeros estaban colocados oblícuamente segun el órden á que pertenecian. Se llamaba *espolon* una viga armada de una punta de hierro y colocada en la proa para herir y destrozar los bajeles del enemigo. Los marineros, remeros y soldados recibian de paga un real cada dia: la del piloto era mayor. Los ciudadanos mas ricos eran los armadores de estos buques. Demóstenes propuso y se mandó que todo ciudadano, cuyo caudal ascendiese á diez talentos, armase una galera. El que la mandaba se llamaba trierarca.

La juventud se adiestraba para la guerra en los gimnasios con ejercicios que daban al cuerpo fuerza y gracia. La música era muy estimada y se hacia uso de ella en la milicia para enardecer los ánimos, y en la paz para calmar las pasiones y dar mas solemnidad á las festividades, mas alegria á los banquetes, y ma-

dulzura á las costumbres. El teatro la corrompió, sirviéndose de ella casi esclusivamente para pintar é inspirar el amor de los placeres. Los jóvenes, aspirando á toda clase de gloria, estudiaban las artes, recitaban versos, se aplicaban al estudio de la filosofía, y se dedicaban principalmente á la elocuencia que en los antiguos tiempos abria la carrera de los honores y elevaba á los destinos superiores de la república. Los maestros de las escuelas se llamaban *Sofistas*, nombre que debian justificar por su sabiduría: pero la presuncion, la sutileza, las paradojas y la codicia de la mayor parte de ellos, ridiculizadas justamente por Sócrates, convirtieron aquella denominacion honrosa en una injuria.

En la guerra del Peloponeso tenian los lacedemonios por aliadas á todas las ciudades de la península escepto Argos, y fuera de la península á los megarenses, locrios y beocios. Atenas tenia en su favor á Quios, Lesbos, Platea, la Jonia, los pueblos del Helesponto y las ciudades de la Tracia. Un egército beocio acometió á Platea, que los atenienses socorrieron. Arquidamo, rey de Esparta vino á Corinto, donde reunió un egército, que con los socorros de los aliados ascendia á sesenta mil hombres. Envió un diputado á Atenas para hacer que la república renunciase á sus pretensiones: pero se le despidió sin ser oido. El egército aliado entró en el Ática. Los atenienses no podian oponerles mas que mil

ochocientos hombres: pero contaban con trescientas galeras que eran su verdadera fuerza. Siguieron, pues, la táctica de Pericles, y sin oponer en la llanura una resistencia inútil, se refugiaron á la ciudad todos los habitantes del campo. Los espartanos sitiaron el castillo de Enoe, pero la resistencia de los sitiados hizo inútiles sus esfuerzos: y renunciando á esta empresa, talaron el Atica y se acamparon á media legua de la capital, donde provocaban á los atenienses con burlas insultantes, reprochándoles su timidez que los tenia escondidos detras de la muralla. Pericles hubo menester toda su elocuencia para apaciguar los alborotos y contener la indignacion del pueblo. Sin hacer caso de los ultrages del enemigo, continuó tranquilamente su plan, pasó con la escuadra á las costas de Laconia, taló el territorio de Esparta, y obligó á los lacedemonios, segun habia predicho, á retirarse del Atica. En esta espedicion sobrevino un eclipse de sol que espantó á los marineros. El piloto de Pericles consternado iba á soltar el timon: este, para disipar su espanto y esplicarle el fenómeno, le puso el manto sobre los ojos, diciéndole que la luna interpuesta del mismo modo entre nosotros y el sol, nos impedia ver su luz. Los atenienses, libres de sus enemigos, mandaron que en lo sucesivo tendrian siempre de reserva cien bageles y cien talentos, y prohibieron bajo pena de

muerte hacer uso de ellos, sino en el caso de una nueva invasion. Estos primeros sucesos grangearon á Atenas nuevos aliados: los reyes de Tracia y Macedonia concluyeron un tratado con la república; y la escuadra se apoderó de Cefalenia y Nisa, y sus tropas desembarcaron y talaron el territorio de Megara. Estos fueron los acontecimientos de la primer campaña. Se hicieron grandes honores á los guerreros que habian muerto en ella, cubrieron de flores sus huesos reunidos en una tienda y se trasladaron despues á un monumento erigido en el Cerámico para conservarlos. Pericles inmortalizó la memoria de aquellos ciudadanos en una oracion fúnebre que Tucidides nos ha transmitido.

Peste de Atenas. Al año siguiente los lacedemonios talaron el Atica. Pericles desembarcó en Laconia con cuatro mil hombres de infantería y trescientos de caballería, y los aliados tuvieron que volverse al Peloponeso. Se propuso la paz á Esparta y la rehusó. En esta campaña se añadió la peste á los males de la guerra. Nunca se habian estendido tanto los estragos de aquel terrible azote, pues saliendo de la Etiopia, despues de haber corrido el Africa y el Asia, vino á despoblar la Grecia. Tucidides ha hecho su horrible descripcion. Esta enfermedad atacaba succesivamente todos los órganos con síntomas espantosos y sus rápidos progresos terminaban casi siempre en la

muerte. El ánimo quedaba sin fuerzas desde el principio de la enfermedad: pero las del cuerpo redoblaban para sentir con mas viveza el dolor. Los enfermos, atormentados con violentas y continuas convulsiones, daban gritos lamentables. Las úlceras de sus cuerpos y el color ensangrentado de sus ojos inspiraban horror. Un dolor cruel despedazaba sus entrañas: el olor fétido de su boca alejaba los socorros que pedia; se arrastraban gimiendo por las calles, y se arrojaban á los pozos y rios para mitigar la sed que los devoraba. Al principio el amor y la amistad se consagraron á salvar las víctimas; pero la muerte, que pagaba en breve estos sacrificios, los hizo mas raros: el terror fue el sentimiento esclusivo y rompió los vínculos mas fuertes y dulces de la naturaleza. La enfermedad formó un desierto al rededor de los que atacaba, y la mayor parte murieron en el seno de su patria en el mas espantoso abandono. El miedo no solo estinguió la piedad, sino corrompió las costumbres: viendo descender igualmente á la tumba el vicio y la virtud, y considerando la brevedad y flaqueza de la vida humana, concluyeron que debian emplear sus cortos momentos en el delirio de los placeres. El célebre Hipócrates, cuyos preceptos siguen todavía los médicos de la Europa moderna, y que no ha tenido superior en su arte, estaba entonces en Cos: rehusó ir á asistir al rey de Persia por socorrer

á los enfermos de su pais; y vino á Atenas, donde se le miró como á un Dios. Luchando sin intermision contra la peste, esponia intrépidamente su vida por arrancar al sepulcro algunas víctimas, y no dejó el Atica hasta que el azote cesó. El pueblo ateniense le concedió el derecho de ciudadano y una corona de oro de cinco mil libras, y mandó que fuese mantenido á costa del pritaneo.

El saqueo del Atica, las pérdidas de la guerra y la despoblacion espantosa aumentada por el contagio, habian disipado las ilusiones de los ciudadanos mas ambiciosos: el pueblo echaba menos las dulzuras de la paz y acusaba á Pericles de haberla roto. Fue puesto en juicio, condenado á una multa y privado de sus empleos. Todo se reunió entonces para hacerlo infeliz: su hijo Jantipo, á quien amaba á pesar de sus vicios y de su ingratitud, murió de la peste, asi como la mayor parte de sus amigos, quedando sin consuelo contra la injusticia del pueblo.

Toma de Potidea. Los atenienses, atacados de nuevo por sus enemigos, conocieron cuán necesarias les eran las luces de Pericles, y asi le restituyeron con entusiasmo la autoridad que le habian quitado con ligereza. La toma de Potidea coronó las armas de Atenas; pero los lacedemonios atacaron á Platea, que se distinguió por una defensa digna de su reputacion. En este sitio se observaron los progresos de los

griegos en el arte militar: los sitiadores y sitiados mostraron mucha habilidad en el ataque y resistencia y emplearon máquinas desconocidas hasta entonces. Los atenienses acometieron á Cálcis, capital de la Eubea; pero fueron rechazados y perseguidos hasta las murallas de Atenas. Esparta y sus aliados, deseando preservar el Peloponeso de los estragos que anualmente causaban en él las fuerzas marítimas de Atenas, formaron una escuadra de cuarenta y seis bajeles. Formion, comandante de la de Atenas, la derrotó y le cogió doce naves. Esta victoria fue la última de la administracion de Pericles. Este grande hombre murió, segun Plutarco, de la peste, y segun otros de tisis. En los últimos años de su vida fue desgraciado: el contagio le quitó su familia y amigos: víctima de la ingratitud del pueblo, al cual habia consagrado su existencia, se vió depuesto y condenado á una multa. El arrepentimiento tardío de aquella inconstante república, aunque le hizo perdonar la injusticia de sus conciudadanos, no le restituyó su antigua confianza ni sus primeras ilusiones. Ya moribundo oia á los magistrados de Atenas, que estaban junto al lecho, lamentar su pérdida, recordar los actos de su administracion y contar sus triunfos. «Mis victorias, dijo Pericles, haciendo el último esfuerzo, son obra de la fortuna y del valor de mis soldados y compañeros: el mérito que mas me honra es que nin-

gun ciudadano ha vestido luto por causa mia." Este héroe en la liade del sepulcro, no veia el esplendor de las hazañas, sino el de las acciones virtuosas. Habia gobernado cuarenta años al mas inconstante de los pueblos, y Atenas floreció mientras siguió sus consejos. Parece que fue uno de los mejores oradores, pues Ciceron, cuyo gusto se igualaba a su talento, dice que fue modelo de la perfecta elocuencia. Su política era mas hábil que atrevida. Económico para sí, fastuoso en los gastos públicos, no empleó las riquezas que conquistaba, sino en aumentar las fuerzas de la república y en embellecer la ciudad, que llena por él de monumentos magníficos, fue el ornamento y la maravilla del mundo. La fama de Pericles se aumentó como la de todos los grandes hombres, por la mediana capacidad de sus sucesores. Despues de su muerte dos ciudadanos se disputaron la autoridad y la obtuvieron alternativamente.

Cleonte y Nicias. Uno de ellos era Cleonte, hombre vano, temerario y agradable al pueblo, porque participaba de sus pasiones y las lisongeaba exagerando el poder de Atenas y pintándolo siempre como superior al de Lacedemonia. Era injusto y codicioso, aunque siempre tenia en los labios la rectitud y la moderacion. Oponíase á éste Nicias, gefe del partido aristocrático, que habia mandado los egércitos con distincion. Su liberalidad cauti-

vaba por algun tiempo la muchedumbre: pero la timidez de su carácter deslucia su razon y sus talentos. El lenguage desmayado de Nicias, contrario á las emociones vehementes de que tanto gusta el pueblo, pocas veces lograba apartarlo de las empresas temerarias que aconsejaba Cleonte con las mas fogosas declamaciones.

Olvidáronse los sábios consejos de Pericles, que hubieran obligado al Peloponeso, atacado siempre por las fuerzas marítimas de Atenas, á reconocer la superioridad de los atenienses. Estos no se limitaron á una defensa legítima; sino obligando á otros pueblos á rebelarse contra su ambicion, sacrificaron su felicidad á proyectos de conquista, y prepararon su ruina, estendiendo á lo lejos su dominacion y debilitándola al estenderla. El Atica se vió talada por la tercera vez. Lesbos se rebeló: pero los atenienses vencieron la escuadra de Mitilene y hubo una suspension de armas, durante la cual enviaron ambos pueblos sus embajadores á los juegos olímpicos. Los de Atenas se mostraron injustos, prefiriendo en sus discursos los intereses á la razon y el derecho de la fuerza al de gentes. Lesbos adhirió á la alianza de Esparta. Atenas preparó una grande espedicion que causó gran terror en el Peloponeso; dirigióse á Mitilene, que no habiendo sido socorrida á tiempo, tuvo que rendirse. Atenas usó con suma crueldad de su victoria: mandó dar muerte á mil de los principales ciuda-

nos, y que se hiciese lo mismo con los demas habitantes, y aunque revocó este decreto bárbaro, repartió todo el territorio de Lesbos entre los ciudadanos de Atenas. Los lacedemonios no fueron mas generosos con sus enemigos. Platea sufrió un largo sitio; no pudiendo defenderse mas, despues que muchos de sus ciudadanos buscaron su salud en la fuga, se rindió á los espartanos que degollaron todos los habitantes que quedaban, hicieron cautivos á sus hijos y mugeres, y arrasaron aquella ciudad, cuyo nombre sagrado recordaba la derrota de los persas y la gloria de Grecia. Al mismo tiempo se repetian en Corcira horrores de la misma especie. Los magistrados y los ricos eran del partido espartano: el pueblo, viendo llegar en su favor una escuadra ateniense de sesenta naves, degolló á todos los partidarios de la aristocracia: hubo un dia entero de combate y de matanza en casas y calles, y hasta en los templos.

Combate de Sfacteria. El quinto y sesto año de la guerra hubo muchas incursiones de los aliados en el Atica y de los atenienses en el Peloponeso. Demóstenes pasó el mar Jonio con treinta bageles: rechazado en un primer combate, volvió con nuevas fuerzas y se apoderó de Pilos, ciudad de la Mesenia. Los lacedemonios le acometieron por tiera y mar: y un cuerpo considerable compuesto de los ciudadanos mas distinguidos de Esparta, desembarcó imprudentemente en la pequeña isla de

Sfacteria donde fue bloqueado por las fuerzas navales de los atenienses. Estaban sin víveres ni esperanza de socorro: y Esparta, por salvarlos, pidió la paz á Atenas. Esta república se halló entonces en el grado mas alto de esplendor y pudo consolidar su autoridad, terminando los males de la Grecia. Nicias queria que se hiciese la paz: el pueblo se dejó vencer de la violencia de Cleonte y mandó continuar la guerra. Los lacedemonios desesperados armaron hasta sus esclavos: pero Cleonte reunió sus fuerzas á las de Demóstenes y penetró en Sfacteria, donde los espartanos se defendieron con el valor propio de aquel pueblo: mas los mesenios, que estaban con ellos traidores porque eran oprimidos, los acometieron por la espalda y los obligaron á abatir sus escudos y rendirse. Los atenienses levantaron un trofeo y lo mancillaron dando muerte á ciento y veinte ocho de los valientes guerreros que habian postrado. Los demas fueron conducidos á Atenas y guardados como rehenes. En este tiempo murió Artagérges I: le sucedió su hijo legítimo Gérges II, á quien mató y sucedió su hermano bastardo Sogdiano, que asesinado por sus crueldades, dejó el trono á Dario Noto, bastardo tambien de Artagérges. En el reinado de este príncipe empieza el dominio de los eunucos de Palacio y la rebelion de las provincias. Los persas fueron arrojados de Egipto.

Campaña del año 9. Despues de ocho años

de esta guerra intestina, era imposible prever su fin. Nícias, mandando las fuerzas de Aténas, se apoderó de Citera y Tirea, y mandó matar los eginetas que se habian refugiado á esta plaza. Los habitantes de Leoncio, ciudad de Sicilia, maltratados por los de Siracusa, pidieron socorro á Aténas, que les envió veinte naves: pero los leontinos, temiendo un ausiliar tan poderoso, rehusaron su socorro haciendo la paz. En Megara el partido popular, favorable á los atenienses, quiso abrirles las puertas Brásidas, uno de los mejores generales de Esparta, acudió con prontitud y oprimió á los sediciosos. Pasó despues á Trácia donde se apoderó de Anfípolis y otras ciudades que estaban por los atenienses. Tucídides, general de Aténas, llegó demasiado tarde para salvarlas. Cleonte le acusó por su lentitud é hizo que lo condenasen al destierro. Al mismo tiempo Demóstenes é Hipócrates, generales atenienses, fueron vencidos junto á Decélia por los tébanos, que se hicieron dueños de esta plaza.

Combate de Anfípolis. En los tres años siguientes se mantuvo igual la fortuna de la guerra, compensándose los triunfos con las derrotas. Las dos repúblicas, cansadas de peleas inútiles, hicieron treguas por un año, que se habieran convertido en paces, á no ser por el orgullo de entrambos pueblos, las pretensiones de los aliados, y sobre todo la ambicion de Brásidas y Cleonte. Este fue con un ejército

á recobrar á Anfípolis. Brásidas, que conocia su impetuosidad, lo atrajo á una emboscada, donde le derrotó con pérdida de seiscientos hombres. Cleonte pereció en la fuga. Los espartanos tuvieron pocos muertos: pero su pérdida fue muy grande, porque Brásidas murió en la batalla. Su memoria fue honrada con el sentimiento general, y como alabasen á este héroe en presencia de su madre; *sí*, dijo aquella muger mas espartana que madre: *mi hijo tenia valor; pero aun quedan en Lacedemonia muchos ciudadanos tan valientes como él.* Los espartanos dieron en este tiempo un ejemplo horrible de crueldad y perfidia. Observando que la poblacion de los hilotas crecia, mandaron venir á la ciudad á los mas valientes só color de darles la libertad y los degollaron inhumanamente.

Paz de Nícias. La muerte de Cleonte habia colocado á Nícias al frente del gobierno de Aténas: y como, á pesar de su habilidad en la guerra, amaba la paz, aprovechó la coyuntura favorable en que Lacedemonia queria libertar á los guerreros, que fueron cogidos en Sfacteria, y las victorias de Brásidas habian humillado la vanidad de los atenienses. Se abrió, pues, la negociacion, y Nícias consiguió hacer un tratado de paz y de alianza por cincuenta años. Pero esta felicidad fue de muy corta duracion: porque el ambicioso Alcibiades, turbando la tranquilidad general fue causa de la

renovacion de las hostilidades y de la ruina de su patria.

Alcibiades. Se creia que la paz seria eterna por el interés que los pueblos tenian en ella: la tranquilidad y el gozo renacian en todas las familias: la reconciliacion se celebraba en los teatros, y los coros de las tragedias que se representaban en Atenas, decian que las arañas tegerian sus telas en los escudos y en las puntas de las lanzas. Pero existia siempre el amor propio y la ambicion de los particulares y de las repúblicas: ni el orgullo espartano, ni la vanidad ateniense les permitian renunciar al dominio de la Grecia: y á pesar de los esfuerzos de los ciudadanos prudentes, tales como Nicias, Sócrates y Pausanias, la ambicion y las pasiones de Alcibiades turbaron continuamente la paz con desavenencias, intrigas y hostilidades, y renovaron pronto el incendio universal. Alcibiades, hombre demasiado célebre para desgracia de su pais, tuvo en el mas alto grado muchos vicios y algunas virtudes. Era hijo de Clinias, por su padre descendia de Ayax y por su madre de Alcmeon. Desde niño mostró el valor de un hombre, y reprendiéndole una vez, porque luchando habia mordido como una muger á su adversario: *le he mordido*, respondió, *no como una muger sino como un leon.* En su primera juventud anunció su osadía el destino que le aguardaba: insultaba las costumbres y las leyes del

hijo? Creeria sin duda que era un hábil estadista, un general experto, intrépido y consumado, que ha meditado muy bien sus planes, previsto todas las dificultades y preparado todos los recursos. Pero ¿cuánto se reiría al saber que el autor de este gran proyecto es un jóven de veinte años, orgulloso de su valor, que ignora los elementos de la táctica y la administracion, y que cree que el gobierno de los pueblos es una ciencia infusa que se posee sin aprenderla?" Alcibiades, humillado, pero no desanimado, reservó para mas adelante los proyectos de su ambicion: estudió, trabajó sin descanso, aprendió el arte de vencerlo todo excepto á sí mismo, y llegó á ser tan hábil como peligroso. Desde que se presentó en la junta del pueblo, fue escuchado con mucho aplauso: pero la cordura y esperiencia de Nicias balanceaba su crédito y se oponia á sus proyectos. Este antiguo capitan aborrecia la guerra, aunque la habia hecho con felicidad; y Alcibiades la queria, porque solo ella le ofrecia los medios de adquirir gloria y autoridad.

Por sus intrigas logró separar á los argivos y eleos de la alianza de Lacedemonia. Atenas los sostuvo, y desde esta primera hostilidad indirecta, que quebrantaba los tratados, se pudo preveer que la guerra iba á comenzar. Esparta ofreció poco despues un pretexto mas especioso para el rompimiento; porque habiendo prometido restituir la fortaleza

de Panacte, lã entregaron á la verdad, pero demolida. Alcibiades irritó la indignacion de los atenienses: pero Esparta envió á Atenas embajadores para terminar esta desavenencia. Nicias iba ya calmando los ánimos, cuando una astucia de Alcibiades desbarató sus pacíficos intentos. Aparentó mudar de dictamen, recibió con amistad á los embajadores de Esparta, ganó su confianza y prometió favorecerles. Ellos le dijeron que traian plenos poderes para firmar un tratado; y Alcibiades los engañó diciéndoles: »no conoceis bien el pueblo de Atenas: si sabe que teneis plenos poderes para terminar esta querella, pensará que quereis la paz á cualquier costa, y se creerá con derecho de exigir las condiciones mas duras. Creedme, obrad con mas prudencia, y mañana en la asamblea del pueblo no manifesteis vuestro deseo de la paz: haced algunas proposiciones como que salen de vosotros mismos, previniendo que no estais autorizados para firmar: entonces yo apoyaré vuestras proposiciones." Los lacedemonios le creyeron, y al dia siguiente hicieron lo que les habia aconsejado. Nicias exhortó el pueblo á la paz, y alabó la buena fé de los espartanos que querian impedir la guerra presentando condiciones moderadas por medio de embajadores autorizados para firmarlas. Los embajadores declararon, segun la pérfida sugestion de Alcibiades, que no tenian semejante autoriza-

cion. Entonces Alcibiades subió á la tribuna, peroró contra ellos, y les echó en cara haber venido á engañar á los atenienses con demostraciones y palabras de paz, sin ánimo de concluirla. Los diputados confusos no podian retractarse ya de lo que habian dicho públicamente. Nicias creyó que le habian engañado, y el pueblo enfurecido rompió las conferencias, despidió á los embajadores, y la guerra volvió á comenzar.

Renovacion de la guerra. Los atenienses se aliaron con las ciudades de Mantinea y Elide: y Alcibiades, nombrado por general, taló la Laconia. En esta campaña solo hubo algunos combates pequeños que nada decidieron. Sin embargo los ciudadanos mas prudentes de Atenas querian la paz, y Nicias les desagradaba por la poca vehemencia de su virtud: porque era austéro en sus principios y tímido en su conducta: en Alcibiades temian la inconsideracion y censuraban la disolucion de costumbres. Hipérbolo, ciudadano ambicioso y perverso, conociendo la disposicion de los espíritus, creyó favorable aquel momento para derribar á los dos gefes y elevarse sobre sus ruinas: pero entrambos partidos se reunieron contra él, y fue condenado al ostracismo. Esta pena inventada contra los ciudadanos, cuyo gran mérito inspiraba sospechas, dejó de estar en uso desde que se hubo aplicado á un hombre tan ruin como Hipérbolo.

Alcibíades por su conducta, intrigas y disoluciones, daba lugar á la censura pública, de modo que podia serle temible la curiosidad del pueblo con respecto á sus menores acciones. Para separarla de los objetos importantes, se valió de un medio, pueril en la apariencia, pero que prueba cuan bien conocia la ligereza de los atenienses. Tenia un perro hermoso y de mucho precio, y mandó cortarle la cola. Dijeronle que generalmente se censuraba aquella mutilacion ridícula en un animal tan bello: á lo cual respondió: »pues han de hablar de mí, mejor es que murmuren esta accion y se olviden de otras cosas." Mas no tardó en presentar una materia mas importante á la crítica de sus conciudadanos.

Guerra de Sicilia. Los ciudadanos de Egesta, ciudad de Sicilia, enviaron diputados á Atenas para pedir auxilio contra los de Selinunte, aliada de Siracusa, y prometian pagar las tropas que se les enviasen. Esta ocurrencia aumentó la division de los partidos en Atenas. Nicias manifestó al pueblo las dificultades y peligros de esta espedicion, pronosticando su funesto resultado. »Si nuestras armas triunfan, decia, la victoria excitará la envidia de las demas naciones, aumentará las fuerzas de Esparta, y no podreis resistir á una coalicion tan formidable. Si la suerte nos es contraria, debilitados por nuestras pérdidas, nos oprimirá el enemigo cercano y habremos preparado

voluntariamente nuestra ruina. ¿Por qué vais á buscar tan léjos los males? Debemos arruinar la patria por pagar las profusiones de Alcibiades, los siete tiros que envia á los juegos olímpicos, los muebles de su palacio y el lujo de su mesa régia. La guerra que os proponen es injusta, y ni es útil ni necesaria: ni veo en ella otra ventaja que la de remediar el bolsillo agotado de Alcibiades. Este respondió. «Los cargos que me hacen son injustos. Siempre he consagrado mi existencia, siempre la consagraré al bien de mis conciudadanos. Desde el combate de Potidea no ha habido campo de batalla en que no haya vertido mi sangre por la patria, y mi gloria es aumentar su fuerza, su poder y su fama. Me echan en cara mis riquezas, cuando ellas y mi casa son de mis conciudadanos: mi caudal es un recuerdo de la gloria de Aténas y fruto de los servicios de mis antepasados. Acusan mi fausto: yo he creido que la magnificencia de los particulares dan honor al estado. El lujo y la urbanidad de Atenas le han adquirido tantos amigos como los que enagenó Esparta por su austeridad dura, triste é insolente. Apoyó la propuesta de los egestanos, y aconsejó la guerra, porque siempre es justa la de la independencia contra la tiranía, porque os enriquezerá y contribuirá á vuestra gloria. No temo las dificultades con que os asombran: todas las ciudades de Sicilia, cansadas de sus príncipes y de la ambicion de Siracusa, os es-

peran para abriros las puertas y recibiros como libertadores. Estendiendo á lo lejos la fama de vuestras hazañas, demostrando hasta en los confines de Europa vuestro poder marítimo, espantareis á los enemigos cercanos. La pálida luz de una falsa moderacion, la timidéz disfrazada en prudencia, no espantarán á vuestros rivales ni los obligarán á reconocer vuestra dominacion, sino el esplendor de la victoria. Me habeis nombrado general: pero si se teme que el ardor de mi juventud me arroje á empresas imprudentes, dadme por cólega á Nicias, y nada tendreis que recelar cuando mi valor sea moderado por la prudencia de un capitan tan esperto y tan feliz en sus empresas.»

El pueblo insensible á los frios razonamientos de Nicias, y entusiasmado con las lisonjas y elocuencia de Alcibiades, accedió á la peticion de los egestanos y mandó que se enviase en su socorro una armada á las órdenes de Nicias, Alcibiades y Lamaco. Se hicieron con celeridad todos los preparativos necesarios; pero el dia de la salida de la escuadra pareció de agüero siniestro, por ser aniversario de la muerte de Adónis. Las mugeres de Atenas imitando segun la costumbre los gemidos de Venus, parecia que anunciaban los desastres de su ciudad. Cuando el pueblo estaba entristecido por haber señalado inconsideradamente un dia tan fatal, se supo que las estátuas de

Mercurio, colocadas en las puertas de las casas, habian amanecido mutiladas. Los magistrados, impelidos por la indignacion pública, hicieron diligentes investigaciones para descubrir al autor del sacrilegio: un esclavo declaró que Alcibiades, estando embriagado, lo habia cometido. Querian prenderle y formarle causa: pero los soldados y marineros tumultuados, juraron que no partirian sin él. Alcibiades protestaba altamente su inocencia, y pedia que se le pusiese en juicio, representando cuan injusto seria que un ciudadano, oprimido por el peso y la inquietud de semejante acusacion, se encargase de dirigir una empresa que exigia tanta confianza y libertad de ánimo. Mas el pueblo no queriendo retardar la salida de la escuadra, decidió que Alcibiades no seria juzgado hasta su vuelta.

La vanidad de los atenienses gozó del espectáculo de sus fuerzas. El egército era de 7 á 8 mil hombres de tropas escogidas: la escuadra de ciento treinta y seis bageles de guerra seguidos de mil naves de comercio La audacia de Alcibiades se habia transmitido á los soldados: su ardor, su alegría, sus cantos guerreros al son de los instrumentos dieron á este alarde la apariencia de un triunfo. Nadie preveia que aquella juventud iba á buscar su tumba en Sicilia, y que el sueño de la conquista de Siracusa acabaria en la ruina de Aténas. La escuadra llegó á Regio, y no en-

contró el dinero que los egestanos habian prometido depositar en aquella ciudad. Nicias queria negociar en lugar de combatir. Lamaco decia que se podia terminar prontamente la guerra, acometiendo á Siracusa y aprovechándose del primer espanto de los enemigos. Alcibiades propuso que se ocupase la Sicilia para engrosar sus fuerzas con el socorro de los griegos establecidos en aquella isla. Siguióse su dictámen, desembarcó el primero y sometió á Catania. Pero sus enemigos mas temibles no estaban en Sicilia: los que dejó en Aténas se aprovecharon de su ausencia para perderle. Los magistrados proseguian sus pesquisas acerca de la mutilacion de las estátuas y muchos esclavos declararon que Alcibiades, antes de este sacrílego entretenimiento, habia hecho al fin de un banquete la parodia de los misterios de Céres, representando el mismo en esta escena escandalosa el papel de sacerdote, Teodoro el de proclamador, y Polystion el de paraninfo. La credulidad recibió estas delaciones arrancadas por los tormentos ó compradas por el odio: sin embargo, un amigo de Alcibiades preguntó á los denunciadores como le habian conocido en la oscuridad: ellos respondieron que á la luz de la luna, y precisamente no la hubo aquella noche. Era evidente la impostura: pero el fanatismo ahogó la voz de la razon. El pueblo enfurecido queria una víctima y se envió la galera de Sala-

mina para que tragese á Alcibiades de Sicilia. Este fingió que obedecia: solo pidió que se le permitiese volver en un buque suyo; arribó á Turio y se ocultó de modo que sus enemigos no pudieron dar con él. Uno que le conoció cuando se ocultaba disfrazado, le dijo: "¿no tienes confianza en la justicia de los atenienses?" Alcibiades le respondió: en otras cosas si; pero en lo tocante á mi vida, no me fiaria ni aun de mi madre, pues podria equivocar la haba negra con la blanca." Cuando el pueblo ateniense supo su fuga, no puso límites al furor; le condenó á muerte, confiscó sus bienes, y mandó á todos los sacerdotes que le maldigesen. Solo la sacerdotisa Teano se negó á hacerlo, diciendo que "servia á los dioses para hacer súplicas y no imprecaciones: para bendecir á los hombres y no maldecirlos." Alcibiades supo en Argos, donde se habia refugiado, el decreto de su condenacion y dijo: "yo probaré á los atenienses que vivo todavia." Cumplió esta fatal amenaza, y para vengarse de una sentencia injusta, cometió el mayor de los crímenes, haciendo traicion á su patria y coligándose con los enemigos de Aténas para arruinarla. Su alma elevada por orgullo y no por virtud, ignoraba que el que se venga de las injusticias de su patria, las justifica.

Sitio de Siracusa. La lentitud de Nicias no aguijoneada por la actividad de Alcibiades,

le hizo perder un tiempo precioso en Catania, y dejó renacer la confianza del enemigo al cual habia atemorizado la invasion de fuerzas tan considerables: y asi la campaña no produjo ningun suceso de importancia. Los de Siracusa animados ya provocaban y acometian á los atenienses y se burlaban de su aparente timidez. Nicias, ofendido de sus denuestos se movió; en fin, marchó con todas sus tropas y puso sitio á Siracusa.

Esta ciudad famosa, situada en la costa oriental de Sicilia, habia sido fundada por Arguias, natural de Corinto: su poblacion era numerosa, su comercio estenso y sus tropas aguerridas. Al principio se gobernó como república, y la industria y valor de sus habitantes estendieron poco á poco su poder. Gelon, guerrero ilustre, se apoderó de la autoridad suprema, hizo perdonar la usurpacion por sus virtudes, y la dulzura de su gobierno estendió su dominio á muchas ciudades vecinas y consolidó su imperio con su prudencia. Sus sucesores no le imitaron: se hicieron odiosos y Siracusa recobró su libertad. Cuando los atenienses la atacaron, mandaba las tropas el senador Hermócrates, que por su habilidad y valor en aquellas críticas circunstancias se mostró digno de su puesto y de la confianza de su patria.

Admirando las maravillas que producia el espíritu inventivo de los griegos, su amor á

la gloria y su valor heróico, es fuerza lamentar su ceguedad que les hacia emplear en su ruina los mismos dones que debian servir para su felicidad. La Grecia, rica de genios, legisladores y sábios, y vencedora de Gérges, hizo temblar el Asia y dió esperanzas de ilustrar la Europa llena de sus brillantes colonias: una parte de Italia y toda la Sicilia eran griegas: las artes y las ciencias se esparcian al occidente: la union debió consolidar las conquistas de la civilizacion; pero el lujo, la ambicion y la discordia destruyeron la accion de las luces, introdujeron en unas ciudades la molicie, en otras la tiranía, y en todas el egoismo, y prepararon desde lejos el triunfo de la potencia romana, que sometió sucesivamente á su yugo todos estos pueblos divididos.

Ya hemos dicho que Siracusa queria someter á los leontinos, egestanos y otras ciudades de la Sicilia, lo que trajo contra sus murallas las fuerzas de Aténas. No tenia socorros que esperar de los pueblos de Italia, menos ambiciosos á la verdad, pero sumidos en la impotencia que producen los placeres. La célebre Sibaris, fundada por los aqueos, señora antiguamente de veinte y cinco ciudades, se habia corrompido por las riquezas. El vicio ha inmortalizado su nombre: su molicie fue tal, que daba premios á los inventores de nuevos placeres. Los de Crotona vencieron fácilmente á los

cobardes sibaritas, y destruyeron su ciudad. Sobre sus ruinas fundaron los atenienses la ciudad de Turio, cuyo legislador fue Carondas, discípulo de Pitágoras. La moral de Carondas fue muy severa. Escluia del senado al que pasaba á segundas nupcias: condenaba la calumnia á penas infamantes: castigaba con multas toda conexion con los malvados, y obligaba á los cobardes á presentarse en público vestidos de muger. Temiendo el riesgo de las innovaciones, mandó que todo el que propusiese una ley nueva, llevase al cuello un dogal, con el cual se le ahorcase si la proposicion no era tenida por buena y justa y no se aceptaba. Volviendo un dia de perseguir á unos ladrones, se presentó por olvido en la asamblea del pueblo con sus armas; lo que era vedado. Advirtiéronle que violaba su misma ley. «En lugar de violarla, dijo, la sellaré con mi sangre:" y se atravesó con su espada. Los lazos de esta legislacion rígida se fueron aflojando poco á poco: las costumbres se afeminaron: pero Turio conservó mucho tiempo el odio á las novedades y el amor de la paz, y vivió tranquila en medio de las guerras que afligian á los pueblos vecinos. Zeleuco, otro discípulo de Pitágoras, habia dado leyes á Lócros. Conduciendo á los hombres al conocimiento de la divinidad por la meditacion de sus obras y por la observacion del órden admirable del universo, prescribió en honor de los dioses mas virtudes que sacri-

ficios. Sus leyes fueron máximas de moral: y para estinguir el rencor que eterniza las guerras civiles, recomendaba á sus conciudadanos obrar con sus enemigos, como si hubieran de convertirse pronto en amigos. Para desterrar el lujo de su república, no lo permitió sino á las cortesanas.

Viviendo todos los pueblos de la Grecia magna en estas disposiciones pacíficas, no debian esperar de ellos los siracusanos socorros considerables, como de las ciudades de Sicilia; pero si en la isla tenian aliados, tenian tambien enemigos irritados por la dominacion de Siracusa. Por otra parte, las colonias griegas de Sicilia seguian ordinariamente el partido de sus metrópolis, y la rivalidad de Esparta y Aténas estendía su influencia á aquellas ciudades. Los antiguos habitantes de Sicilia fueron los lestrígones y los cíclopes. Algunos troyanos fundaron en la parte occidental la ciudad de Egesta, que los latinos llamaron Segestá. Los fenicios establecieron colonias en la costa que mira á Cartago; lo que proporcionó á esta ciudad grandes medios para estender su señorío en aquella isla. Los primeros griegos que se establecieron en Sicilia fueron los calcídicos de Eubea, que fundaron á Naxos, Leoncio y Catánia. Siracusa fue colonia de los corintos. Los megários edificaron á Megára ó Hibla, cuya miel era tan celebrada, y despues á Selinunte y Agrigento. Los mesenios fundaron á Mesana,

y los siracusanos á Acra, Clazómene y Camarina.

Siracusa, pues, teniendo á sus puertas menos aliados que enemigos, se hallaba entregada á sus propias fuerzas y debia sucumbir bajo el poder de Atenas si Esparta no la socorria con prontitud. Sin embargo, su numerosa poblacion, la fortaleza de sus murallas y su escuadra poderosa ofrecian á Nicias obstáculos grandes que exigian de este general mucha actividad y valor. La ciudad estaba dividida en tres cuarteles, el de la Isla, situado enmedio, comunicaba con la tierra firme por un puente: las casas de la Agradina se prolongaban á lo largo de la costa: detras de este cuartel y paralelamente é él, estaba el de Epípolis. Entrambos estaban defendidos con altas murallas flanqueadas de torres y con profundos fosos. Siracusa tenia dos puertos: el circuito del mayor era de dos leguas. Nicias, habiendo llamado la atencion del enemigo con un falso ataque hácia el lado de Catania, desembarcó en Olimpia sin obstáculo delante de los muros de Siracusa. Mas los siracusanos, reuniendo todas sus fuerzas salieron por las puertas y dieron á Nicias una batalla larga y sangrienta: los atenienses quedaron vencedores y obligaron al enemigo á refugiarse dentro de sus murallas. Nicias, en lugar de aprovecharse del espanto que esta derrota produjo en la ciudad, se retiró á Catania para reparar sus fuerzas y pidió á Ate-

nas víveres y dinero. Esta lentitud dió á los siracusanos tiempo para reanimarse. Hermócrates, su general, los alentó y envió á pedir socorros á Corinto y á Esparta. El momento era favorable, porque Alcibiades inflamado con el deseo de la venganza, habia salido de Argos para ofrecer sus servicios á Lacedemonia. Apenas llegó á esta ciudad adquirió una influencia increible en los ánimos de sus habitantes, imitando sus costumbres. No era ya aquel brillante ateniense rodeado de cortesanas en un palacio suntuoso, deslumbrando con el lujo de sus vestidos y pasando la noche en convites, sino un duro espartano, vestido groseramente, comiendo la salsa negra, luchando con los jóvenes, meditando con los viejos, grave en su continente, lacónico en sus discursos y mas enemigo de los atenienses que sus antiguos rivales. Persuadió á los lacedemonios que enviasen con prontitud á Siracusa un ejército á las órdenes de Gilipo y atacasen al mismo tiempo á Atenas: y para que esta invasion no fuese tan infructuosa como las anteriores, les aconsejó fortificar el puesto de Decelia, cuya importancia conocia mejor que nadie. Asi el talento funesto de este mal ciudadano preparó y decidió la ruina de Atenas: Alcibiades contribuyó á ella con su brazo y consejo.

Los siracusanos, animados con la esperanza de ser socorridos, redoblaron su actividad: y mientras los trabajadores añadian nuevas

fortificaciones á las antiguas, Hermócrates acometió el campo de los atenienses cerca de Catania y lo incendió. Era necesario un reves tan notable para sacar á Nicias de su letargo. Lento en decidirse, pero ardiente cuando se ponia en accion, reunió sus fuerzas, rechazó al enemigo, marchó á Siracusa, apostó su escuadra en Tapso cerca de la ciudad, derrotó á los siracusanos en un nuevo combate, erigió un trofeo, rodeó á Siracusa de atrincheramientos, que le cortaron la comunicacion con la campiña y se apoderó del Epipolis, situado en una montaña que dominaba á la ciudad. En vano los siracusanos emprendieron recobrarlo: fueron rechazados con pérdida. Hubo una batalla entre las dos escuadras en que murió Lamaco, general de los atenienses: pero estos quedaron vencedores y Nicias se hizo dueño del puerto grande. Varios pueblos de Sicilia, indecisos antes de la victoria, porque eran débiles, vinieron entonces á aumentar las fuerzas de los sitiadores. Siracusa consternada, creyéndose perdida, pidió capitulacion, y ya estaban arreglados los artículos de ella é iban á firmarse, cuando repentinamente apareció Gilipo con el egército lacedemonio, á cuyo desembarco no se habia opuesto Nicias. Los siracusanos recobraron ánimo y vigor á la vista de sus libertadores: salieron de sus murallas, forzaron los puestos del enemigo, se reunieron á los espartanos, acometieron jun-

tos el Epipolis, y lo tomaron por asalto. Nicias perdió mucha gente en esta pelea y se retiró al cabo Plemmirio, donde se fortificó. Siguiéronse dos batallas navales: en la primera quedaron vencedores los atenienses; pero en la segunda su ala izquierda fue completamente derrotada. La victoria de Gilipo cambió las disposiciones de los pueblos de Sicilia, que sin atender á la fé pública abandonaron casi todos á Nicias y se hicieron del partido de Siracusa y Lacedemonia. Nicias escribió á Atenas pidiendo un sucesor ó socorros. Su dimision no fue admitida: pero enviaron á Menandro y Eutidemo para que le ayudasen en el mando del egército y á Eurimedonte con diez galeras cargadas de víveres y dinero. Demóstenes, nombrado sucesor de Lamaco, debia salir en breve con fuerzas muy considerables. Entretanto Agis, rey de Esparta siguiendo el consejo de Alcibiades, entró en el Atica, la taló, fortificó á Decelia, y quitó á los atenienses todos los medios de recibir los productos de sus minas y las rentas de sus heredades. Atenas sufrió todas las calamidades de una hambre cruel: los esclavos desertaban, el pueblo gemia, el enemigo amenazaba la ciudad con ataques diarios, y los ciudadanos se veian obligados á hacer guardia de noche y de dia.

En este tiempo Gilipo y sus aliados hicieron los mayores esfuerzos contra Nicias, ata-

caron á Plemmirio con ochenta galeras infructuosamente: pero habiendo repetido el ataque al otro dia, se apoderaron del fuerte y de todo el dinero y municiones que habia en él. Los atenienses vengaron este revés, destruyendo once galeras enemigas, y se retiraron á una pequeña isla cercana á la costa. El momento decisivo llegaba: porque Gilipo y Hermócrates, habiendo reunido todas sus fuerzas, presentaron la batalla á los atenienses. Nicias queria aguardar á que llegasen los refuerzos: pero Menandro y Eutidemo, que envidiaban su gloria, se opusieron á su dictámen, favorecidos de la impaciencia del soldado, que deseaba pelear. Nicias fue vencido, perdió siete galeras, y su escuadra huyó desbaratada. Al dia siguiente apareció la de Demóstenes, que constaba de setenta y tres galeras, montadas por ocho mil hombres. Siracusa atemorizada queria la paz, y no lo ignoraba Nicias por las inteligencias que tenia en la ciudad; aconsejó, pues, entablar la negociacion. Pero Demóstenes no habia venido de tan léjos para no combatir: reprendió á Nicias su timidéz, inflamó con su vehemencia los ánimos de los soldados, y se resolvió dar la batalla.

Desastre de los atenienses en Sicilia. En la primer acometida penetraron los atenienses la línea enemiga: pero cuando se creian seguros de la victoria, sobrevinieron las tropas de Tebas, y restablecieron el combate. Un terror

pánico se apoderó de los atenienses: la noche aumentó el desórden: los soldados, perseguidos por el enemigo, tiraban las armas y se dejaban matar sin resistencia. La carnicería fue espantosa, pues murieron cerca de ocho mil hombres. Las reliquias del ejército ateniense, se refugiaron á los pantános. Gilipo recibió un nuevo socorro que aumentó el desaliento de los contrarios, que deseaban retirarse: pero los siracusanos les cortaron todos los caminos por tierra y mar. Eurimedonte pereció queriendo abrirse paso con sus galeras que se hundieron enmedio del golfo. El peligro redobló la intrepidez de Nicias, y rechazó á Gilipo que le atacaba. Los de Siracusa para quitarle al general ateniense su último recurso, cerraron el puerto grande con cadenas de hierro: y los atenienses, viéndose rodeados y sin víveres, resolvieron tentar otra vez la suerte de las batallas. Nicias llenó de soldados ciento y diez galeras y colocó en la ribera el resto de su ejército. Las galeras fueron á toda vela para romper las cadenas: la escuadra siracusana acudió para oponerse á ello: entrambas líneas se acumularon en un sitio tan estrecho, que fue imposible maniobrar; juntáronse los buques bordo á bordo, y se peleaba como en tierra. Despues de muchas horas de un combate ostinado, la escuadra ateniense vencida fue perseguida hasta la ribera, donde los soldados abandonaron los bajeles para guarecerse en el cam-

po de Nicías. Entonces se emprendió la retirada por tierra; pero ya era tarde y todos los pasos estaban tomados. A pesar de estos ostáculos, despues de haber abandonado, no sin dolor, los heridos y enfermos á la espada del enemigo, se pusieron en marcha y se retiraron en mejor órden que el que se podia esperar de la consternacion causada por los desastres anteriores, y de los frecuentes acometimientos de la caballería enemiga. Llegada la noche, resolvieron cambiar de direccion: la retaguardia, mandada por Demóstenes, perdió el camino en la oscuridad, y fue atacada. Despues de una larga resistencia, Demóstenes se vió obligado á rendirse con los seis mil hombres de su cuerpo. Nicias, continuando su marcha, atravesó un rio y estableció su campo en una altura. Rodeado por los enemigos, entró en negociacion y ofreció pagar los gastos de la guerra y dar rehenes. La respuesta de los enemigos fue acometerle: buscando en su valor la salvacion, los atropelló y se retiró á las orillas del Asinaro. Los soldados oprimidos de fatiga y sed, se arrojaron al agua, y fueron muertos por los siracusanos que los perseguian. Nicias, no pudiendo restablecer el órden, se rindió á Gilipo, á condicion de salvar las vidas de los soldados que quedaban.

El número de los prisioneros era muy grande. Los siracusanos volvieron triunfantes á su capital, convirtiendo en trofeos todos los

árboles del camino y colgando de ellos las armas de los vencidos. El senado y pueblo de Siracusa deliberaron sobre la suerte de los prisioneros. La plebe pedia que se les diese muerte: Nicolao, viejo venerable, hizo un discurso para probar que una conducta tan atroz deshonraria la victoria: pero Diocles y la venganza tuvieron mas sufragios; y Demóstenes y Nicias fueron enviados al suplicio. Los demas cautivos fueron encerrados en las canteras, donde no recibian mas alimento que un poco de harina y agua. La mayor parte murieron de miseria y los demas fueron vendidos como esclavos.

Tal fue la catástrofe de esta guerra fatal, emprendida por la vanidad de Alcibiades y tan desgraciada por su traicion. Asi se justificó el dicho de Timor, famoso por su aborrecimiento á los hombres, que viendo aumentarse la influencia de Alcibiades en Aténas, le dijo un dia: «ánimo, hijo: continúa engrandeciéndote: que por tí tendré el placer de ver arruinados á los atenienses." Al mismo tiempo que Aténas veia sus campañas taladas, sus minas invadidas y sus muros amenazados de los espartanos, supo la muerte de Nicias y Demóstenes, y la aniquilacion total de su armada y ejército. El pueblo consternado, sin bageles, sin dinero, sin soldados, no podia contar con el apoyo de los aliados, que sufrian su yugo por fuerza; y asi abandonaron á Aténas, cuan-

do la vieron desgraciada. Las ciudades de Tracia, Jonia, Eubea, Quios y Lesbos se pusieron bajo la proteccion de Esparta y tuvieron por mas justo el partido mas fuerte. Algunos pueblos de Asia, mas fieles ó mas adivinos de lo futuro, permanecieron en la alianza. Tisafernes, gobernador de Lidia por el rey de Persia, y Farnabazo, sátrapa del Helesponto, prometieron subsidios á los espartanos si les ayudaban á someter aquellos pueblos y quitarle á Aténas sus últimos aliados. Esparta consintió en ello violando las leyes de Licurgo: el deseo de mandar le hizo recibir dinero y armarse contra la libertad de la Grecia. La corte de Persia, vencida en los combates, triunfante por la intriga, se aprovechó de las disensiones de sus enemigos para corromperlos y humillarlos.

Alcibiades en Sardes. Alcibiades se habia vengado y probado al mismo tiempo el acibar de la venganza. El amor de la patria se despertó en su corazon cuando la vió infeliz y empleó toda su habilidad en retardar la negociacion de Tisafernes. Al mismo tiempo Agis, rey de Esparta, injuriado en el honor por el comercio adúltero de su muger con Alcibiades, buscaba medios de matarle. La pasion de la reina Timea era tan imprudente, que en presencia de sus amigos daba á su hijo Leotíguides el nombre de su amante. Alcibiades recibió el aviso de que los éforos querian prender-

le só color de ser muy amado de los lacedemonios y se escapó á Sárdes, y alli mudando repentinamente sistema, costumbres, trage y estilo, llegó á ser en breve tiempo el favorito de Tisafernes. Dueño de su ánimo, le persuadió que mantuviese la balanza entre Aténas y Esparta, probándole que la ruina de cualquiera de estas dos ciudades pondria á la otra en estado de armar todas las fuerzas de Grecia contra el gran rey. Estas intrigas dejaron respirar á los atenienses, que formaron nuevos ejércitos y escuadras, é hicieron volver á su obediencia muchas ciudades. Supieron que Tisafernes reforzaba su escuadra con ciento y cincuenta bageles fenicios, de modo que estaba en su mano oprimir á Aténas, ó libertarla de los lacedemonios. Entonces se arrepintió el pueblo de haber proscrito á Alcibiades, cuya influencia peligrosa temia. Este, aprovechándose de las circunstancias, prometió á sus conciudadanos la alianza de Tisafernes, si destruian en Aténas el régimen democrático.

Los cuatrocientos. El pueblo indignado se opuso á esta resolucion: pero el peligro era inminente y no habia recursos, y el partido democrático cedió por salvar la patria. Aténas envió á Sárdes á Pisandro con otros diez diputados para tratar con Tisafernes y Alcibiades. El sátrapa exigia imperiosamente que los atenienses renunciasen á la Jonia, lo que Aténas no podia ni queria consentir: incomodado

con esta oposicion, hizo un tratado con Lacedemonia, que prometió formalmente ceder al rey de Persia las provincias griegas del Asia menor. A pesar de esto, las disposiciones empezadas á tomar en Aténas se consumaron. A la democracia se substituyó la oligarquia y se confió la administracion pública á cuatrocientos ciudadanos de los mas ricos. El senado resistia aun: pero el lugar de sus sesiones fue violado por los cuatrocientos armados de puñales, y los senadores se dispersaron A este acto de violencia se siguió una cruel proscripcion: los partidarios de la democracia fueron presos, degollados y privados de sus bienes: de modo que los nuevos magistrados fueron mas inhumanos con el pueblo que los mismos enemigos. La escuadra que estaba en Sámos se rebeló apenas supo estas atrocidades, depuso á sus gefes y nombró en su lugar á Tazilo y Trasíbulo. Estos llamaron á Alcibiades y le dieron el mando general de la armada. Los lacedemonios en lugar de aprovecharse de estas turbulencias y marchar prontamente á Aténas, acometieron la isla de Eubea y se apoderaron de ella. Este yerro salvó por entonces á los atenienses: depusieron á los tiranos, sin fuerzas ya despues de la pérdida de aquella isla, y confirmaron la restitucion de Alcibiades.

Batalla de Abido. Alcibiades no quiso volver á Aténas sin haber reparado sus yerros con servicios, y sus traiciones con victorias. Se

juntó á la escuadra ateniense con algunos bajeles jónios; atacó impetuosamente á los lacedemonios junto á Abido y logró de ellos una completa victoria, cogiéndoles 30 buques. Despues se presentó con su osadía é imprudencia acostumbrada en la corte de Tisafernes que le mandó prender; pero sobornó algunos de los guardias, mató á otros, volvió á su escuadra, y se dirigió con cuarenta bajeles á Cizico.

Reconquista del Helesponto. El sátrapa Farnabazo y Míndaro de Esparta tenian en la Propóntide fuerzas muy superiores á las suyas. Al principio se acercó con la mitad de su escuadra para inspirar confianza al enemigo y separarlo de la costa. Sucedió como lo habia previsto: los contrarios viendo el pequeño número de las naves atenienses las acometieron desordenadamente, teniendo por segura y fácil la victoria: pero habiendo comenzado la batalla, llegó lo restante de la escuadra de Alcibiades, se arrojó sobre los persas y espartanos y los derrotó completamente. Alcibiades desembarcó su ejército, venció á Farnabazo, hizo un gran destrozo en los enemigos y mató con su propia espada á Míndaro, general de los lacedemonios. El rey Agis, que venia con una escuadra sobre Aténas, fue vencido y auyentado por Tasilo: pero este general peleó infelizmente contra la escuadra de Tisafernes, y tuvo que reunirse con Alcibiades, no sin haber apresado en el camino cuatro naves sira-

cusanas ausiliares de Esparta. Alcibiades al frente de todas las fuerzas de Aténas, acometió á Tisafernes, y consiguió una completa victoria, destruyendo casi enteramente las armadas persa y fenicia. Este triunfo hizo á los atenienses dueños del Helesponto y causó tanto terror en Lacedemonia, que la obligó á pedir la paz: pero el rencor de Aténas era demasiado grande para ser prudente, y así rehusó la negociacion perdiendo una ocasion tan oportuna de consolidar su poder.

Alcibiades generalísimo. Al año siguiente se apoderó Alcibiades de Calcedonia y de otras muchas plazas, venció á Farnabazo otra vez y volvió á Aténas con sus naves cargadas de laureles y de un riquísimo botin. Su entrada triunfal fue magnífica. Aténas, que se habia creido perdida, se hallaba victoriosa. Los hombres prorumpieron en gritos de alegria: las mugeres, niños y ancianos espresaban su júbilo con lágrimas. Alcibiades fue recibido como un héroe, como un libertador, y casi como un dios. Reunió el pueblo, y quiso justificarse de la antigua acusacion: pero la fortuna le habia absuelto; se anuló el decreto de proscripcion y se mandó á los sacerdotes que retractasen sus maldiciones. Uno solo se negó á ello, diciendo que él no habia maldecido sino á un sacrílego, y que si Alcibiades era inocente, el anatema no podia alcanzarle. El pueblo en la embriaguez de la gratitud, no se contentó con resti-

tuir al vencedor sus derechos y bienes. Olvidan lo que Milciades no habia podido obtener una corona de laurel, dió á Alcibiades una de oro y le confió el mando general de su ejército y marina. El entusiasmo á favor del héroe crecia diariamente y llegó hasta el punto de quererlo hacer rey : pero los ciudadanos mas prudentes temiendo esta nueva tiranía, que acabaria para siempre con la libertad, apresuraron la salida de la escuadra. Alcibiades que amaba la gloria mas que la autoridad, obedeció : pero antes de embarcarse, hizo una accion digna de su osadía y muy agradable á los atenienses.

Los lacedemonios ocupaban los campos del Atica habia muchos años, y los atenienses tenian que ir por mar á Eléuxis para la celebracion de los misterios. Cuando llegó la época de esta solemnidad, Alcibiades, sin temer á los enemigos, quiso que se siguiese la antigua costumbre é hizo pasar la procesion por entre dos filas de soldados Los espartanos, ó asombrados de la temeridad ó respetando la pompa religiosa, no quisieron ni interrumpir la marcha ni turbar la ceremonia. El feliz éxito de este atrevimiento redobló el entusiasmo del pueblo; pero Alcibiades no tardó en esperimentar la inconstancia de la frívola Atenas que pasaba tan rápidamente del enojo al amor y del amor al odio.

Lisandro. Lacedemonia, que temia verse

atacada á su vez, quiso oponer á Alcibiades un adversario digno de él, y dió el mando de sus escuadras á Lisandro, de la familia de los heraclidas. Era valiente, hábil, ambicioso, intrigante, y se hubiera elevado al mas alto grado de gloria si sus virtudes hubieran igualado á sus talentos. En este tiempo Darío Noto, rey de Persia, habia enviado por sugestion de su esposa Parisatis, á Ciro, hijo de ambos, á Sardes para que vigilase la conducta de Tisafernes, que favoreciendo ya á Esparta, ya á Atenas, seguia la política mas útil á la Persia. Pero el príncipe que solo venia á adquirir fuerzas con que disputar algun dia la corona á su hermano Artagerges, se declaró abiertamente por los lacedemonios, cuyas tropas podian serle mas útiles en una guerra en lo interior del imperio que las escuadras de los atenienses. Lisandro pasó á verse con él, y logró los subsidios necesarios para aumentar el sueldo de sus marineros, lo que le trajo mucha gente, aun de la misma escuadra enemiga. Hallando en Asia todos los recursos necesarios, tomó posicion en Efeso. Alcibiades pasó á Jónia á buscar dinero con que impedir la desercion de sus marineros, y dejó el mando interino de la escuadra á Antioco, cuyo talento le inspiraba muy poca confianza y por eso le prohibió pelear durante su ausencia: Antioco no obedeció, se acercó en su galera á los lacedemonios y los obligó con insultos y amenazas á que saliesen

del puerto y le acometiesen. Sus navios vinieron á socorrerle: travóse el combate, y Antíoco fue vencido con pérdida de quince galeras. Alcibiades, irritado de este revés, quiso vengarlo: reunió en Samos su escuadra y presentó la batalla á Lisandro, que la rehusó prudente. Los enemigos de Alcibiades en Atenas, comprimidos por su gloria anterior, se declararon con la derrota de la escuadra. Trasíbulo le acusó delante del pueblo porque habia abandonado los buques y mantenia inteligencias criminales con los sátrapas. El pueblo, que siempre da crédito á la envidia y es severo con la desgracia, condenó al destierro al mismo héroe que poco antes habia querido elevar al trono: no quiso oir la defensa de Alcibiades, y este general tuvo que refugiarse al Quersoneso de Tracia. Lisandro, aprovechándose de este suceso, conquistó muchas ciudades y restableció en ellas el gobierno aristocrático. Sus servicios fueron tan mal premiados en Esparta como los de Alcibiades en Atenas; porque en estas dos repúblicas se temia siempre al que se elevaba segun la costumbre de los gobiernos populares. Quitósele pues el mando de la escuadra y dióse á Calicrátidas. Conon sucedió á Alcibiades en el mando de la de Atenas.

Batalla de las Arginusas. Lisandro se vengó con bajeza de esta injuria y envió á Sardes todos los fondos que le quedaban para el pago de las tropas, y Ciro lo aprobó como si los

hubiese prestado á un hombre y no á la república. En vano Calicrátidas quiso hacerle representaciones: el príncipe le despidió con altivez y menosprecio. El espartano, herido en su orgullo, quiso reconciliar á su patria con los atenienses para que volviesen sus armas contra el antiguo y comun enemigo; mas no pudo vencer un odio tan arraigado.

Esta campaña era la 26 de la guerra del Peloponeso. Calicrátidas bloqueó la escuadra de Conon en la bahía de Mitilene, y Atenas envió ciento cincuenta navios para socorrer á su general. El espartano, aunque con menos fuerzas, los atacó tan violentamente, que en el primer choque sumergió muchas naves; pero habiéndose aferrado con su galera, la que mandaba el hijo de Pericles, fue rodeado y muerto despues de haber hecho prodigios de valor. Su muerte desalentó á los suyos, que huyeron desordenados con pérdida de cincuenta bageles. Esta batalla, dada junto á las islas Arginusas, alentó las esperanzas de los atenienses, que levantaron un trofeo en la costa. Sus generales, acelerándose á seguir sus operaciones, no ejecutaron el orden de Conon que les habia mandado enterrar sus muertos. El pueblo de Atenas, ligero, supersticioso y cruel, puso en juicio á aquellos valientes guerreros y diez de ellos fueron condenados á muerte. Esparta se consoló de su derrota por la gloria que habian adquirido sus guerreros peleando osa-

damente contra fuerzas tan superiores. Antes de la batalla algunos amigos de Calicrátidas le dijeron que debia retirarse y no combatir, á lo cual respondió: «Esparta puede reparar fácilmente la pérdida de una escuadra; mas la fuga seria un oprobio irreparable para ella y para mi.» Lisandro no tenia esta antigua severidad: una de sus máximas era que debia coserse un pedazo de pellejo de zorra cuando no alcanzaba el de leon.

Batalla de Egos Potamos. Siendo mas necesarios que nunca los talentos de este general se le volvió el mando de la escuadra, y Ciro le dió todo el dinero y socorros que deseaba. Abrió la campaña con actividad, se apoderó de Lampsaco y la entregó al saqueo. La armada ateniense, que navegaba para socorrer aquella plaza, llegó demasiado tarde á Egos Potamos, enfrente de la ciudad. Alcibiades, que estaba cerca, vino á verse de secreto con los generales, y les advirtió el peligro que corrian si daban la batalla en una posicion tan desventajosa, les aconsejó esperar y ofreció atacar él mismo á los espartanos con las tropas de Tracia que estaban á su disposicion. Despreciaron sus consejos y no aceptaron sus ofertas. Lisandro, disimulando su designio, aparentaba evitar el combate, é inspiraba con esta falsa timidez una funesta confianza á los atenienses: las tripulaciones desembarcaron para entregarse en la playa al descanso y á

los placeres. Lisandro, aprovechando el momento oportuno, acometió á la escuadra y se apoderó de toda ella escepto nueve bageles, con los cuales huyó Conon. Los lacedemonios desembarcaron, tomaron el campamento, lo saquearon é hicieron prisioneros á los generales y á tres mil atenienses, que fueron inhumanamente degollados por orden del pueblo espartano.

Las consecuencias del desastre de Egos Potamos fueron terribles. Lisandro se apoderó de todas las ciudades marítimas, y bloqueó despues el puerto Pireo mientras Agis y Pausanias sitiaban á Atenas por tierra.

Toma de Atenas. Esta infeliz ciudad, rodeada por todas partes, incapaz de reparar la ruina de su escuadra y egército, propuso abandonar sus pretensiones, derechos, aliados y hasta el Atica misma, con tal que se les dejase libre el puerto é independiente la ciudad: pero los éforos exigieron que fuese desmantelada. Teramenes, enviado por los atenienses para conferenciar con Lisandro, no pudo concluir nada: porque la suerte de la república dependia del senado y pueblo de Lacedemonia. Los tébanos pedian que se arruinase á Atenas: Lisandro se opuso á ello, diciendo que eso seria *sacarle á la Grecia uno de sus ojos*. En fin se concluyó la paz con las condiciones siguientes: se demolerian las fortificaciones: Atenas no tendria mas bu-

ques que doce galeras: daria la libertad á todas las ciudades que estaban bajo su dependencia y se someteria á los lacedemonios prometiendo auxiliarles en todas sus guerras. El hambre obligó á los atenienses á ratificar este tratado vergonzoso. Lisandro entró como vencedor en el Pireo, y mandó arrasar las fortificaciones al son de los instrumentos. Se presentó despues en Atenas, habló como Señor, abolió la democracia é instituyó un gobierno de 30 arcontes, que merecieron por sus crímenes una funesta inmortalidad, con el nombre de los 30 tiranos.

Despues de este tratado, que terminó la guerra del Peloponeso, Esparta quedó sin rivales ni enemigos en Grecia y las islas todas se le sometieron. Lisandro, no hallando ostáculo en su marcha, daba leyes á las ciudades, apenas se presentaba á sus puertas. Mudó en todas partes la forma del gobierno aboliendo la democracia y estableciendo decemviros elegidos por él y vendidos á sus voluntades. Despues envió á Esparta sumas inmensas de plata y oro que habia adquirido en sus conquistas. El héroe de Sicilia, que habia triunfado de los generales mas ilustres de Atenas, vencido del atractivo del oro robó en una noche la quinta parte del dinero que llevaba á Lacedemonia. Esta ratería fue descubierta y Gilipo sin esperar á ser juzgado se condenó á sí mismo al destierro. Entretanto se deliberaba en Es-

parta si se admitirian ó no estas riquezas proscritas por las leyes. Los debates fueron largos entre la moral y la codicia, los éforos, invocando la sombra de Licurgo, querian que no se admitiese aquel funesto presente de la fortuna. Esparta que hubiera rechazado con valor á cualquier otro enemigo, capituló con el oro. El pueblo decretó recibirlo y repartirlo: usar de él en los gastos públicos y prohibir su uso á los particulares. Asi entraron las riquezas en Lacedemonia y pervirtieron las costumbres. Lisandro destruyó la república de Atenas y corrompió la de Esparta. Los griegos adularon al victorioso y le erigieron altares; y él ensoberbecido se levantó á sí mismo una estátua. Los poetas le cantaron y los pueblos subyugados celebraron en sus teatros los triunfos del que los habia libertado del dominio de Atenas. Es verdad que los atenienses en los dias de su gloria disimulaban tan poco su ambicion que la juventud de la aldea de Agranla juraba estender el poder de Atenas en todos los paises y no reconocer límites á su dominacion sino donde no hubiese trigo, viñas ni olivos. Pero si Atenas era ambiciosa, Esparta no la escedia en moderacion y no tardó en probar á los griegos que no habian logrado otra cosa sino mudar de amo.

Los treinta tiranos. Los treinta arcontes, nombrados por Lisandro para gobernar á Atenas, sintieron bien pronto el temor propio de

un gobierno impuesto por la fuerza estrangera contra la voluntad del pais Sus almas vulgares carecian del vigor necesario para sobreponerse al peligro y ganar con la dulzura á los que ofendia la usurpacion; quisieron inspirar el terror que esperimentaban, rodeándose de guardias, favoreciendo la delacion y multiplicando las proscripciones que aumentaban el descontento y con él el miedo de los tiranos y sus crueldades, hasta que el cielo puso fin á su odiosa dominacion. Se habian rodeado de tres mil hombres feroces, sin talentos ni virtudes, que parecian tanto mas adictos cuanto eran mas violentos y perseguidores. Avidos de empleos y riquezas espiaban los escritos, las palabras, las miradas y hasta el silencio: á sus ojos la riqueza era un delito y la virtud un crímen. La sangre corria en las calles y todas las familias vestian luto. Cricias, el mas fogoso de los treinta no puso límites á su furor, y buscó víctimas hasta entre sus cólegas Uno de ellos, llamado Teraménes, se atrevió á defender la causa de la justicia y de la compasion: se le acusó de traidor, y Cricias, viendo dudosos á los jueces, los rodeó de sus satélites y los amenazó con el puñal. Socrates fue el único en la consternacion general, que tuvo la osadía de defender á Teraménes: los jueces le condenaron á muerte y como temian el ascendiente de la virtud, prohibieron al filósofo dar lecciones á los jóvenes. Teramenes sufrio la muer-

te con valor y habiendo bebido la mayor parte de la cicuta que le presentaron, imitó las libaciones de los banquetes y derramó en el suelo lo que quedaba, diciendo: *esto es para el ilustre Cricias*: Atenas oprimida de tantas calamidades y arrepentida de sus injusticias volvia la vista hácia los lugares donde habitaba Alcibiades, con la esperanza aunque débil de conseguir la libertad por medio de él: pero pronto perdió aun este ligero consuelo.

Darío Noto murió designando por sucesor suyo á Artagerges por sobrenombre Mnemon. Ciro, hermano menor de este príncipe, despues de haber conjurado contra su vida, y alcanzado su perdon por el influjo de su madre Parisatis volvió al gobierno de Sárdes, que la generosidad del rey le habia dejado y por medio de Clearco su amigo y de Lisandro, comenzó á levantar un cuerpo de tropas griegas para disputarle á su hermano la corona.

Alcibiades, que vivia retirado en Frigia, penetró facilmente los designios de este príncipe y dió parte de ellos á Farnabazo con el fin de que Artagerges agradecido al aviso, le diese fuerzas con que libertar á Atenas. Pero los confidentes, que dirigian la correspondencia entre esta ciudad y Alcibiades, no supieron disimular sus esperanzas y los tiranos atemorizados escribieron á Lisandro que se perderia el fruto de sus victorias sino se desbarataban con prontitud los intentos de Alcibiades. Li-

sandro, partícipe de sus temores, exigió de Farnabazo la muerte de aquel héroe. El sátrapa obedeció y envió tropas á la casa que habitaba: mas no se atrevieron á acometer de frente á aquel grande hombre, aunque defendido solamente por su gloria; y asi rodearon su casa y la prendieron fuego. El intrépido Alcibiades saltó por entre las llamas, se arrojó sobre los bárbaros, mató á muchos é hizo huir á los demas: pero al mismo tiempo le lanzaban sus dardos y lo mataron. Así pereció á la edad de cuarenta años este varon célebre, gloria y azote de su patria.

Trasíbulo. Los atenienses, privados de su brazo y afligidos por su pérdida, caian sin fuerza ni esperanza bajo el yugo de sus opresores. En medio de aquella ciudad atemorizada, Sócrates solo hacia frente á los asesinos, y consolaba las víctimas. Los ciudadanos mas distinguidos y esforzados se dispersaron por la Grecia: pero la implacable Esparta, persiguiéndolos en todas partes, hacia que los arrojasen de las ciudades sometidas á su influencia y queria obligarlos á entrar en los muros de Atenas, y en los calabozos que los aguardaban. Megara y Tebas solamente se atrevieron á dar asilo á los refugiados. Trasíbulo los reunió: el orador Lisias juntó á su costa quinientos soldados, y todos juraron morir ó libertar su patria. Trasíbulo se puso al frente de estos guerreros intrépidos, atacó sin vacilar á tres mil hombres

mandados por los arcontes, los derrotó y esterminó un cuerpo de espartanos que defendian el puesto de File. Esta primer victoria despertó los ánimos y alentó las esperanzas: setecientos hombres reforzaron el cuerpo que mandaba Trasíbulo. Los tiranos, temiendo la defeccion general, mandaron degollar en la ciudad á todos los jovenes ingenuos, capaces de llevar armas que rehusasen seguir sus banderas. Añadiendo la astucia á la violencia entraron en negociacion con Trasíbulo, proponiéndole la asociacion con la tiranía. El héroe desechó con menosprecio sus ofertas, entró en el Pireo al frente de diez mil hombres, mató en el combate á Cricias, é hizo huir á los demas. Persiguiendo á sus conciudadanos les reprendia el sacrificarse por los opresores que los degollaban El pueblo oyó su voz, se sublevó y arrojó á los arcontas: pero por complacer á Esparta nombró diez gobernadores que siguieron el sistema de los destituidos y quisieron echar á Trasíbulo del Pireo Lisandro y Pausanias acudieron para sostener á los gobernadores, vencieron algunos cuerpos atenienses que les salieron al encuentro y los obligaron á entrar en la ciudad. Trasíbulo, á quien ningun peligro espantaba, se presentó en medio del pueblo y en lugar de compadecer su suerte, le reprendió por su debilidad. Persuadió á los atenienses que eran oprimidos por que eran cobardes, y que Esparta y la tirania no eran

poderosas, sino porque el pueblo queria someterse. Todas las pasiones hablaban á favor suyo y solo esperaban una centella para inflamarse. Los atenienses tomaron las armas, restablecieron la democracia y persiguieron la faccion de los treinta hasta Eléusis, donde la obligaron á encerrarse. Los arcontes atraidos á una conferencia fueron degollados; sus crímenes, dignos del último suplicio, no justifican esta traicion.

Trasíbulo, habiendo lanzado los tiranos, restablecido el gobierno antiguo y rechazado á los lacedemonios, hizo aun mas para su gloria y el bien de su patria. Adjurando todo sentimiento de odio y venganza, publicó una amnistía, exigiendo de todos los ciudadanos el olvido de lo pasado: y por este medio, digno de su genio superior, estinguió la antorcha de la discordia y consolidó la felicidad de su patria. Entretanto Lisandro abusaba de los favores de la fortuna: mandó degollar á los principales ciudadanos de Mileto, porque esta ciudad habia resistido á un órden suyo: su presencia era en todas partes la señal de escesos y saqueos: y en lugar de respetar los derechos de los pueblos, anulaba las elecciones y nombraba magistrados que estuviesen á su devocion. El sátrapa Farnabazo, recibiendo de todas partes quejas contra él, lo acusó á los éforos que le enviaron á llamar. El se defendió sin poder justificarse: sus victorias

pasadas y el crédito que gozaba como tutor del rei Leotiguides, le libertaron de una condenacion merecida; pero se le quitaron sus empleos y él mismo se desterró de Esparta. Los reyes y el senado oyeron entonces las reclamaciones de las ciudades griegas, restablecieron la democracia que todas pedian y arrojaron á los magistrados puestos por el soberbio vencedor. Pero poco tiempo despues, viendo consumada la revolucion de Trasíbulo y que Aténas, libre de sus tiranos, sacudia el yugo de los lacedemonios y tomaba una actitud amenazadora, creyó Lisandro que las circunstancias eran favorables para volver á su patria, y asi lo hizo, recobrando alguna parte de su antigua influencia é incitando al pueblo para que sometiese la república de Aténas al yugo espartano. Este proyecto lisonjeaba las pasiones; pero prevaleció la prudencia de Pausanias, que demostró al senado cuan precioso era conservar la paz y moderar la ambicion, cuyo efecto indispensable seria armar toda la Grecia contra la república de Esparta.

Retirada de los diez mil. En este tiempo emprendia Ciro su célebre espedicion contra su hermano, de la cual habia hecho esperar á los griegos la libertad completa de la Jonia y tuvo el arte de persuadir á los atenienses y lacedemonios que seria, si llegaba á reinar, favorecedor de una y otra repúbli-

ca. Al frente de cien mil persas cuyos gefes habian ganado trece mil griegos que habia reunido Clearco, y una escuadra que le habian prestado los lacedemonios, se apoderó del Asia menor con el pretesto de que Tisafernes que la mandaba, era traidor y no descubrió sus designios hasta que hubo penetrado en la Siria. Encontró en Cunaxa, cerca de Babilonia, el egército de su hermano que pasaba de un millon de hombres. La batalla fue terrible: los griegos quedaron vencedores en el ala que ocupaban; pero Ciro murió peleando en persona contra su hermano, su egército se disipó y los griegos, rodeados por todas partes, rechazaron al enemigo y se retiraron en buen órden detras de un rio. Artajérjes los rodeó con su numeroso egército y les intimó la rendicion: los griegos prefirieron la muerte á la ignomia: y el rey, acordándose de las Termopilas, donde trescientos espartanos vendieron sus vidas por las de veinte mil personas, resolvió valerse de la astucia y les prometió que los dejaria volver libres á su pais. Tisafernes estaba encargado en público de protegerlos y en secreto de destruirlos. Pasaron en virtud de la capitulacion á unas aldeas, donde hallaron víveres en abundancia: y pocos dias despues emprendieron su marcha. Apenas llegaron á los desiertos de Asiria la falta de víveres y el lenguage altanero de los persas empezaron á dar indicios

de su mala fé. Para remediar las necesidades y calmar la inquietud de la tropa, creyeron conveniente los gefes tener una conferencia con Tisafernes. Clearco, Menon, Proxenes, Agias y Sócrates fueron á su tienda, y el pérfido sátrapa los mandó degollar á todos.

El egército abatido, sin gefes, en medio de un imperio enemigo y á seiscientas leguas de la Grecia, estaba en el mayor desaliento: cada soldado queria buscar su salvacion en una fuga imposible. Jenofonte, que servia en estas tropas de voluntario, y cuyo valor no podia aterrar ningun peligro, tomó la autoridad, que en las grandes crisis recae siempre en las almas elevadas, reunió el egército, despertó su valor y reanimó su esperanza con la memoria de Maraton, Salamina y Platea: y por un milagro de los que produce el genio de un grande hombre, aquellos fugitivos dispersos que iban á ser degollados como un rebaño vil, se transforman repentinamente en héroes invencibles, que aterran á sus enemigos. El órden se restablece: se nombran nuevos generales: se queman las tiendas y bagages, se forman en batallon cuadrado para hacer frente por todas partes y prosiguen con serenidad su retirada. Tisafernes los ataca varias veces y siempre es rechazado con pérdida: despues de haber molestado inutilmente por algunos dias aquella falange intrepida, se resolvió en fin á dejarla. Los grie-

gos libres del egército enemigo, tenian que luchar todavia contra obstáculos casi insuperables. El Tigris detuvo su marcha y tuvieron que dar una gran vuelta: tardaron cinco dias en atravesar los desfiladeros de los cadurcos, defendidos por una poblacion belicosa. Pasaron aquel rio cerca de su origen y destrozaron las tropas de un sátrapa, que despues de haberles ofrecido víveres, queria sorprenderlos y destruirlos.

Atravesaron luego el Eufrates y se hallaron en un pais cubierto de nieve donde el rigor del frio les hizo perder mucha gente. Despues de haber tomado algun descanso en casas edificadas debajo de tierra por pueblos selváticos á la verdad, pero mas hospitalarios que los civilizados, pasaron el Fasis, pelearon con los calibes, atravesaron las montañas de la Cólquide, hallaron en la llanura víveres y socorros de que estaban privados tanto tiempo habia, descubrieron el mar tan deseado de ellos y llegaron á Trapezunte, colonia griega, donde hallaron, enagenados de alegría, el lenguage de su patria, el culto de sus dioses y los auxilios de la amistad. Alli descansaron un mes y embarcando á los viejos y enfermos continuaron su viage por Ceraso y Cotioro, donde se embarcaron para Sinope, colonia de los milesios en la Paflagonia. Durante su marcha habian sido gobernados por un consejo de generales: en Sinope eligieron por general en gefe

á Jenofonte; y este ateniense, tan modesto como laborioso, rehusó este honor é hizo que el nombramiento recayese en Crisóforo de Lacedemonia. Este mantuvo en el ejército la disciplina mas exacta é impidió que cometiese desórdenes en las colonias griegas que les habian dado asilo. Algun tiempo despues se dividieron en tres cuerpos: Licon y Calimaco fueron los comandantes del primero, Crisóforo del segundo y Jenofonte del tercero: se embarcaron en naves de Heraclea y llegaron á Bizancio. La riqueza de esta ciudad despertó la codicia de la tropa y fue el escollo de su gloria: pero la elocuencia y firmeza de Jenofonte los libertó de la ignominia de saquearla. Los llevó á la Tracia en cuyo trono restablecieron al príncipe Ceútes, que habia implorado su socorro: pero despues les faltó á la gratitud y á la fé prometida y quedó espuesto á su venganza: mas Jenofonte, sabiendo que Farnabazo y Tisafernes se preparaban á castigar las ciudades de Jonia que habian seguido el partido de Ciro, y que Esparta acababa de declarar la guerra á estos dos sátrapas, persuadió á sus infatigables compañeros que fuesen al Asia menor á reunirse con el ejército lacedemonio. Fueron por Lampsaco á Pergamo y de esta ciudad á Partenia donde Timbron, general de los espartanos, los recibió con el entusiasmo que inspiraba su inmortal retirada á toda la Grecia. La suerte de los combates, la fatiga de las mar-

chas y el rigor de las estaciones habian reducido aquellos diez mil héroes al número de seis mil que habiendo escapado de todos los riesgos, gozaron de la gloria de sus hazañas y de la gratitud de su patria. Asi acabó la famosa retirada de los diez mil, que habia durado diez y nueve meses, y en cuyas marchas habian caminado seiscientas leguas.

Sócrates. Mientras los diez mil aumentaban la gloria de la Grecia, Aténas mancilló la suya con la muerte de Sócrates. Este hombre ilustre, á quien el oráculo de Délfos habia declarado el mas sábio de los mortales, no debió su celebridad como la mayor parte de los grandes hombres, á espediciones sanguinarias, á una vana ciencia, á una elocuencia victoriosa, á un nacimiento ilustre, á los triunfos de Olimpia ni á los aplausos de los teatros: la pureza de su moral fue su solo título á la inmortalidad, y debió toda su gloria á su virtud. Nacio el año 3533 del mundo; era hijo de un escultor. El filósofo Criton quiso enseñarle la astronomía: mas él prefirió el estudio del corazon humano á todos los demas y aprendió y enseñó la moral. Esta ciencia, que debe ser la primera de todas, pareció menos austéra cuando el la profesó: porque templaba la gravedad del asunto con la amenidad de su ingenio, y sembraba de flores el camino de la virtud para hacerlo amable. En vez de imitar las declamaciones, el tono decisivo y la arrogan-

cia de los sofistas, ridiculizados por él, sus lecciones no eran mas que conversaciones: humillándose modestamente al nivél de su discípulo aparentaba instruirse él mismo cuando enseñaba. Hacía varias preguntas á sus interlocutores, y los llevaba suavemente de una en otra á conclusiones absurdas que demostraban la falsedad de los principios que combatia. Muchas sectas de filósofos salieron de su escuela: Jenofonte, Aristipo y Platon fueron sus principales discípulos

Sócrates dió el ejemplo de todas las virtudes que aconsejaba. Guerrero intrépido, se distinguió en el combate de Potidea y en otras muchas batallas: ciudadano animoso, defendió á los oprimidos y resistió abiertamente á la tiranía: sóbrio y templado, en lugar de envidiar el lujo de los otros, se tenia por feliz en no necesitar de él. Habia heredado de sus padres una pequeña suma de dinero: la prestó á un amigo y la perdió sin sentimiento. Arquelao, rey de Macedonia, quiso hacerle muchos regalos: él se negó á admitirlos, prefiriendo la independencia Su virtud era mas admirable, porque era sencilla, alegre, esenta de orgullo y afectacion. El objeto de su filosofía era mantener el alma en una tranquilidad perfecta, y lo logró conservando la serenidad de espíritu aun en las circunstancias mas críticas. El valor que resiste con orgullo á los grandes infortunios, cede muchas veces á las impaciencias diarias y

á los disgustos domésticos. Jantipa, muger de Sócrates, era caprichosa y violenta, y ejercitó la paciencia de su marido sin acabar con ella. Creia tener un espíritu familiar que le advertia los peligros, y le aconsejaba lo que debia hacer y evitar. Este genio era sin duda su conciencia pura y su entendimiento exacto. Aunque era estremadamente feo, la belleza de su alma hacia olvidar la deformidad de su rostro. La muchedumbre, ansiosa de oirle, lo seguia á todas partes: y en los paseos públicos se veía á los jóvenes mas brillantes abandonar los placeres por oir sus lecciones. Tantas virtudes no podian libertarse de la envidia de los hombres que no las tenian. Sócrates fue objeto de las sátiras de escritores sin costumbres y de hipócritas sin religion.

Aristófanes le ridiculizó sobre el teatro en la comedia de las *Nubes*, y puso en la boca mas pura oscenidades y blasfemias. Sócrates tenia un alma demasiado elevada para desconocer la suprema inteligencia. Creia en un solo Dios y despreciaba las fábulas de los poetas, las supersticiones del pueblo y las divinidades de la Grecia. Hallamos la prueba de esto en su diálogo con Eutidemo acerca de la Providencia, conservado por Jenofonte Sus enemigos miraron como un crímen su amor á la verdad. Melito le acusó ante el Areópago de no creer en los dioses de Grecia, de querer introducir un culto nuevo y de corruptor de

la juventud. El orador Lisias compuso en su defensa un discurso elocuente: pero Sócrates no aceptó esta apología, diciendo que no queria los socorros del arte para conmover á los jueces. Su defensa fue sencilla como su virtud, y clara como su inocencia. Dijo que no podian reprehenderle ninguna falta de respeto á las leyes religiosas, pues que ofrecia sacrificios en los templos: ni era un delito creer la existencia del espíritu familiar, cuando todos los pueblos de Grecia creian en la divinacion, en los auspicios y agüeros: lejos de corromper las costumbres, era de notoriedad en Atenas que toda su doctrina se reducia á estos dos principios. «Debe preferirse el alma al cuerpo y la virtud á las riquezas.» Me censurais porque falto á los deberes de ciudadano y no doy mi voto en las juntas del pueblo. Preguntad á los guerreros que pelearon en Potidea; en Anfípolis y en Delio, si he servido á mi patria. Preguntad á los senadores si no me opuse con firmeza á la muerte de los diez generales que vencieron en las Arginusas y que fueron víctimas de vuestro injusto rigor. Es verdad que mi espíritu familiar me ha impedido hace mucho tiempo intervenir en los negocios públicos: á no haberle obedecido, ya estaria muerto: porque demasiado sé que un hombre solo no resiste impunemente á las injusticias de un pueblo entero. Me acusan de impiedad: examinad mi vida, mis acciones y discursos, y os

convencereis de que creo mas en la divinidad que mis acusadores. Quizá reprehenderán tambien como un acto de orgullo no haber observado la costumbre de hacer súplicas á mis jueces: pero si me he abstenido de ello, no ha sido por altivéz sino por un principio de moral: pues la justicia en mi sentir, no debe obedecer á las súplicas, sino á las leyes. Ademas no miro la muerte como una desgracia: y no quiero á mi edad desmentir, para evitarla, las lecciones en que mis discípulos han aprendido á no tenerla. «Ciceron, admirando esta noble defensa, dice que Sócrates se mostró en el tribunal, no como un acusado, sino como juez de sus jueces.»

El ódio triunfó de la justicia: el filósofo fue condenado, pero sin declarar la pena: y segun la custumbre, el acusado podia en este caso optar y condenarse á sí mismo á la prision ó á la multa. Sócrates no quiso obedecer la sentencia. «Yo no puedo, dijo, reconocerme culpable: y si he de elegir la suerte que merezco, declaro que habiendo consagrado mi vida á la patria y á la virtud, me condeno á ser mantenido el resto de mis dias á costa de la república» Los jueces irritados de esta firmeza, le condenaron á beber la cicuta. Sócrates, despues de haber oido su sentencia, dijo á los jueces: «la naturaleza me habia condenado á muerte antes que vosotros: pero la verdad os condena juntamente con mis acusadores, á remordimientos eternos.» Treinta dias

estuvo en la prision antes de sufrir su sentencia: su constancia no se desmintió un solo instante, ni su humor alegre se alteró: hablaba con sus amigos con la acostumbrada dulzura y jovialidad. Criton, uno de ellos, consiguió ganar al carcelero, y persuadió á Sócrates que se escapase de la prision. Sócrates le dijo que la iniquidad de una sentencia no autorizaba á un ciudadano para sustraerse á las leyes y á la justicia de su pais. «Ademas, ¿conoces alguna tierra donde no se muera?» Empleó el último dia en hablar con sus amigos acerca de la inmortalidad del alma. Platon há conservado en el diálogo, que tiene el nombre de *Fedon*, los principales argumentos de que se valia Sócrates para probar que el alma es inmortal y refutar las objecciones de los materialistas. Cuando llegó el momento fatal tomó animosamente la copa en las manos y dijo á sus amigos: «miro la muerte, no como una violencia que se me hace, sino como un medio que me proporciona la providencia para subir al cielo. Saliendo de la vida hay dos caminos: el uno conduce á los virtuosos al seno de la felicidad: por el otro son arrastrados los malos á la mansion de los suplicios." Despues de haber dicho estas palabras, mandó irónicamente (1) sin

(1) El pensamiento de Socrates no fue irónico. Se sacrificaba á Escalapio para conseguir la salud; y el filosofo creia que iba á adquirirla con su muerte, en la cual empezaba la vida que no tiene fin (N. del T.).

duda, que sacrificasen un gallo á Esculapio, abrazó á sus hijos y rogó á Dios que le diese prosperidad en su último viage. Cuando sintió los efectos del veneno, se acostó y murió apaciblemente despues de haber reprehendido á sus amigos porque lamentaban que él descansase.

El reconocimiento tardío de un pueblo ingrato vengó á este grande hombre de la envidia, que le persiguió: los atenienses arrepentidos le proclamaron inocente, abrogaron la sentencia de su condenacion, enviaron al suplicio á Melito y al destierro á los demas acusadores. El célebre Lisipo hizo su estátua de bronce menos durable que la memoria de sus virtudes.

Guerra de Chipre. Los reyes de Persia aprovechándose de las discordias de Grecia, aumentaban su poder, y sometian la isla de Chipre, llamada en la antigüedad *Venus* y formada segun se creia de la espuma del mar. La diosa de la hermosura se estableció en ella con los juegos y los amores, y Baco la colmó de sus beneficios: alegoría, que se esplica por la belleza y fertilidad de su clima, abundante en aceite, miel y vino escelentes Era muy rica en minas de cobre. Los fenicios que la descubrieron, fundaron en ella una colonia. Los egipcios, atenienses y árcades establecieron otras en sus costas, é introdujeron en la isla sus diferentes costumbres. Los cipriotas, afeminados y entre-

gados á los placeres, no tomaron parte en las sangrientas querellas que desolaban la Europa, el Asia y el Africa. La isla, dividida en muchos reinos pequeños, desconocia la ambicion, ofrecia á los estrangeros su comercio y sus deleites. En ella vivió el famoso escultor Pigmaleon, que enamorado, segun la fábula, de una hermosa estátua que habia hecho y que Venus animó compadecida de su delirio, se casó con ella y un hijo de este matrimonio fue el primer rei de Chipre. El año del mundo 3599 emprendieron los persas la conquista de esta isla, creyendo que sus pequeños régulos desunidos no podrian resistirse. Onesilo, uno de ellos, los confederó, y ausiliado por los griegos, hizo frente á las tropas del gran rey: pero habiendo muerto en un combate, la isla se sometió y los persas la dividieron entre nueve príncipes tributarios.

Cuando Conon huyó de la batalla de Egos Potamos, buscó un asilo en Salamina, ciudad de Chipre, donde reinaba Evagoras, príncipe lleno de virtudes y de valor. Era descendiente de la familia real de Salamina, que fue degollada por un tirano, siendo muy niño Evágoras. Libertado de la matanza por amigos fieles, cuando llegó á edad varonil, se puso al frente de cincuenta valerosos, atacó al tirano y recobró el reino de sus padres. Conon, que meditaba la libertad de Aténas oprimida entonces por los espartanos, se valió de Evágoras para

mover á la guerra contra los lacedemonios á Artajérjes Mnemon, irritado ademas por el socorro que Esparta habia dado á su hermano Ciro en su rebelion. Conon, mandando las escuadras persa y cipria, salió victorioso en algunos combates contra los espartanos y demostró que Aténas, aunque desmantelada conservaba todavia defensores temibles. Evágoras quiso valerse de las fuerzas que habia reunido para apoderarse de toda la isla de Chipre, y formar un estado poderoso y respetable: pero los príncipes cipriotas amenazados, imploraron el socorro de la Persia á cuyo interés era contraria la reunion de los diferentes estados de Chipre en un solo reino.

Evágoras auxiliado por el rey de Egipto, reunió noventa galeras y ochenta mil hombres. Artajérjes habia enviado contra él trescientas galeras y trescientos mil hombres y á pesar de la desigualdad de las fuerzas, el valor y habilidad de Salaminio, balancearon algun tiempo la fortuna y los persas fueron vencidos en muchos combartes por tierra y mar. Pero debilitándose las fuerzas de Evágoras por sus mismas victorias, y recibiendo sus enemigos continuos refuerzos, fue vencido al fin y sitiado en Salamina. Despues de una larga resistencia capituló quedando reducido su reino á aquella ciudad sola y sometido á pagar el acostumbrado tributo. Despues de esta guerra, pasó tranquilamente el resto de sus dias, ama-

do de sus vasallos y respetado de sus vecinos. Murió en 3632, dejando el trono á Nicócles su hijo. El célebre orador Isócrates compuso el elogio fúnebre de Evágoras, en el cual presentó á este rey por modelo de guerreros, de monarcas y de ciudadanos, con el fin de dar á Nicócles una leccion indirecta. Nicócles se aprovechó de ella, y sino es contado entre los conquistadores y devastadores del mundo, tuvo la gloria rarísima de transmitir su nombre á la posteridad con el título del príncipe mas justo, mas prudente y mas fiel á su palabra.

En esta época floreció Dátames general persa, que Cornelio Népote compara á Annibal. Mientras Artajérjes hacia la guerra á los Cadusios, pueblos de la media occidental, Dátames sorprendió y llevó atado á Susa á Tio que se habia revelado en la Paflagonia y que era el terror de los sátrapas y de los generales del rey por su valor y ferocidad. Derrotó tambien á Aspis que se habia apoderado de la Capadocia, por cuyo servicio le nombró Artajérjes general de todos sus ejércitos. Pero la envidia se valió contra él del arma acostumbrada de la calumnia. Acusáronle de que aspiraba al poder soberano, y Artajérjes le mandó matar. Dátames indignado se escapó de Susa, reunió sus amigos y los soldados que le eran afectos, y se apoderó de Capadocia y Paflagonia, donde derrotó un ejército, que el

rey envió contra él: pereció á manos de un asesino, que habia grangeado cautelosamente su confianza.

Victorias de Dercilidas. Timbron, comandante del ejército lacedemonio en el Asia menor, con el cual, segun dijimos arriba, se habian reunido Jenofonte y sus guerreros, hizo la guerra á los persas, pero tan flojamente que Esparta le quitó el mando y envió en su lugar á Dercilidas. Este, mas activo, se apoderó del Helesponto, recobró las ciudades de Jónia, que habian caido en poder de los persas y obligó al gran rey á firmar una tregua. En esta guerra se hizo célebre por su denuedo una muger llamada Manía, viuda de Zenix, gobernador de la Eolide por Farnabazo y muerto en un combate contra Timbron. Ella pidió y obtuvo el gobierno de su marido, mandó los ejércitos, inflamó los ánimos con su ejemplo, ganó batallas y defendió el pais contra los griegos. Esta muger heróica que habia resistido á las espadas enemigas, fue asesinada por su yerno Midias, hombre pérfido y envidioso de su gloria y autoridad. Mató tambien á un hijo de Manía; mas no supo conservar por su valor el poder adquirido por el crímen. Dercilidas le batió, le despojó de sus bienes y dignidad y castigó sus delitos con una muerte ignominiosa.

Despues de esta victoria, el general espartano fortificó el Quersoneso y concluyó una tregua con los persas. Destruidos los muros de

Atenas y vencido el gran rey, Esparta habia llegado al ápice de la gloria y del poderío; pero el orgullo que ciega los estados como á los particulares y los embriaga con los favores de la fortuna, hizo que abusase de sus victorias y preparó su ruina. Esparta, en lugar de proteger la Grecia, empleó sus fuerzas en tiranizarla. Los de la Elide habian hecho alianza con Atenas y Argos: Agis, rey de Lacedemonia, en castigo de haber usado legítimamente de sus derechos, taló su pais y los obligó á someterse. Este abuso del poder escitó el odio de los griegos contra Esparta, cuyo dominio mas pesado que el de los atenienses, debia parecer insoportable á pueblos celosos de su independencia. Entonces fue cuando Conon se unió á Tisafernes y Farnabazo para atacar á los lacedemonios; vencieron á Dercilidás y le obligaron á evacuar la Caria. Siguióse á esto una tregua de corta duracion: Esparta, generalmente aborrecida, vió levantarse contra ella de todas partes ejércitos que la pusieron despues en peligro de sufrir la suerte misma de Atenas, si al mismo tiempo no hubiera tenido por rey un gran hombre, cuya capacidad era proporcionada al riesgo de las circunstancias.

Agesilao. Agis habia muerto: y aunque reconoció antes de morir por hijo suyo á Leotiguides, Agesilao, príncipe de la familia real, sostuvo que aquel niño era un bastardo de Alcibiades. Las indiscreciones de la reina Timea y

el crédito de Lisandro, pariente de Agesilao, hicieron que se escluyese del trono á Leotiguides y que se diese con sus bienes á Agesilao. Este príncipe, educado segun las leyes de Licurgo y las costumbres de Lacedemonia, era sobrio, paciente, sencillo y popular. Su capacidad para la guerra, su jovialidad, su odio á la lisonja, su amor á las leyes de su pais y su respeto á los éforos, á quienes miraban con aversion los otros reyes, le ganaron todos los corazones. Fue querido de tal manera que los éforos le condenaron á una multa por haberse grangeado el afecto de los lacedemenios: condenacion superior al mas alto elogio. Era cojo, mal formado y de corta estatura, y por eso no quiso que le retratasen ni erigiesen estátuas, diciendo que le bastaban para monumento sus acciones. Su reinado comenzó por un acto de moderacion: en lugar de apropiarse los bienes de Leotíguides que se le habian adjudicado, los repartió entre sus conciudadanos. Subió al trono en el momento que Esparta, atacada por los persas y amenazada por el odio de los griegos, queria alejar del Peloponeso las armas de sus enemigos, llevando las suyas al *Asia*.

El suceso de los diez mil griegos, que habian atravesado el imperio del gran rey á pesar de todas las fuerzas de la Pérsia, daba esperanzas de conquistar este imperio con un ejército mas considerable. Esparta intentó una em-

presa tan grandiosa, que el cielo reservaba á Alejandro el Grande. Los lacedemonios enviaron á Agesilao al Asia menor: bajo sus órdenes militaban Lisandro y otros treinta generales. Habiendo llegado el rey al puerto de Aulide, donde antiguamente se habian embarcadó los griegos para la conquista de Troya, se le apareció por la noche un fantasma y le dijo, que siendo el primer rey despues de Agamenon, á quien los dioses habian puesto al frente de un ejército griego para subyugar el Asia, debia hacer el mismo sacrificio que aquel infeliz padre. Agesilao, mas sensible y menos supersticioso, no quiso sacrificar su hija por obedecer á un sueño y se contentó con inmolar á Diana una cierva: víctima mas agradable á la diosa de los bosques y de la caza. Este sacrificio se habia concluido, cuando los beocios, irritados de que el rey de Esparta hiciese en territorio ageno un acto de soberanía (que por tal era tenido el órden de celebrar un sacrificio) acudieron tumultuados, echaron del templo á los pontífices, y dispersaron los miembros de la víctima ya inmolada. Este insulto se quedó grabado en el pecho de Agesilao: y su resentimiento contribuyó quizá á las desgracias que sufrieron despues alternativamente Esparta y Tébas.

El sátrapa Tisafernes, para conjurar la tempestad que iba á caer sobre él, engañó á Agesilao con una sumision fingida, y consiguió

por una negociacion secreta que suspendiese su marcha, lo que le dió tiempo para levantar tropas y recibir los refuerzos que esperaba de Susa. Agesilao creyó que podria ganarle y adelantar en el Asia sin combatir. Despues de haberle concedido un término, visitó las colonias griegas para animarlas y separar otras ciudades del partido de Artajerjes. Al principio le miraron con desprecio por la sencillez de sus vestidos y su pequeña estatura, al mismo tiempo que Lisandro por su proceridad, su fama brillante y el recuerdo de sus hazañas, lograba todos los homenages. El rey le aconsejó que no se deslumbrase con ellos y manifestase menos orgullo: pero Lisandro, acostumbrado á mandar, se hizo cada vez mas insolente. Agesilao, usando de su autoridad para obligarle á conservar su puesto, le trató con desden y le nombró comisario de víveres, empleo que solo se daba á los subalternos. El soberbio Lisandro, irritado de este desprecio, volvió á Esparta y tramó una conspiracion para derribar el gobierno: como era descendiente de Hércules, esperaba que una revolucion le abriria el camino para el trono. y ganó para ello á la sacerdotisa de Délfos. Sileno, joven de rara hermosura, debia presentarse en el templo como hijo de Apolo, y anunciar á los griegos la órden de este dios para coronar á Lisandro; pero en el momento señalado para esta farsa, no pareció Sileno, y la empresa se malogró. Nada de esto se

supo hasta despues que murió Lisandro.

Entretanto Tisafernes, que se habia aprovechado de la tregua para reunir sus fuerzas, se quitó la máscara y mandó á los griegos que saliesen del Asia. Agesilao juntó su ejército y fingió que intentaba penetrar en Caria: el enemigo marchó á impedirlo; pero el espartano torció su direccion, se apoderó de la Frigia que estaba casi sin defensa, y juntó en ella un gran botin. Despues pasó á Efeso, se entretuvo en ejercitar sus tropas é hizo correr la voz de que intentaba una invasion en Lidia. Tisafernes, creyendo que este era un ardid de guerra como el pasado, marchó de nuevo á la Caria: Agesilao por esta vez le habia engañado con la verdad y se acercó á Sardes, donde estaban todas las riquezas del sátrapa. Tisafernes, temiendo perderlas, juntamente con la capital de su gobierno, acudió con tanta precipitacion para defender á Sárdes, que dejó atras la mitad de su ejército. Agesilao, aprovechándose de esta falta, le atacó repentinamente, hizo gran matanza en los persas, saqueó su campamento, obligó al sátrapa á encerrarse en Sardes y levantó contribuciones en toda la provincia. Tisafernes fue acusado de traicion en la corte de Persia, y su desgracia pareció un crímen. Artajerjes le envió un oficial llamado Tritaustes, que le sorprendió en el baño, le dió de puñaladas y envió su cabeza á Susa. Tritaustes pidió la paz á

Agesilao, que solo le concedió una tregua mientras llegaban ordenes de Esparta; consintió en retirarse á algunas leguas de Sardes, y recibió treinta talentos para su ejército. Los lacedemonios rehusaron la paz, y añadieron al mando que ya tenia su rey, el de la armada. Agesilao fue el primer espartano que reunió ambas comandancias. Hubiera debido dejar bajo sus ordenes al general que habia mandado con felicidad la escuadra; pero tuvo la flaqueza de ceder á los afectos de familia, y dió el mando de las fuerzas navales á Pisandro, su suegro, hombre vano, sin mas mérito que el favor.

El sátrapa Farnabazo, viendo desolada la Frigia por las tropas griegas, tuvo una conferencia con Agesilao, y logró mediante una gran suma de dinero, que los espartanos evacuasen aquella provincia. En esta conferencia contrastó singularmente el lujo asiático con la sencillez lacedemonia. Farnabazo se presentó á la cabeza de una magnífica comitiva vestido de paños suntuosos, cuya pedrería deslumbraba: á sus pies estaban tendidos tapices de gran valor, y encontró al rey de Esparta en el trage comun de sus conciudadanos, armado como un soldado y tendido sobre la yerba al pie de un árbol. En tiempo de Plutarco se conservaba todavia la lanza de este rey: nada tenia que la distinguiese de las lanzas comunes, y solo brillaba con el esplendor

glorioso del héroe que la habia llevado.

Guerra en Grecia. La prudencia, el valor y la moderacion de Agesilao le adquirieron el aprecio universal: los aliados se reunieron á él con entusiasmo y todas las ciudades adonde iba abrazaban su partido y aumentaban su ejército. Preparábase á marchar al centro del Asia y á hacer temblar al rey de Persia en el palacio de Susa. Pero Artajérjes conocia el valor de los griegos, y no fiándose en el hierro ni la fuerza para detenerlos, empleó el oro y la intriga para dividirlos: sabia muy bien cuan irritadas estaban las ciudades de Grecia contra el orgullo de Esparta y se aprovechó de las discordias de este pais para salvar el suyo. Timócrates, encargado de ejecutar sus órdenes, y de repartir una suma considerable de dinero, corrió toda la Grecia ganando á los magistrados de los pueblos principales y sublevándolos contra Lacedemonia. Los tébanos fueron los primeros que sacudieron el yugo: los atenienses hicieron alianza con ellos y les prometieron socorro. Conon pasó á la corte de Persia para empeñarla en que reuniese sus fuerzas con las de la liga tébana, y como esta habia sido obra de la política de Artajérjes, no fue dificil la negociacion. El pretesto de las primeras hostilidades fue una disputa entre los locrios y focios, acerca de la propiedad de un terreno. Los espartanos encargaron á su rey Pausanias que se juntase á Lisandro, que esta-

ba con un ejército en la Beocia, y apoyase las pretensiones de los foceos. Los tébanos se resolvieron á comenzar la guerra y atacar á Lisandro antes que se le reuniese Pausanias. La batalla se dió en Haliarto, los de Tebas lograron una victoria completa, y Lisandro murió en el combate. Este guerrero justamente célebre, habia derribado á Atenas y dado á Esparta el señorio de la Grecia: sus numerosas victorias prueban sus talentos militares; pero si llevó al mas alto grado la gloria de su patria, preparó su humillacion, inspirándole la sed de riquezas y de poder. Como habia despojado á muchas ciudades de sus tesoros, se le tenia por avaro; mas murió pobre, y se reconoció que su única pasion era la ambicion, á la cual debió indudablemente sus grandes talentos; pero como era desenfrenada, le hizo cometer muchas violencias y perfidias. No debe contársele entre los grandes hombres; porque para merecer este título, se ha de reunir á la gloria la justicia, y ésta siempre fue sacrificada por Lisandro. La historia deberia reservar esclusivamente para la virtud el título de *grande*, y no dar sino el de *célebre* á aquellos hombres, cuya fama está mancillada por las injusticias ó los vicios.

Esparta echó la culpa de la derrota de Lisandro á la lentitud de Pausanias. Este rey fue condenado á muerte y se escapó del suplicio con la fuga. Los éforos escribieron á Agesilao

que volviese á Grecia con su ejército: este órden le halló cuando estaba casi seguro de conquistar la Persia. Obedeció modestamente para probar que en Lacedemonia el hombre estaba sometido á la ley, y no la ley al hombre. Atribuia la guerra de Grecia al oro de Artajerjes, cuyas monedas llevaban la imágen de un flechero, y decia por burla: «todas las fuerzas de la Persia no me hubieran hecho salir del Asia; pero treinta mil flecheros me han echado de allí.» Antes de que volviese á Grecia, los atenienses, tébanos y corintios, reunidos en número de veinte y cuatro mil hombres, pelearon con los espartanos cerca de Sicion. El combate fue largo y el campo de batalla quedó por los lacedemonios. Los atenienses se retiraron en buen orden; mas sus aliados huyeron.

Batalla naval de Egnido. Al mismo tiempo Conon, mandando cien bajeles persas y atenienses, navegando hácia el Quersoneso, encontró enfrente de Egnido, ciudad de la Caria, la escuadra lacedemonia que constaba de ciento veinte buques. Lisandro logró al principio la ventaja, pero murió en el combate: su escuadra fue derrotada y huyó, dejando cincuenta galeras en poder del vencedor.

Batalla de Coronea. Agesilao apenas llegó á Grecia, recibió orden de marchar á Beocia para reunirse con el ejército espartano, que estaba acampado en la llanura de Coronea. Los de Orcomeno se habian reunido á los la-

cedemonios: los tébanos y argivos llegaron á la misma llanura y Agesilao les presentó la batalla. Jenofonte, testigo ocular del combate, dice que jamas habia visto una accion mas furiosa y reñida. Al fin tuvieron que retirarse los tébanos; pero Agesilao se espuso á perder la victoria, queriendo completarla con una marcha rápida para rodear á los tébanos. Estos desesperados hicieron de toda su infantería una masa que derribaba todos los obstáculos y que no pudieron desbaratar los lacedemonios. Agesilao se arrojó enmedio de ella: fue rodeado y herido, y solo pudo salir del peligro por el valor de cincuenta jóvenes espartanos que le defendieron. Restituido á su ejército, tuvo que abrir sus filas para dar paso á la infantería tébana, y se contentó con molestarlos en su retirada. A pesar de las heridas, no quiso volver á su tienda hasta haber visto colocar á los muertos sobre sus escudos. Despues levantó un trofeo y volvió á Esparta, donde gozó del entusiasmo que inspiraba su victoria. Se admiraba en él á par de su valor la antigua sencillez lacedemonia que habia conservado á pesar de los favores de la fortuna y del lujo del Asia. Un dia se daba en su presencia el título de grande al rey de los persas, y replicó: *solo es mayor que yo quien sea mas virtuoso que yo.* Su alma elevada amaba, quizá con demasiado ardor la gloria que se adquiere prodigando la vida, y aun gustaba de

la lucha y demas egercicios corporales, que aumentando la fuerza del cuerpo, disponen al hombre para las fatigas de la guerra; pero se burlaba de los triunfos olímpicos, y para mostrar cuanto los despreciaba, persuadió á su hermana Cinisa que enviase su carro á disputar la palma. Efectivamente consiguió el premio, probando á los griegos que aquella especie de gloria no suponia mas mérito que el de ser rico. Poco tiempo despues de su vuelta á Lacedemonia descubrió en los papeles de Lisandro la conspiracion tramada por éste para apoderarse del trono; entre ellos habia una arenga que aquel ambicioso debia pronunciar para seducir al pueblo, compuesta por el orador Cleonte. Agesilao, lleno de enojo, queria dar cuenta al senado de este descubrimiento; mas un éforo le dijo: «en lugar de desenterrar á Lisandro, debeis enterrar sus papeles y su discurso.» El rey conoció cuan prudente era este consejo y lo siguió. Despues de algunos dias de descanso volvió á su ejército y sitió por tierra la ciudad de Corinto, mientras que Teleucio su hermano la sitiaba por mar.

Entretanto Conon seguia el curso de sus victorias, y consiguió de Farnabazo cincuenta talentos para reedificar los muros del Pireo. Corrió con su escuadra las costas de Laconia, las taló y volvió á Atenas, donde fue recibido en triunfo como restaurador de la patria. El oro de Farnabazo sirvió para levantar las

murallas, destinadas siempre á ser restablecidas con el dinero de los persas; pues el botin de la guerra médica habia servido para erigirlas de entre las cenizas del incendio de Gerjes. Es imposible esplicar la rabia y desesperacion de los espartanos cuando supieron la resurreccion de Atenas, á quien temian tanto mas cuanto mas la habian oprimido. En el renacimiento de esta república veian la pérdida de su soberanía en la Grecia y el anuncio de una venganza próxima.

Paz de Antálcidas. Esparta no oyendo mas voz que la de su ira, el peor de todos los consejeros, escepto el miedo, se vengó vilmente de Conon y sacrificó los intereses de la Grecia á su resentimiento. Envió á Sardes á Antálcidas para negociar la paz con el sátrapa Teribazo, en detrimento de las ciudades jónias. Conon, encargado por Atenas de romper esta funesta negociacion, nada pudo lograr; porque los espartanos le acusaron ante Artajerjes de haber vendido los intereses de la Persia empleando sus tesoros en levantar los muros de una ciudad enemiga; le atribuyeron el proyecto de quitarle al gran rey la Eolia y la Jónia, y en fin vendieron á Artajerjes las colonias griegas del Asia para comprar la ruina del héroe ateniense. Teribazo no concluyó la paz; pero dió dinero á los espartanos, prendió á Conon y le envió á Susa. Se cree que fue degollado en aquella capital; mas nada de cierto

cuenta la historia sobre su fin. Desapareció sin dejar mas rastro que los brillantes vestigios de sus hazañas y virtudes. La cadena con que Esparta habia ligado á la Grecia estaba rota. La discordia alimentaba en todas partes el fuego de la guerra. Los espartanos se aprovecharon de las facciones que habia en Corinto para penetrar en esta plaza, donde cometieron crueles matanzas; pero los atenienses y beocios vencieron á los lacedemonios y los obligaron á retirarse. La república de Rodas, que habia estado muchos años bajo la proteccion de Atenas, se hallaba entonces agitada por las disputas sangrientas de la democracia y de la oligarquia. Esparta para sostener á los ricos envió á Teleucio á aquella isla con veinte y siete naves. Desembarcó en ella y destruyó el gobierno popular. Los atenienses que querian sostenerlo, enviaron á Trasíbulo; pero en el camino le asesinaron unos paisanos sublevados contra las vejaciones de la tropa. Asi la indisciplina ateniense dió motivo á la muerte del libertador de Atenas.

Esta ciudad iba perdiendo sus héroes. Sin embargo, un jóven guerrero llamado Isicrates, daba á los veinte años esperanzas de resucitar la antigua gloria: se le dió, á pesar de su corta edad el mando de una division, venció en Lequeo las tropas que Agesilao habia apostado en aquel punto y obligó á los espartanos á evacuar la Beocia. En premio de estas haza-

ñas se le dió el mando general, vacante por la muerte de Trasíbulo, y justificó esta eleccion defendiendo las ciudades del Helesponto y derrotando en una emboscada al espartano Anaxibias Pero mientras conseguia estas victorias, un cuerpo de eginetas y lacedemonios talaba el Atica. Cábrias marchó contra el enemigo y lo rechazó; mas apartándose mucho de Aténas, que quedó desguarnecida, Teleucio entró de noche en el Piréo. tomó y quemó muchos bajeles y alarmó la ciudad.

Al fin en el año del mundo 3617, Aténas y Esparta, cansadas de tantos desastres, hicieron la paz entre sí y con la Persia. Este tratado, que Plutarco llama justamente *ruina y deshonor de la Grecia*, tomó el nombre del espartano Antálcidas, que lo negoció y firmó. En virtud de esta paz, las ciudades griegas del Asia y la isla de Chipre volvieron á poder de los persas: los atenienses no conservaron mas posesiones que las islas de Lemnos y Sciros, y la dominacion de los espartanos se redujo á la Laconia y la Mesenia. Todas las ciudades de Grecia fueron libres y exentas del dominio de Esparta, Tebas, Aténas y Corinto, disminuyendo el poderío de estas cuatro potencias, á las cuales temia el gran rey. Cimon habia puesto la ley sesenta años antes á Artajérjes Longimano, y la Grecia la recibió de Artajérjes Mnemon en la paz de Antálcidas. Esta ignominia se atribuyó á Esparta que habia entabla-

do la negociacion, y escitó contra ella el odio general, cuyos efectos no tardaron en manifestarse.

Pelópidas y Epaminondas. Las pasiones que habian puesto en armas toda la Grecia no se estinguieron por aquella paz vergonzosa, fruto del cansancio y no de la razon; y así despues de un corto descanso volvieron con nueva violencia. Tebas y Corinto estaban disgustadas del tratado que habia puesto exentas de su dominio muchas ciudades que antes lo reconocian, cuando Esparta, contribuyendo á disminuir la fuerza de las otras repúblicas, conservaba la suya en la mayor parte del Peloponeso. La ambicion de los lacedemonios dió nuevos alimentos al odio general; bajo un pretesto frívolo declararon la guerra á los de Olinto y se apoderaron de Potidea, ciudad aliada de ellos. Otro atentado mas odioso aumentó al estremo la exasperacion. La ciudad de Tebas estaba agitada por dos partidos, el de la democracia y el de la oligarquia, cuyos intereses opuestos no se concilian nunca hasta que los oprime otro tercer partido. El primero, socolor de libertad, propende á la anarquía: el segundo, bajo el pretesto de conservar el orden, tiende á poner la autoridad en manos de los ciudadanos mas ricos, ilustrados y distinguidos; lo que era insufrible á los pueblos de Grecia, mas amantes de la libertad política que de la civil; y mas deseosos de gloria y nombradía

que de reposo y tranquilidad. Hallándose, pues, muy animadas una contra otra estas dos facciones, el general espartano Febidas, que atravesaba la Beocia con un cuerpo de tropas destinadas al sitio de Olinto, aprovechándose de aquella lucha intestina, prometió su ausilio á los oligarcas, y con el favor de ellos se apoderó de la ciudadela. El partido popular quedó entregado á la venganza de sus enemigos que proscribieron á todos los gefes de la democracia: cuatrocientos ciudadanos huyeron y buscaron asilo en Aténas, ciudad constantemente enemiga de la oligarquia. Entre estos desterrados se distinguia Pelópidas, conocido ya por sus hazañas, y cuyo noble carácter prometia á su patria un héroe y un libertador. Epaminondas, digno partícipe de su gloria y destinado á superarla, estaba unido con él por los lazos de una amistad tan firme que ninguna emulacion pudo debilitarla: se conservó igualmente en la prosperidad y en los infortunios; pero aunque Epaminondas era del mismo partido que su amigo, no le acompañó en la fuga y permaneció tranquilo en Tebas: su amor á la literatura y á la filosofía, haciendo que se le creyese exento de ambicion, le libertó de las persecuciones de un gobierno suspicaz.

Febidas, apoderándose de Cadmea en tiempo de paz, habia infringido el derecho de gentes y alarmado todas las ciudades libres. El senado de Esparta probó en esta ocasion la ini-

quidad de su justicia, porque condenó á Febidas á una multa y conservó la ciudadela en su poder: ademas mandó dar la muerte á Ismenias, general tébano y gefe del partido popular. Este acto de violencia hizo imposible la reconciliacion porque si la discordia civil fue una desgracia, la proscripcion ejercida por la influencia estrangera fue una injuria. El mismo Agesilao, ciego por el predominio de su patria; defendió á Febidas diciendo que si su accion habia sido injusta, era útil por lo menos, destruyendo asi la primer máxima de moral que él mismo habia proclamado antes, á saber: «la justicia es la reina de las virtudes; porque si todos los hombres fueran justos, no habria necesidad de leyes." Ademas, si hay alguna verdad probada por la historia, es que *la iniquidad, á la corta ó á la larga es perniciosa.* Al principio todo parecia favorable á la política ambiciosa de los lacedemonios. Los Olintios, que despues de sometidos se habian rebelado y asesinado al general espartano Teleucio, fueron vencidos y domados por Agesilao. El gobierno de Tébas, protegido por los espartanos, se veía obligado á seguir sus leyes. Aténas y Corinto temian sus ejércitos. Parecia consolidada la dominacion de Esparta en toda la Grecia, y aquella orgullosa república estaba muy distante de preveer que el destino habia designado dos ciudadanos de Tébas para arruinar su poderío. Estos dos hombres fueron Pelópi-

das y Epaminondas, grandes solo por la virtud, y sin mas ambicion que la de salvar su patria. Ambos eran guerreros, mas con cualidades diferentes. Pelópidas, rico, generoso y entregado esclusivamente á los negocios públicos, sobresalia en los ejercicios corporales que eran su única diversion. Epaminondas, pobre, desinteresado, rehusaba hasta los socorros de la amistad, y exento de ambicion, solo cultivaba las letras y la filosofía, y nada pudo separarle de su estudio sino el estremo peligro de la patria. Escelente ciudadano, justo en sus acciones, y síncero en su lenguage, miraba como un delito la mentira, aunque fuera en chanza. Sometido á la tiranía aristocrática y á la dominacion estrangera, esperaba con impaciencia la ocasion de romper estas dos cadenas.

Libertad de Tébas. El orgullo de Lacedemonia, que perseguia al enemigo vencido y reduciéndolo á la desesperacion lo hizo invencible, proporcionó á Tébas su libertad. El senado de Esparta, queriendo someter toda la Grecia á sus voluntades, envió ordenes á Aténas para que echase á los tébanos refugiados. Estos proyectaron una empresa atrevida. Pelópidas les dió armas, y confió el plan de la conspiracion á sus amigos de Tébas, á los cuales escitó Epaminondas para que favoreciesen el intento de los desterrados. Pelópidas y doce de sus compañeros entraron de noche en la ciudad vestidos de labradores, y se ocultaron en

casa de Caronte, cuya fidelidad les era conocida: allí se les reunieron otros cuarenta y ocho de los suyos. Filidas, secretario de la magistratura suprema y amigo oculto de los conjurados, convidó aquella misma noche á un banquete á todos los gefes del gobierno para apartarlos de sus funciones y entregarlos reunidos á la venganza de sus enemigos. Estando en lo mas alegre de la comida llegó un correo de Aténas con cartas que rebelaban la conspiracion y todas sus circunstancias. Arquías, embriagado de placer y de vino, tomó la correspondencia y la puso en su lecho sin leerla, diciendo: *los negocios serios para mañana*; y se entregó de nuevo á la alegria que animaba á los convidados.

Entretanto los conspiradores se pusieron en marcha, divididos en dos tropas: una á las órdenes de Pelópidas, se dirigió á casa del gobernador Leontides, que pereció despues de haber vendido bien cara su vida: la otra, introducida en casa de Filidas, mató en la sala del banquete á todos los convidados. Reuniéronse despues entrambas, forzaron las cárceles, se apoderaron de los almacenes de los proveedores y corrieron por las calles apellidando libertad. Epaminondas los ayudó con su elocuencia y su espada, aunque no habia querido tomar parte en la matanza de los magistrados, porque *al fin*, decia, *son mis conciudadanos*. Los demas desterrados que se habian vuelto á Aténas, cre-

yendo descubierta y malograda la conspiracion, acudieron prontamente al saber este suceso inesperado, seguidos de un ejército ateniense. Las ciudades de Beocia enviaron socorros á Pelópidas, á quien el pueblo, entusiasmado por su valor y sus discursos, llamaba su libertador. Los lacedemonios se encerraron en la ciudadela y fueron sitiados por Pelópidas y Epaminondas, que ya habian reunido doce mil hombres. La guarnicion, hallándose sin víveres, capituló; y el senado de Esparta, siempre inflexible, condenó á muerte á los generales que habian firmado la capitulacion.

Cleombroto, rey de Esparta, penetró con un ejército en Beocia y la taló. Esta invasion puso miedo á Aténas, que apenas levantada de entre sus ruinas tenia necesidad de la paz, y así estaba resuelta á romper su alianza con Tébas: pero Pelópidas, tan hábil como valiente, halló medio de comprometer á los atenienses y obligarlos á pelear con Esparta. Conociendo el carácter presuntuoso de Esfodrias, general de las tropas espartanas que estaban en el Atica, hizo que un falso confidente le incitase á atacar el Pireo. Esfodrias lo emprendió y salió mal, porque los atenienses, avisados por Pelópidas, estaban prevenidos. Aténas se quejó de esta hostilidad y pidió el castigo del agresor; pero fue absuelto por la intercesion de Agesilao, movido por las lágrimas de su hijo, que era amigo de aquel general. Los atenienses, ir-

ritados de que se les negase la justicia, renovaron su alianza con Tébas. Cábrias, que mandaba el ejército de Aténas, detuvo con sus movimientos hábiles la marcha de Agesilao. Despues venció en un combate naval la escuadra de los espartanos cerca de Naxos, les cogió treinta y dos naves y entró triunfante en el Pireo. Timotéo, hijo de Conon, comandante de otra escuadra ateniense, taló las costas de la Laconia, se apoderó de Corcira, y batió una escuadra espartana con muerte del general Mnesipo, que la mandaba. Diez navios, que Dionisio, tirano de Siracusa, enviaba en socorro de los espartanos, fueron apresados por Ificrates, sucesor de Timotéo en el mando de la escuadra ateniense.

Combate de Tegira. Agesilao, con toda su habilidad, no pudo obligar á Pelópidas á entrar en batalla. El diestro tébano con sus ágiles movimientos evitó una accion decisiva y redujo la guerra á combates de puestos que le daban tiempo y medios para egercitar sus tropas. Agesilao fue herido en uno de estos pequeños combates, en que Antálcidas le echaba en cara enseñar á los tébanos el arte de la guerra. No tardaron en mostrar que se habian aprovechado de las lecciones en el primer encuentro de consideracion, que se verificó cerca de Tegira. Pelópidas habia formado un cuerpo de jóvenes unidos por el lazo de una amistad inviolable y de la confraternidad militar

que no les permitia abandonar al compañero en el combate: este cuerpo, que fue célebre con el nombre de batallon sagrado, se ilustró por la primera vez en la accion de Tegira. Pelópidas, al frente de estos valerosos guerreros, desbarató un cuerpo lacedemonio, lo puso en fuga y decidió la victoria, que fue mas gloriosa para el gefe tébano, porque hasta aquel dia los espartanos no habian sido vencidos por un enemigo igual en número, y mucho menos inferior.

La guerra de Grecia no convenia entonces á la política de Artajerjes, porque ocupaba muchas tropas que él deseaba emplear contra el Egipto revelado; y así se valió de la influencia que tenia en los estados griegos para ponerlos en paz. Renovóse, pues, el tratado de Antálcidas, porque todos los partidos querian tener el apoyo de la Persia; y las ciudades griegas, recobrando su independencia, arrojaron las guarniciones que les habian puesto los lacedemonios. Esto dió motivo á algunas turbulencias, que la prudencia de Ifícrates sosegó. Este general pasó despues con un cuerpo de veinte mil griegos á militar con sueldo de Artajerjes en el Egipto; espedicion que no tuvo el éxito esperado de los persas. Lacedemonia se hallaba abatida como lo habia sido Atenas, y la Grecia tuvo algunos momentos de descanso hasta que lo turbó la ambicion de Tebas. Esta república, apenas se

vió independiente, quiso dominar á su vez. Los egemplos recientes de la venganza que sigue á la opresion y del abatimiento que castiga el orgullo, no impidieron á los tébanos que emprendiesen quitar á las ciudades vecinas la libertad que ellos mismos habian recuperado casi milagrosamente. Hicieron guerra á Platea y Tespias y destruyeron estas dos ciudades. En vano Atenas intervino en favor de ellas: Tebas le respondió tan altaneramente que los atenienses rompieron la alianza que tenian con aquella república.

Batalla de Leuctras. Esparta tomó las armas; pero antes de comenzar las hostilidades se abrió una negociacion con la esperanza de terminar amigablemente aquella desavenencia. En uno de los coloquios Agesilao declaró terminantemente á los tébanos que la guerra era inevitable, sino ejecutaban puntualmente el tratado de Antálcidas, restituyendo su libertad á las ciudades de Beocia. Epaminondas, que estaba al frente del gobierno de Tebas, y era diputado de esta ciudad en el congreso, respondió que Esparta debia dar la libertad á las ciudades de Laconia y Mesenia, antes de interesarse por la independencia de la Beocia. Agesilao irritado borró de la lista de la confederacion griega el nombre de Tebas, se acabaron las conferencias, y se declaró la guerra.

Esparta envió con prontitud á Beocia un ejército de once mil lacedemonios, y trece mil

aliados á las órdenes del rey Cleombroto, que exigió de Tebas por medio de parlamentarios que reedificase á Tespias y á Platea. Negada esta demanda, marchó ácia Leuctras donde concentró sus fuerzas. Las de Tebas solo eran de seis mil hombres: pero tenian por gefes á Pelópidas y Epaminondas. Este mandaba el ejército, y empleando en esta ocasion una nueva táctica, llevó todas sus tropas al ala izquierda, dejando en la derecha y centro una línea muy débil que estendió para pasar la de Cleombroto. Este al ver las disposiciones del enemigo, quiso mudar su órden de batalla, y mientras hacia este movimiento, Pelópidas le atacó al frente del batallon sagrado y desordenó á los espartanos. Epaminondas marchó entonces al frente del ala que habia fortificado, y decidió la victoria. Cleombroto se defendió con un valor digno de Esparta, mas pereció con su hijo Cleonimo, sus principales subalternos y la flor del ejército. Hubo un gran combate al rededor de su cadáver, pugnando los unos por arrebatarlo, los otros por defenderlo. Epaminondas, viendo que solo este empeño de honor prolongaba la accion, dejó á los lacedemonios que se llevasen su rey, marchó con todas sus fuerzas contra la izquierda del enemigo, y la destrozó. La caballería tébana, penetrando en los cuerpos espartanos, rompió sus filas y trocó la retirada en una derrota completa, manifestando su superiori-

dad con respecto á la Lacedemonia; porque los espartanos ricos, al entrar en combate, daban sus caballos á soldados nuevos que no sabian manejarlos, y los ginetes de Tebas estaban muy ejercitados. Antes de la batalla dijeron á Epaminondas que los auspicios no eran favorables, y respondió con un verso de Homero, cuyo sentido es este:

«*Combatir por la patria*
Es el mejor de todos los agüeros.»

Los lacedemonios perdieron en esta batalla cuatro mil hombres y los tébanos cuatrocientos. Epaminondas, sencillo siempre en sus costumbres y puro en sus sentimientos, no se ensoberbeció con tan señalada victoria, y se contentó con decir: «soy feliz por la alegria que este triunfo dará á mis padres.»

Esparta manifestó en esta circustancia la austeridad de su orgullo: cuando llegó la noticia de la derrota, se estaban celebrando unos juegos; y los éforos no permitieron que se interrumpiesen. Se dió la enhorabuena á los padres de los muertos; se recibió con desprecio á los vivos, y apenas se atrevian á mirarlos sus madres y mugeres, y aun segun la costumbre, se les debia escluir de los banquetes públicos y obligarles á que se cortasen la mitad de la barba y á que anduviesen con un vestido grosero; pero como el número de los fugitivos era tan considerable, Agesilao creyó

necesaria la indulgencia. «Que duerma, dijo, la ley por un dia: mañana la dispertaremos.» Tebas victoriosa halló aliados en todas partes: los de Elide, Focide, Locride y Eubea siguieron el partido mas poderoso que es siempre el que parece mejor. Los aristócrates de Argos, temiendo perder su poder, protegido por Lacedemonia, quisieron comprimir á los partidarios de la democracia; mas estos sublevaron al pueblo que degolló á los ricos. El ejército de Epaminondas y Pelópidas, engrosado con estos nuevos aliados, ascendió en breve á sesenta mil hombres. Corrió el Peloponeso y pasó el Eurotas á pesar de la resistencia del enemigo, que le mató mucha gente. Desmintióse entonces el antiguo proverbio de que las espartanas jamas habian visto el humo de un campamento contrario. Epaminondas penetró en los arrabales: Agesilao, en medio de tan gran peligro, ni perdió la esperanza ni la serenidad; dió libertad y armas á seis mil hilotas, guarneció con hombres intrépidos todos los puestos; se atrincheró en una altura con el grueso de su ejército, y á pesar de las murmuraciones de los ciudadanos y denuestos del enemigo, evitó con prudencia toda accion general cuyo mal éxito pudiera arruinar la república. En este momento peligroso, en que Lacedemonia tenia necesidad del mayor esfuerzo y union para salvarse, se formó una conspiracion dirigida á mudar el gobierno. Dos-

cientos de los conjurados se habian apoderado ya de un puesto importante: el senado queria que se les atacase y diese muerte. Agesilao tuvo este medio por peligroso, mucho mas ignorándose el número de los cómplices. Se encaminó él solo adonde estaban los rebeldes, y les dijo: *camaradas, no es ese el punto que os encargué que ocupaseis*; y les indicó el lugar adonde debian ir. Admirados de su osadía, y creyendo ignorada la conspiracion, le obedecieron. Un lacedemonio, llamado Iscolas, imitó en este sitio el sacrificio heróico de Leonidas. Encargado de defender un paso estrecho y rodeado por el enemigo, envió al campamento los soldados mas jóvenes, y conservando solo algunos ancianos guerreros, defendió el puesto hasta morir.

Epaminondas pudo haber tomado á Esparta; pero como la fortuna no le deslumbraba, comprendió que la ruina de Lacedemonia armaria toda la Grecia contra Tebas: se contentó, pues, con humillar el orgullo espartano, obligándola en el tratado de paz á restituir la Mesenia á sus antiguos dueños. Los mesenios, sabiendo esta noticia inesperada, acudieron de Sicilia á poseer aquella tierra amada que sus padres habian dejado y que ellos no esperaban gozar. Al mismo tiempo edificó Epaminondas á Megalópolis en la orilla del Alfeo y la pobló de árcades, enemigos de los lacedemonios. Observados estos por los mesenios y

los árcades, perdieron para siempre la influencia que habian ejercido tan duramente sobre los pueblos de Grecia.

La mas brillante gloria no era defensa entre los pueblos griegos contra la accion de las leyes. Epaminondas y Pelópidas, que esperaban ser recibidos en triunfo por los tébanos, fueron presos y puestos en juicio por haber conservado el mando del ejército cuatro meses mas del término prescrito por las leyes. Pelópidas empleaba en vano su elocuencia para justificarse: Epaminondas triunfó por su noble osadía. »Ciudadanos, moriré contento si se declara en la sentencia que he vencido á los enemigos en Leuctras, sitiado á Esparta, libertado á Mesenia y hecho á Tebas árbitra de la Grecia, y que he concluido todas estas acciones gloriosas sin el consentimiento ni participacion de los tébanos." Esta firmeza produjo buen efecto y se absolvió á los acusados. Una nueva conspiracion estalló en Lacedemonia: Agesilao perdió la paciencia, y de acuerdo con los éforos marchó contra los rebeldes, los aprisionó y entregó á la severidad de las leyes. La orgullosa Esparta imploró en esta ocasion el ausilio de las ciudades que poco antes habia oprimido. Atenas y Corinto, envidiosas de Tebas, consintieron en hacer alianza con Esparta bajo la condicion de una perfecta igualdad entre ellas. Los árcades, viendo á Lacedemonia desgraciada, la atacaron y tomaron

á Palene: los tébanos se declararon por los árcades, y aunque Cabrias defendia la entrada del Peloponeso al frente de veinte y dos mil atenienses y corintios, Epaminondas forzó el paso despues de una batalla sangrienta, tomó á Sicion y cercó á Corinto; pero Cabrias, reforzado con nuevas tropas, le obligó á retirarse. Tebas, acostumbrada á las victorias, le quitó el mando á su general.

El odio que animaba á los griegos unos contra otros, los cegaba hasta el punto de implorar la intervencion del rey de Persia en sus querellas y de solicitar vergonzosamente el apoyo de su enemigo natural, que solo deseaba que se dividiesen y arruinasen. Lacedemonia le habia pedido socorros, y aunque solo obtuvo al principio dos mil mercenarios, esperaba refuerzos mas considerables. Pelópidas fue al Asia para deshacer esta negociacion, y tan hábil en la política como en la guerra, logró su intento. Artajerjes hizo alianza con Tebas, sostuvo la independencia de Mesenia y prometió mantener el equilibrio entre Atenas, Esparta, Tebas y Corinto. En este tiempo Dionisio, tirano de Siracusa, envió socorros á los lacedemonios; y Arguidamante, hijo de Agesilao, consiguió una victoria completa de los árcades y argivos, que se llamó *la batalla sin lágrimas*, porque no pereció en ella un solo espartano.

La Macedonia empezaba entonces á fijar

la atencion de los griegos. Perdicas y Ptolemeo, hijo de Amintas, disputaban aquella corona. Polópidas, á quien escogieron por árbitro, terminó su desavenencia y trajo en rehenes á Tebas á Filipo, tercer hijo de Amintas y célebre despues por sus hazañas y las de su hijo Alejandro. Este príncipe se educó en Tebas y aprendió en esta ciudad el arte de la guerra y del gobierno. Una república sirvió de maestra al dominador de la Grecia.

Guerra de Tesalia. (A. M. 3634. A. J. 370). La Tesalia fue teatro de una revolucion que costó mucha sangre. Alejandro de Feras, hombre ambicioso y cruel asesinó á Polifronte que mandaba veinte mil tésalos aguerridos; ganó por su valor el afecto de los soldados y se hizo tirano de su patria. Abusó del poder y cometió muchas injusticias y violencias: era tan bárbaro, que cubria sus víctimas con pieles de animales montaraces y azuzaba contra ellas sus perros de presa. Los tésalos oprimidos imploraron la proteccion de Tebas. Pelópidas, enviado en su socorro, tomó á Larisa, obligó á Alejandro á firmar la paz, é hizo lo posible para persuadirle á consolidar su poder, cimentándolo en la justicia; pero nada obtuvo sino promesas vanas; porque Alejandro se abandonó mas que nunca á sus perversas inclinaciones. Habiendo muerto en este tiempo Perdicas, rey de Macedonia, Pelópidas se opuso á que le sucediese Ptolomeo; pero este

ganó á los tébanos con su sumision y sus presentes.

Las desgracias de la Tesalia hicieron volver á Pelópidas á este pais; pero una sedicion que hubo en su ejército le impidió adelantar: quiso castigar á los rebeldes y huyeron. Disminuidas sus fuerzas, avanzó con un solo compañero para conferenciar con Alejandro, que viéndole sin guardias y sin desconfianza, le hizo prisionero y lo llevó á Feras. Mandóle meter en un calabozo, donde cubierto de andrajos, cargado de cadenas, privado de víveres y echado sobre la paja, insultaba el orgullo del tirano, le amenazaba con el castigo próximo, hablaba al crímen el idioma de la virtud y desafiaba el puñal que estaba suspendido sobre su cabeza. Tebe, muger de Alejandro, y que miraba con horror sus crueldades y disoluciones, avergonzada de la miseria en que yacia un héroe oprimido por su indigno esposo, visitó en secreto á Pelópidas y le consoló con generosas lágrimas en su infortunio.

El ejército de Tebas no adelantaba: los soldados ofendidos de la ignorancia de sus gefes, que los guiaban sin arte y los comprometian sin necesidad, los depusieron y entregaron el mando á Epaminondas, que servia en esta guerra como voluntario. La mudanza fue repentina: los tébanos volvieron á triunfar; mas no se atrevia á completar su victoria y precipitar

su marcha, porque temia espôner la vida de su amigo. Este interes tan poderoso en su corazon, le obligó á entrar en negociaciones con el tirano; y aprovechándose de su terror, le concedió una tregua de treinta dias en paga de la libertad de Pelópidas.

El tirano, siempre incorregible, renovó sus violencias y crueldades. Las ciudades de Tesalia indignadas pedian que se las libertase de aquel yugo odioso; y Pelópidas, apenas restituido á sus hogares, volvió á marchar contra Alejandro. Como su muger afligida le suplicase que tuviese prudencia y no espusiese su vida: «Ese, respondió el héroe, es buen consejo para el soldado: el general solo debe pensar en conservar á los demas.» Puesto en marcha su ejército, un eclipse de sol espantó y detuvo á los tébanos. Pelópidas no pudo desimpresionarlos, y reprendiéndoles su cobardía, avanzó temerariamente con trescientos caballos: cinco mil tébanos, avergonzados de abandonar á su gefe, se juntaron con él en su campo de Cinocéfalas, sitio rodeado de colinas. Alejandro atacó á los tébanos al frente de veinte mil hombres: la caballería tébana logró al principio alguna ventaja; pero su infantería, atemorizada, volvió atrás. Pelópidas, á fuerza de exhortaciones y reprensiones, la trajo otra vez al combate y consiguió ahuyentar al enemigo; pero irritado de las pasadas injurias y deseoso de vengarlas con la muerte del rey de Feras, se

adelantó imprudentememte á los suyos, y fue rodeado y muerto por los ginetes enemigos. Los tébanos enfurecidos destrozaron el ejército de Alejandro. Parecian una familia de duelo: los soldados, llenos de dolor, cortaron su pelo y las crines de los caballos. Los generales no pudieron obtener de ellos sino despues de muchos esfuerzos que tomasen algun alimento: todo el ejército queria seguir á su general. Se llevó á Tebas el cadáver de aquel grande hombre. La marcha pareció un triunfo, pero funeral; en todas las ciudades del tránsito se habian erigido trofeos que recordaban sus victorias, y los ciudadanos tributaban á sus virtudes el homenage del llanto: todos lamentaban al héroe que habia sacado su patria de la esclavitud y la hizo dominar sobre la Grecia. Alejandro vencido, restituyó todas sus conquistas y pagó tributo á Tebas. Pocos años despues, haciéndose cada dia mas odioso al pueblo, fue asesinado de orden de su muger Tebe. Los griegos gozaron algunos momentos de paz.

Batalla de Mantinea. (A. M 3641. A. J. 363). Movióse una nueva querella entre los tegeos y los mantineos. Epaminondas, que era beotarca á la sazon, acusó á los de Mantinea porque favorecian la causa de Esparta y obraban por su influencia. Quiso hacerse árbitro de la diferencia, y Atenas, Lacedemonia y otros pueblos se ligaron contra Tebas y reunieron sus tropas en Mantinea. Epaminondas los en-

gañó con una marcha rápida con el intento de sorprender á Esparta, y algunos de sus soldados llegaron, favorecidos de la noche, hasta la plaza pública. Isadas, espartano valeroso, oye el ruido de las armas, sale desnudo de su casa con la espada en la mano, mata los primeros tébanos que encuentra, llama á gritos á sus conciudadanos, los anima y arroja al enemigo fuera de la ciudad. Entretanto Agesilao, instruido de la marcha del enemigo, acude con sus tropas y llega á tiempo de salvar su patria. A pesar de sus años. hizo prodigios de valor. Arquidamante, hijo digno de aquel padre, atravesó el Eurotas al frente de los espartanos mas valientes y derrotó á los aliados de Tebas, cuando ya se creian vencedores. Epaminondas, obligado á retirarse por este revés, se dirigió á Mantinea, defendida por seis mil atenienses, á los cuales se reunieron los lacedemonios y aliados formando un ejército de veinte y dos mil hombres. Epaminondas les atacó con treinta y dos mil, y se empezó la batalla que debia decidir la suerte de Tebas y la de Esparta.

El ejército aliado se estendia en el llano al pie del monte Parquemo: los tébanos se desplegaron en la falda de la montaña: pero Epaminondas, al empezar la accion, mudó repentinamente su orden de batalla, subió á las alturas, se detuvo en ellas, y mandó descansar á su infanteria. Los enemigos creyeron observado este movimiento, que queria evitar la

batalla y acamparse en aquel sitio dificil de atacar, y dejaron sus filas. Epaminondas, aprovechándose de este desórden, descendió rápidamente á la llanura, y los aliados, aunque sorprendidos, se formaron con prontitud en falanges colocando en sus dos alas la caballería de Esparta y Atenas. Epaminondas habia puesto la flor de su ejército en el ala que él mandaba; atacó oblicuamente á los lacedemonios, reforzándose sin cesar, y desbarató su ala derecha. El centro fue mas dificil de penetrar: se peleó en él hombre á hombre con encarnizamiento, y la victoria estuvo incierta grande rato; pero Epaminondas la fijó atacando al frente del batallon sagrado, haciendo mucho estrago en el enemigo y obligándolo á huir. Persiguiólos con furor sin advertir que la tropa que le acompañaba disminuia á cada paso. Los enemigos se reunen otra vez, se arrojan sobre él y los rodea. El héroe rechazó con su escudo la muchedumbre de dardos que le lanzaban, hasta que un espartano llamado Anticrates, le atravesó el pecho con su lanza. Los tébanos acudieron, mataron á los enemigos que lo cercaban y le llevaron á su tienda. La herida era mortal, y los médicos dijeron que moriria al momento que se le sacase el hierro de la lanza, que se habia quedado en el pecho.

Epaminondas preguntó por su escudo, y habiéndosele presentado, abrazó á este antiguo com-

pañero de su gloria. Preguntó despues por el enemigo; y le dijeron que huía y que la victoria era completa. «Pues bastante he vivido, dijo, muriendo sin haber sido nunca derrotado: quitadme este hierro.» Uno de sus amigos se lamentó porque moria sin dejar hijos que renovasen sus hazañas. «Te engañas; replicó, dejo dos hijas inmortales, las victorias de Leuctras y Mantinea. Este dia no es el último de mi vida, sino el primero de mi felicidad y el colmo de mi gloria, pues por él queda Tebas triunfante, Esparta humillada y Grecia libre.» Quiso despues hablar á Deifante y Yólidas, generales tébanos, que creia dignos de sucederle: dijéronle que habian muerto en la batalla. «Aconsejad, pues, á los tébanos que hagan la paz.» Dichas estas palabras, arrancó el hierro con su propia mano y espiró. Este gran capitan y su amigo el ilustre Pelópidas prueban la influencia del genio en la suerte de las naciones. La Beocia, antes de ellos, habia sido despreciada de los demas griegos por la majadería y simplicidad de sus habitantes, que servia de proverbio: se desdeñaba su amistad: no se temia su odio, y sus fuerzas no tenian peso alguno en la balanza política de los estados. Pelópidas los sacó de su inaccion, ilustró su ignorancia, disciplinó sus tropas y los convirtió en un pueblo de soldados que pudo en breve tiempo disputar á los otros la soberanía de la Grecia. Epaminondas perfeccionó la obra de su

amigo. Su habilidad en la táctica nueva, que el mismo creó, su amor á las letras y á la independencia, su gloria y su sencillez, hicieron que se llorase en su pérdida la de un filósofo superior y de un gran capitan. Sus conciudadanos, deseando imitarle, porque le admiraban, se mostraron mientras él los gobernó virtuosos patriotas y hábiles guerreros. Tebas, dirigida por este gefe, triunfó del valor ateniense y del orgullo lacedemonio. El mismo decia, como burlándose, que *habia enseñado á los espartanos á alargar sus monosílabos*. La gloria de Epaminondas era pura y sin mancha, beneficio concedido á muy pocos por los grandes defectos que se mezclan comunmente con las prendas mas relevantes. Su virtud incorruptible estuvo exenta, no ya de censura, sino tambien de sospecha. Jamas tuvo que avergonzarse de una derrota ni de una debilidad. Su valor y su prudencia obligaron el odio y la emulacion á tributarle alabanzas. Cuando Agesilao le vió atravesar intrepidamente el Eurotas, acrecentado con el deshielo, esclamó: «¡Qué hombre! ¡qué prodigio!» Aun era mayor reunir la sencillez al poder, y la modestia á la victoria: descendió sin hacer la menor réplica desde los empleos mas altos á los mas subalternos obedeciendo á las leyes de su pais. Habia gobernado la república, y murió pobre. Un dia no pareció en público, y preguntándole la causa, respondio: *he tenido*

que lavar mi manto. Atenas, Mantinea y Esparta miraron su muerte como un triunfo tan grande que se disputaron la gloria de haber contribuido á ella. Grilo de Atenas, hijo de Jenofonte, Maquerion de Mantinea y Antícrates lacedemonio, se jactaron á competencia de haber terminado sus dias.

Los tébanos, conociendo cuan grande era su pérdida, propusieron la paz á los vencidos bajo la condicion honrosa de que cada uno conservase lo que poseia. Solo Agesilao se opusó á ella, no queriendo reconocer la independencia de los mesenios, y este dictámen, conforme al orgullo de sus paisanos, fue aprobado en Esparta; pero toda la Grecia le acusó de haber sacrificado la tranquilidad pública á su ambicion particular. Agesilao conservaba á la edad de ochenta años el mismo ardor belicoso de su juventud; y como la guerra contra Tebas era cada dia menos activa, buscó otra de mas peligros y gloria. Tácos, rey de Egipto, pidió á Lacedemonia socorro contra los persas y se vió con asombro á un monarca octogenario ofrecerse para mandar esta espedicion. Agesilao llegó á Egipto con un cuerpo de tropas espartanas. Los egipcios, que solo le conocian por sus hazañas y que esperaban un monarca rodeado de esplendor, se admiraron de ver no mas que un viejecillo cojo y mal vestido que hablaba pocas palabras, y le despreciaron. El mandaba las tropas de tierra, y Cabrias, ate-

niense, las de mar. Tácos no quiso seguir el consejo que le daba Agesilao de mantenerse á la defensiva, y marchó á Fenicia. Durante su ausencia una sedicion colocó á Nectanebo en el trono de Egipto, y Agesilao abrazó su partido; política que en Lacedemonia pareció prudente y que la posteridad, siempre justa, tacha como una perfidia. Nectanebo triunfó de otro rival, que le disputó el cetro, con el ausilio de Agesilao, y esta fue la última hazaña del rey de Esparta. Volviendo á Lacedemonia, le arrojó una tempestad á la costa de Africa, donde cayó enfermo y murió á los ochenta y cuatro años de edad Su sobriedad, su espíritu, su denuedo, sus talentos militares y su respeto á las leyes de su pais, inmortalizan su nombre; y hubiera sido un héroe completo á no haber infringido los deberes de la justicia por la parcialidad á sus amigos y á su patria.

Un año despues de la espedicion de Agesilao á Egipto, falleció Artajerjes Mnemon, y le sucedió Oco, el mas inhumano de sus hijos, y matador de todos sus hermanos y de los grandes que eran objeto de sus sospechas. El sátrapa Artabazo se sublevó por evitar la muerte: Cares le socorrió con un cuerpo de tropas atenienses que batieron á los persas; pero las amenazas de Oco las obligaron á evacuar el Asia. Pammeno le llevó al sátrapa un refuerzo de cinco mil tebanos con el cual vencio se-

gunda vez las tropas del rey; pero éste consiguió á fuerza de oro que Tebas retirase aquellas tropas, y Artabazo, despojado de todo ausilio, se refugió á la corte de Filipo, que acababa entonces de ascender al trono de Macedonia.

En este mismo año (A. M. 3646. A J. 358) tuvieron los atenienses que sostener una guerra, llamada de *los aliados*. Las islas de Quio, Cos y Rodas formaron una liga para sustraerse al dominio de Atenas; y esta ciudad empleó todas sus fuerzas para someterlas. En el sitio de Quio, Cabrias, habiendo forzado la entrada del puerto, fue rodeado por los enemigos y pereció con la nave que montaba. Este general se habia distinguido en las guerras de Atenas contra Esparta por su venturosa intrepidez. Hallándose en una ocasion rodeado por los lacedemonios con el cuerpo que mandaba, dió orden á sus soldados de apiñarse unos contra otros, cubiertos con los escudos, rodilla en tierra, y presentando las picas: así rechazaron la masa de los enemigos que los atacaron muchas veces sin poder romperlos. Los atenienses levantaron el sitio de Quio; y Cares, que sucedió á Cabrias, no fue mas feliz en los de Samos y Bizancio. Este general presuntuoso queria dar batalla en una posicion mala, y teniendo contra sí un viento furioso; pero Timoteo, hijo de Conon, é Ificrates, se opusieron á ello y escusaron á su patria una

derrota. Cares los acusó cuando volvieron á Atenas, y el pueblo, siempre ávido de gloria y siempre ingrato á los que se la daban, condenó á Timoteo á una multa. Este hábil general se vengó de su patria desterrándose y privándola de sus servicios. Habia restituido á Atenas, siguiendo las pisadas de su padre, el dominio del mar: como se le acusaba de lento, los atenienses, frívolos y burlones, le pintaron durmiendo mientras que la fortuna, sentada á su lado, cogia ciudades en una red. Timoteo, viendo este cuadro, dijo: »si dormido conquisto ciudades, ¿qué no haré despierto?" Ificrates, su cólega, no se sometió tan facilmente á los caprichos de la muchedumbre: se presentó á juicio en la asamblea del pueblo rodeado de una tropa de jóvenes armados de puñales, cuyo brillo intimidó á los jueces, y fue absuelto. Sus amigos censuraron esta temeridad y él les respondió: »toda mi vida he empleado mi brazo en la defensa de mis conciudadanos: seria yo un necio si no me sirviese de él para defenderme á mí mismo." Estas palabras prueban que en Atenas los magistrados violaban la justicia y los ciudadanos insultaban á la ley en aquella época de decadencia. Ificrates estaba dotado de una fuerza tan prodigiosa que en un combate naval, habiendo venido al abordage con un buque contrario, cogió á un enemigo entre sus brazos, lo levantó en alto y se lo llevó á su galera. Su

habilidad en las evoluciones militares hacia que se distinguiesen los soldados que él enseñaba y se les llamaba *Ificrates* por elogio. Uno de sus acusadores era descendiente de Armodio; y orgulloso de su cuna, echó en cara á Ificrates la bajeza de su estraccion. Este le respondió: «en mí comienza la ilustracion de mi familia: la de la tuya acaba en tí." Cares, que habia procurado arruinar á dos héroes, no suplió su falta, y sus empresas fueron constantemente desgraciadas El orador Isócrates aconsejó la paz y el temor de ofender al rey de Persia, mas eficaz que la elocuencia de aquel filosofo, desarmó á Atenas; Rodas, Bizancio, Cos y Quio continuaron gozando de su independencia.

Filipo de Macedonia. Tebas, despues de la muerte de Epaminondas, gozó poco tiempo de la influencia que sus victorias le habian dado en los negocios de Grecia, y volvió á caer en la oscuridad de que la habia sacado el genio de sus dos héroes. Esparta fatigada de una guerra que le costaba sus mejores soldados y gran parte de su gloria, pensaba mas en reparar sus pérdidas que en vengarlas. Atenas, feliz por haber recobrado su independencia y por ver humillada á Esparta, no tenia celos de Tebas, desde que esta habia perdido sus dos guerreros ni podia recelar las armas del gran rey, que renunciando á toda idea de invasion en Grecia, conocia ya el verdadero medio de

vencer á los griegos sin combate, corrompiéndolos y dividiéndolos; y para esto el oro y la intriga eran mejores que el hierro y la fuerza. Argos, Corinto, Micenas, la Elide y la Arcadia gozaban de la independencia que les aseguraba el tratado de Antálcidas. En esta época de paz florecieron las artes y la filosofía, y dieron nueva direccion á los ánimos. Al estruendo de las armas sucedieron los aplausos tributados á los actores escénicos, á las disputas de los retóricos y á los vencedores en los juegos olímpicos. Parecia olvidada la gloria porque no habia héroes: los placeres fueron el objeto de la ambicion; los poetas, los pintores, los músicos y las cortesanas estragaban rápidamente las costumbres, inspirando el amor del lujo y del descanso, y consumiendo gran parte de las riquezas particulares y públicas. Los atenienses se habian entregado con tanto desenfreno á esta aficion inmoderada de las artes y del placer desde el tiempo de Pericles que despues de la guerra de Tebas consagraron á los juegos públicos y á los teatros las sumas reservadas por ley espresa para el armamento anual de los bajeles y la defensa de la patria.

Pero mientras la Grecia, sumida en la molicie, perdia sus guerreros, su disciplina y su energía, un pueblo, hasta entonces bárbaro, se ilustraba y engrandecia y se preparaba á subyugar la Europa y el Asia. Cuando los griegos tenian héroes y legisladores, la Macedonia,

selvática y despreciada, habia sido sucesivamente tributaria de Persia. Atenas, Esparta y Tebas. Se le negó á Alejandro, uno de sus reyes, la entrada en los juegos olímpicos, y no fue admitido en ellos hasta que probó que era griego, originario de Argos y descendiente de Hércules (1). Amintas, hijo de este Alejandro, tuvo de su muger Euridice tres hijos, Alejandro, Perdicas y Filipo. Tenia otro natural, llamado Ptolemeo. Muerto el padre, le sucedió Alejandro, que vencedor de los ilirios, hizo la paz con ellos dándoles en rehenes á su hermano menor Filipo, que fue devuelto apenas se cumplieron las condiciones del tratado. Este rey murió habiendo reinado solo un año, y le sucedió su hermano Perdicas, á quien disputó el trono Pausanias, principe de la sangre real. Eurídice mandó llamar á Ificrates, que estaba entonces en Metone con una division ateniense, y le recibió teniendo entre sus brazos á Perdicas y sobre sus rodillas á Filipo, el menor de sus hijos. «Acuérdate, le dijo, que Amintas era amigo de los atenienses y que en otro tiempo te adoptó y trató como hijo: hoy te envia el cielo para que salves su familia, amenazada por un rebelde: concede á mis hijos el

(1) Carano, natural de Argos y Heraclida, llevó poco antes de la guerra de Troya una colonia de argivos á Macedonia, y fue el gefe de la dinastia y fundador del reino. (*N. del T.*).

socorro de tu ejército y la proteccion de tu ciudad.» El generoso Ificrates, enternecido por las lágrimas de Eurídice, arrojó á Pausanias del reino y restableció á Perdicas en el trono. Despues tuvo este rey que disputarlo contra Ptolemeo su hermano natural; siendo sus fuerzas casi iguales, nombraron por árbitro á Pelópidas, que decidió en favor de Perdicas, trajo á Tebas en rehenes al joven Filipo y rogó á Epaminondas que le educase en su casa. Diósele por ayo un célebre pitagórico. Este príncipe, reservado á una suerte tan ilustre, dotado de gran valor y de mucha penetracion y osadía, aprendió las leyes de las naciones civilizadas para reformar la suya, el arte de los grandes capitanes para igualarse á ellos, y las costumbres de los pueblos libres para subyugarlos. Diez años despues murió Perdicas en una batalla contra los ilirios, dejando un hijo de corta edad, llamado Amintas. Filipo, apenas supo la muerte de su hermano, se escapó de Tebas, voló á Macedonia y se apoderó de la regencia. Pausanias renovó sus pretensiones al trono apoyado por los tracios; y otro príncipe de la familia real llamado Argeo, sostenido por los atenienses, disputaba tambien la corona. Los ilirios infestaban el pais; el tesoro estaba exhausto, la nacion dividida, el ejército sin gefes ni orden, y la corte llena de intrigas. Este caos pronosticaba la ruina del estado: Filipo se mostró superior á todas las

dificultades, y apenas tomó las riendas del gobierno, se notó una mudanza feliz y general: su elocuencia restituyó el valor al pueblo: su audacia subyugó á los cortesanos: su firmeza restableció la disciplina: algunos actos de severidad reprimieron á los revoltosos, y su habilidad encontró recursos ignorados. Respetado de los oficiales que él mismo instruia; querido de los soldados, á quienes daba el nombre de camaradas, yendo delante en los casos de peligro, no tardó en dar á su ejército la apariencia y la fuerza del tébano, en cuyas filas se habia criado. Tomó por modelo el batallon sagrado de Tebas para formar la célebre falange macedónica que subyugó la Grecia, conquistó el Asia y resistió por algun tiempo al coloso romano. Tenia mil hombres de frente y diez y seis de fondo: sus soldados llevaban unas picas, llamadas *surisas*, de veinte y un pies de largo. Este cuerpo escogido, perfectamente adiestrado, é impenetrable á todo ataque, protegia las retiradas, decidia las victorias y triunfaba de todos los obstáculos. El único inconveniente de esta masa era no poder maniobrar sino en llanuras estensas y ser inútil en los paises montuosos.

Filipo, con una actividad increible arrojó á los ilirios de la Macedonia, obligó á los tracios á que le entregasen á Pausanias, y derrotó las tropas atenienses que protegian á Argeo. Tan político como valiente, tuvo la

generosidad de enviar libres á Atenas los prisioneros que habia hecho, y abrió negociaciones con la república, manifestando el mas ardiente deseo de estrechar con ella los vínculos de amistad. Los macedonios, orgullosos con las victorias de Filipo, depusieron á su sobrino Amintas y le dieron la corona. Filipo, tan activo en la administracion como en la guerra, estableció en el Estado un orden escelente: reforzó el ejército, aumentó las rentas públicas, embelleció con monumentos su capital, hizo reinar la paz y la justicia, introdujo las ciencias, las letras y las artes, atrajo á su corte con liberalidad á filósofos célebres é ilustres estrangeros, envió embajadores á todas las potencias, los recibió de ellas, y se halló en situacion de estender á lo lejos la potencia de un reino que habia salvado de una ruina casi inevitable y que por el poder de su genio salia de la oscuridad mas completa para adquirir inesperadamente el mas glorioso esplendor.

Demóstenes. Al mismo tiempo como para realzar su triunfo, le preparaba la suerte un rival digno de él: no era ni un rey poderoso, ni un guerrero ilustre, sino el célebre orador Demóstenes, que probó con los obstáculos que logró oponer al genio de Filipo, cuánta es la fuerza de la palabra, y cuán poderoso el rayo de la elocuencia. Tenia dos años menos que el rey de Macedonia: su padre era posee-

dor de unas ferrerías, cuyas rentas afianzaron la independencia de su hijo. Demóstenes fue discípulo de Platon y de Isócrates: los aplausos que se dieron á un discurso de Calimaco escitaron su entusiasmo y le inspiraron la aficion de un arte, en que bien pronto iba á superar á sus rivales y á sus maestros. Pero la naturaleza le habia favorecido en el ingenio, mas que en el órgano del habla, pues tartamudeaba y no podia pronunciar algunas letras sino con mucha dificultad; pero la firmeza de su alma venció todos los obstáculos. La primer vez que se presentó en la tribuna le silvaron. Indignado de esta injuria, pero no abatido, juró que venceria á la naturaleza y lo consiguió. Se ejercitó en hablar alto con piedras en la boca á la orilla del mar, y oyendo el sonido de las olas alborotadas, para acostumbrarse á no hacer caso de la agitacion y los murmullos del pueblo. La irritabilidad de sus nervios comunicaba á sus hombros un movimiento convulsivo, desagradable y contrario á la dignidad oratoria: para triunfar de este hábito, se ensayaba en una tribuna estrecha, sobre la cual estaba colgada una pica, cuya punta reprimia el movimiento involuntario que deseaba corregir. En vez de imitar el descuido é imprudencia de sus rivales, que se fiaban en el talento de la improvisacion, creyendo que nunca es demasiada la correccion en lo que ha de decirse ante una asamblea respetable sobre ma-

terias de estado, se encerraba frecuentemente en un retrete subterráneo para meditar, componer y corregir sus oraciones, y aun se pelaba la mitad de la cabeza para imposibilitarse de salir de casa. Por esta razon decia el orador Démades, que los discursos de Demóstenes *olian á aceite*, aludiendo á la lámpara de que se servia para trabajar.

La elocuencia de este hombre célebre, que le dió tanto imperio sobre sus conciudadanos, era grave, impetuosa, severa, vehemente: dominó el pueblo con reprehensiones y no con lisonjas. Le recordaba su gloria pasada y su presente corrupcion: elogiaba mordazmente la actividad y talentos del enemigo, y despertaba, cuando era ocasion, de su letargo á los atenienses con el rayo de sus apóstrofes. Ya invocaba á los dioses para que libertasen su desgraciada patria de la ruina próxima: ya para inflamar el valor, evocaba las sombras de Salamina, Maraton y Platea. Pero lo que daba mas fuerza á sus palabras era su ardiente amor de la patria, que jamas pudo ser adormecido, aterrado ni corrompido. Cuando Demóstenes empezaba á observar con inquietud los progresos rápidos de Filipo, estaba Atenas receiosa del armamento del rey de Persia cuyo objeto se ignoraba. Los atenienses creian que era contra la Grecia y pensaban en impedir la invasion atacándole: Demóstenes, que veia un peligro mas cierto por la parte de Macedonia,

les aconsejó que armasen una escuadra, pero se abstuviesen de cualquier medida imprudente, capaz de irritar á los persas. Esparta comenzaba á reponerse de sus derrotas y á amenazar á Tebas que se hallaba sin generales. Demóstenes persuadió á los atenienses, que á pesar de la alianza no permitiesen que los espartanos se apoderasen de Megalópolis. Atenas siguió este consejo y envió tres mil hombres en socorro de aquella ciudad para mantener la balanza entre los tébanos y los lacedemonios.

El poder de Filipo aumentaba entonces y con él su osadía. Despues de haber derrotado completamente á los ilirios, se apoderó de Anfipolis, colonia ateniense, y como no queria inspirar sospechas á esta república, declaró independiente aquella ciudad; pero dejó en ella hombres hábiles y adictos, que poco despues persuadieron á los habitantes que se entregasen al rey de Macedonia. Animado por el buen éxito de esta empresa, subyugó á los peonios y se apoderó de Potidea, arrojando de esta ciudad la guarnicion ateniense. Demóstenes lo observaba é hizo en vano los mayores esfuerzos para que los atenienses se mostrasen sensibles á esta injuria: el artificioso Filipo los adulaba, les hacia magníficas promesas y solicitaba su amistad al mismo tiempo que atacaba á sus aliados. Su astucia le valió tanto en los diferentes pueblos de Grecia que lejos de oponerse á sus progresos, le hacian árbitro de las des-

avenencias. Una de sus mas importantes operaciones fue la toma de Cnido, pais abundante en oro, de donde sacó anualmente la suma de tres millones, superior á las rentas de Atenas. Con ellos aumentó su ejército, compró espías y adictos, y conquistó muchas ciudades; por lo cual decia que ninguna fortaleza era inespugnable como pudise entrar en ella un mulo cargado de dinero. Atenas y Tebas, en vez de oponerse á sus designios, se ocupaban en alimentar dos facciones opuestas, que se hacian la guerra en la isla de Eubea. Esta guerra de poca importancia se terminó en breve: un cuerpo de tropas atenienses desembarcó en Eubea y echó de ella á los tébanos.

(A. M. 3648. A. J. 356). Olimpias, muger de Filipo, dió á luz á Alejandro magno, el mismo dia que el insensato Eróstrato puso fuego al templo de Efeso, con el objeto de inmortalizar su nombre. Se despreció la locura de Eróstrato, que quemó no mas que un templo, y se admira la de Alejandro que incendió el Asia. En el mismo momento en que se anunció á Filipo el nacimiento de su hijo, recibió la noticia de que habia ganado el premio en los juegos olímpicos y de que su general Parmenion habia conseguido una victoria completa de los ilirios. Escribió á Aristóteles, el famoso filósofo de Estagira: « soy padre, y doy gracias á los dioses, no tanto por haberme dado un hijo, como de haber hecho que naciese

en vuestro tiempo. Espero que por vuestros cuidados tendré un sucesor digno de mí."

Guerra sagrada. (A. M. 3649. A. J. 355). Este año empezó una guerra religiosa, primero parcial y despues nacional, que duró diez años. Los foceos habian laboreado un campo perteneciente al templo de Apolo: se les acusó por ello de sacrilegio y los anfictiones los condenaron á una multa cuantiosa. Filomelo, gefe de los foceos, se opuso á la ejecucion de esta sentencia, apoyándose en un verso de Homero, segun el cual el templo de Delfos dependia de la Focide y debia estar bajo la proteccion de su gobierno. Juntó sus huestes, venció á los locrios, entró en el templo, rompió el decreto de los anfictiones y obtuvo con sus amenazas un oráculo favorable de la sacerdotisa. Los anfictiones mandaron á los griegos que hiciesen guera á los foceos: estos fueron sostenidos secretamente por Aténas y Esparta; pero los tésalos, tébanos y locrios siguieron el partido de los anfictiones. Filomelo, que no tenia dinero para pagar sus tropas, se apoderó del tesoro del templo de Delfos, cuya administracion le pertenecia de derecho segun él afirmaba. Esta guerra fue cruel, como todas las de religion, en las cuales el hombre vé en el contrario un enemigo no solamente suyo sino tambien del Dios que adora. Los tébanos mataron á los prisioneros, y en un combate en que fueron derrotados los foceos, Filomelo

su gefe, se dió la muerte por no perecer en el suplicio. Sucedióle su hermano Onomarco, que volvió á reunir las tropas desalentadas y consiguió algunas victorias.

(A. M. 365c. A. J. 354). Artemisa, reina de Cária, se hizo célebre por su ternura conyugal. Amaba con la mayor pasion á Mausolo su esposo, que por su dureza era aborrecido de sus vasallos. Este rey conquistó las islas de Rodas y Coz; pero la muerte puso fin á sus conquistas. Artemisa inconsolable le erigió un túmulo tan magnífico, que por él tomaron el nombre de Mausoléo los monumentos funerales. Mas no encerró en él las cenizas de su esposo: se las bebió mezcladas en agua. Prometió un premio al orador que compusiera el mejor elógio fúnebre; Teopompo é Isócrates lo disputaron , y el primero quedó vencedor. Artemisa llenó los deberes de reina tan bien como los de esposa; los rodios , creyéndola abatida por la afliccion, y favorecidos por Demóstenes, se rebelaron. La viuda sostuvo sus ataques y los derrotó completamente; mas no pudiendo triunfar de su dolor, murió dos años despues que su esposo.

La guerra sagrada continuaba , y mientras los griegos se debilitaban peleando unos con otros, Filipo estendia sus conquistas en Iliria y Trácia. En el sitio de Metone, un flechero de Anfípolis, llamado Astér, vino á ofrecerle sus servicios, asegurándole que jamás habia errado

un pájaro. Filipo le dijo, burlándose, que se serviria de él cuando hiciese la guerra á las golondrinas. Astér, ofendido de este desprecio, entró en Metone, y cuando vió al rey acercarse á la muralla le disparó una flecha que llevaba escritas estas palabras: *al ojo derecho de Filipo*; y en efecto se lo saltó. El rey hizo que disparasen la misma flecha con esta inscripcion: *Filipo hará ahorcar á Astér*. Tomó la ciudad y cumplió su palabra. En esta época Licofronte, cuñado y sucesor de Alejandro de Feras, vió sublevarse sus vasallos con la proteccion de Filipo, que comenzó á tomar parte en la guerra sagrada. Onomarco, vencedor en diversos reencuentros, habia tomado muchas plazas á los tébanos; y volviendo sus armas contra Filipo, quedó vencedor en el primer combate; mas fue vencido y muerto en una batalla general, en que perecieron seis mil foceos, y quedaron prisioneros tres mil. La caballería tésala contribuyó en gran manera á esta victoria, que sometió á la influencia del rey de Macedonia todos los partidarios de los anfictiones. Los foceos pelearon algun tiempo con el valor de la desesperacion. Failo, hermano de Onomarco, y Faleco, su hijo, consiguieron algunas ventajas; pero murieron peleando contra los macedonios. Las fuerzas de Tébas descaecian. La Focide era un vasto desierto, y el templo de Délfos perdió diez mil talentos en una guerra emprendida para defender sus intereses.

El cansancio produjo la paz; los pocos foceos que quedaban, obtuvieron de Filipo la licencia de buscar un asilo en el Peloponeso, y sus tierras se repartieron entre los tébanos y los macedonios. La fortuna, favorable á este rey, impedia entonces al de Persia aprovecharse de las discordias de los griegos. La Fenicia se habia revelado á favor de Nectanebo, rey de Egipto. Memnon, general de mucha nombradía, arrojó á los persas de Tiro y de Sidon, y los príncipes de Chipre entraron en la liga. Pero Memnon, ofendido de la ingratitud de Nectanebo, abrazó el partido de Oco y le entregó á Sidon, que fue arruinada; Fenicia y Chipre se sometieron; Oco marchó al Egipto, arrojó de él á Nectanebo y pereció asesinado á manos del eunuco Bagoas, que estendió su saña á Arses, sucesor de Oco y á toda la familia real hasta que Darío Codomano, sucesor de Arses, le envió al suplicio. Estas revoluciones del Oriente, la debilidad de Esparta y Tebas y el letargo de Atenas, persuadieron á Filipo que era llegada la ocasion de conquistar la Grecia y dirigió sus tropas á las Termópilas para hacerse dueño de este paso importante. Demóstenes, que penetró sus designios, sube á la tribuna, reprende con vehemencia la dejadez de los atenienses y les anuncia su ruina cierta si se dejan engañar por los artificios de Filipo, y no vuelan á las armas dejando los placeres. En esta oracion impetuo-

sa y rápida manifiesta la ambicion de Filipo, y describe su carácter con rasgos muy exactos. Unas veces, para atemorizar á sus conciudadanos, ensalza el poder, la munificencia, el valor y la actividad de Filipo, y lo representa como un guerrero indomable, cubierto de heridas y de gloria; como un héroe que jamas descansa, ávido de peligros, despreciador de la fortuna, que acaba con el oro lo que no puede con el hierro; en fin como un príncipe feliz y hábil que ha encadenado la inconstancia de la suerte. Otras veces, para escitar el enojo y las esperanzas de Atenas, lo pinta como un imprudente que mide sus proyectos, no con sus fuerzas sino con su quimérica ambicion; como un temerario que abre él mismo la tumba de su poder, y que á un leve impulso caerá en el precipicio que ha formado como un perjuro usurpador, cuya grandeza colosal no tiene mas bases que la injusticia y la perfidia; como un tirano odioso al cielo por su impiedad, á los hombres por sus vicios, á sus vasallos por sus violencias, y entregado por los dioses al cuchillo del primero que se presente para servirlos. A estos cuadros añade la representacion mas cáustica de la perversidad, pereza y descuido de los atenienses. »¿Hasta cuando, les dice, durmiendo enmedio de tan gran peligro, os paseareis por la plaza preguntando qué cosa hay de nuevo? ¿Qué mayor novedad que ver á un bárbaro,

á un macedonio, vencedor de Atenas y árbitro de la Grecia?

Despertaron en fin los atenienses al trueno de este elocuente orador: interrumpieron sus placeres, armaron sus tropas, tripularon sus naves y enviaron fuerzas suficientes á Tesalia y á las fronteras de Macedonia. Filipo, vencido esta vez por Demóstenes, que le aterraba mas que un egército, halló guardadas las Termópilas, se retiró y suspendió la egecucion de sus grandes designios. Algun tiempo despues se acercó con su egército á Olinto, y adormeció á los atenienses con cartas llenas de espresiones amistosas. Esquines, Démades y otros oradores de Atenas, ganados por sus liberalidades, elogiaron sus disposiciones pacíficas y se opusieron á los consejos vigorosos de Demóstenes. Los olintios querian resistir á Filipo, y acaso le hubieran rechazado, á no haber caido en sus manos por la traicion de Euticrato y Lastenes, dos ciudadanos principales de Olinto, que introdujeron á los macedonios en la plaza. El rey la entregó al saqueo y vendió por esclavos la mayor parte de sus habitantes. Filipo sabia pagar la traicion y despreciar á los que la hacian: aquellos dos infames que le habian sacrificado su patria, se quejaron de la insolencia de los soldados macedonios que los llamaban traidores: Filipo les respondió: «no hagais caso de mis soldados: son hombres groseros, acostumbrados á dar á cada cosa su pro-

pio nombre." Siendo tan detestados y estando tan mal protegidos, no podian escaparse del furor de sus enemigos; así murieron asesinados.

Todo concurria entonces á favorecer la ambicion de Filipo: los tébanos se pusieron bajo su proteccion temiendo á Esparta, y forjaron la primer argolla de la cadena de Grecia. Isócrates, á la sazon de ochenta años, tenia mas virtud que conocimiento del mando; y creyendo que su elocuencia podria detener á un conquistador, y que la ambicion escucharia la voz de la justicia, dirigió á Filipo una larga oracion exortándole á que diese la paz á los griegos. Le representaba el mérito de la moderacion, cuya gloria es mas pura que la de las conquistas; le incitaba á mover sus ejércitos contra el rey de Persia, enemigo comun. «Los atenienses, le decia, recelan tus proyectos, censuran mis elogios, y temen tus artificios; pero nunca podré creer que un descendiente de Hércules solicite quitarle á la Grecia su libertad." Aténas, alarmada cada dia mas de las empresas del rey de Macedonia; le envió embajadores para exigir una esplicacion. Filipo engañó ó sobornó á todos, escepto á Demóstenes; pero le deslumbró de tal manera con la energía y artificio de su discurso, que este elocuente orador no supo responderle.

Las promesas y los tratados no eran nada para Filipo: solia decir que á los niños se engaña con juguetes, y á los hombres con jura-

mentos. En esta ocasion prometió á los atenienses dejarles la entera posesion de la isla de Eubea, en compensacion de Anfípolis, romper con los tébanos y reedificar á Tespias y á Platea. Esquines creyó lo que Filipo decia: Demóstenes aseguró que no cumpliria su palabra; y en efecto, el rey de Macedonia se apoderó de las Termopilas, taló la Focide, reunió el consejo de los anfictiones, y obtuvo la presidencia de aquella asamblea, que dándole este título legitimaba en cierto modo su poderío sobre la Grecia Entonces abrieron los ojos los atenienses, fortificaron el Pireo y alarmaron el Peloponeso. Filipo, que sabia ser prudente ó temerario, segun las circunstancias, se detuvo repentinamente por no exâsperar los ánimos, que habituados á la independencia, eran muy difíciles de someter. Aparentó contentarse con la gloria de haber terminado la guerra sagrada, volvió á sus estados y pidió á todos los pueblos de Grecia que confirmasen el decreto de los anfictiones. Aténas, irritada de ver un macedonio al frente de la confederacion griega, no quiso sancionar el decreto; pero Demóstenes le hizo ver el peligro de atraer sobre sí sola las armas de Filipo, y les probó la necesidad de aumentar sus fuerzas para resistirle, pero sin dar pretestos legítimos á su ambicion. El rey de Macedonia no era hombre capaz de contentarse con una presidencia honorífica: su sosiego no era mas que aparente para adorme-

cer al enemigo. Mientras que en sus cartas á Lacedemonia y á Aténas hablaba de paz, justicia, amistad y alianza, conquistaba parte de la Trácia; ocupaba la Tesália y atacaba el Quersoneso, que habiendo estado sometido sucesivamente á Aténas, á Esparta y á los príncipes vecinos, era entonces independiente, escepto la ciudad de Cardia que habia conquistado poco antes Cotis, hijo del rey de Trácia. Filipo derrotó á Cotis; pero Diopito, que se hallaba en las cercanías con un cuerpo de tropas atenienses, desbarató algunos destacamentos macedonios y se apoderó de muchas ciudades. Filipo, que no respetaba ningun derecho, se mostraba gran defensor de los suyos, y se quejó al pueblo de Aténas de que Diopito hubiese infringido la fé de los tratados. Los oradores, vendidos á él, apoyaron esta acusacion. Demóstenes defendió al general, desenmascaró con su vehemencia ordinaria la astuta política de Filipo, y consiguió que se absolviese al acusado.

En este mismo tiempo Esparta que habia perdido sus grandes hombres, su fama y la austeridad de sus costumbres, sin renunciar á su ambicion, atacó á los argivos y á los mesenios, que de acuerdo con los tébanos imploraron la proteccion de Filipo. Los anfictiones, por influjo del rey de Macedonia, espidieron un decreto mandando á los lacedemonios que respetasen la libertad de Argos y Mesenia; y

para apoyarlo marchó el ejército de Filipo hácia el Peloponeso. Esparta amedrentada pidió socorro á Atenas, y Demóstenes favoreció esta negociacion. Filipo escribió á los atenienses para interrumpirla y suspendió su marcha; pero continuando siempre sus inteligencias en Eubea se apoderó de la ciudad de Oreo.

Focion. Fue enviado contra él Focion al frente de un ejército ateniense. Discípulo de Xenocrates y austero como su maestro, con los pies desnudos en todas las estaciones, era elocuente no por los adornos del discurso, sino por la lógica y la concision. Con pocas palabras refutaba largos razonamientos, y Demóstenes le llamaba *la hacha de sus oraciones.* Este general que reunia los talentos y las virtudes de Epaminondas y de Arístides, derrotó en batalla campal á Plutarco de Eretria, gefe de los partidarios de Filipo, y despues de la victoria se apoderó de la isla de Eubea y la conservó para su patria. El rey de Macedonia se quejó amargamente á los atenienses, mirando esta defensa legítima de sus derechos como una infraccion de la paz siempre invocada y siempre violada por él. De nuevo llevó sus armas á la Tracia para privar á Atenas de los víveres que sacaba de aquel pais, y sitió á Perinto al frente de treinta mil hombres. Como los bizantinos querian socorrer la plaza, envió contra ellos la mitad de sus fuerzas. Tan atrevida espedicion consternó á los persas y despertó á los atenien-

ses. Alejandro que tenia entonces quince años, hizo su primera campaña en esta empresa y se distinguió por su valor entre los héroes de Macedonia. Mientras que los ejércitos de Filipo amenazaban tantos paises, sus cartas á los atenienses censuraban las precauciones que estos tomaban contra él, y cuando atacaba las colonias de Atenas se quejaba de que buscase aliados. « En el tiempo, decia, que teniamos guerra abierta, os contentabais con armar naves contra mí, prender y vender á los que comerciaban en Macedonia, favorecer á mis enemigos y hacer correrías en mi territorio; y ahora que estamos en paz llegais hasta el estremo de incitar al rey de Persia contra mí. Cuando este monarca tenia sublevadas sus provincias y aun no habia sujetado la Fenicia ni el Egipto, me exhortabais á reunirme con vosotros y con todos los griegos contra el enemigo comun: vuestra animosidad os impele á hacer alianza con él. Acordaos de vuestros antepasados que proscribieron al hijo de Pisistrato por haber llamado los persas á Grecia y abominaron esta traicion como un crímen imperdonable; y vosotros no os avergonzais de cometer la misma accion que infamó la memoria de vuestros tiranos. » Los oradores, vendidos al rey, repetian y comentaban estas palabras, celebraban la buena fé de Filipo y conjuraban al pueblo que no corriese á su perdicion, volviendo sin necesidad á una guerra tan peligrosa.

Demóstenes, ardiendo en ira, sube á la tribuna, reprende amargamente á los atenienses su adormecimiento y credulidad: les demuestra que Filipo les hace la guerra, aunque ellos se ostinan en conservar la paz, y para precaverlos contra sus artificios, les recuerda que ya ha engañado á otras muchas ciudades. «¿Esperais, les dice, que se confiese francamente agresor? Ese es el colmo de la necedad. No lo confesaria aunque marchase directamente contra el Atica y el Pireo: pero vosotros gustais de que os adulen, no aprobais sino los consejos que os mantienen en reposo: dejais á los estrangeros y aun á los esclavos la libertad de decir lo que piensan; y esta libertad, de que teneis tanto orgullo y que llevais hasta la licencia, la habeis escluido de la tribuna: estais dormidos, cuando el curso de los sucesos os lleva á los mayores peligros. Examinad la conducta de Filipo con las demas ciudades: solo le faltaban 40 estadios para llegar á Olinto, cuando declaró su voluntad á los habitantes de aquel pueblo. *Es preciso*, les dijo entonces, *que vosotros salgais de Olinto ó yo de la Macedonia*. Pero antes, si se le acusaba de meditar la ruina de los olintios, miraba esta sospecha como una injuria y les escribia para justificarse. Antes de destruir la Foci le entró en ella como aliado y amigo, acompañado de diputados foceos, los cuales aseguraban que esta espedicion solo seria funesta á los tébanos. Re-

cientemente, socolor de proteger la Tesalia, se apoderó de Feras. Los habitantes de Oreo creian que venian á apaciguar sus disensiones las tropas macedonias que los subyugaron.» Acumula despues los mas poderosos argumentos para persuadir al pueblo que en vez de deliberar sobre el Quersoneso y Bizancio, debe socorrerlos con prontitud. «Demasiadas concesiones, añade, se han hecho ya á Filipo, pues se le ha concedido un derecho cuya sola sospecha bastaba en otro tiempo para sublevar toda la Grecia, á saber, el de invadir los pueblos y someterlos. Fuísteis, atenienses, los árbitros de Grecia durante setenta y tres años: los lacedemonios gozaron de la misma supremacía el intervalo de veinte y nueve: los tébanos, despues de la batalla de Leuctras, tuvieron alguna superioridad: pero ni á vosotros, ni á los tébanos, ni á los lacedemonios se concedió jamás semejante dominacion, muy lejos de sufrirla, todos los griegos, aun aquellos que no tenian contra Atenas motivo legítimo de queja, se ligaron contra vuestros antepasados aunque nada se les podia echar en cara sino su preeminencia. Los lacedemonios esperimentaron la misma suerte cuando quisieron hacer algunas mudanzas en las repúblicas; y sin embargo, ni sus yerros ni nuestras culpas eran nada en comparacion de las empresas, que de trece años á esta parte forma Filipo contra los griegos. Sin hablar de Olinto, Metone,

Apolonia y treinta y dos ciudades de Tracia, tan cruelmente destruidas que ni aun quedan rastros de ellas, sin recordar la ruina de los foceos, volved los ojos á la Tesalia. ¿No ha desmantelado sus pueblos y cambiado su gobierno? ¿La Eubea, isla tan cercana á Tebas y á Atenas, no la ha entregado á los tiranos? ¡Qué orgullo en sus cartas! *Yo no estoy en paz*, dice, *sino con los que me obedecen.* Y lo que él dice, lo pone en ejecucion, y nosotros le dejamos engrandecerse creyendo ganar el tiempo que emplea en destruir á los otros. Pero nadie ignora que Filipo, como una fiebre contagiosa, ataca repentinamente al que parece que está mas lejano del riesgo. Si un hijo de la Grecia la arruinase asi, se le culparia de robar su mismo patrimonio: ¿qué diremos, pues, de las invasiones y talas de Filipo, que ni es griego, ni tiene nada comun con los griegos, y ni aun es un bárbaro ilustre, sino un miserable macedonio, nacido en un pais de donde hasta ahora no ha salido ni aun un esclavo bueno? Y sin embargo ved hasta dónde llega su insolencia. No satisfecho con las ciudades que ha tomado y con los honores que se le tributan en los juegos píticos, presididos por sus siervos, es dueño de las Termópilas, protector del templo de Delfos, presidente en ofensa nuestra del consejo de los anfictiones, gobierna la Tesalia, pone tiranos en Eretria y en Oreo, les quita á los corintios las ciudades de Ambracia y Leu-

cate, y á los aqueos la de Naupacto; y ahora amenaza á Bizancio. ¿Cuál es, pues, ó atenienses, el orígen de este desorden? ¿Por qué todos los griegos tan celosos en otro tiempo de su independencia, estan en el dia tan propensos á la servidumbre? Porque habia entonces en el corazon de todos los hombres un sentimiento conservador de la libertad y precursor de la victoria; y era el desprecio del oro y el aborrecimiento á todos los que se dejaban sobornar. Entonces no se compraba ni á los oradores ni á los generales: no se vendia ni la concordia que debe reinar entre los griegos ni la desconfianza que siempre es necesaria contra los usurpadores: en el dia todo esto es materia de comercio como en un mercado. Ahora somos mas poderosos que nunca en tropas, en naves, en hacienda: pero la corrupcion paraliza nuestras fuerzas é inutiliza nuestros recursos. ¿Quereis que os demuestre cómo obraban nuestros mayores? Lo haré, no con palabras, sino recordandoos una antigua inscripcion grabada en una columna de bronce. *Sea disfamado Arthmio, hijo de Pithonax de Celia, y mirado como enemigo de los atenienses él y toda su familia, por haber traido el oro de los persas al Peloponeso, y muera todo el que está notado de infamia.* Castigad, pues, á los traidores: corred á las armas: defended el Quersoneso: dad el egemplo á la Grecia: advertidla, instadla, despertadla: esto es necesario para

vuestra salvacion y conveniente á vuestra dignidad »

Los atenienses siguieron estos consejos, y se prepararon á la guerra: la intriga prevaleció en la eleccion de general, y se dió á Cares el mando de la escuadra: pero como su codicia era sabida, todas las ciudades le cerraron sus puertas. Focion le reemplazó y justificó la estimacion general con grandes victorias; batió á Filipo, y le obligó á levantar el sitio de Bizancio. El rey de Macedonia, que sabia adelantar y retirarse á tiempo, engañó de nuevo á los atenienses con promesas y demostraciones pacíficas que les impidiesen formar contra él una liga activa y poderosa. Sus negociaciones duraron dos años, tiempo que empleó en invadir la Escitia, de donde trajo muchos caballos, granos y rebaños. Al volverse los tríbalos le acometieron, y hubo una sangrienta batalla, en que el rey, herido y cercado de enemigos, hubiera perecido á no ser por los prodigios de valor que hizo Alejandro, jóven á la sazon de 17 años, para llegar donde él estaba y salvarle.

Batalla de Queronea. Despues de esta espedicion se aprovechó hábilmente de la acusacion que se hizo contra los lócrios de Anfisa, de haber tomado algunas tierras del templo de Délfos, para que los anfictiones le nombrasen generalísimo de los griegos y le encargasen la venganza de la religion ultrajada. Entró rápi-

damente en la Fócide; pero en lugar de marchar á Anfisa, se apoderó de Elatea. Atenas alarmada, envió embajadores á todos los pueblos para que acudiesen á defender la libertad comun: y Demóstenes mismo fue á Tebas. Filipo para contrarrestarle, envió á esta ciudad un orador distinguido, llamado Piton, que empleó toda la fuerza de su elocuencia en persuadir á los tébanos, que debian auxiliar á Filipo para domar á los atenienses sus rivales y tener parte en los premios de la victoria, ó á lo menos conservar la neutralidad en la lid. Demóstenes adquirió su mayor gloria en esta disputa superándose á sí mismo en la pintura que hizo de la tiranía de Filipo y demostrando que la toma de Elatea, era la ruina de Tebas. Su elocuencia triunfó: los tébanos olvidaron las pasadas rivalidades, aceptaron la alianza de los atenienses: y Demóstenes estimó esta victoria como la mas gloriosa para él. Filipo, antes de pelear declaradamente contra la liga, quiso emplear todavía la astucia. Propuso la paz á los atenienses, é hizo que el oráculo de Délfos hablase en su favor. Demóstenes se burló de esta estratagema, diciendo que la fitonisa *filipizaba*, y los atenienses rehusaron la paz. El rey entró en Beocia con veinte y dos mil hombres: el ejército griego era igual al suyo en número y valor: pero las intrigas de Cáres hicieron que el mando recayese en él y en Licicles, que no era mejor ge-

neral, y la envidia, que escluyó á Focion, fue causa de la ruina de Atenas.

(A. M. 3666. A. J. 338.) La batalla se dió en la llanura de Queronea. Filipo mandaba el ala derecha de su ejército y Alejandro la izquierda. Este desordenó al principio el batallon sagrado de los tébanos: pero Lisicles derrotó al mismo tiempo el centro de los macedonios. Orgulloso por este triunfo, y deseoso de aumentarlo, persiguió á los fugitivos gritando que no pararia hasta las fronteras de Macedonia. Filipo observó este yerro, y dijo: «los atenienses no saben vencer.» Entonces sin perder un momento se arrojó con su falange á la espalda de los atenienses, los derrotó completamente, y se reunió con el ala victoriosa que mandaba su hijo. Demóstenes, que habia peleado con valor hasta entonces, parece que se dejó poseer del terror general, tiró las armas, huyó rápidamente y habiéndosele agarrado el manto á una zarza, creyó que era un macedonio, y le pidió que le perdonase la vida. Atenas perdio en esta batalla 3ϴ hombres. La pérdida de los tébanos fue mayor. La fama de estas dos repúblicas era tan grande, que Filipo, despues de haberlas vencido, se entregó á la alegria mas indecente, insultando á los muertos en el campo de batalla, danzando y cantando una parodia del decreto que Demóstenes habia compuesto contra él. Démades, prisionero ateniense, indignado de aquella infamia,

le dijo que parecia Agamenon haciendo el papel de Tersites: el rey, en lugar de ofenderse, le dió la libertad y despidió sin rescate á todos los atenienses. Despues hizo la paz con Atenas: mas no quiso perdonar á los tébanos haber abandonado su alianza.

Demóstenes, citado en juicio porque habia sido el consejero de una guerra tan desgraciada, fue absuelto y colmado de honores; lo que hace que se ponga en duda la anécdota de la zarza. Los atenienses continuaron siguiendo sus consejos. Tuvo el encargo de pronunciar el elogio fúnebre de los que murieron en Queronea: y les mandó erigir un túmulo con una inscripcion honrosa Enmedio de una fiesta pública el rey de armas trajo á la plaza los hijos de aquellos valientes guerreros y gritó: la guerra ha dejado huérfanos á estos niños: pero hallar n en el pueblo de Atenas un padre que los proteja y los anime para merecer los primeros empleos de la república.» Demóstenes dió de su propio caudal una suma destinada á la reparacion de las murallas. El pueblo decretó que se le diese una corona de oro. El orador Esquines se opuso á este decreto. La elocuencia de su discurso, que se ha conservado, justifica su celebridad, pero Demóstenes le venció. Su oracion terminada por una vehemente apóstrofe á los atenienses, es una obra maestra de elocuencia. Esquines fue desterrado á Rodas y en el momento de su partida, Demós-

tenes le obligo á aceptar una cantidad de dinero. La recibió y dijo: ¿«Cómo no he de sentir la perdida de una patria donde dejo un contrario tan generoso, que no espero hallar amigos que se le parezcan?» En Rodas puso escuela de oratoria y leyó su oracion y la de Demóstenes. Los oyentes aplaudieron la suya pero mas la de su adversario. Entonces dijo: «si la oracion de Demóstenes os entusiasma, ¿qué seria si se la hubierais oido pronunciar á él mismo?» Y sin embargo la elocuencia de Esquines era tan seductora que se dió el nombre de las tres gracias á tres de sus principales oraciones.

Lisicles fue condenado á muerte. Licurgo, su acusador, le dirigió estas vehementes palabras. «Tú mandabas, y 1000 ciudadanos han perecido Tú mandabas, y la Grecia está esclavizada.» Cáres, tan culpable como él, pero mucho mas rico, fue absuelto.

En esta importante ocasion, los lacedemonios degenerados no hicieron nada por la Grecia. En la asamblea general de todos los estados de este pais se decretó hacer la guerra á los persas y se dió á Filipo el mando de todas las tropas griegas. Una gloria mas alta se presentaba á su ambicion, y ya se preparaban sus generales Parmenion y Atalo, para pasar al Asia: pero su fortuna habia llegado á su término: la discordia se introdujo en su familia, y murió víctima de la venganza de un parti-

cular. Habia repudiado á la reina Olimpias. cuyo carácter celoso é iracundo no podia sufrir y se casó con Cleopatra, sobrina de Atalo. El banquete nupcial se alborotó con una violenta querella. Atalo ya embriagado, pidió á los dioses que la nueva reina diese pronto al rey un sucesor legítimo. Alejandro enfurecido con esta insolencia, le tiró su copa á la cabeza, diciéndole: «villano; ¿piensas que yo soy bastardo? Filipo fue á su hijo con la espada en la mano para atravesarlo: pero como era cojo, cayó: y Alejandro burlándose dijo: ¿cómo has de ir al Asia sino puedes pasar de una mesa á otra?» Dichas estas palabras culpables, se retiró al Epiro con su madre. Un corintio, llamado Demarato, hombre prudente que tenia mucho influjo en el ánimo de Filipo, le persuadió que llamase á su hijo y le perdonase. El rey se preparaba siempre para la espedicion de Persia: y habiendo consultado al oráculo sobre el éxito de la guerra, recibió esta respuesta equívoca. «el toro está ya coronado para el sacrificio.» Filipo la interpretó en su favor: pero el suceso probó que la víctima designada no era el rey de Persia. Se celebraban en Macedonia las bodas de Alejandro, rey de Epiro y hermano de Olimpias, con Cleopatra hija de Filipo, á las cuales estaban convidados todos los hombres principales de Grecia Recibió de todas las ciudades felicitaciones, coronas, oradores y poetas: y se iba á representar

una tragedia en la cual apareceria el rey como triunfador del Asia. Filipo salió de su palacio para ir al teatro con una comitiva brillante: delante de él iban doce estátuas, de las cuales una le representaba con los atributos de un dios. Marchaba rodeado de los grandes del reino, y seguido de una guardia numerosa: las aclamaciones universales celebraban su gloria. En el momento en que estaba mas embriagado con los favores de la fortuna, Pausanias, jóven macedonio, que habiendo sido injuriado por Atalo, no habia podido obtener justicia del monarca, se arroja por medio de la muchedumbre, llega al rey, le dá de puñaladas, y le deja muerto. (A M. 3668. A. J. 336.) La guardia hizo pedazos al regicida. Se creyó que Olimpias no estaba esenta de complicidad en este crímen, y en efecto, ella misma dió cuerpo á esta sospecha, mandando enterrar con honor al asesino de su marido y degollar al hijo que Cleopatra tenia de Filipo, entre los brazos de su madre. La muerte de Filipo causó en toda Grecia una alegria proporcionada al terror que inspiraba este rey: los habitantes de Atenas se coronaron de flores y adornaron los templos con guirnaldas. Demóstenes manchó su gloria dando gracias á los dioses por la muerte de un hombre. Filipo murió de 47 años de edad y 24 de reinado.

Este príncipe fue uno de los reyes mas hábiles, cuya memoria ha conservado la historia.

Sacó la macedonia de su oscuridad y la llenó de gloria: era pobre y la enriqueció: era ignorante y la ilustró: y el egército, que antes no tenia disciplina ni reputacion, fue bajo sus órdenes el mejor del oriente. Sus predecesores pagaban tributo á las repúblicas de Atenas, Esparta y Tebas; y en pocos años se hizo gefe de toda la Grecia. Si Alejandro conquistó el Asia, Filipo concibió el proyecto y proporcionó los medios para esta empresa; y Ciceron, juzgando á estos dos hombres ilustres, dice acaso con razon: «el hijo es mas célebre por sus azañas: pero el padre era mas grande hombre.» Filipo presentaba una mezcla singular de virtudes y vicios: algunas veces generoso, frecuentemente cruel, siempre disimulado, era infatigable en la guerra, disoluto en su palacio, constante en sus amistades privadas, tirano de su familia, impenetrable en sus designios, pérfido en su política y tan atrevido en sus proyectos como hábil para egecutarlos. Para conocer su intrepidez, basta el elogio que hizo de ella Demóstenes, su mas cruel enemigo: «he visto, dice, á este mismo Filipo, á quien disputamos el imperio de Grecia, cubierto de heridas, privado de un ojo, con la clavícula rota, una pierna y una mano estropeadas, determinado siempre á arrostrar los peligros y á entregar á la fortuna la parte de su cuerpo que ella quiera para llegar á la gloria con los restantes:» siempre se observó en él una mezcla

de griego y de macedonio, originada de la diversidad entre su cuna y su educacion. A la exaltacion, dureza y pasiones violentas de los bárbaros de su pais juntaba las luces, la finura y la elocuencia que habia aprendido en Tebas: y en medio de sus vicios y defectos se notaban algunos vestigios de las virtudes, que durante su infancia habia observado en la casa de Epaminondas. Una vez le incitaban á que desterrase á un hombre que habia dicho mal de él. «¿Quereis, replicó, que vaya á otra parte á repetir lo que ha dicho aquí?» En otra ocasion se admiraban de los beneficios que hacia á un griego, llamado Nicanor, que le satirizaba con frecuencia: pero ganado por su liberalidad, lo elogiaba despues en todas partes. «Ya veis, dijo Filipo á sus amigos, que está en manos de los reyes hacer que los amen ó los aborrezcan.» La verdad atrevida era muy de su gusto. Una pobre muger, á cuya solicitud no quiso atender, diciéndole que no tenia lugar para oirla ni leer su memorial, le dijo: «¿pues para qué eres rey?» Entonces leyó la peticion y concedió lo que suplicaba. Otra, contra la cual habia pronunciado sentencia al salir de un banquete, le dijo: «apelo» ¿A quién? replicó el rey. «A Filipo en ayunas.» Examinó de nuevo la causa, conoció su injusticia y la reparó. Se le acusó de haberse entregado al sueño en una circunstancia crítica. «Es verdad, dijo, que yo dormia: pero ve-

laba Antipatro, » Con estas y otras palabras semejantes consiguió tener ministros y generales mas adictos que los que se pueden adquirir á fuerza de oro. Contaban delante de él que cada una de las diez tribus de Atenas nombraba anualmente un general. «¡Felices atenienses, dijo, que cada año encuentran en su ciudad diez buenos generales! y yo no he podido encontrar en toda mi vida mas que á Parmenion.» El recuerdo de las lecciones de Epaminondas hacia que temiese los efectos de la adulacion y así habia encargado á uno de sus oficiales que le digese todas las mañanas: «Acuérdate, Filipo, de que eres mortal.» Filipo, aunque hombre de gran talento, no estaba esento de supersticion. Le habian pronosticado que un carro seria la causa de su muerte: y prohibió que los hubiese donde él estaba. Para conservar la credulidad, se dijo despues de su muerte, que estaba esculpido un carro en el puñal con que fue asesinado. Este príncipe mudó la faz de Grecia, preparó los triunfos de Alejandro y fue la causa primera de la caida de las repúblicas griegas y del trono de Ciro. Tambien contribuyó sin preveerlo al engrandecimiento de los romanos destruyendo las fuerzas de Atenas y Esparta.

Alejandro Magno. Alejandro, el mas famoso y estraordinario de los héroes, dotado por la naturaleza de las prendas mas raras, recibió tambien de ella los gérmenes de los vi-

cios mas peligrosos. Su temperamento fogoso le arrebataba á las violencias, y la elevacion de su alma le inclinaba á los sentimientos generosos. Heredó de Filipo su ambicion desenfrenada, y Aristóteles imprimió en su corazon los principios de muchas virtudes. Sus facciones eran regulares, su tez florida y encarnada, la nariz aguileña, los ojos grandes y llenos de fuego, los cabellos rubios y rizados, la cabeza alta, pero un poco echada ácia el hombro izquierdo, la estatura mediana, el talle fino y esvelto, el cuerpo bien proporcionado y fortificado por el contínuo ejercicio. Era celebrada su ligereza en la carrera y su elegancia en el vestir. A un ingenio muy penetrante se unia el deseo insaciable de instruirse: amaba y protegia las ciencias, letras y artes. Su conversacion era agradable y viva, su amistad constante: todo era grande en sus afectos y pensamientos.

El célebre Aristóteles decia de él en una carta escrita despues que murió: « Alejandro de Macedonia no carecia de habilidad en el consejo, ni de valor en el campo de batalla, ni de gracia cuando hacia beneficios. Tal vez se mostró cruel en los castigos, pero fue clemente con mas frecuencia. Ninguno fue mas intrépido en los combates ni mas liberal en las recompensas. Su discernimiento brillaba en los negocios difíciles y su valor crecia á proporcion del peligro." Este elogio es digno de

creencia, porque Alejandro á fines de su vida estaba reñido con este filósofo, que la calumnia acusó de haber tenido parte en la muerte del rey. Alejandro manifestó desde muy joven la altivez de su carácter y el genio de su ambicion. Proponiéndole que fuese á disputar el premio en los juegos olímpicos, dijo: «yo iria si mis competidores fueran reyes." Cuando su padre Filipo conquistaba algunas ciudades, en vez de alegrarse, decia con enfado: »no me dejará nada que hacer." Aristóteles le habia enseñado las matemáticas, la filosofía y la historia: á sus lecciones debió la elocuencia conveniente á un príncipe, esto es, un estilo mas grave que florido y mas lleno de pensamientos que de palabras; y así, para espresar su gratitud á su maestro, decia que Filipo le habia dado el vivir y Aristóteles el vivir bien. Su admiracion á Homero rayaba en el entusiasmo. Lo preferia á Hesiodo, diciendo: «este es el poeta de los pastores y aquel de los reyes." Despues de la batalla de Arbela, encerró la Iliada en una arquita de oro que habia sido de Darío, y mandó hacer una nueva copia de aquel poema; la cual se llamó *la copia de la arquita*. Los grandes talentos daban derecho á su amistad. El famoso Apeles, su pintor favorito, se enamoró de la bella Campaspe, de la cual estaba prendado Alejandro. Cuando este supo el amor secreto que se tenian, disimuló su enojo, los perdonó y los

casó. Aun no bien era joven, recibió su padre embajadores del rey de Persia. Alejandro con una prudencia superior á su edad, les preguntó, no por los pensiles de Babilonia ni por las riquezas del palacio de Susa, oyendo con indiferencia lo que decian del magnífico plátano y la vid de oro, cargados de esmeraldas y rubíes, bajo los cuales daban audiencia los monarcas persianos; sino por los caminos que conducian al Asia mayor, la poblacion de Persia, la fuerza y táctica de los ejércitos del gran rey; y la conducta de éste con sus vasallos. Uno de los embajadores dijo: »este es un gran príncipe: el nuestro no es mas que rico."

Habian traido á Macedonia un soberbio caballo de Tesalia, llamado *Bucéfalo*, porque tenia la cabeza semejante á la de un buey. Derribó á los picadores mas hábiles que emprendieron domarlo. El príncipe, viendo que querian venderlo, dijo: «¡qué escelente caballo pierden por su poca maña y su timidez!" Filipo, para corregir el orgullo de su hijo, le permitió que lo montase. Alejandro no lo puso al sol como los otros, porque no se espantase de su sombra: lo alhagó por algun tiempo, saltó sobre él con presteza, resistió firmemente á sus brincos impetuosos y le domó tan completamente, que en lo sucesivo se dejaba conducir por el príncipe y doblaba las rodillas para que subiese. Bucéfalo salvó la vida de

Alejandro sacándole de una batalla contra los indios, á la cual le habia precipitado su temeridad. Allí terminaron los trabajos y la vida de este célebre caballo, y el rey dió su nombre á una ciudad que fundó en las orillas de Hidaspes. Alejandro antes de ser rey, habia dado pruebas de su heróico valor salvando la vida de Filipo en la batalla con los tríbalos, y de la violencia de su carácter, cuando en las bodas de su hermana Cleópatra faltó al respeto que debia á su rey y padre. Insaciable de toda especie de gloria hubiera querido ser el mas sábio de los filósofos y el mas grande de los monarcas: y por eso riñó á Aristóteles que hubiese publicado un tratado de metafísica, cuya posesion esclusiva deseaba, diciéndole en una carta: «Sábete que deseo mas superar á los otros hombres en los conocimientos de las ciencias sublímes que en la estension de mi poder.» Su padre, digno de apreciarle, fue el primero que adivinó la grandeza que le destinaba la suerte; así cuando domó el Bucéfalo y mostró tanta osadía en una edad tan juvenil, esclamó: «Busca, hijo mio, otro reino mas grande, porque la Macedonia no te basta."

Sin embargo, cuando tantos indicios, mas seguros que los oráculos, anunciaban á la Grecia un señor, al Asia un conquistador y un héroe al mundo, la Pérsia, el Peloponeso, la Boecia, el Atica y los bárbaros de Tracia é Iliria pensaban en sacudir el yugo que creian

roto por la muerte de Filipo. Los facciosos renovaban sus intrigas en la corte de Macedonia. Olimpias creia que ella era la reina : los grandes aspiraban al poder, los ilirios tomaban las armas : los oradores de Grecia, declamando contra la tiranía é insultando la sombra de Filipo, á quien hasta entonces habian tributado los homenages de sus elogios, despreciaban la juventud de Alejandro, que solo tenia veinte años ; y nadie preveia que este príncipe, á quien llamaban niño, seria para ellos muy en breve el mas terrible de los hombres. Léjos de espantarse con tantas dificultades y peligros, mostró su autoridad á los cortesanos, su beneficencia á sus pueblos, y su vigor á sus enemigos. Castigó los asesinos de su padre, libró á los macedonios de los impuestos escesivos que pagaban, para hacerles mas soportables las levas de hombres que necesitaba : distribuyó recompensas á los compañeros de su padre en la milicia, y uniendo hábilmente la suavidad á la firmeza ganó el afecto de sus vasallos. Pero al mismo tiempo mancilló esta gloria primera, permitiendo á su madre Olimpias el asesinato de Cleópatra y de su hijo, y enviando al suplicio á Atálo, á quien aborrecia por sospechas de inteligencia con los enemigos, á pesar de que este general, para ganar su confianza, le entregó las cartas de Demóstenes, que queria hacerle partidario del rey de Pérsia. Despues de haber restablecido el órden público

y consolidado su autoridad, procuró calmar la fermentacion de Grecia. Los acarnanios, los ambrocios, los tébanos y los árcades, que habian arrojado de sus paises las guarniciones macedonias, acababan de declarar que no reconocian á Alejandro por general de los griegos: los argivos, los de Elide y los espartanos se proclamaron independientes, y Aténas fomentaba todos estos movimientos. Los pueblos mas cercanos á la Macedonia se preparaban á hacer general la defeccion mientras los bárbaros del norte amenazaban invadir este reino. Alejandro, para disipar la tempestad, se valió del arte y de la osadía: espantó con amenazas á unos enemigos, y ganó á otros con promesas. Los tésalos fueron los primeros que le reconocieron por gefe, y el consejo de los anfictiones le confirió el mando general de las tropas griegas que habia obtenido su padre. Autorizado con este decreto, se presentó á las puertas de Tébas, que renunció á oponérsele por entonces: los atenienses, desconcertados por la rapidez de su marcha, le enviaron embajadores para desarmar su ira. Demóstenes era uno de ellos, mas no se atrevió ó no quiso presentarse, por creer este paso demasiado humillante para él y para su patria. Esquines le acusó despues de haber vendido los intereses de la Grecia á los persas, sus eternos enemigos: pero Demóstenes rechazó victoriosamente esta acusacion.

Alejandro, habiendo comprimido la coalicion que se habia formado contra él, volvió á Macedonia y marchó contra los bárbaros. Los getas, despreciando su juventud, se habian rebelado: los venció y taló su pais. El paso del monte Hemo, que atravesó á pesar de la dificultad de los lugares y el número de los enemigos, mostró cuan grandes eran su fortuna y su atrevimiento, subyugó en poco tiempo á los peonios, tracios, tribalos é ilirios. Los celtas movidos por la fama de sus hazañas, le enviaron diputados para asegurar su amistad. Alejandro, creyendo que estos pueblos le temian, preguntó á los diputados ¿cuál era la causa de su miedo? y ellos respondieron con altivez. «Los celtas no temen sino que el cielo se caiga.» El héroe se sonrió y concluyó la alianza con ellos. En la guerra con los getas pasó el Istro: y para evitar que los bárbaros se rebelasen de nuevo apenas se ausentase, exigió de los príncipes y reyes vencidos que le siguiesen al Asia con sus principales oficiales, de modo que solo quedasen en aquellos paises gefes sin mérito ni reputacion.

Destruccion de Tébas. Mientras terminaba tan gloriosamente esta guerra Demóstenes y Licurgo esparcieron la voz de que habia muerto peleando contra los tríbalos. A esta noticia comenzó de nuevo la fermentacion en las repúblicas griegas. Los desterrados de Tébas, escitados por los ateaienses, volvieron á su pa-

tria, entraron de noche en la ciudad, degollaron á dos oficiales macedonios y se apoderaron del gobierno. Alejandro informado de esta revolucion, volvió á pasar el Istro, y el monte Hemo, entró en Macedonia, atravesó en seis dias la Tesalia, se apoderó de las Termópilas y llegó á Onguesto, ciudad de la Beocia, donde dijo á los que le acompañaban: «Demóstenes me llamaba niño, cuando hice guerra á los tríbalos y jóven cuando llegué á Tesalia: yo le probaré al pie de las murallas de Atenas que soy hombre formado.» Antes de vengarse de los tébanos empleó la benignidad y las exortaciones para darles tiempo de reflexionar el peligro á que se esponian: prometió por medio de un parlamentario, libertad y seguridad á todos los que pasasen á su campo, ó reconociesen su poder; y no exigió mas satisfaccion, que la entrega de Fenix y Protuto, autores principales de la rebelion. Los tébanos, lejos de condescender, pidieron que se les entregase á Filotas y Antipatro, dos principales generales del rey, y proclamaron desde lo alto de una torre, que se recibiria como amigo á todo soldado macedonio que tomase el partido de los tébanos y del rey de Persia, ligados para libertar la Grecia de un tirano odioso. Perdida toda esperanza de negociacion, Alejandro sitió á Tébas, favorecido por la guarcicion macedonia, que ocupaba la ciudadela Cadmea. Segun Ptolemeo, testigo ocular, los tébanos en una salida

se adelantaron tanto, que atacados por la falange no pudieron volver á la plaza, sino mezclados con los enemigos. Segun Diodoro, Perdicas se apoderó de una puerta durante la salida de los tébanos, y proporcionó á los macedonios la entrada en la ciudad. Los tébanos en este desastre mostraron el valor heredado de los guerreros de Léctras y Mantinea. Los plateos, foceos y tespienses, que servian entonces en el egército de Alejandro, acordándose de que los tébanos habian destruido en otro tiempo sus ciudades, vengaron con atrocidades sus antiguas injurias, no perdonaron ni á las mugeres ni á los niños, y degollaron sus víctimas hasta á los pies de los altares. Los lacedemonios, que militaban al sueldo del rey, mostraron el mismo furor. Esta espantosa matanza duró un dia entero: perecieron seis mil tébanos: fueron vencidos como siervos treinta mil: todas las mugeres fueron reducidas á la esclavitud, y la ciudad quedó enteramente asolada, escepto los templos', la casa del poeta Pindaro y las de las familias tébanas que habian dado la hospitalidad á Filipo y á su hijo. Estos edificios fueron respetados de órden de Alejandro. Su crueldad en esta ocasion no puede disculparse ni aun con la necesidad de complacer á sus aliados, y conservó toda su vida el remordimiento de haberla cometido Por eso cuando en lo succesivo le pedia un tébano de los que escaparon de la carnicería alguna gracia, la concedia sin de-

tencion. Sus bárbaros soldados querian destruir los sepulcros de los tébanos muertos en la batalla de Queronea: mas el rey les mandó respetar los monumentos del valor desgraciado.

Cuando se supo en Atenas la ruina de aquella gran ciudad, fue general la consternacion y se interrumpieron los grandes misterios de Ceres, que se celebraban entonces. Demóstenes, Esquines y Estratócles lamentaron con elocuencia el infortunio de Tebas: los atenienses dieron asilo á los tébanos que se salvaron del estrago; pero al mismo tiempo enviaron embajadores á Alejandro, socolor de felicitarle por sus victorias y en la realidad para desarmar su cólera. Alejandro los acogió favorablemente; pero exigió que el pueblo ateniense le entregase sus ministros y oradores principales, que eran Demóstenes, Licurgo, Hiperides, Polieucte, Cares, Caridemó, Efialtes, Diotimo y Merocles. Demóstenes subió á la tribuna para persuadir á sus conciudadanos que desechasen una proposicion tan peligrosa, recordándoles el apólogo de los pastores que perdieron sus rebaños, porque en el tratado con los lobos les entregaron los perros. El interes personal de Demóstenes era demasiado visible en esta ocasion para que su discurso hiciese impresion en un pueblo aterrado; pero el orador Démades, menos comprometido, le sostuvo con habilidad, é hizo que el pueblo diese un decreto para suplicar al rey que dejase al cargo

de Atenas el castigo de los culpables é implorar su clemencia á favor de los tébanos fugitivos. La sangre derramada en Tebas habia estinguido en Alejandro el deseo de la venganza, y Démades, á quien Atenas envió de embajador, consiguió todo lo que quiso; el rey se contentó con el destierro de Caridemo y poco despues se reconcilió de tal modo con los atenienses que les encargó que velasen por la tranquilidad de la Grecia durante su espedicion al Asia, y les dejó el gobierno de ella en el caso de su fallecimiento. Restablecida la paz, volvió á Macedonia, donde celebró juegos públicos en honor de Júpiter y de las musas. Poco despues pasó á Delfos á consultar el oráculo sobre la guerra de Asia. Como la Fitonisa rehusase subir á la trípode, la cogió en brazos y la subió á su pesar. Ella esclamó: «no es posible resistirte, hijo mio. Ese oráculo me basta.» Dijo soltándola Alejandro. Los diputados de todas las ciudades de Grecia reunidos en Corinto le nombraron generalismo, y el rey declaró en aquella asamblea que todos los pueblos griegos eran libres y les prohibió volver á recibir los desterrados ni reconocer tirano alguno.

Espedicion de Alejandro al Asia. Habiendo llegado el momento de poner en ejecucion sus grandes designios, reunió el ejército que constaba de doce mil macedonios, siete mil aliados y cinco mil mercenarios, todos de in-

fantería, á las órdenes de Parmenion, cinco mil tríbalos é ilirios, y mil quinientos ginetes macedonios á las órdenes de Filotas; mil y quinientos ginetes de Tesalia, á las órdenes de Calas, y seiscientos griegos mandados por Erigio; y en fin, novecientos tracios y peonios de infantería ligera, que mandaba Casandro. La mayor parte de estos oficiales tenian mas de sesenta años, y su consejo semejaba á un senado en la gravedad. El tesoro del rey no era mas que de sesenta talentos (360,000 pesetas) y el ejército solo tenia provisiones para un mes. Los generales mas distinguidos eran Parmenion y sus hijos Filotas y Nicanor, Clito, Efestion, Casandro, Ptolemeo, Calas, Perdicas, Cratero, Celo y Filipo, hijo de Amintas. Alejandro dejó el gobierno de Macedonia y el cuidado de la Grecia á Antípatro, de quien tenia entonces toda confianza. Antes de pasar al Asia distribuyó sus dominios á sus amigos: y como le preguntase Perdicas qué reservaba para sí, respondió: *la esperanza.*

Pasado el Helesponto, encontró á los persas que defendian el paso del Gránico. Dióse junto á este rio la célebre batalla de su nombre, en que Ptolemeo al frente de la caballería macedonia, y Alejandro y Parmenion, pasando el rio con la falange, hicieron prodigios de valor. Clito salvó la vida de Alejandro, matando á un ginete persa que ya tenia levantada la cimitarra sobre la cabeza del rey. La

victoria quedó por los macedonios y puso en su poder el Asia menor. El rey mandó á Lisipo que hiciese las estátuas de veinte y cinco de sus compañeros de armas muertos en la batalla. Estas estátuas se vieron por muchos años en una ciudad de Macedonia, llamada Dio, de donde fueron transportadas á Roma en lo sucesivo. Alejandro, dueño de Efeso, Mileto y la Caria en la primer campaña, envió los soldados casados á Macedonia para que descansasen el invierno con sus familias. Esta medida, muy agradable á la tropa, le produjo un gran número de reclutas que le trajo Perdicas para la campaña siguiente. Darío, rey de Persia, intentó sobornar algunos asesinos que matasen al rey de Macedonia y logró por sus émisarios corromper á Alejandro, hijo de Erope, cuyos hermanos habian sido cómplices en la conspiracion de Pausanias, el asesino de Filipo. Sus intentos fueron descubiertos: pero el rey, acordándose de que al subir al trono fue el primero que se pasó á su lado contra los facciosos, le perdonó; y este acto de clemencia causó entre los griegos el mayor entusiasmo.

Llegada la primavera, conquistó la Frigia y cortó el famoso nudo Gordiano, porque un oráculo habia prometido el imperio del Asia á quien le desatase. De Frigia marchó á la Capadocia. Dábale sin embargo cuidado la espedicion que hizo á Grecia Memnon, el mas hábil de los generales de Darío: pero libre de

este temor por la muerte de aquel guerrero cuando iba á atacar la isla de Eubea, continuó sus empresas con tanta rapidez como felicidad. Pasó los desfiladeros del Tauro sin encontrar en ellos oposicion y ocupó la Cilicia. Habiendo sanado de una peligrosa enfermedad originada de bañarse en las aguas frias del Cidno, por la habilidad de su médico Filipo y por la confianza que tuvo en su lealtad, tomando el remedio á pesar de habérsele escrito que se habia mezclado con él un veneno, marchó contra Darío, que se habia adelantado hasta Yso con todas las fuerzas de su imperio y le derrotó en una gran batalla, cuyos trofeos fueron la familia real, que cayó en poder del vencedor y que fue tratada por él con la mayor nobleza, el tesoro de Darío, que Parmenion sorprendió en Damasco, la Siria, la Palestina, la Fenicia y el Egipto, sin encontrar mas resistencia que en las plazas de Tiro y de Gaza, de las cuales se apoderó á fuerza de armas. Alejandro quiso imitar á Aquiles, arrastrando al rededor de los muros de Gaza á Betis, que habia defendido valerosamente esta ciudad. El rey se olvidó en esta ocasion, que de los héroes solo se deben imitar las virtudes.

Desde Palestina envió á Leónidas, uno de sus maestros mas de cien talentos de mirra; acordándose de que en su infancia aquel ayo severo le habia reprendido porque prodigaba el incienso en un templo y lo echaba á manos

llenas en el fuego. «Príncipe, le habia dicho, sé mas ecónomo, y no disipes con tanta profusion este aroma precioso hasta que hayas conquistado el pais que lo produce.» Alejandro, ávido siempre de combates y gloria, hizo una incursion en Arábia. Habiéndose adelantado casi solo con su temeridad ordinaria entró en el campo enemigo, tomó un leño encendido, volvió con él á sus tropas y mandó hacer muchas hogueras. Los árabes, amedrentados de tanta osadía, huyeron. En una de las marchas se espuso á riesgo de perecer por salvar del peligro á su ayo Lisimaco que era muy viejo y no podia seguirle. Púsole sobre sus hombros, y así le llevó hasta salir del peligro. En el corazon de Alejandro se observaba la mezcla mas singular de orgullo y de bondad: y los vicios y las virtudes de aquel alma volcánica eran igualmente grandes. Penetró en el Egipto y proyectó dos empresas, la una insensata y que pudo haberle costado la vida y la gloria, y fue atravesar los desiertos abrasados de la Libia para que el oráculo de Ammon le declarase hijo de Júpiter: la otra digna de un grande hombre y de un rey sábio, fue la construccion de Alejandría en la embocadura mas occidental del Nilo, para que sirviese de emporio al comercio europeo con el del mar Rojo y el de Indias.

Dueño de todas las provincias litorales de la Persia, marchó á atacarla en su mismo cen-

tro: atravesó el Eufrates y el Tigris, y se encontró con el ejército de Dario en la vasta llanura de Arbela. Le aconsejaron que atacase de noche: mas él dijo que queria *ganar* y no *robar* la victoria. La proximidad del peligro no le impidió dormir profundamente: y admirándose de ello sus generales, dijo: ¿por qué no hemos de estar tranquilos, si el enemigo ha venido á ponerse en nuestras manos? Un eclipse de luna que sobrevino aterró á los macedonios. El rey mandó al adivino Aristandro que les dijese que aquel eclipse era presagio de la victoria: porque el sol era el númen de los griegos y la luna de los persas. Al dia siguiente se dió la batalla en la cual quedó arruinado el antiguo imperio de los persas. Alejandro, despues de la victoria, escribió á las ciudades de Grecia anunciándoles el triunfo, y confirmando la libertad de todas. Envió ricos despojos á la ciudad de Crotona, en memoria de su ciudadano el atleta Filo, que armó una galera á su costa para pelear contra Jerjes en favor de los atenienses y espartanos, cuando tantos pueblos temerosos del poder del gran rey los habian abandonado. El amor ardiente de la gloria griega, que manifestaba Alejandro en todas las ocasiones, hacia que se le perdonase su dominacion.

Despues de la victoria decisiva de Arbela, hizo Alejandro su entrada triunfante en Babilonia, en Susa y en Persépolis, donde un

anciano griego, llamado Demarato, habitante de aquella capital, derramó lágrimas de alegria deseando que toda la Grecia estuviese presente para ver á un héroe de su pais sentado sobre el trono de Jerjes. Sin embargo, allí empezó á mancillarse la gloria de Alejandro, entregándose á los deleites que habian afeminado á los persas, y quemando aquella antigua metrópoli, al salir de un banquete, por instigacion de la cortesana Tais. Entretanto Darío esperimentaba la suerte de los monarcas desgraciados. Beso y otros sátrapas que le acompañaban en su fuga á la Bactriana, le trataron como á un prisionero, le hicieron mil injurias, y cuando se vieron perseguidos por Alejandro, le dieron la muerte. El rey de Macedonia alcanzó y castigó á los traidores.

Mientras que consumaba en el centro del Asia la ruina del trono de Ciro, los lacedemonios, habiendo sabido que Antipatro hacia la guerra á los tracios, emprendieron sacudir el yugo de los macedonios, sublevaron el Peloponeso y juntaron un ejército de veinte y dos mil hombres. Antipatro marchó contra ellos con cuarenta mil guerreros. Vinieron á una batalla sangrienta en que el general macedonio, no pudiendo penetrar en las filas espartanas, fingió retirarse á una llanura donde podia desenvolver todas sus fuerzas, y deteniéndose de repente rodeó al enemigo y lo batió. Agis, rey de Esparta, murió despues de ha-

ber hecho prodigios de valor. Esta jornada costó tres mil hombres á Esparta y arruinó su potencia.

Antipatro dió cuenta á Alejandro de su victoria con mucha modestia, para no excitar su envidia, porque la prosperidad iba aumentando los vicios del conquistador y atenuando sus virtudes. Filotas, uno de sus generales mas estimados, mostraba el orgullo que acompaña siempre á la gloria militar. En vano su padre Parmenion le decia: *hijo, hazte mas pequeño*: Filotas continuaba humillando á sus rivales, y tal vez se tomaba la libertad de censurar las acciones del rey. Sus enemigos le acusaron de traicion y Alejandro mandó matarle, y temiendo el resentimiento de Parmenion, hizo dar muerte alevosamente á este ilustre y respetable general. Corrió despues á las armas para ahogar el remordimiento de estas injusticias. Subyugó la Sogdiana que se habia revelado, venció á los escitas é hizo alianza con ellos y acabó la conquista del imperio de Persia con la del pais de los masagetas, donde mató á un leon que le acometió: pero dió la muerte en un convite á su amigo Clito, porque celebraba las hazañas de Filipo y Parmenion, y censuraba con demasiado atrevimiento los vicios de Alejandro. Sin embargo este héroe, disipada con la muerte de su amigo la doble embriaguez del vino y de la ira, se entregó á un dolor y remordimiento tan vivo,

que determinó morir, y fueron necesarias para que conservase su vida, las amonestaciones de sus amigos y la adulacion de todo el ejército que se hizo cómplice en aquel homicidio, declarándolo justo.

Marchó despues á la conquista de la India, cometiendo en el camino otra grande injusticia, dando muerte al filósofo Calístenes, porque se opuso á que los griegos adorasen al rey como á un dios. Taxilo, uno de los reyes indios, se hizo aliado de Alejandro. Poro, rey del pais que está entre el Indo y el Hidáspes, le resistió, fue vencido y prisionero y tratado por el vencedor *como rey*, segun se lo pidió el mismo Poro. Alejandro, insaciable de conquistas, queria pasar al Gánges: pero los macedonios, deseosos de sosiego despues de tantas marchas, combates y victorias, le obligaron con sus ruegos y lágrimas á volverse á Babilonia, bajando por el Hidáspes hasta el Indo, por el Indo hasta el mar Eritreo, y siguiendo las provincias litorales de este mar hasta llegar á Babilonia. En Pasagarda celebró su matrimonio con Estatira, hija de Darío, y mandó á los principales de su corte y ejército que contrajesen iguales alianzas con las familias mas distinguidas del pais para consolidar su imperio uniendo tan estrechamente á los vencedores y á los vencidos.

Hárpalo, que á la sazon era gobernador de Babilonia y se habia enriquecido por medio

de esacciones, temiendo que Alejandro le castigase, se escapó á Aténas con cinco mil talentos. Antípatro exigió que se le entregase. El delincuente, para conseguir el apoyo de Focion, le ofreció quinientos talentos que fueron rehusados. Algunos historiadores dicen que Demóstenes, debiendo hablar contra él, no lo hizo, seducido por la oferta de una copa magnífica del valor de veinte talentos, y pretestó una violenta opresion de garganta para no subir á la tribuna. Uno de sus rivales se burló de una enfermedad tan repentina sirviéndose de una frase, que en griego es equívoca, para dar á entender que la copa y no la esquinencia, le impedia hablar. Añaden que el orador, temiendo el enojo del pueblo, se desterró á Trecena. Pausanias duda de este hecho: y en efecto parece imposible que el que resistió noblemente al poder de Filipo y Alejandro, se dejase sobornar por una joya, aunque preciosa. Entretanto Alejandro mandó llamar á Antípatro de Macedonia, porque habia concebido sospechas contra él, y quizá le reservaba la suerte de Parmenion. Sin embargo la pérdida de Efestion, su valido, hacia mas necesaria que nunca la conservacion de sus antiguos amigos. Mas estos temores y los proyectos ambiciosos del rey fueron desvanecidos con la muerte que encontró en Babilonia entre los desórdenes de un banquete. Dejó una fama inmortal y un imperio en embrion. A pesar de

sus defectos, sus grandes cualidades, su magnanimidad, su valor y sus talentos le han adquirido justamente el renombre de *grande*. Tito Libio, por no conceder á un macedonio mas gloria que á los héroes romanos, atribuye sus victorias á la debilidad y á los yerros de sus enemigos: pero no se puede negar que Alejandro poseía talentos iguales ó su ambicion. El esceso fue el escollo de sus grandes cualidades.

CAPITULO XX.

Cuadro literario de la Grecia en su tercera edad.

Hombres ilustres de Grecia. Píndaro. Esquilo. Sófocles. Eurípides. Aristófanes. Anaxagoras. Empédocles. Herodoto. Tucídides. Ctesias Jenofonte. Platon. Aristóteles. Jenócrates. Diógenes. Cenon. Epicuro. Pirron. Aristipo. Menandro. Fidias. Meton. Polignoto. Ceuxis. Protógenes. Praxíteles. Policleies. Apeles. Lisipo.

Hombres *ilustres de Grecia.* Hemos visto á la Grecia en su tercera edad brillar con todo el esplendor de la juventud, desplegar toda la fuerza de la virilidad, y dar al fin tristes indicios de su vejez y funestos presagios de su decadencia. Las repúblicas griegas, fuertes por

sus virtudes é invencibles por su amor á la independencia, rivales en la carrera de la gloria y reunidas por su consagramiento á la patria comun, arrostraron y vencieron los egércitos de los dos monarcas mas poderosos que tuvo el Asia; y la Grecia demostró que el número de sus héroes escedia al de los sátrapas, cortesanos y esclavos de Susa, Persepolis y Babilonia. Su causa era justa: su victoria fue grande y pura; mas el orgullo dió origen á la ambicion. Atenas y Esparta no tenian ya necesidad de defenderse y sintieron el deseo de dominar. La discordia, la envidia y el odio destruyeron el espíritu público: las riquezas, adquiridas por las conquistas, corrompieron las costumbres. No solo se permitió, sino tambien se imploró la intervencion del enemigo comun en sus querellas particulares; y los reyes de Persia consiguieron por la intriga y la corrupcion, ventajas que no hubieran podido óbtener á fuerza de armas. Sin embargo, los talentos, las ciencias y las artes hicieron progresos rápidos, que de algun modo contribuyeron á la afeminacion de las costumbres; y como las virtudes varoniles de los antiguos tiempos se debilitaban de dia en dia, se sacrificaron los deberes á los placeres, y la emulacion que antes habia de gloria, vino á ser de lujo. La vanidad se substituyó á la altivéz: la pasion de los juegos y espectáculos llegó á tal estremo, que los tesoros del estado y los fondos destinados á levan-

tar, egércitos se gastaron en diversiones. El nombre de la patria resonaba aun en la tribuna de los oradores; pero no volaban los ciudadanos á defenderla con el mismo ardor. Cuando la monarquía macedonia, saliendo repentinamente de la oscuridad, amenazó la libertad de Grecia, los temores y las rivalidades impidieron la reunion dè los pueblos; y Filipo, ausiliado de su oro, encontró pocos obstáculos. La memoria de los antiguos triunfos y el temor de la opresion produjeron algunas resistencias parciales; pero bastó la derrota de Queronea para desalentar á los descendientes de los héroes de Salamina, Platea y Maraton; y toda la Grecia sometida á la dominacion efectiva de Alejandro, recibió con júbilo la sombra de independencia que le dejaba un decreto falaz. Mientras el conquistador del Asia subyugaba el oriente, los griegos gozaron de una profunda paz, solo interrumpida por el esfuerzo efímero de los espartanos para sacudir las cadenas. La Grecia fue durante la vida del héroe de Macedonia el teatro sosegado de las artes, las ciencias, las letras, los juegos y los placeres Esta última parte de la tercera edad era brillante todavia; el poder habia desaparecido, pero quedaba la gloria; habia menos grandeza pero mas sosiego. Los griegos no llevaban á lo lejos sus egércitos, pero los estrangeros venian de todas partes á este feliz pais á asistir á sus juegos, admirar sus poetas y artistas, consultar sus filósofos y en-

riquecerse con sus luces. Asi adquirió un nuevo poder que sobrevivió á su ruina, siendo la escuela del mundo y el centro de los conocimientos y de la civilizacion, y haciendo que la admirasen por la urbanidad, filosofía, elocuencia y modelos de las artes, tanto como habia sido celebrada por sus hazañas y virtudes. Pero antes de lograr este imperio tan dulce, tuvo que sostener largas y terribles tempestades: ya habia perdido el poder; y la muerte de Alejandro la privó de la tranquilidad. Los tiranos que le sucedieron sin reemplazarlo, no respetaron ni aun el fantasma de libertad que le habia dejado el héroe de Macedonia: violaron todos los derechos y trastornaron todas las instituciones, y con sus discordias sangrientas derramaron sobre aquellos hermosos paises todos los males de la guerra civil y de la tiranía. En medio de estos escesos brillaron algunas centellas de heroismo y de independencia; pero se apagaron bien pronto á la vista de las águilas romanas. Los nuevos señores del mundo restituyeron la tranquilidad á la Grecia; aquellos fieros conquistadores respetaron la antigua gloria del pueblo subyugado, y los vencedores se hicieron discípulos de los vencidos, suavizaron su yugo y les dejaron el simulacro de la independencia (1).

(1) En este cuadro tan bien hecho como verdadero estrañamos que Mr. de Segur no haya contado el espíri-

Antes de pasar á la historia de la cuarta edad, en que pereció la soberanía en Grecia, volvamos los ojos por la última vez al periodo glorioso que acabamos de describir. Conocemos, por la narracion de los sucesos, á los héroes y oradores que la ilustraron: ahora daremos alguna idea de los filósofos, poetas, historiadores y artistas, que contribuyeron tanto como los guerreros, á la inmortalidad de su patria.

Píndaro. Píndaro, natural de Tebas, fue el mas grande de los poetas líricos, y aun hoy es el mas famoso. Nadie le igualó en fuerza, elevacíon y armonia. Fué coronado muchas veces en las fiestas de Grecia y se concedieron á su genio los homenages que ordinariamente no se tributan sino al poder. Se le habia asignado un sitio distinguido en los juegos públicos de Delfos. Allí se sentaba sobre una especie de trono y hechizaba á los concurrentes con los sones melodiosos de su lira. Tuvo sin embargo por rival á la célebre Corinna, tambien natural de Tebas, que le disputó cinco veces el premio. Los tébanos, á pesar del aprecio en

---

tu democrático de los gobiernos griegos entre las causas de su decadencia. La democrácia, escelente para resistir, es contraria al poder necesario para atacar y conservar. Asi es que la Grecia no pudo triunfar del Asia hasta que tuvo un monarca á su frente. En la democrácia no hay las tradiciones de la dominacion, ni el secreto, ni la unidad que dan tanta fuerza á las monarquias (*N. del T.*).

que le tenian, le condenaron en una ocasion á pagar una multa, porque habia celebrado en hermosos versos la gloria de Atenas, de quien eran enemigos. Fue contemporáneo de Jérjes.

Esquilo. Esquilo, de Aténas, perfeccionó la tragedia que habia inventado Téspis. Ya hemos hablado de él, porque empezó á distinguirse en la segunda edad.

Sófocles. Sófocles de Aténas nació 27 años despues de Esquilo, y 14 antes de Eurípides. Se distinguió en los empleos civiles y militares, y su genio trágico le inmortalizó. A la edad de ochenta años, acusado por un hijo ingrato, que alegaba estar su padre falto de razon, y pedia que se le impidiese el manejo de su hacienda, leyó delante del pueblo su tragedia *Edipo en Colona*, que acababa de escribir. Los jueces, indignados, reconocieron su justicia y le condujeron en triunfo á su casa. Su rival Eurípides, que le disputó constantemente la palma trágica, murió antes que él. Sófocles, superior á todo sentimiento de envidia, se mostró en público vestido de luto. A la edad de 28 años habia concurrido con Esquilo al premio de la tragedia. Los jueces y espectadores divididos no podian convenirse en la decision, y la disputa degeneraba en tumulto, cuando el célebre Cimon y diez generales sus cólegas, que acababan de triunfar de los pérsas, fueron escogidos por árbitros y adjudicaron el premio á Sófocles. Esquilo no pudo consolarse de ser

vencido, y se desterró á Siracusa. Sófocles murió de 91 años de edad.

Eurípides. Eurípides fue tambien la gloria de Aténas, su patria. Quizá bastaria para su elogio decir que era amigo de Sócrates y digno rival de Sófocles. Tiene menos vigor y elevacion que su antagonista, pero mas gracia y delicadeza. Su moral era tan pura como su diccion, y daba, en versos muy bellos, consejos muy importantes á los reyes y á las naciones, imitando el ejemplo de su amigo el poeta Agaton. Este decia á Arquelao, rey de Macedonia, que un monarca debe acordarse principalmente de tres cosas: «que tiene que gobernar á los hombres: que tiene que gobernarlos segun las leyes, y que no los ha de gobernar siempre.» Arquelao reprendió en una ocasion á Eurípides porque el dia de su cumpleaños no le habia hecho regalo alguno segun se acostumbraba. Eurípides, que nunca solicitó ningun favor, le respondió: *Cuando el pobre dá, pide.* Murió en Macedonia á la edad de 76 años. Sus conciudadanos quisieron que se trasladase su cadáver á Aténas: pero Arquelao quiso conservarlo, y le labró un magnífico sepulcro.

Despues que murieron estos tres poetas trágicos, Aristófanes, su contemporáneo, supuso en una de sus comedias, que en el averno habia un trono destinado al poeta mas célebre; pero que estaba obligado á cederlo cuando se presentaba otro poeta mejor. Esquilo ocu-

paba el trono de la tragedia. Eurípides quiere quitárselo y Sófocles á ambos. Los tres combaten con las armas de la sátira: Baco, que descendió entonces al teatro para restituir á la tierra al mejor poeta trágico y consolar á los atenienses por la inundacion de malas tragedias, asigna á Esquilo el primer lugar, á Sófocles el segundo, y á Eurípides el tercero; y conforme á esta sentencia manda que Esquilo sea restituido á la vida. Este juicio de Aristófanes, muy impugnado despues, era conforme á la opinion de los atenienses sus contemporáneos. Lo que es cierto es que Esquilo tenia mas elevacion y grandilocuencia; Sófocles mas perfeccion, y Eurípides mas naturalidad. «El primero, dice Aristóteles, pintaba á los hombres mas grandes de lo que pueden ser: Sófocles, como deberian ser, y Eurípides como son.»

Aristófanes. Aristófanes, el mas célebre, mordaz y licencioso de los poetas cómicos, floreció en Atenas en el siglo de Pericles, é hizo olvidar á sus predecesores Magnes, Cratino, Crates y Eupolis. Con la gracia de este último templó la hiel de Cratino, y presentando en sus alegorías los intereses principales de la república, satirizó las intrigas del senado, la corrupcion de los magistrados, la envidia de los generales, el orgullo de los filósofos y la versatilidad del pueblo. Algunas veces se procuró reprimir la licencia escénica: pero la aficion del pueblo triunfó casi siempre de la autoridad

hasta que los poetas cómicos fueron aterrados por el ejemplo de Anaxándridas, condenado á morir de hambre, por haber trovado insolentemente, aplicándolos al pueblo de Atenas unos versos de Eurípides, cuyo sentido era: «la naturaleza dá sus órdenes y se cura muy poco de las leyes que la contrarían.»

Anaxágoras. Anaxágoras, discípulo de Tales, fue el primero que enseñó en Atenas la filosofía: distinguió el espíritu de la materia y reconoció una inteligeucia suprema que organiza, anima y conserva el universo. Fue desterrado como impío por haber dicho que la luna no era diosa, sino un globo semejante al de la tierra.

Empédocles. Empédocles, de Agrigento embelleció los asuntos mas abstractos con las gracias de la poesía. Los agrigentinos quisieron hacerle rey; mas él les aconsejó que fuesen libres, iguales y virtuosos. «Os entregais, les decia, á los placeres, como si hubierais de morir mañana, y edificais los palacios, como si hubierais de ser eternos.» Era semejante á Homero en la inteligencia. Ilustró su patria con leyes y la filosofía con escritos. Su poema de *la Naturaleza* fue su obra mejor: en ella dice que Dios, inteligencia suprema y fuente de verdad, no puede ser entendido sino por el espíritu.

Heródoto. Heródoto de Halicarnaso, padre de la historia entre los griegos, fue el primero

que escribió una general. Los tiempos bárbaros que pintó presentaban cuadros horribles del crímen triunfante, la virtud perseguida y la tierra inundada en sangre; pero él suavizó lo espantoso de las descripciones con las gracias de su estilo; y su obra, premiada en los juegos olímpicos, obtuvo el mismo lugar que la *Iliada* entre las producciones superiores del espíritu humano. Las turbulencias de su patria y las discordias de los griegos, le obligaron á huir á Italia, donde acabó su vida.

Tucídides. Tucídides nació trece años despues que Heródoto: mandó con gloria los ejércitos atenienses, y luchó contra el poder de Pericles; mas no habiendo podido impedir la sorpresa de Anfipolis, tomada por los lacedemonios bajo las órdenes de Brasidas, fue desterrado Su destierro duró veinte años, y á él se le debe la historia de la guerra del Peloponeso. En esta obra se descubren la prudencia, la austera gravedad y el amor á la verdad de su autor. Queria mejor instruir que agradar: no se hallan en su libro las imágenes y ornamentos de Heródoto, pero tampoco sus fábulas. Su estilo es conciso y tal vez duro: es digno de observacion que cuando habla de su destierro, ni se queja ni se defiende.

Ctesias. Ctesias de Egnido, historiador célebre, fue médico de Artajerjes I. Contó los sucesos de que fue testigo y los que habia leido en los archivos de Susa. Aris-

tóteles duda de la verdad de sus narraciones.

Jenofonte. Jenofonte, ateniense, célebre por la retirada de los diez mil y por sus escritos, se mostró siempre ciudadano virtuoso y hábil general. Escribió acerca de la política, despues de haber observado los gobiernos, estudiado las leyes y dirigido los negocios: acerca del arte militar, despues de haber mandado: acerca de la moral, despues de haber practicado las virtudes que enseñaba. Su objeto era hacer mejores á los hombres ilustrándolos. Poco tiempo antes de la batalla de Mantinea, se retiró á Corinto, y despues volvió á Scilonte, donde murió.

Platon. Platon, discípulo de Sócrates, viajó al Egipto, cuyos sacerdotes le hicieron conocer su historia, su filosofía y sus leyes antiguas. Se cree que no le fueron desconocidos los libros de Moises. Su vasto genio abrazó todas las partes de la filosofía. Creia la existencia de Dios, la eternidad del alma y los premios y castigos de la otra vida. Su moral estaba llena de verdades; su metafísica de imágenes; su legislacion de quimeras sublimes. Su brillante ingenio, su estilo puro y enteramente ático, sus sabios principios, sus sentimientos elevados y su carácter amable, escitaron la admiracion general y le adquirieron el epiteto de *divino*. No se aplicó á los negocios públicos, prefiriendo el estudio. Muchos reyes, y entre otros Dionisio el menor, tirano de Siracusa, le llamaron á su corte para ilustrarse con sus lec-

ciones. En Atenas tenia su escuela á la estremidad de un arrabal en el jardin de Academo; por lo cual sus discípulos tomaron el nombre de *académicos*. Se dividieron en dos sectas: unos que conservaron este nombre porque continuaron enseñando en el mismo jardin, y otros que daban sus lecciones en el Liceo, paseándose, por lo cual se les llamó peripatéticos.

Aristóteles. Aristóteles, natural de Estagira, ciudad de Macedonia, fue el gefe de los peripatéticos. A la edad de 17 años estudió la filosofía en la escuela de Platon. Volvió á su patria, donde logró el favor de Filipo y se le encargó la educacion de Alejandro, la cual concluida, volvió á abrir su escuela en el liceo de Atenas. Su talento vastísimo perfeccionó la dialéctica: sus numerosas obras prueban la inmensidad de su erudicion. Su filosofía, atravesando los siglos y sobreviviendo á las ruinas de Atenas y Roma, fue por mucho tiempo la única doctrina recibida en las escuelas modernas, que miraron sus preceptos como oráculos, de los cuales no era lícito separarse. Aristóteles habia adquirido demasiada gloria para no ser blanco de la envidia. Eurimedonte le citó ante los tribunales por delito de impiedad; y temiendo la suerte de Sócrates, se retiró á la isla de Eubea, donde falleció. La indignacion que le causó la muerte de Calistenes y su intimidad con Antipatro, hicieron que se le tuviese por cómplice en la

muerte de Alejandro el Grande; pero los historiadores mas graves desmienten esta calumnia, y atribuyen la muerte del conquistador de Asia á su verdadera causa, que fue la intemperancia.

Jenócrates. Jenócrates, uno de los sucesores de Platon, profesaba los mismos principios que su maestro; pero con demasiada austeridad en la doctrina y aridez en el estilo Platon le exhortaba á que *sacrificase á las Gracias.* Filipo y Alejandro quisieron ganar á este filósofo con sus regalos, pero fue incorruptible. Se tenia una idea tan alta de su probidad que citado por testigo en un pleito, los jueces le dispensaron del juramento. Gustaba de la soledad, y pocas veces se le vió en público. Su virtud hizo tanta impresion en un siglo corrompido que logró apartar á muchos jóvenes de Atenas de la carrera de los vicios.

Diógenes. Diógenes contemporáneo de Alejandro, era de la secta de los cínicos, que tenian por gefe á Antistenes, discípulo de Sócrates. Estos filósofos vivian austeramente sin mas vestidos ni muebles que una capa, una alforja, un báculo y una escudilla. Hacian consistir la felicidad en la independencia y la independencia en la pobreza. Diógenes exageró su sistema, porque despreció no solo las riquezas sino tambien las leyes, la decencia, los usos de la sociedad y el género humano. Sus chanzas eran mordaces y su insolencia des-

enfrenada. Llevaba desnudos los pies y dormia en una tinaja. Cuando Alejandro llegó á Corínto, todos los filósofos concurrieron á felicitarle escepto Diógenes. El rey fue a verle y le preguntó qué queria que hiciese por él. »Que te apartes, dijo el cínico, y no me quites el sol." Los cortesanos se irritaron por esta insolencia y Alejandro les dijo: «á no ser Alejandro, quisiera ser Diógenes." La vanidad de uno y otro se entendian Este cínico, mas insensato que filósofo, creyéndose superior á la especie humana porque la despreciaba, se paseaba á mediodia con una linterna, y preguntándole qué buscaba, respondio: *un hombre.* Entro una vez en casa de Platon ajando las alfombras, y dijo: *piso la vanidad de Platon.* Si, respondió éste, *pero con una vanidad todavia mayor.* A estos mentidos filósofos se les dió el nombre de *cínicos* por su mordacidad y desvergüenza.

Cenon Cenon, gefe de la secta estoica, habia sido discípulo de Crates el cínico; pero incomodado por la impudencia de esta secta, de la cual conservó la austeridad, se adhirio á la doctrina de Jenócrates. Sus principales discípulos fueron Cleantes, Lisipo y Posidonio: se les llamó estoicos, porque daban sus lecciones debajo de los pórticos, llamados en griego *stoa.* Despreciaban el deleite y el dolor, y hacian consistir la felicidad solo en la virtud: llamaban *supremo bien* á la conformidad con el

orden, y *mal*, lo que le era contrario. Su doctrina pura y sublime mantuvo el vigor y el espíritu público en los pueblos que la adoptaron, aunque demasiado austera y superior á las fuerzas de la humanidad.

Epícuro. Epicuro daba sus lecciones en Atenas en un jardin. Nada nos queda de las muchas obras que escribió; pero su fama dura todavía. Lucrecio y Ciceron entre los antiguos, y Gasendo entre los modernos, han esplicado su sistema. Opuesto á los estoicos, hacia consistir el mal en el dolor, y la felicidad en el deleite: atribuia la formacion del mundo á la casualidad, y no creia que los dioses cuidaban de las cosas de la tierra. El soberano bien, segun él, era el descanso y la esencion del dolor: así dió por atributo á las deidades la impasibilidad. Su conducta era austera y su doctrina relajada. Para evitar los males producidos por los escesos y los tormentos que causan los vicios, fue siempre virtuoso, templado y frugal. Sus virtudes no fueron imitadas y se abusó de su doctrina, la cual afeminó las costumbres y corrompió los pueblos que abandonaron las máximas de Cenon por seguir las suyas.

Pirron. Pirron, ciudadano de Elide, dudaba de todo, y formó la escuela de los *escepticos*. Decia que no habia nada cierto y que siempre se debia suspender el juicio. Las consecuencias de este sistema son muy peligrosas,

pues pone en duda la justicia, la virtud y el honor, y hace depender lo justo y lo injusto, no del orden eterno establecido por Dios, sino de los intereses y convenciones humanas. Esta filosofía, conduciendo á la indiferencia para el bien ó el mal, arruina el principio social; pues no es posible ser buen ciudadano, sin creer con firmeza en la virtud.

Aristípo. Aristípo, discípulo de Sócrates, fue acusado por los académicos y estoicos de ser un novador, estableciendo una alianza monstruosa entre la virtud y el deleite. Hacia consistir la felicidad en una série de sensaciones agradables; y asi todo lo referia á sí mismo y no estaba ligado al universo sino por su interes; los deberes no eran mas que un comercio de utilidades. Respetaba las leyes por no ser inquietado, y hacia bien para recibirlo. Segun su doctrina, se debe olvidar lo pasado, no temer lo futuro y pensar solo en lo presente. Su complacencia filosófica le adquirió el favor de Dionisio, tirano de Siracusa, á quien aduló bajamente. Le reprendieron una vez por haberse echado á sus plantas para pedirle una gracia á favor de un amigo suyo, y respondió: «¿tengo yo la culpa de que este hombre tenga las orejas en los pies?»

Menandro. Menandro era un poeta cómico ateniense, que eclipsó, segun Quintiliano, á sus predecesores, y poseyó toda la sal de Aristofanes con un gusto mas fino y delicado.

Fidias. Este artista es inmortal como los monumentos atenienses que dirijió. Sus obras tenian un carácter de grandeza tal, que segun Quintiliano, representába mejor á los dioses que á los hombres. Su obra maestra fue la estátua de Minerva, de veinte y seis codos de altura. Queria construirla de mármol, y dijo al pueblo que haciéndola de esta materia seria mas duradera y menos costosa. Aquel pueblo vano, ofendido de semejante economía, le mandó que se callara y decidió que fuese de oro y de marfil. Su genio escitó la envidia: se le acusó de robo y de impiedad; y no pudieron salvarle de la muerte ni el poder ni la amistad de Pericles.

Meton. Meton, célebre astrónomo, de una observacion del solsticio de estío, hecha diez meses antes de la guerra del Peloponeso, dedujo el periodo de diez y nueve años solares que hacen doscientas treinta y cinco revoluciones lunares, y que restituye el sol y la luna casi al mismo punto del cielo. Los autores cómicos le atacaron en vano con sus sátiras. Los atenienses grabaron los puntos solsticiales y equinocciales en sus murallas, y fijaron el principio del año y la renovacion de los arcontes en el novilunio siguiente al solsticio de estío.

Polignoto Polignoto consagró su talento á la gloria de Grecia. Los anfictiones le dieron gracias por haber pintado en un pórtico de Atenas los sucesos de la guerra de Troya, y decre-

taron que en cualquier ciudad que se hallase, fuese alimentado á espensas del público.

Ceuxis. Este pintor superó á todos sus rivales en fuerza y colorido: decia con orgullo que regalaba sus obras porque era imposible pagarlas.

Protógenes. Era amigo de Aristóteles, y adquirió mucha gloria en pintura.

Praxiteles. Fue uno de los escultores mas hábiles: su obra maestra fue un cupido que regaló á la cortesana Frine. Esta muger célebre por su hermosura y sus vicios, se obligó á reedificar á su costa la ciudad de Tebas, con tal que se le pusiese esta inscripcion: *Alejandro la destruyó: Frine la ha reedificado.*

Policletes. Se distinguió por las bellas estátuas de bronce que formó.

Apeles. Apeles, cuyo nombre recuerda la gloria de la pintura, perfeccionó este arte tanto por sus escritos como por sus cuadros. Hizo muchos retratos de Alejandro: el que mas se celebró fue el que le representaba con un rayo en la mano. Cuando vino á la corte de Ptolemeo, rey de Egipto, los envidiosos quisieron perderlo. Se retiró á Efeso, y para vengarse pintó el famoso cuadro de la calumnia. Venus saliendo del mar, era la mas perfecta de sus producciones.

Lisipo. Lisipo, inmortal entre los escultores, fue la gloria de Sicion, su patria. Alejandro habia prohibido que se le representase en

estátua ó en pintura á no ser por la mano de Lisipo y de Ápeles. La obra maestra de Lisipo fue una estátua de bronce de Alejandro. Neron, que tenia tan mal gusto en escultura como en moral, mandó dorarla.

En este cuadro no hemos hablado de los oradores célebres como Perícles, Alcíbiades, Demóstenes, Esquines y Licurgo. Siendo en las democrácias el primer medio para ascender al gobierno la elocuencia, los oradores que acabamos de nombrar tuvieron una parte activa en los principales sucesos; y en la escena de la historia los hemos dado á conocer suficientemente. Pitágoras floreció tambien en esta época; pero considerado como legislador y filósofo pertenece á la historia de la Grecia magna.

CAPITULO XXI.

Cuarta edad de la Grecia.

Regencia de Perdícas. Regencia de Antípatro. Polisperconte. Esterminio de la familia de Alejandro. Guerra de Antígono. Casandro, rey de Macedonia. Alejandro, rey de Macedonia. Demetrio Poliorcetes, rey de Macedonia. Pirro, rey de Epiro y de Macedonia. Lisímaco, rey de Tracia y Macedonia. Seleuco, rey de Siria y Macedonia.

Ptolemeo Cerauno, rey de Macedonia. Antígono, rey de Macedonia. Arato y la confederacion Aquea. Cleomenes. Batalla de Selana. Filipo, rey de Macedonia. Filopemen. Guerra entre Filipo y los romanos. Batalla de Cinocéfalas. Guerra de Antíoco. Perseo, último rey de Macedonia. Ruina de Corinto.

Regencia *de Perdícas.* (A. M. 3683. A. J. 321). Cuando Alejandro murió, no señaló su sucesor. Perdícas, que habia sucedido en el favor á Efestion, y á quien el héroe habia dejado el anillo real, reunió los generales y convinieron en nombrar por rey á Arideo, hermano de Alejandro, que era imbécil, y al hijo póstumo, de que Rojana estaba embarazada, si era varon. Repartióse despues el imperio en varios gobiernos que se dieron á los generales, y éstos fueron á sus provincias resueltos á hacerse independientes en ellas, asi como Perdícas, á quien se nombró regente del imperio y tutor de los reyes, estaba determinado á despojarlos sucesivamente. El primero á quien acometió fue á Ptolemeo, gobernador de Egipto; pero las tropas de Perdícas, que amaban mucho á su competidor, dieron la muerte al regente ambicioso y entregaron el mando á Ptolemeo.

Regencia de Antípatro. Ptolemeo prefirió á un destino tan tempestuoso el mando del Egipto, y cedió la regencia á los generales Ari-

deo y Piton que la abandonaron bien pronto por no someterse á las intrigas de Euridice, muger del rey Arideo, que queria mandarlo todo. Antípatro, que habia conservado el gobierno de Macedonia y Grecia, pasó al Asia para arreglar los negocios del imperio, fue nombrade de regente, hizo un nuevo repartimiento de las provincias, dejó á Antígono y á Seleuco, gobernadores de Siria y Babilonia, el cuidado de oprimir á Eumenes, que mandaba las reliquias del partido de Perdícas, y se volvió á Europa con la familia real.

Cuando se supo en Grecia la muerte de Alejandro, se reanimaron las esperanzas de los amigos de la independencia: Atenas levantó un ejército, á pesar de las exhortaciones de Focion que aconsejaba la paz. Demóstenes volvió á tronar contra la ambicion de los macedonios, y los pueblos del Peloponeso se ligaron con los atenienses contra Antípatro. Leostenes, general de la liga, venció dos veces al regente, le obligó á encerrarse en Lamia, batió á Leonato, general macedonio, que venia en socorro de su cólega y que murió en la batalla, y obligó á Antípatro á evacuar la plaza en virtud de una capitulacion. Estos triunfos embriagaban á los atenienses, y Focion, preveyendo las consecuencias de la guerra, decia: "¿cuándo saldremos de victorias?" Sus temores se justificaron bien pronto. Antípatro recibió los refuerzos que traia del Asia

el general Cratero, venció el ejército aliado, trató separadamente con cada república, destruyendo la alianza con las discordias y sospechas que sembró en todas, y marchó á Atenas. Esta ciudad, que habia pasado de la arrogancia al abatimiento, le envió á Focion á quien Antípatro estimaba mucho, y le encargó que desarmase su enojo. Focion salvó á Atenas de una ruina que parecia inevitable; mas no pudo impedir que las condiciones de la paz fuesen duras. Antípatro le decia: «Yo haré por tí todo lo que no sea incompatible con mi seguridad ni con la tuya; pero es fuerza preservar mi autoridad y tu vida contra la inconstancia de este pueblo revoltoso." Exigió que se le entregasen Demóstenes é Hiperides, que se restableciese la aristocracia en Atenas, que se recibiese en la ciudadela guarnicion de macedonios y que los atenienses pagasen los gastos de la guerra. Demóstenes é Hiperides, sabiendo la suerte que se les reservaba, huyeron: Hiperides buscó un asilo en un templo de Egina, de donde le sacó violentamente Arquias, oficial macedonio y lo entregó á Antípatro, que lo mandó matar. Demóstenes se refugió al templo de Neptuno en la isla de Calauria. Arquias le exhortaba á que confiase en la clemencia de Antípatro y se entregase. Demóstenes no dió en el lazo, prefirió morir libre y tomó un veneno. Los atenienses decretaron que el mayor de su fa-

milia fuese en lo sucesivo alimentado á costa del público en el pritaneo, y le erigieron una estátua con esta inscripcion: «Demóstenes, si tu poder hubiera igualado á tu elocuencia, jamas hubiera triunfado de la Grecia el marte macedonio.» Atenas se sometió á Antípatro, y fue gobernada por Focion, que suavizó el yugo estrangero con sus virtudes. Severo y justo, llamó á los desterrados, empleó á los buenos ciudadanos, comprimió á los facciosos, y sino pudo dar la independencia á su patria, la hizo gozar por lo menos de los beneficios del orden y la paz. Entonces se arrepintió Atenas de no haber seguido sus consejos cuando impugnaba los proyectos de Demóstenes. «Los oradores soberbios y presuntuosos, decia Focion, se parecen á los cipreses que son altos, pero no dan fruto» Preguntándole cual era la ocasion favorable para hacer la guerra, respondió: «cuando los jóvenes esten dispuestos á guardar sus filas, los ricos á contribuir, y los oradores á no dejarse corromper»

Polispereonte. (A. M. 3684. A. J. 320). Antípatro, sintiendo próxima su muerte, nombró por regente del imperio á Polispereonte, el mas antiguo de los generales de Alejandro, creyendo que los demas le admitirian mejor que á su propio hijo Casandro, jóven cruel y vicioso, que apenas murió su padre, cuando ausiliado por Ptolemeo y Antígono, disputó la autoridad al nuevo regente. Esta division fue

á los principios favorable á los griegos. Polisperconte, para tenerlos á su favor, llamó á los desterrados y volvió á las ciudades su antigua independencia. Ademas hizo venir á Macedonia á Olimpias, madre de Alejandro, para fortificar su partido con un nombre tan respetable. En estas circunstancias Atenas era un punto demasiado importante para que ambos rivales no procurasen apoderarse de él: Alejandro, hijo de Polisperconte, acudió con un cuerpo de tropas para ocupar la ciudad y restablecer en ella la democrácia; pero Nicanor, general de Casandro, se habia hecho ya dueño del Pireo. La presencia de estos dos cuerpos enemigos llenó á Atenas de tumultos y facciones. Los atenienses, animados por la esperanza que Polisperconte daba á todas las ciudades de recobrar su libertad, acusaron á Focion de traidor, echándole en cara que estaba de inteligencia con el partido de Casandro para mantener la oligarquía, de la cual fue siempre partidario. En vano pretendió defenderse: la junta era tumultuosa y compuesta de los hombres mas facciosos y depravados de la ciudad, y no quisieron escucharle. El acusado, que segun la costumbre, podia pronunciar su sentencia, dijo: "ciudadanos, me condeno á la muerte; pero debeis absolver á todos los que amenazais con el mismo suplicio que á mí, porque no han hecho mas que obedecer á su gefe." Su generosidad fué inutil: le acompañaron

en la muerte los que habia querido salvar. Este gran varon, á quien vulgarmente llamaban el hombre de bien, llegó con indiferencia á su calabozo, rodeado de algunos ciudadanos virtuosos que lloraban, y de una gavilla de infames que le insultaban. Conservó su valor hasta el último momento, bebió tranquilamente la cicuta y envió á decir á su hijo que olvidase la injusticia de la patria (A. M. 3685. A. J. 319).

Esta fue la suerte de uno de los hombres mas grandes de Atenas: habia mandado cuarenta y cuatro veces los egércitos. Era discípulo de Platon y hacia lo que su maestro enseñaba. Enemigo del lujo, desinteresado, inflexible cuando se trataba del interés público, austero consigo mismo é indulgente con los demas, hacia la guerra con gloria y amaba la paz por principios, porque en su opinion, ella debia ser el objeto de todo gobierno. Decia que la guerra mas justa debilita siempre el estado. Su muger era digna de él por su modestia y virtudes. Una dama de Jonia reprendia la sencillez de sus virtudes y le mostraba sus adornos y joyas. La prudente ateniense le dijo: «mi único adorno es mi marido, que hace veinte años que manda á nuestros guerreros» La elocuencia de Focion era fuerte como su virtud y sábia como su entendimiento, ni usaba de ornamentos supérfluos ni se afanaba por obtener los elogios de la multitud, cu-

ya ligereza conocia. En una ocasion que se aplaudió mucho su discurso, se volvió á un amigo y le preguntó: «?he dicho por acaso algun disparate?» Cabrias le dió el mando de seis galeras para que fuese á cobrar las contribuciones que debia una colonia, y él le dijo: «las fuerzas que me das son muchas si voy á un pueblo amigo; y pocas si le he de encontrar enemigo.» Su austeridad desagradó muchas veces á los frívolos atenienses que le echaban en cara su arqueamiento de cejas como signo de una condicion dura, y él les respondió: «atenienses, mi sobrecejo nunca os ha hecho mal; pero la risa de vuestros aduladores os ha obligado muchas veces á llorar.» Despreciaba á los oradores verbosos, y miraba la concision como una prenda de mucho mérito. Preguntáronle un dia en qué pensaba y respondió: «en ver como puedo quitar algunas palabras de lo que tengo que decir en la junta» Un orador fuerte en la tribuna y cobarde en los combates, le insultaba porque se oponia á la guerra. Focion le dijo: «á lo menos no me mueve el interés: pues si hay guerra, te mandaré, y si hay paz, tú me mandarás» Indignado de la alegria que mostraron los atenienses cuando murió Filipo, «considerad, les dijo, que el egército que os venció en Queronea, no ha perdido mas que un hombre.»

Cuando Filipo triunfaba de toda la Grecia, siempre fue vencido por este grande hombre,

que defendió contra él la isla de Eubea le quitó la plaza de Megara y lo venció en batalla campal. Alejandro, á quien todo el mundo obedecia, no pudo obligar á Focion á que recibiese cien talentos que le enviaba en prueba de su aprecio. «Si el rey, dijo, estima mi probidad, permítame que la conserve." El conquistador se irritó y dijo que no miraba como amigos á los que rehusaban recibir favores de él. Entonces Focion le pidió que diese libertad á dos corintios y á un ciudadano de Imbros. Alejandro la concedió al momento, y encargó á Cratero que le diese en soberanía una ciudad de Asia. Focion, que tenia tan poca ambicion como codicia, se negó á admitirla; y su grandeza de alma hizo tanta impresion en Alejandro, que en el mismo tiempo que embriagado por el orgullo y creyéndose mas que hombre, suprimia en sus cartas á los mas grandes personages la palabra *carin*, que quiere decir *alegria y salud*, nunca omitió esta fórmula de cortesia en las que escribió á Focion. El carácter libre de este gran político no estravió nunca su prudencia. Los atenienses no querian enviar su contingente al ejército de Alejandro, y él les dijo: «O sed los mas fuertes, ó amigos de los mas fuertes." El pueblo ateniense, cuya ingratitud adquirió una celebridad igual á la gloria de sus víctimas, no contento con haber inmolado á Focion, mandó trasladar su cadáver fuera del Atica, y prohi-

bió que se le hiciesen honores fúnebres. Los habitantes de Megara le erigieron una pira; y una dama de aquella ciudad que asistia á la ceremonia, levantó un cenotafio ó túmulo vacío en el mismo lugar, recogió los huesos del héroe, los enterró en su hogar, y dijo: «Sagrado hogar, te confio los preciosos restos de un hombre virtuoso: consérvalos fielmente: tú los restituirás al túmulo de sus antepasados cuando los atenienses sean prudentes y justos." Su voto fue oido: al crímen sucedió el arrepentimiento, y las reliquias de este varon ilustre volvieron á Aténas. El pueblo le erigió una estátua de bronce, y sentenció á muerte á sus acusadores.

Alejandro, hijo de Polisperconte, se retiró de Aténas, y Casandro se hizo dueño de la ciudad, puso tropas en la ciudadela y dejó por gobernador á Demetrio de Falera. Este hombre, muy estimado en Aténas por su elocuencia, valor y sabiduría, se habia declarado por la independencia de la república y contra la dominacion de Alejandro desde el tiempo de Hárpalo. Adquirió celebridad como filosofo y como hombre de estado: su justicia y vigor mantuvieron la tranquilidad pública; aumentó las rentas, disminuyó los gastos, hizo respetar las leyes, alivió á los pobres y administró por diez años con tanta moderacion, que Aténas no sintió que tenia un dueño. Polisperconte atacó de nuevo en vano esta ciudad.

Esterminio de la familia de Alejandro. (A. M. 3689. A. J. 315). Entretanto la Macedonia era teatro da las mayores atrocidades. Olimpias hizo asesinar al rey Arideo, á su esposa y á todos lòs partidarios de Casandro que pudo haber á las manos, al mismo tiempo que Eumenes, único apoyo de la familia real en el Asia, fue vencido, preso y muerto por Antígono. Casandro se vengó cruelmente: (A. M. 3690. A. J. 314). Sitió á Olímpias en Pidna, se apoderó de la plaza, hizo que los macedonios condenasen á muerte á la reina, y encargó á los parientes, de los que ella habia enviado al suplicio, la ejecucion de la sentencia. Tan ambicioso y feroz como Olímpias, pero mas disimulado, disfrazó algun tiempo sus intenciones criminales con la máscara de la virtud. Las ruinas de Tébas, alrededor de las cuales vagaban sus antiguos habitantes, eran para los griegos un monumento de dolor y humillacion. Casandro tomó á su cargo reedificarla; todas las repúblicas de Grecia, y principalmente Aténas, contribuyeron á esta empresa; y aquella ilustre ciudad recobró en poco tiempo su antiguo esplendor. Casandro, habiéndose ganado el afecto de los griegos, se apoderó de la Argólide y de la Mesénia. Pero como algunos macedonios, fatigados de la guerra con Polispercônte, manifestasen desear que se pusiese en el trono á Alejandro, hijo del conquistador, detenido prisionero, socolor de seguri-

dad, en la fortaleza de Anfípolis, Casandro lo mandó degollar, como tambien á su madre Rojana. Polisperconte hizo venir á su campamento á Hércules, hijo de Alejandro el Magno y de Barsina, su concubina, con el objeto de elevarlo al trono; pero movida por los consejos de Casandro, se reconcilió con éste, inmolando al hijo y á la madre. Poco despues murió el regente y no tardó en seguirle su hijo, y Casandro quedó dueño de Macedonia. Al mismo tiempo mandó Antígono dar muerte en el Asia menor á Cleópatra, hermana del conquistador, porque Ptolemeo, gobernador de Egipto, solicitaba casarse con ella para adquirir derechos al imperio de Alejandro.

Mientras Macedonia y Asia sufrian estas violentas tempestades, precursoras de otras mayores, Atenas gozaba de una paz profunda bajo el sabio gobierno de Demetrio Falereo. Mas esta felicidad no fue de larga duracion. Demetrio Poliorcetes, hijo de Antígono, empezaba á adquirir celebridad por sus grandes prendas y defectos. Su hermosura, valor y magnificencia, la estension y vivacidad de su ingenio, su generosidad despues de la victoria, su firmeza en los infortunios, que le proporcionaba recursos nuevos, su habilidad en el arte de los sitios y en inventar máquinas de guerra, y su infatigable actividad, excitaban justamente la admiracion; pero tan grandes cualidades estaban mancilladas por un amor

escesivo de los placeres, una desenfrenada ambicion y una inconstancia incapaz de fijarse.

Guerra de Antígono (A. M. 3698. A. J. 306). Su padre Antígono, no contento con poseer la mitad del Asia, le envió á subyugar la Grecia. Demetrio llegó á Atenas con una escuadra de cincuenta velas, cuando nadie pensaba en semejante invasion, se hizo dueño del Pireo, y propuso á los atenienses restablecer la democracia: propuesta que fue recibida con aclamaciones de alegria. Demetrio Falereo conocia demasiado bien el pueblo de Atenas para entregar á su ingratitud una nueva víctima; y asi pidió al vencedor que le permitiese ir á Tebas. Poliorcetes, que le estimaba, se lo concedió. El suceso probó cuan necesaria fue esta precaucion. Los mismos atenienses, que entusiastas de sus virtudes le habian erigido tantas estátuas como dias tiene el año, las derribaron todas en una hora, lo condenaron á muerte en rebeldía y prodigaron sin freno los mayores honores á Antígono y á su hijo, dándoles los títulos de reyes y de dioses salvadores, y llevando sus imágenes con las de otras deidades en las fiestas de Minerva. Demetrio Falereo, sabedor de los ultrajes que le habian hecho los atenienses, dijo á sus amigos: »aquellos ingratos pueden destruir mis estátuas; mas no las virtudes que hicieron erigirlas." Se refugió primero en la corte de Casandro y despues en la de Ptolemeo, rey de Egipto, que fue

su amigo mas que su protector. Este sabio ilustró su vida pública con la prudencia de su administracion y su retiro, con buenos escritos que desgraciadamente no han llegado hasta nosotros.

Poliorcetes conquistó la isla de Chipre, venció á Ptolemeo en una batalla naval, y tomó igualmente que su padre el título de rey: ejemplo que siguieron Ptolemeo en Egipto, Seleuco en Babilonia, Lisimaco en Tracia y Casandro en Macedonia. Demetrio atacó despues la isla de Rodas con un ejército de cuarenta mil hombres. Este cerco famoso honró igualmente á los sitiadores y á los sitiados. Los rodios habian adquirido mucho poder por la estension de su comercio, el buen cultivo de su isla y la magnificencia de su capital: tenian leyes justas, una libertad prudente, ciudadanos valerosos y marineros hábiles. La defensa, á la cual contribuyeron las mugeres con el mismo valor que los hombres, fue ostinada. Las obras de los sitiadores eran destruidas apenas estaban acabadas de hacer. Demetrio inventó en este sitio una nueva máquina, llamada el *helépolis*, la mayor que se habia visto hasta entonces: tenia nueve pisos y en cada uno catapultas y balistas, con dos arietes de hierro, movidos por mil hombres. Una mina que socavaron los rodios debajo del camino por donde debia ir la máquina, la hizo caer y estrellarse. Demetrio, despues de un año de

esfuerzos inútiles, se vió obligado á levantar el sitio y dejar á los rodios su independencia. (A. M. 3701. A. J. 303). En medio del tumulto de los combates, asaltos y salidas, el célebre pintor Protógenes concluia sosegadamente uno de sus mejores cuadros. Demetrio, hecha la paz con los rodios, fue á verle y le manifestó su sorpresa por la tranquilidad que habia tenido enmedio de tan grandes peligros. El pintor respondió: »Yo estaba seguro de que habias declarado la guerra á los rodios y no á las artes.»

La libertad de Rodas se debió en gran parte á la espedicion que en esta misma época hizo Casandro contra Atenas. Demetrio marchó á defenderla y arrojó al enemigo del Atica. El vencedor se alojó en el templo de Minerva y lo profanó con sus disoluciones. Allí hizo la apoteosis de algunas cortesanas, y les erigió altares. Para colmo de humillacion, los atenienses tuvieron que darle quinientos talentos, que regaló á Lamia, una de ellas. Ensoberbecido con sus victorias y émulo de la gloria de Alejandro Magno, hizo que le declarasen en Corinto generalísimo de la Grecia, aspirando por este medio á la posesion de todo el imperio.

Casandro, rey de Macedonia. Casandro, coligado con Seleuco, Ptolemeo y Lisimaco, opuso un poderoso ejército al de Antígono y Demetrio, que fueron vencidos en la batalla

decisiva de Isopo. Antigono pereció en ella, Demetrio huyó, y los vencedores dividieron definitivamente el imperio de Alejandro en las cuatro monarquías de Egipto, Siria, Tracia y Macedonia. Demetrio fugitivo buscó un asilo en Atenas, y esta ciudad, que le habia erigido templos cuando era feliz, le cerró las puertas cuando le vió desgraciado.

Alejandro, rey de Macedonia. Casandro murió dejando de su muger Tesalónica, hermana de Alejandro el grande, tres hijos, Filipo, que le sobrevivió poco tiempo, y Antípatro y Alejandro que se disputaron la corona. Antipatro asesinó á su madre porque le reprendia su ambicion: sobrevivió poco tiempo á este crímen y Alejandro reinó solo. La muerte de Casandro dejó á los griegos alguna esperanza de libertad: mas la ambicion activa de Demetrio no les permitió conservarla por mucho tiempo. Habiéndose reconciliado con Seleuco, obtuvo grandes posesiones en Asia, juntó un ejército y una escuadra, se presentó en el Pireo, y tomó á Atenas. El pueblo aterrado esperaba los efectos de una venganza, que hubiera sido justa, mucho mas cuando el vencedor mandó que se reuniese en el teatro y lo rodeó de tropas armadas. Demetrio, satisfecho de haber castigado su bajeza é ingratitud con algunas horas de miedo, lo perdonó. Marchó despues á hacerse dueño del Peloponeso: derrotó completamente junto á Esparta á los la-

cedemonios, mandados por su rey Arquidamo. El valor de los habitantes y las turbulencias de Macedonia le impidieron tomar aquella ciudad. Atravesó la Grecia para socorrer á Alejandro contra Antípatro: pero este ya habia muerto, y Alejandro acabó de conquistar la Macedonia con el ausilio de Demetrio.

Demetrio Poliorcetes, rey de Macedonia. Alejandro quiso libertarse de un protector, cuyas fuerzas temia por medio de un asesinato: pero Demetrio se anticipó, le dió la muerte y se coronó rey de Macedonia. Mas al punto se declararon contra él Lisimaco, rey de Tracia, y Pirro. rey de Epiro.

Pirro, rey de Epiro y de Macedonia (A. M. 3711. A. J. 293). Pirro era hijo de Eacidas, rey de Epiro: siendo niño fue destronado su padre por un usurpador, y él conducido por manos fieles á la corte de Glaúcias, rey de Iliria, éste aunque tenia el poder de Casandro, perseguidor entonces de toda la familia de Olimpias, enternecido por las caricias del niño, que se agarró de su vestido, le protegió y educó, y cuando fue jóven, le dió tropas con cuyo ausilio ascendió al trono de sus padres. Arrojado de él por su tio Neoptolemo, se refugió á la corte de Antígono, aprendió bajo él y Demetrio, el arte militar, é hizo prodigios de valor en la batalla de Ipso. A él debió Poliorcetes haber escapado de aquel combate. Despues fue al Egipto. Ptolemeo le casó con su hija

Antigone y le dió fuerzas para recobrar su reino. Entró en él, venció á los rebeldes é hizo un tratado con Neoptolemo, en virtud del cual debian reinar juntos, pero Neoptolemo proyectó darle veneno, y Pirro, avisado á tiempo de esta traicion, que descubrió su esposa Antígone, convidó á un banquete á su tio, y lo mandó asesinar, quedando por único rey del Epiro. Despues ausilió á Alejandro, hijo de Casandro, contra su hermano Antípatro: pero Alejandro trocó por su alianza la de Poliorcetes que tan funesta le fue. Muerto el hijo de Casandro, Pirro invadió la Macedonia al mismo tiempo que Demetrio penetraba en el Epiro y entregaba al saqueo sus pueblos. Salió al encuentro de Pirro otro egército macedonio, mandado por Pentauco, uno de los generales mas hábiles y valientes de Grecia. La batalla fué sangrienta y muy disputada. Pentauco, en medio de ella, desafió al rey de Epiro y le buscaba y llamaba á gritos. Pirro acudió á encontrarse con él, le atacó denodadamente, recibió una herida ligera y le dejó tendido en el campo de batalla. Siguióse á este triunfo la derrota de los macedonios. La gloria de Pirro se aumentó sobremanera en este combate: decian que semejaba á Alejandro en el talento, el semblante y la osadía, cuando los demas reyes solo le imitaban en el lujo, la guardia y la soberbia. Los soldados le adoraban, porque atribuia á ellos sus victorias. Habiendo sabido

que le llamaban *el águila de Epiro*, les dijo: «si yo soy un águila, vosotros sois mis alas: porque vuestras espadas son las que me han elevado tan alto.» Su mansedumbre era igual á su valor. Habiéndole dicho que unos oficiales jóvenes habian hablado mal de él en un banquete, los mandó llamar y les preguntó si era cierto que habian proferido aquellas injurias; uno de ellos respondió: *sí, y mucho mas hubiéramos dicho, sino se hubiera acabado el vino.* El héroe se rió y los perdonó.

Satisfecho con su triunfo y con las ventajas que Demetrio le ofrecia, concluyó una tregua con él. Pero no tardó su rival en hacerle una nueva injuria. El rey de Epiro habia casado con Lanasa, hija de Agatócles, tirano de Siracusa, y recibido en dote la isla de Corcira. Lanasa ofendida de que su esposo le prefiriese otras mugeres, se retiró á dicha isla, mantuvo inteligencias secretas con Demetrio, se dejó robar por este príncipe y casó con él. Pirro indignado, entró de nuevo en Macedonia, atacada por Lisimaco en la parte de Tracia. Demetrio salió al encuentro á Pirro: pero todo su egército se pasó al competidor. Demetrio, sin soldados y sin estados, volvió al Asia, hizo guerra á su bienhechor Seleuco, fue vencido y preso, y acabó sus dias en el cautiverio. Pirro no quiso dejar al partido de Poliorcetes la oportunidad de rehacerse: despues de dividir la Macedonia con Lisimaco, marchó á Ate-

nas, que le abrió sus puertas y le hizo grandes honores en pago del buen acogimiento, les dió por consejo que no permitiesen á ningun rey entrar en su ciudad.

Lisimaco rey de Tracia y Macedonia. Cuando volvió á Macedonia, halló á los habitantes alborotados porque se indignaban de obedecer á un rey de Epiro, cuyo pais estuvo antes sometido á la Macedonia. Lisimaco aprovechándose de estas disposiciones, sublevó toda la nacion y obligó á Pirro á entrar en su reino. Algunas ciudades que le dió el rey de Tracia le determinaron á hacer la paz.

El genio de este príncipe era demasiado ardiente para permanecer encerrado por mucho tiempo en los límites del Epiro. La fortuna le presentó una ocasion de llevar sus armas á Italia: la gloria de la empresa tuvo mas poder sobre su alma que los peligros, y entró en ella sin dudar. Los tarentinos, lucanos y samnites, que hacian entonces guerra á los romanos, imploraron el ausilio de Pirro y determinó socorrerlos. Cíneas, uno de sus favoritos, ministro hábil y prudente, que se oponia, aunque en vano, á esta resolucion, le mostraba todas las dificultades de la empresa, y le preguntaba: ¿qué utilidad esperaba sacar de una guerra tan peligrosa en un pais tan lejano? «Vencidos los romanos, le dijo el rey, seremos dueños de la Italia.» Y conquistada la Italia, ¿qué harás? «La Sicilia, dividida en facciones, no podrá

resistirnos. ¿Y se terminará allí la guerra? «No: porque pasaremos al Africa; y Cartago, que apenas pudo resistir á Agatócles, nos ofrecerá una victoria fácil." Ya veo que con tanto poder podremos apoderarnos de Macedonia y Grecia. ¿Y qué haremos despues? «Entonces, mi querido Cíneas, descansaremos y pasaremos la vida en banquetes y diversiones." ¿Y quién nos quita hacer eso último desde ahora? ¿para qué esponernos á tantos peligros, hacer tantos desgraciados, derramar tanta sangre, y conseguir dando tantos y tan inciertos rodeos, lo que ahora tenemos seguro sin ningun trabajo? Pirro era ambicioso, y no quiso entender el lenguage de la prudencia. Desembarcó en Italia, donde la fama de sus hazañas le habia precedido y aumentado sus fuerzas. Antes de combatir propuso á los romanos su mediacion para la paz: el cónsul Levino le respondió, que los romanos ni le querian por árbitro, ni le temian enemigo. Los ejércitos se encontraron junto á Heráclea, y esta fue la primer vez que los griegos pelearon con los romanos. Pirro, acercándose al campamento enemigo, observó su órden, y dijo: «Estas disposiciones no son muy bárbaras. aunque tomadas por bárbaras: veremos en la prueba lo que saben hacer." Jamas habia encontrado enemigos tan formidables, ni de tanta audácia y obstinacion. Siete veces tuvo que volver á acometerlos: pero en fin, sus elefantes desconocidos hasta entonces

en Italia, rompieron las filas de los romanos, y fueron éstos derrotados. Despues de la victoria, envió á Cineas á Roma para hacer proposiciones de paz. Apio Claudio persuadió al Senado que las rehusase. Cineas, admirando la magestad del senado romano, dijo á su rey, que parecia una asamblea de reyes. Los romanos enviaron á Fabricio para que persuadiese al rey de Epiro que se retirase. Pirro quiso ganarle con regalos: y el fiero romano le dijo: «guarda tu oro: yo guardaré mi pobreza y mi virtud."

La campaña siguiente comenzó por un combate de generosidad. El médico de Pirro formó el proyecto de envenenarle y avisó á los romanos su intento. Fabricio, que era cónsul, escribió al rey una carta, en que le daba cuenta de la traicion. Pirro, conmovido por este acto de probidad, envió sin rescate todos los prisioneros, y ofreció de nuevo la paz, que no fue aceptada. Poco despues dió á los romanos una gran batalla junto á Asculo: la noche separó á los combatientes sin ninguna ventaja decisiva: Pirro quedó señor del campo y parecia vencedor: pero él mismo dijo á los que le daban la enhorabuena: *con otra victoria como esta soy perdido*. La dificultad de esta guerra y la esperanza de hacer mayores progresos en Sicilia, le movieron á pasar á aquella isla, dejando guarnicion en Tarento. Venció en muchos encuentros á los cartagineses y mamertinos, se hizo dueño del pais, y

creyó bastante consolidado su poder para dar el trono de Sicilia á su hijo Heleno. Sus conquistas y la prosperidad habian alterado su carácter, y este príncipe, tan suave en Epiro, se mostró tirano en Sicilia. Las injusticias produjeron su efecto ordinario que es la rebelion. Los samnites y tarentinos, ostigados por los romanos, le instaban á que volviese á Italia: al salir de Sicilia, los mamertinos y cartagineses le mataron mucha gente en la retirada, en la cual tuvo que combatir diariamente, y en una ocasion debió la vida á solo su fuerza, abriendo por medio con su sable á un cartagines que tenia ya levantado el acero sobre su cabeza. Llegó á Italia, marchó contra los romanos, mandados por Manio Curio, y junto á Benevento se dió la última batalla de esta guerra. (A. M. 3750. A. J. 254.) Los elefantes de Pirro heridos por los dardos de los enemigos, se volvieron contra sus filas, y las desordenaron. La matanza fue grande y la victoria de los romanos completa. Pirro, engañado en sus proyectos y perdidas sus esperanzas, volvió á Epiro con solo ocho mil hombres. Se cuenta que al dejar la Sicilia dijo: *¡qué hermoso campo de batalla les queda ahí á los cartagineses y romanos!* Su espedicion en esta isla y en Italia habia durado 6 años.

Seleuco rey de Siria y Macedonia. En este espacio de tiempo la Macedonia habia caido en poder de Seleuco, rey de Siria, que ven-

ció y mató en una gran batalla á Lisimaco.

Ptolemeo Cerauno, *rey de Macedonia*. Este era hijo de Ptolemeo, rey de Egipto, y huyendo por sus crímenes de la indignacion de su padre á la corte de Seleuco, le pagó la hospitalidad, quitándole la vida y el trono de Macedonia: mas no gozó por mucho tiempo del fruto de sus maldades. Un ejército innumerable de Galos, habiendo atravesado la Germania y la Pannonia, entró en Macedonia bajo las órdenes de Belgio. Cerauno, ciego como lo estan todos los príncipes la víspera de su ruina, rehusó el socorro de los dardanios, desechó las proposiciones de paz de los galos que solo pedian un tributo, y al frente de un ejército débil, atacó á los bárbaros que lo envolvieron, le dieron muerte, disiparon sus tropas, y saquearon sus estados. En esta crisis, un general macedonio llamado Sosténes; reunió las reliquias del ejército, sorprendió á los bárbaros desordenados por la victoria, hizo en ellos una gran matanza y los arrojó de Macedonia. Poco tiempo despues invadió este pais otro ejército de galos, mandado por Brenno y dió á Sosténes una batalla en que este general fue vencido y muerto. Brenno ocupó la Tesalia, atravesó las Termópilas por el mismo sendero que Jérjes, y se dirijió á Délfos con el objeto de robar el templo de Apolo, diciendo que los dioses de los griegos debian pagarle tambien tributo: pero sus tropas aterra-

das primero por una tempestad y vencidas despues por los griegos con gran matanza, abandonaron la Grecia, y pasaron al Asia menor donde se establecieron.

Antígono, rey de Macedonia. A la invasion de los bárbaros, sucedió la guerra entre Antioco, rey de Siria, hijo y sucesor de Seleuco y Antígono, hijo de Demetrio Poliorcétes, que despues de la ruina de su padre, conservó á su devocion muchas ciudades de la Grecia. Mas no tardaron en hacer la paz, y Antígono quedó pacífico poseedor de la Macedonia. Reinaba en ella cuando Pirro volvió de Italia. Su primer empresa fue destronar á Antígono en cuyo ejército servia un cuerpo de galos, que habian escapado de las anteriores derrotas. Pirro lo venció y consagró en el templo de Minerva sus escudos con esta inscripcion: «Pirro, habiendo derrotado en batalla campal á los indomables galos, dedica á Minerva los escudos que les ha cogido» Nada tiene de admirable su victoria: porque el valor es hereditario en la familia de los Eacidas. En vez de perseguir á Antígono y completar su triunfo, emprendió una nueva guerra contra Lacedemonia, solo con la ambicion de triunfar de este pueblo célebre: pero guerra impolítica porque dejaba el Epiro descubierto á las invasiones de Antigono.

Cleónimo, rey de Esparta, aborrecido de sus conciudadanos por sus violencias, se vió

obligado por ellos á descender del trono: su cólega Areo, humano, prudente y valeroso, era amado generalmente. Al mismo tiempo recibió Cleónimo una injuria que acabó de exasperar su ánimo impetuoso. Quelónida, su muger, rompió los lazos conyugales por entregarse al amor de Acrótato, hijo de Areo: y su marido, arrebatado por los dos ultrages, abjuró todo sentimiento noble, y decidido á hacer traicion á su patria para asegurar su venganza, huyó al campamento de Pirro y le incitó á defender su causa y restituirle su autoridad. El rey de Epiro, digno siempre del sobrenombre que le daban sus soldados, entró en el Peloponeso con la rapidez de un águila: y como no se habia previsto esta invasion, los espartanos aterrados le enviaron embajadores para entablar pláticas de paz. Pirro les dió respuestas vagas, continuó su marcha y llegó á Esparta sin hallar obstáculos. Los lacedemonios, creyendo cierta su ruina, quisieron enviar sus mugeres a la isla de Creta: y el senado estaba ya redactando el decreto de la partida, cuando Arquidamia se presentó en él con la espada en la mano, y dijo: en nombre de todas las mugeres: «romped ese decreto injurioso, porque no le obedeceremos. Nos deshonrais creyéndonos tan cobardes que sobrevivamos á la ruina de la patria. Estamos resueltas á vencer ó morir con vosotros." Su valor fue premiado: se quedaron y combatie-

ron como los hombres. Se armaron los esclavos; todos los habitantes, sin escepcion de clase, sexo y edad, armados de espadas y azadones, abrian fosos, plantaban empalizadas, y peleaban. Quelónida, al frente de sus compañeras, las animaba con su ejemplo: llevaba al cuello un lazo escurridizo para ahorcarse con él si el enemigo entraba en la ciudad.

El rey de Epiro, acostumbrado á no hallar obstáculos é irritado de una resistencia que habia creido imposible, renovaba incesantemente los ataques. Acrótato le rechazaba haciendo prodigios de valor. Pirro reunió todas sus fuerzas y dió un asalto general. El combate fue terrible y la carnicería espantosa. En medio del peligro las mugeres no se separaban de sus maridos: la victoria estaba indecisa. En este momento se presentó el rey Areo que llegaba de Creta con un refuerzo de dos mil habitantes de esta isla. Este ausilio reanimó el valor de los sitiados, debilitó el de los sitiadores y los obligó á ceder. Pirro quiso reunirlos otra vez: pero su caballo, herido por un venablo, le apartó á pesar suyo del combate, y su ejército le siguió. El rey de Esparta picó la retaguardia y la destrozó dando muerte á Ptolemeo, hijo de Pirro. Este, desesperado y terribleen los combates como su ascendiente Aquilas, se lanza en medio de los enemigos, derriba todos los que se le oponen, atraviesa con su espada al general de la caballería

lacedemonia y obliga á los espartanos á retirarse. La defensa de Esparta restituyó el valor á las demas ciudades del Peloponeso. Argos se rebeló y Pirro corrió á sugetarla: introducido en la ciudad á favor de un partidario suyo, peleaba en las calles con los argivos que le resistian y fue muerto por una muger anciana que desde una ventana hizo caer sobre su cabeza una teja para libertar á un hijo suyo acometido por Pirro, casi al mismo tiempo que Antígono y Areo llegaban al socorro de Argos. Su ejército, viéndose sin general, se rindió al rey de Macedonia. Su hijo Alcioneo le trajo la cabeza de Pirro: el padre indignado castigó á su hijo, le reprendió su inhumanidad, honró con sus lágrimas al héroe vencido y le hizo magníficos funerales. Algun tiempo despues Alcioneo encontró á Heleno, hijo de Pirro, errante, sin asilo y sin mas vestido que una capa rota. El príncipe le consoló y le llevó á su padre: y Antígono le dijo: *Hijo mio, esta buena accion te restituye á mi gracia: mas debia haber sido completa, vistiendo á Heleno y quitándole esa capa que deshonra mas al vencedor que al vencido* Luego abrazó á Heleno y le volvió el reino de Epiro. El corazon del historiador, fatigado de tantas atrocidades, se detiene con placer cuando encuentra un acto de humanidad

Pirro fue celebrado como un guerrero intrépido y un hábil general: pero no tuvo

plan en su política ni freno en su ambicion: nadie le escedió en el arte de mandar un ejército: mas nunca supo gobernar una monarquía. Su genio era esclusivamente para la guerra: y fue superior á los generales de su siglo en el arte de las evoluciones, en la eleccion de los puestos y en el talento de ganar la voluntad de los soldados. Escipion preguntó á Annibal cuál era en su opinion el mas sabio de los generales: el cartagines dió el primer lugar á Alejandro, el segundo á Pirro y reservó el tercero para sí.

Arato y la confederacion aquea. Antígono, libre de un rival tan formidable, creyó que habia llegado la ocasion de seguir sin obstáculos las pisadas de Filipo y Alejandro y restituir á la Macedonia el imperio de Grecia; y asi despues de haber consolidado su influencia en las ciudades del Peloponeso, penetró en el Atica. Atenas acostumbrada ya á mudar de señores, le opuso corta resistencia. Apoderóse de la ciudad y recibió en ella los homenages que aquel pueblo frívolo tributaba alternativamente á sus defensores y á sus enemigos. El rey de Macedonia se propuso despues subyugar á Esparta, debilitada por la guerra que habia sostenido contra Pirro, y por sus recientes discordias: pero detuvo sus proyectos un pueblo poco conocido hasta entonces, y que adquirió mucha celebridad por su valor y su amor á la independencia.

Los aqueos formaban desde tiempos muy antiguos una pequeña república, compuesta de doce ciudades, débil y oscura, pero prudente y feliz. La libertad, arreglada por las leyes, mantenia el orden público. Los aqueos no aspiraban á la celebridad: sin embargo, la reputacion de su union y honradez hizo que muchas grandes ciudades, como Tarento, Síbaris y Crotona, aceptasen sus leyes para poner fin á las disensiones que las afligian. Dimas, Patras y Egio fueron las principales ciudades de esta confederacion. El gobierno era democrático y compuesto de los diputados de las ciudades. Filipo y Alejandro les quitaron la libertad, y los aqueos quedaron sometidos á sus sucesores hasta la entrada de Pirro en el Peloponeso. Entonces arrojaron á los gobernadores que les habia puesto Antígono y restablecieron la antigua federacion. Al mismo tiempo Sicion se sublevó contra Nicocles, que se habia apoderado de esta ciudad. Un joven llamado Arato, que cuando niño se habia escapado de la matanza de su familia, concibió con algunos desterrados el generoso proyecto de restituir á su patria la independencia. Escalando de noche las murallas de la ciudad, sorprendió la guardia, la auyentó y exhortó á los ciudadanos á defenderse. El pueblo se sublevó, quemó el palacio del tirano, llamó á los desterrados y se unió á la liga de los aqueos. Arato sirvió en el ejército de la confederacion; y

probó por su obediencia á los gefes, que respetaba la disciplina tanto como amaba la libertad: su valor y prudencia le adquirieron la confianza pública y fue nombrado general del ejército que los aqueos levantaban para defenderse contra el rey de Macedonia y el tirano de Argos. Arato, en lugar de defenderse, atacó. Corinto era la barrera del Peloponeso, y solo con cuatrocientos hombres se apoderó de la ciudad. La fortaleza era tenida por inespugnable. Arato vendió sus campos y las joyas de su muger para pagar á un corintio que le indicó un sendero, abierto en las rocas, por el cual llegó á la ciudadela, arrojó á los macedonios y puso en ella guarnicion aquea. La toma de esta ciudad dió tanta reputacion á la liga, que Megara y otras muchas repúblicas se adhirieron á ella, como tambien el rey de Egipto de quien nada temian los confederados, porque era notoriamente enemigo de la tiranía.

(A. M. 3778 A J. 226) En este tiempo enviaron los romanos embajadores á los étolos y aqueos, para que se ligasen con ellos contra Teuta, reina de Iliria, cuyos vasallos infestaban con sus piraterías las costas de Grecia é Italia. Los corintios, lisonjeados con esta atencion de Roma, admitieron á sus diputados en los juegos istmicos y los atenienses, estremos en sus odios y amores, dieron el derecho de ciudadanía á los romanos sin preveer que admitian nuevos señores en su casa. Todos los ti-

ranos de Grecia temian y aborrecian á Arato. Aristipo, que reinaba en Argos, emprendió varias veces asesinarle. Pero Arato, sin guardias, estaba defendido por el amor de sus conciudadanos, cuando el tirano, lleno de terror, iba siempre rodeado de tropas con espada en mano, miraba como enemigos á todos los hombres inclusos sus cortesanos y familia, y dormia en un cuarto elevado, al cual no se subia sino por una escala portátil. Arato, para vengarse de sus cobardes maquinaciones, le acometió y le venció. Aristipo perdió la vida en la batalla. Poco despues triunfó de un modo mas suave de Lisiades, tirano de Megalópolis, y consiguió por su elocuencia enérgica y dulce que renunciase á su poder. La liga aquea, fortificada con tantas conquistas y alianzas, llegó á ser el estado preponderante de Grecia y heredó el poder que habian perdido Aténas, Esparta y Tébas.

Agis. Al mismo tiempo un rey virtuoso y digno de los dias gloriosos de Lacedemonia, hacia vanos esfuerzos para restablecer el imperio de las leyes de Licurgo y las costumbres antiguas. Los lacedemonios mostraban todavía intrepidez en los grandes peligros: pero la república habia perdido su verdadero poder, que consistia en el desprecio de las riquezas y el amor de la igualdad. Un éforo, llamado Epitadeo, que aborrecia á su propio hijo, hizo que se adoptase una ley permitiendo á los ciu-

dadanos dejar su caudal á quien quisiesen. Esta ley y la introduccion del oro estrangero, fruto de las conquistas, corrompieron la república, y dieron origen á la desigualdad de caudales: los vicios del lujo y de la miseria envilecieron los ánimos y aceleraron la decadencia. Poco á poco se concentraron las riquezas de modo que solo se contaban mil espartanos propietarios y el resto de la poblacion se componia de artesanos y estrangeros. Los ricos oprimian á los pobres, y los ponian en la cárcel para cobrar el dinero que les habian prestado. Tal era el estado de Lacedemonia cuando Agis y Leónidas subieron al trono. Leónidas, avaro, altivo y voluptuoso, seguia el torrente del siglo. Agis, á la edad de veinte años, admiraba á sus conciudadanos, presentándoles en sí mismo la imágen de un antiguo lacedemonio. Inspirado por el amor de la gloria y la patria, amigo de la libertad, partidario de las antiguas costumbres, aflijido profundamente con la corrupcion de sus conciudadanos y el abatimiento de su pais, concibió la noble idea de reformar la república, resucitar los antiguos reglamentos y restituir á Lacedemonia su fuerza y esplendor: comunicando sus proyectos á los que creia capaces de favorecerlos, allegó muchos ciudadanos jóvenes á su partido. Estaba seguro de los pobres, que componian la mayor parte del pueblo, porque defendia sus intereses: pero los viejos soste-

nian obstinadamente sus caudales y preocupaciones y las mugeres aborrecian toda mudanza contraria al lujo y á los placeres. Solo Arquidamia y Agesistrata, abuela y madre de Agis, aprobaron sus designios y la animaron á ejecutarlos. Agis convocó el pueblo, propuso el restablecimiento de las antiguas costumbres, la abolicion de las deudas y el repartimiento de las tierras (1): Leónidas lo impugnó con energía, invocando el derecho de propiedad y el mantenimiento del órden, asi como Agis invocaba las leyes antiguas, los intereses del pueblo y la gloria de la independencia. La lucha fue larga y violenta: los ricos habian comprado los votos de muchos artesanos: la codicia se defendió encarnizadamente contra la justicia (2): en fin, la proposicion de Agis fue adoptada á la pluralidad de un solo voto: y ya porque se creyese imposible mantener la tranquilidad pública con un rey opuesto á la reforma, ya porque el partido vencedor está siempre dispuesto á abusar de la victoria, Leónidas fue

---

(1) Toda reforma que altere las bases de la propiedad es imprudente *por lo menos*. La historia no duda de las buenas intenciones de Agis: pero debe señalar la perversidad de los medios que uso para reformar á Esparta. (*N. del T.*)

(2) Esta es una frase y nada mas. ¿Era justo privar a los propietarios de los bienes que legítimamente poseian solo por restablecer el sistema de Licurgo, que en aquella época no era ya mas que una utopia impracticable? (*N. del T.*)

depuesto socolor de que habia infringido las leyes casando con una estrangera y le sucedió su yerno Cleombroto, amigo y celoso partidario de Agis. Presentáronse en la plaza pública todos los documentos de las deudas, y se quemaron con gran pesadumbre de los acreedores, y no menor alegria del pueblo y de la juventud, que decian no haber visto jamas fuegos mas hermosos. Parecia asegurado el buen ésito de la revolucion: pero la avaricia del éforo Agesilao lo echó todo á perder. Este hombre artificioso persuadió á Agis que se grangearia muchos enemigos si ejecutaba á la par las dos leyes, porque el trastorno seria mas notable: y que lo mejor seria, abolidas por el presente las deudas, diferir el repartimiento de las tierras y hacerlo gradualmente. Esta dilacion descontentó al pueblo: y por su inconstancia natural dió oidos á los ricos que entonces solicitaban seducirlo. Entretanto Agesilao y Lisandro salieron de magistratura, y los nuevos éforos, escogidos en el partido contrario, acusaron á Agis y á Cleombroto de alterar la tranquilidad pública con sus innovaciones. Agis, favorecido por sus partidarios, se defendió con vigor: y en virtud de una ley que quitaba la autoridad á los éforos cuando los reyes estaban convenidos, no solamente triunfó de la acusacion, sino logró que los éforos fuesen depuestos por haber violado dicha ley.

Esta victoria debia consolidar su poder:

pero habiéndose ligado entonces Lacedemonia con los étolos y los aqueos, Agis tuvo que ponerse al frente del egército y marchó á unirse con Arato. Durante su ausencia, Agesilao, que habia sido nombrado éforo otra vez, descontentó al pueblo por su violencia, por el desprecio con que miraba las órdenes de Cleombroto y por las guardias que siempre llevaba hasta tal punto, que todos supusieron en él el proyecto de aspirar á la tiranía. El pueblo incitado por los ricos, que prodigaban sus riquezas para sublevarlo, restituyó el trono á Leónidas y anuló los decretos anteriores. Agis volvió á Esparta y fue proscrito: se refugió á un templo para salvar su vida. Cleombroto buscó un asilo del mismo género: pero le sirvió de mas el amor de su muger Quelónida, hija de Leónidas. Esta princesa virtuosa, fiel siempre al infortunio, habia seguido á su padre en su destierro á pesar de las órdenes de su marido: pero apenas vió á Leónidas en el trono y á su esposo próximo al cadahalso, se vistio de luto, se reunió á Cleombroto y sus lágrimas y súplicas le salvaron la vida. Fue desterrado, y Quelónida, siempre firme en el cumplimiento de sus deberes de hija y esposa, le acompañó en el destiero á pesar de las instancias de su padre. No atreviéndose á emplear la fuerza para sacar á Agis del asilo, Leónidas quiso engañarle, proponiéndole que fuese su cólega en el trono: Agis no se fió y se libertó de sus artificios para

caer en el lazo de tres falsos amigos en quienes confiaba Anfáres y otros dos traidores le persuadieron que saliese con ellos una noche para bañarse y le entregaron á los éforos. Su firmeza no se desmintió en el peligro y sostuvo su causa con elocuencia: pero su ruina estaba decidida y le condenaron á muerte Un soldado, que estaba presente, empezó á llorar, y Agis le dijo: «no llores la muerte de un ciudadano virtuoso, sino la maldad de los que le condenan.» Fue conducido á la prision, y el pueblo, cuando supo la sentencia, se sublevó y quiso librarle: al mismo tiempo los soldados rehusaban dar la muerte á su rey: pero Anfáres, que entonces era magistrado, hizo que el verdugo le ahogase con un dogal. Arquidamia y Agesistrata penetraron por medio del tumulto y se presentaron á la puerta de la prision. Anfáres les permitió que entrasen, y despues que se hubo gozado con las lágrimas que derramaron sobre el cadáver de su hijo, las hizo matar. Murieron como espartanas. Agesistrata, presentando el cuello al verdugo, dijo: «¡ójala sea mi muerte útil á Esparta!»

Cleómenes. Leónidas no pudo apoderarse de Arquidamo, hermano de Agis, que se escapó de la muerte con la fuga. Prendió á su muger y la obligó á casarse con Cleómenes, hijo suyo. Esta desgraciada princesa conservó siempre un odio mortal á Leónidas: pero fue sensible al amor de su marido que despues hizo brillar

en el trono las virtudes de Ágis. Leónidas terminó pronto su vida manchada de crímenes. Cleómenes, su hijo y sucesor, resuelto á egecutar los grandes proyectos de Agis, creyó con razon, que solo en la guerra podria adquirir la gloria y autoridad necesarias para hacer las reformas: y asi, aprovechándose de la primera ocasion, persuadió á la república, que se declarase contra los aqueos, se puso al frente de las tropas, dió pruebas de su genio militar, tomó á Mantinea y obligó á Arato á retirarse. Algun tiempo despues derrotó á los aqueos en una gran batalla dada junto á Megalópolis. Asegurado entonces del afecto de las tropas y del pueblo, cuyo orgullo lisongeaban sus victorias, volvió inopinadamente á Esparta, sorprendió en la mesa á los éforos que conspiraban su perdicion, é hizo que sus soldados los matasen. Solo Agesilao se salvó en una capilla consagrada al Miedo, y que se habia edificado á la puerta del tribunal para consagrar el temor saludable que se debe á las leyes. Cleómenes arrojó de la ciudad á ochenta del partido contrario á la antigua disciplina. Reunió despues el pueblo, lamentó la suerte de Agis, rehabilitó su memoria, puso en vigor sus decretos, hizo que se adoptase la ley del repartimiento de las tierras, dió el egemplo siendo el primero en renunciar á sus bienes: y despues de haber restablecido las comidas públicas y los demas reglamentos de Licurgo, volvió al

ejército para consolidar con nuevas victorias su autoridad. Favorecido de la fortuna, tomó muchas plazas del Poloponeso, ganó otra batalla á los aqueos, los obligó á pedir la paz y dictó las condiciones de ella, siendo la primera que se le nombrase general de la liga aquea.

Arato no pudo resolverse á perder el mando, de que habia gozado treinta y tres años, y sacrificando á su resentimiento los intereses de su patria, envió emisarios á Antígono, hermano y sucesor de Demetrio, hijo de Antígono I para avisarle que si queria oponerse á la ambicion de Cleómenes, Arato le ausiliaría y le entregaría á Corinto en rehenes. Al mismo tiempo usó de su grande influencia para hacer que los de Megalópolis pidiesen socorro al monarca de Macedonia: y asi como la division, despues de la guerra médica entregó á los griegos arruinados al poder de Filipo, asi ahora cuando la confederacion aquea daba esperanzas de restablecer la independencia de este pais, las rivalidades entre las repúblicas y entre dos héroes, como eran Arato y Cleómenes, volvieron á sujetarlos al yugo de los macedonios. Estos pueblos incorregibles implorarán unos despues de otros la proteccion de Roma y forjarán ellos mismos su cadena.

Antígono se aprovechó hábilmente de esta ocasion para intervenir en los negocios del Peloponeso, y accedió á las proposiciones de Arato. Los aqueos hicieron alianza con él, rom-

pieron la negociacion de los espartanos y continuaron la guerra contra ellos.

Batalla de Selásia. Cleómenes sin espantarse de estos nuevos obstáculos, redobló su actividad y consiguió nuevos triunfos: pero Antígono penetró con veinte mil hombres en el Poloponeso, y se apoderó sin que el espartano pudiese impedirlo de Orcomeno y Mantinea, y amenazó las fronteras de la Lacónia. (A. M. 3779. A. J. 225). El valor del rey de Esparta creció con su peligro: libertó y armó á los hilotas, y con este aumento de fuerzas, engañando á los enemigos con su celeridad, se presentó repentinamente delante de Megalópolis, y la tomó por asalto Los habitantes de esta ciudad quisieron mas bien desterrarse de ella que someterse á los espartanos y separarse de la liga aquea Sin embargo, no tardaron en arrepentirse de haber llamado á Antígono, porque éste los trató, no como aliados, sino como vasallos: les hizo pagar sus tropas, levantó las estátuas de sus tiranos, y Arato lamentó su funesta política.

Cleómenes, aprovechándose del momento en que los macedonios estaban en cuarteles de invierno, los acometió y venció, y taló la Argólide. El estío siguiente Antígono marchó á la Lacónia con treinta mil hombres Cleómenes le recibió con veinte mil en Selasia, cerca del monte Olimpo (A. M. 3781. A. J. 223). El combate fue ostinado, y la victoria estuvo inde-

cisa por mucho tiempo. Euclidas, hermano de Cleómenes, mandaba el ala derecha de los lacedemonios, apostada sobre una altura: los aqueos y las tropas de Antígono que le estaban opuestas, debian segun las ordenes del rey, contenerle y no atacarle en una posicion tan fuerte. Filopémen, que era capitan á la sazon en las tropas aqueas, observando en el ejército enemigo un movimiento de que se podia sacar ventaja, movió con su ejemplo á los que estaban cercanos y acometió á los lacedemonios. Los aqueos y macedonios le sostuvieron, se apoderaron de las alturas, rodearon á Euclidas y esterminaron sus tropas. Este suceso decidió la accion. A pesar de todos los esfuerzos de Cleómenes, la falange macedonia, acometiendo con las lanzas bajas, desbarataron á los espartanos. Mas fue necesario matarlos para vencerlos. Seis mil quedaron muertos en el campo de batalla: las tropas ausiliares perecieron casi todas: y Cleómenes volvió á Esparta con solo doscientos hombres. Cuando vió rodeada su ala izquierda y muerto á su hermano, esclamó: «Eres perdido, mi querido Euclidas: pero á lo menos has muerto como espartano: tu muerte servirá de ejemplo á nuestros hijos, y las matronas de Esparta la celebrarán en sus canciones.» La alegria de Antígono fue tan grande por haber vencido á Cleómenes y á Esparta, que gritando, ¡*oh jornada dichosa*! echó sangre por la boca y con-

trajo una calentura lenta, de la que murió algunos meses despues víctima de los favores de la fortuna. En este gran desastre manifestó Esparta su heredada firmeza, y en el momento de su ruina fue digna de su antigua gloria. Se lamentaron los males públicos y no las desgracias privadas, y los viejos envidiaban la suerte de los jóvenes que habian perecido por la patria.

Cleómenes no tuvo ánimo para ver el espectáculo de Lacedemonia prósima á sufrir el yugo del vencedor: perdida la esperanza de socorrerla, buscó los medios de vengarla y se embarcó con su familia para Egipto, donde esperaba que se le diesen tropas. Un viejo le reprendió su fuga, le dijo que un descendiente de Hércules debia morir á manos de los macedonios antes que mendigar ausilios en la corte de uno de los sucesores de Alejandro. Cleómenes respondió: «Para buscar la muerte, es necesario que sea útil y loable: morir para evitar la adversidad es abandonar cobardamente la patria.» Antígono entró en Lacedemonia, y satisfecho con su victoria y la fuga de Cleómenes, no cometió ninguna hostilidad: pero dió un golpe mortal á la república aboliendo las leyes de Licurgo. Despues volvió á Macedonia, donde murió. (A. M. 3782. A. J. 222). Cleómenes fue muy bien recibido de Ptolemeo Evergetes: pero cuando este se preparaba á darle socorros para

volver al Peloponeso, murió: y su hijo y sucesor Filopator, injusto, cruel y suspicaz aborrecia á Cleómenes, porque era amado del pueblo de Alejandría, le mandó prender: pero el rey de Esparta, libertado por sus amigos, corrió con ellos las calles de la ciudad por ver si podian sublevar el pueblo, y no habiéndolo conseguido, se dieron la muerte unos á otros. Filopator mandó degollar á la madre, muger é hijos de Cleómenes.

En este mismo tiempo la isla de Rodas, que no pudieron conquistar ni los persas, ni los egipcios, ni Demetrio Poliorcetes, fue casi destruida por un espantoso temblor de tierra, que arrancó de raiz los árboles, asoló los campos, partió los peñascos, destruyó los edificios y derribó el célebre Coloso, que estaba situado á la entrada del puerto y que fue una de las siete maravillas del mundo. El valor de los rodios los habia defendido de sus contrarios: su prudencia les dió amigos en todas partes. Los reyes de Sicilia, Egipto, Siria y Macedonia, prodigaron sus tesoros para favorecer á la república, que en breve llegó á tener su antiguo esplendor. Los étolos, pueblo valeroso, pero turbulento, y que vivia de la rapiña, agitaban entonces la Grecia. (A. M. 3783. A. J. 221.) Aprovechándose de la ruina de Esparta y de la retirada y muerte de Antígono, devastaron el Peloponeso. Arato reunió el ejército aqueo y marchó contra ellos:

pero fue vencido en Cafias: y como los étolos se reforzaban diariamente con los griegos de la clase ínfima, ávidos de latrocinios, imploraron de nuevo el socorro del rey de Macedonia.

Filipo rey de Macedonia. Filipo, hijo de Demetrio, habia sucedido á su tio Antigono II. La juventud de este príncipe, las victorias de los étolos, y la esperanza que aun tenian los espartanos de la vuelta de Cleómenes con tropas egipcias, reanimaron el amor de la independencia. La juventud lacedemonia corria á las armas: los viejos la llamaban á la gloria: las matronas á la venganza: toda la república estaba en movimiento. Ya habia perecido en un tumulto un éforo del partido macedonio: pero repentinamente se supo que Cleómenes habia muerto en Egipto, y que Filipo, aliado con los aqueos, llegaba á Corinto y marchaba contra los étolos. Esparta trocó su alegria en luto y su esperanza en consternacion: y el yugo le pareció tanto mas insoportable, cuanto mas cerca se habia hallado de romperlo. Desde entonces estuvo sometida á varios tiranos crueles y feroces, en proporcion del peligro que corrian. Quilon, uno de ellos, hizo degollar á los éforos y condenó á la muerte ó al destierro todos los ciudadanos que le inspiraban sospechas.

Filipo, apenas subió al trono, mostró que queria seguir las pisadas del padre de Alejan-

dro, cuyo nombre llevaba. Ambicioso, activo y valiente, hubiera quizá adquirido la misma fama, si la fortuna de Roma no se hubiese opuesto á la suya. Antes de entrar en el Peloponeso hizo alianza con muchos príncipes de Iliria, y entre otros, con Demetrio de Faros á quien los romanos habian echado del pais. Los acarnanios y epirotas se unieron á los macedonios y aqueos. Dorimaco, general de los étolos, entró en el Egipto y lo devastó: pero Filipo, sin atender á esta diversion se apoderó de las principales ciudades de Etolia y saqueó la Elide. Apeles, su privado, cometió horribles escesos en las ciudades amigas, y se condujo, no como aliado, sino como tirano de los aqueos. Todos temblaban de su poder, y nadie se atrevia á acusarle: solo Arato dijo la verdad al rey y le presentó las justas quejas de los pueblos. Filipo reparó el desorden, y Apeles, para vengarse como buen cortesano, despues de haber emprendido en valde asesinar á Arato, intrigó con los enemigos del rey é hizo que muchas de sus espediciones saliesen desgraciadas. Arato, que siempre le observaba, puso en manifiesto sus crimenes y Filipo le condenó á muerte.

El rey de Macedonia, vencidos sus enemigos y afirmada su autoridad en Laconia, hizo la paz con los étolos, siendo mediadoras las repúblicas de Rodas y Bizancio. Meditaba entonces un proyecto mas vasto. Annibal habia pe-

netrado en Italia con un egército cartagines y acababa de ganar la batalla de Trasimeno. Filipo creyó esta ocasion oportuna para engrandecerse á costa de los romanos: pero su escuadra fue vencida por la de ellos junto á Apolonia: este primer revés hizo mas perverso su carácter, inclinado ya al orgullo y á la desolucion, y se vengó de su desgacia en los aliados, imponiendo contribuciones á los aqueos y talando la Mesenia. Arato, á quien no intimidaba el esplendor del trono, le reprehendió con severidad sus injusticias. El rey importunado por un censor tan rígido, hizo darle un veneno: pero con la esperanza de ocultar este crimen, capaz de sublevar toda la Grecia, se le administró una ponzoña lenta que le destruyó poco á poco el principio de la vida. Arato conoció la causa del mal que le consumia y esperó con firmeza una muerte segura sin prorumpir en quejas inútiles: y como uno de sus amigos se manifestase alarmado de verle escupir sangre en abundancia, Arato le dijo: «Este es, amigo Cefalion, el fruto de la amistad de los reyes.» Mientras Filipo fue dócil á los consjos de este grande hombre, peleó con felicidad y reinó con gloria: pero habiendo perdido por su crímen un apoyo tan saludable, la victoria desertó sus banderas y la prudencia sus consejos. Su tirania desenfrenada hizo aborrecible su autoridad: y la mayor parte de los griegos, cansados de su dominacion imploraron el yugo de la re-

pública romana, que consolaba las naciones conquistadas asociándolas á su grandeza y á su libertad. Arato habia sido pretor de los aqueos diez y siete veces: pocos hombres célebres se le han igualado en virtudes. Su único defecto era la incertidumbre que se apoderaba de él en los trances de la guerra, lo que algunas veces era ventajoso á los enemigos: pero cuando llegaba el momento de pelear, su talento se desplegaba en toda su fuerza. Su muerte (A. M. 3793. A. J. 211) causó luto universal. Los aqueos quisieron levantarle un monumento, y Sicion, su patria, les disputó este honor: sus exequias fueron magníficas: se le erigieron altares, y llevó al sepulcro el título de libertador de los aqueos y fundador de su república.

El rey de Macedonia, favorecido por sus aliados, hizo algunos progresos en Iliria y tomó la isla de Ipso. Los romanos cuya fortuna se habia mejorado despues de la toma de Capua y Siracusa se decidieron á atacar con vigor al rey de Macedonia. Los lacedemonios y étolos se declararon por Roma y los acarnanios y aqueos siguieron el partido de Filipo. Macanidas, que entonces era tirano de Esparta, penetró de concierto con los étolos en el territorio de los aqueos (A. M. 3796. A. J. 208). Filipo lo rechazó, y aunque despues volvió con los ausilios que le enviaba Atalo, rey de Pérgamo, le venció segunda vez. El poder macedonio daba celos á Rodas, á Atenas y al rey de Egipto,

que temian que Filipo subyugase toda la Grecia: y por consideracion á estos pueblos, el rey de Macedonia hizo á los étolos proposiciones de paz, que fueron desechadas. El ejército de los macedonios y aqueos marchó á Elido con el objeto de apoderarse de esta ciudad: pero el procónsul Sulpicio, que habia venido á socorrerla con cuatro mil romanos, animó á los habitantes, y rechazó al enemigo á pesar del valor de Filopémen que mató con su propia mano al general de caballería de los eléos. La retirada de los aqueos desordenó á los macedonios. Filipo enfurecido se arrojó en medio de la infantería romana: el combate fue largo y sangriento: y el rey, cercado de enemigos, tuvo mucha dificultad en abrirse paso con el socorro de sus mas valientes soldados. Libre del peligro volvió á Macedonia invadida por algunos príncipes ilirios, aliados de los romanos. Al año siguiente Sulpicio y Atalo llegaron con sus escuadras á Eubea, se apoderaron de Orco, fueron rechazados de Calcis, y tomaron en la Beocia á Opunte, que Filipo no pudo socorrer á tiempo.

Filopémen. En la misma campaña amenazó Macánidas el Peloponeso y hacia temer á los aqueos la ruina de su república. Hallándose en este peligro, nombraron general de la confederacion á Filopémen, célebre ya por muchas hazañas y digno de suceder á Arato. Era natural de Megalópolis, y estudió en la escuela de

Arcesilao, cuya doctrina tenia por objéto inspirar á los ciudadanos el amor de la patria y enseñarles la ciencia del gobierno. Desde su infancia tomó por modelo á Epaminondas y prefirió á las demas lecturas la de los libros militares de Angelo, y la historia de Alejandro el Grande. Cuando los cuidados de la administracion y de la guerra le dejaban algun tiempo libre se dedicaba á la agricultura y se endurecia ya en el trabajo, ya en el ejercicio de la caza. Hemos visto cuanto contribuyo á la victoria de Selásia. En el ataque le atravesó un dardo entrambos maslos: se temia que al arrancarlo, el cuero unido al arma, hiciese imposible la estraccion, ó incurable la herida: él rompió el dardo, arrancó los dos pedazos y continuó batiéndose Despues de la batalla, Antígono, admirado del movimiento de su ala derecha, al cual debia la victoria, preguntó á Alejandro, general de aquellas tropas, quien las habia decidido á marchar sin recibir orden. Alejandro respondió, que un jóven capitan aqueo habia acometido con sus soldados, siguiendo los demas su ejemplo. Antígono le dijo: «Ese joven aqueo se ha portado como un gran general, y tú como un capitan de compañía Despues quiso atraerlo á su servicio: pero Filopemen amaba demasiado su patria para vivir á sueldo de un príncipe estrangero. Su fama se aumentó con la muerte de Demofanto,

príncipe de los étolos, á quien mató en un combate.

Cuando el voto de sus conciudadanos le puso al frente del ejército y del gobierno, hizo innovaciones en la táctica, dió mas fondo á los batallones: los acostumbró á marchar y combatir sin romper las filas, é hizo que los soldados llevasen picas mas largas y escudos mas anchos. Desterró el lujo de la república, restableció el orden en la hacienda, y no permitió magnificencia sino en las armas. Siempre vestido sencillamente y adornado de su gloria, parecia mas bien un soldado que un general. Un dia fue convidado á comer en casa de un ciudadano, y no encontró en ella mas que á la señora, que no le conocia; y creyendo que era un criado que antecedia á su señor, le pidió que partiese una poca de leña. Dejó Filopémen su capa y se puso á trabajar: llegó el dueño de la casa, y admirado de verle en aquel ejercicio, Filopémen, le dijo: «¿Qué quieres? es preciso pagar el interés de mi mal pergeño.»

Despues de haber tomado todas las disposiciones necesarias para asegurar la victoria, marchó contra Macánidas y le dió batalla. Los espartanos pelearon con intrepidez, y aun penetraron en el ala derecha de los aqueos: pero mientras Macánidas la perseguia, Filopémen flanqueó su ejército, lo desordenó y le cortó la retirada. Macánidas quiso evitar su encuentro: mas

el héroe le lanzó su venablo con tanta fuerza, que le atravesó el peto y el cuerpo, y le derribó muerto sobre el campo. Esparta perdió en este combate cuatro mil de sus mas valientes. La conquista de Tegéa fue consecuencia de esta victoria, y para inmortalizarla los aqueos erigieron á su general una estátua de bronce. Poco despues se celebraron los juegos neméos, y concurrieron á ellos Filopémen y sus compañeros de armas. Se presentó en el momento que el músico Pílades cantaba estas palabras de un antiguo poeta. «Yo os coroné con las flores de la libertad." Todo el pueblo volvió sus ojos á Filopémen y le saludó con los mayores aplausos. Nábis sucedió á Macánidas en el gobierno de Lacedemonia. Este tirano venció en crueldad á su antecesor. Compuso su guardia de tropas estrangeras, envió al suplicio á todos los que temia, desterró á los ciudadanos mas distinguidos, y se apoderó de sus riquezas. Filipo, reconciliado con los espartanos despues de la muerte de Macánidas, le dió en depósito la ciudad de Argos, donde cometió las mayores atrocidades. Su crueldad era ingeniosa: inventó una máquina en forma de estátua semejante á la reina Apaga su muger. Estaba vestida de ropas magníficas que ocultaban las puntas de hierro de que se habia guarnecido los brazos y el cuerpo. Si algun ciudadano rico le negaba el dinero que pedia: «espero, le decia, que mi muger será mas fe-

líz que yo." Nábis acercaba su víctima á la estátua, que cogiéndola entre sus brazos formidables, le clavaba todas sus puntas, hasta que sacrificaba sus bienes por sustraerse al suplicio.

Despues de la derrota de los espartanos, los étolos y epirotas, favorecidos debilmente por los romanos, hicieron la paz con Filipo. Cada victoria, en lugar de satisfacer la ambicion de este príncipe, le hacia mas insaciable. Aumentó su ejército, juntó una grande escuadra, declaró la guerra á los rodios y pasó al Ásia para pelear contra Atalo. (A. M. 3802. A. J. 202.) Pero los rodios derrotaron su escuadra, y no habiendo podido tomar á Pérgamo, taló el pais. Tomó á Scios, ciudad de Bitinia y degolló una parte de los habitantes: vendió por esclavos á los demas y destruyó el pueblo. Sitió á Abido, negó toda capitulacion y esigió que la plaza se rindiese á discrecion. Los abidenos desesperados resolvieron perecer: dieron comision á cincuenta ciudadanos de matar las mugeres y niños que estaban refugiados en el templo de Diana, echar al mar el oro y la plata, y quemar la ciudad en el momento que la atacasen los macedonios. Tomadas estas horribles disposiciones, combatieron como furiosos en la brecha, hasta que la noche suspendió el asalto. Los cincuenta encargados de la matanza de las mugeres y niños y del incendio de la ciudad, no tuvieron va-

lor para ejecutar estas órdenes inhumanas. Filipo entró en la plaza, mas no pudo impedir que los abidenos degollasen sus familias y se diesen despues la muerte unos á otros.

Guerra entre Filipo y los romanos. Despues de este lúgubre triunfo, Filipo, que no podia permanecer en reposo, volvió á Grecia y entró en el Atica. Roma le declaró la guerra y envió una escuadra al socorro de Atenas. Los atenienses presentaron la batalla al rey de Macedonia, que los venció é hizo huir á la ciudad: mas no pudo penetrar en ella y hubo de limitarse á talar el territorio. Marchó despues al Epiro contra los romanos, fue vencido junto al rio Aoo por Quincio Flaminino, y hubo platicas de paz, que no tuvieron resultado por el orgullo de Filipo y la altivez de Roma. La escuadra romana llegó al puerto de Atenas, y los habitantes de esta ciudad se creyeron libres porque habian mudado de señores. Entretanto Nábis, dueño de la mayor parte del Peloponeso, continuaba enriqueciéndose por el pillage y aumentando su poder con el terror. Los aqueos habian mudado de general y de fortuna; porque privados del genio de Filopémen, resistian debilmente á los espartanos. Algunos historiadores han censurado que este héroe no sirviese en el ejército que ya no mandaba: pero es probable que un hombre tan virtuoso se ausentase no por orgullo sino por prudencia, para evitar

que su crédito en el ejército y el pueblo inspirara sospechas al nuevo gefe de la república. Viajó por Creta y tuvo parte en las guerras civiles que desolaban entonces aquella isla, cuyos habitantes sin interesarse en las diversas revoluciones de la Grecia, militaban al sueldo de todos los partidos, y asi se ejercitaban en las armas y no comprometian su nacion. Eran valientes y tenian los mejores flecheros de la Grecia. De todos los pueblos iban á estudiar sus leyes y su táctica. Arato les debió en gran parte sus talentos militares; y Filopémen pasó sin duda á aquella isla para adquirir nuevas luces.

Batalla de Cinocéfalas. (A. M. 3807. A. J. 197.) Durante su ausencia estalló la tempestad que amenazaba al rey de Macedonia. El rey de Pérgamo, los étolos, Nábis, y los tébanos se adhirieron al partido de Roma. Despues de muchos movimientos y combates de poca importancia, se encontró el ejército romano con el de Filipo en Tesalia junto á la sierra de Cinocéfalas: las fuerzas de cada uno ascendian á veinte y cinco mil hombres. Quincio Flaminino eligió hábilmente este campo de batalla en que la desigualdad del terreno impedia á la falange moverse en masa, y hacer uso de su fuerza. Los romanos la desbarataron, mataron ocho mil macedonios, é hicieron cinco mil prisioneros. La caballería étola contribuyó en gran manera á la victoria. Fi-

lipo, arruinado, pidió la paz, y se sometió á las condiciones que el senado quisiese imponerle. Mientras no se ratificaba el tratado, se hizo una tregua de cuatro meses, pagando el macedonio cuatrocientos talentos por el pronto y dando en rehenes á su hijo Demetrio. El senado nombró comisarios para arreglar los asuntos de Grecia, y concluyeron un tratado cuyas condiciones fueron: que todas las ciudades griegas de Asia y Europa serian libres: que Filipo retiráría de ellas sus guarniciones: que entregaria los prisioneros y transfugas, pagaria mil talentos, y dejaria á Demetrio en Roma en calidad de rehen. (A. M. 3808. A. J. 196.) En Grecia se ignoraban los artículos de la paz. Llegó la celebracion de los juegos istmicos en Corinto, y cuando el pueblo estaba ya reunido en el estadío, se presenta un rey de armas, pide silencio y pronuncia en voz alta estas palabras: «El senado y pueblo romano y Tito Quincio Flaminino, general victorioso, habiendo vencido á Filipo y á los macedonios, dejan libres de todas guarniciones é impuestos á los corintios, locrios, foceos, eubeos, aqueos, magnesios, tésalos y perrebos, los declaran libres y quiere que se gobiernen por sus leyes y costumbres.» El profundo silencio que reinaba en la asamblea se prolongó algunos momentos por la sorpresa. Los griegos no podian creer lo que oian y pidieron que se leyese segunda vez la proclama: des-

pues sus transportes de alegria fueron universales: rodearon á Quincio, besaban sus manos y vestidos, y le coronaban de flores. Gritaban: «hay pues, una nacion que pelea por la independencia de las demas. Ningun obstáculo impide su marcha y á la voz de un rey de armas, rompe el yugo y liberta la Grecia y el Asia.» La misma proclama se publicó en los juegos nemeos y escitó las mismas aclamaciones de admiracion, júbilo y gratitud. De ninguno de sus triunfos consiguió Roma una gloria mas pura. Filopémen, que volvió entonces á su patria, aunque veia con placer el abatimiento de Filipo que oprimia la Grecia, y cuyos emisarios habian intentado en varias ocasiones asesinarle, sin embargo como verdadero hombre de estado y amigo prudente de la independencia, traslucia la ambicion de Roma por entre los velos de su fingida moderacion: miraba como poco sólida una libertad, que se debia á la proteccion de un poder estrangero: y como Aristeneto, en el consejo de los aqueos, esortase á sus conciudadanos á complacer en todo á Roma, Filopémen no se pudo contener y le interrumpió diciendo: ¿qué prisa tienes de consumar la ruina de la Grecia? El procónsul fue obedecido en todas partes, y solo Nabis se negó á dejar libre la ciudad de Argos. El senado mandó á Quincio que lo obligase á cederla, y los romanos marcharon contra Esparta. Nábis vencido en un com-

bate, ofreció entregar la plaza: pero como Quincio esigia la libertad de los pueblos marítimos, cien talentos y rehenes; la negociacion no tuvo efecto, y Quincio sitió á Argos al frente de cincuenta mil hombres; y aunque los espartanos se defendieron con intrepidéz, los romanos penetraron en la ciudad. Enfurecidos los lacedemonios, pusieron fuego á los edificios mas cercanos á la muralla, y los romanos espantados se retiraron. Al fin, Nábis entregó la ciudad, y la paz se hizo. Quincio, contento de haber libertado la Argólide, corrió las ciudades de la Grecia, restableció en todas el orden y la justicia; reunió en Corinto sus diputados, dió cuenta de sus operaciones, declaró que si habia concedido á Nábis la paz, fue solo por evitar la ruina de Esparta, esortó los griegos á la union y volvió á Roma con su ejército á gozar los honores del triunfo mas glorioso y merecido. (A. M. 3809. A. J. 195.)

Guerra de Antíoco. Los étolos enemigos de toda potencia, que se opusiese á sus depredaciones, aborrecian á los romanos desde que dominaban en Grecia: y aunque eran sus aliados ostensibles, incitaban á Nábis á la venganza y mantenian correspondencia con Antíoco el Grande, rey de Siria y le esortaban á pasar el Archipiélago con un ejército. Nábis siguió sus consejos, sublevó las ciudades marítimas y sitió á Gieio: El pretor Acilio, llegó á las costas de Laconia con una escuadra, y los aqueos

dieron el mando de sus ejércitos á Filopémen y declararon la guerra á los lacedemonios. Filopémen armó algunos buques que fueron batidos por la escuadra de Nábis: pero reparó este revés venciendo al tirano en batalla campal cerca de Esparta y obligándole á encerrarse en esta ciudad.

Rota la paz, siguieron los étolos sus proyectos mas osadamente; contrajeron alianza con Antíoco y emprendieron apoderarse á un mismo tiempo de Demetriada, Calcis y Lacedemonia. Tres generales fueron encargados de estas espediciones: Diocles sorprendió á Demetriada, Toante fue rechazado de Calcis, y Alexámenes, fingiendo socorrer á Esparta, introdujo en ella mil hombres que Nábis recibió como libertadores: el étolo, socolor de conferenciar con él, lo apartó de su tropa, le derribó del caballo é hizo que sus soldados le matasen. Este triunfo, debido á la perfidia, fue de corta duracion: mientras los étolos corrian al palacio para robarlo, los lacedemonios se arrojaron sobre ellos, los hicieron pedazos y vengaron la muerte de Nábis con la de Alexámenes. Filopémen, aprovechándose de esta confusion, entró con sus tropas en la ciudad, reunió el pueblo, le esortó á restaurar sus leyes y su independencia y á unirse á la confederacion aquea, impidió á sus tropas que cometiesen los escesos acostumbrados en la victoria, rehusó un presente de ciento veinte talentos,

que le hacian los lacedemonios, y consiguió una gloria inmortal, mas bien debida á sus virtudes que á sus armas.

Entretanto el rey de Siria atraido á Grecia por los étolos, fue derrotado en las Termópilas por el cónsul Manio Acilio, y se volvió al Asia, dejando espuestos á los étolos á la venganza de Roma. Acilio les aconsejó que implorasen la clemencia del Senado: pero ellos le habian ofendido demasiado para esperar que los perdonase. El cónsul sitió á Heraclea, capital de la Etolia, y se apoderó de ella, á pesar del valor con que la defendieron. El resto de la nacion se hizo fuerte en Naupacto y no trató la paz con Roma hasta que se supo la derrota de Antíoco en Magnesia, ciudad del Asia menor. Los étolos pagaron mil talentos y entregaron á los romanos sus armas y caballos.

. Manio Acilio, en una escursion que hizo al Peloponeso, proyectó apoderarse de Esparta: pero Filopémen, enemigo de toda dominacion estrangera y aborreciendo la ambicion de Roma tanto como la de Filipo, entró osadamente en la ciudad, reanimó el valor de los lacedemonios y obligó al cónsul á retirarse: pero poco despues tuvo que marchar contra este mismo pueblo. porque atacaba la libertad de los puertos de Laconia que los aqueos protegian. Los espartanos, creyendo que los desterrados, restitui los á Lacedemonia despues de la paz, tenian inteligencia con los aqueos y fa-

vorecian la causa de las ciudades marítimas, los proscribieron, mataron á treinta, y se separaron de la confederacion, escribiendo al cónsul Fulvio, sucesor de Acilio, que ponian su ciudad bajo la proteccion de los romanos. Los aqueos declararon la guerra á Esparta y enviaron diputados á Roma para hacer al senado árbitro de esta diferencia Su decision fue ambigua como las de los oráculos y los aqueos la interpretaron en su favor. Filopémen se acercó á Esparta con un ejército y pidió el castigo de los que infringiendo los tratados se habian apoderado del puerto de Los Los ciudadanos mas distinguidos salieron de la ciudad para conferenciar: pero durante el coloquio los proscritos de Esparta que estaban en el campo de los aqueos, se echaron sobre sus conciudadanos y degollaron á ochenta. La ciudad se alborotó y Filopémen entró en ella sin resistencia: y mirándola, no como el ornamento de la Grecia, sino como una esclava de Roma, demolió sus muros, licenció sus tropas mercenarias, y dió el último golpe á aquel pueblo famoso, aboliendo las leyes de Licurgo El senado romano, envidioso de los progresos de los aqueos, favoreció á Esparta, anuló la sentencia de la confederacion y mandó que los lacedemonios entrasen en la liga aquea, pero sin pagar tributo, sin recibir guarnicion y conservando su independencia.

Desde entonces favorecieron los romanos

á todos los pueblos enemigos de los aqueos. Los mesenios, á instigacion del senado, se separaron de la liga, y aun le hicieron la guerra y se apoderaron de Coron. Todavia mandaba el ejército Filopémen, aunque enfermo, y de edad de setenta y ocho años. Marchó á Mesenia y fue dichoso en los primeros encuentros: pero los enemigos, habiendo recibido un gran refuerzo, le rodearon: los aqueos huyeron cediendo á la superioridad del número. Filopémen, peleando en la retaguardia, hacia olvidar su vejez con los prodigios de su valor: mas su caballo resbaló y él fue herido y preso. (A. M. 3821. A. J. 183.) Dinócrates, general de los mesenios, le espuso cargado de cadenas en el teatro de Mesenia á la vista del pueblo: despues le arrojó en una prision y le mandó matar. Cuando se le presentó el veneno que debia terminar su vida, preguntó al verdugo cual habia sido la suerte de los aqueos, y señaladamente la de un oficial llamado Licortas, á quien amaba mucho. Dijerónle que los aqueos se habian abierto paso peleando valerosamente y que estaban en seguridad. Entonces dijo: «pues se ha salvado el ejército, muero contento» La muerte de este grande hombre enfureció á los aqueos: todos tomaron las armas: el deseo de la venganza redobló sus fuerzas. Talaron la Mesenia, se apoderaron de la capital, hicieron que se les entregasen los asesinos de Filopé-

men y los mataron á pedradas junto á su sepulcro: Dinócrates evitó este suplicio, dándose la muerte. Las cenizas del héroe fueron trasladadas á Megalópolis: los pueblos salian á recibir la fúnebre comitiva, y toda la Greçia enlutada lamentaba su perdida gloria. En este mismo año murieron tres de los hombres mas grandes que ha tenido el mundo, Annibal, Escipion y Filopémen: Los romanos, aprovechándose de la division de los pueblos y de la imprudente conducta de los reyes, seguian con su habilidad ordinaria el proyecto de subyugar la Grecia.

Perseo, último rey de Macedonia. Filipo veia en su familia la discordia que él habia sembrado en la Grecia. Perseo, uno de sus hijos, aborrecia mortalmente á su hermano Demetrio. Este, educado por los romanos, podia con su apoyo hacerse temible algun dia, y Perseo resolvió arruinarlo. Primero le acusó falsamente de haberle querido matar en unos juegos militares, y de haber venido en la noche con gentes armadas para asesinarle. La inocencia de Demetrio triunfó de esta calumnia. Su hermano no se desanimó y le persiguió de tal manera, que Demetrio, para poner su vida en seguridad, quiso escaparse estando ausentes Filipo y Perseo. Este habia dejado junto á su hermano un traidor, que con la apariencia de amistad, espiaba sus pasos y meditaba su ruina. Demetrio, guiado por sus

pérfidos consejos, escribió, para hacer mas segura su fuga, al gobernador de una provincia; y la carta, que fue entregada al rey, pareció un delito. Filipo, oprimido de pesares, debilitado por la edad, é irritado siempre contra los romanos, condenó á muerte á Demetrio y le siguió en breve. Perseo subió al trono ensangrentado y manchado ya con sus crímenes, para envilecerlo con su cobardía. Embriagado por las alabanzas de sus aduladores, se creyó capaz de luchar contra Roma. Aumentó sus tropas, buscó alianzas y envió agentes á Grecia para sublevarla. Eumenes, rey de Pérgamo, dió aviso al senado de los proyectos de Perseo, que para vengarse, hizo que dos piratas atacasen á Eumenes cuando volvia al Asia; y en efecto le hirieron y dejaron por muerto: pero socorrido por unos pescadores, sanó y volvió á su trono.

Paulo Emilio atacó á Perseo al frente de un ejército romano: desbarató la falange, consiguió una victoria completa junto á Pidna y conquistó toda la Macedonia Perseo, que ni sabia vencer ni morir, fue cargado de cadenas, adornó el triunfo de Paulo Emilio, y terminó sus dias en el cautiverio Su reino se dividió en provincias libres bajo la proteccion de Roma.

Ya no quedaba ninguna potencia que resistiese á la ambicion romana sino los aqueos. El senado, que meditaba su destruccion, envió

agentes á todas las ciudades de la confederacion, y compró partidarios. Cuando las hubo desunido, envió comisarios que castigasen á todos los que habian favorecido á Perséo en la última guerra. Calícrates, indigno del nombre de aqueo, denunció á los ciudadanos mas distinguidos, fueron presos y enviados á Roma mil, entre ellos el historiador Polibio. El senado lós desterró sin juzgarlos ni oirlos á diferentes ciudades de Italia, y no les permitió volver á Grecia hasta diez y siete años despues. Tres solamente se aprovecharon de este permiso: los demas habian sucumbido á los pesares y á la miseria. Algunos años despues, Demócrito, primer magistrado de los aqueos, hizo guerra á Esparta: los romanos, que protegian esta ciudad, enviaron comisarios á Corinto para quejarse de esta infraccion de los tratados. Los griegos, irritados, recibieron con desprecio sus quejas; y Critolao, general de los corintios, recorrió la Grecia para incitar los pueblos á defender su independencia.

Ruina de Corinto. El cónsul Metelo, que estaba entonces en Macedonia, envió á Corinto diputados para aconsejar á los aqueos que no se espusiesen á la venganza de Roma: pero el pueblo los insultó y echó de la ciudad. Tébas, Arcádia, Eubea, y una gran parte del Peloponeso se ligó contra los romanos, movida por las exhortaciones de Critolao y las esperanzas que daba de que recibirian socorro de los re-

yes de oriente, si peleaban con valor: juntaron un ejército que fue atacado y derrotado por Metelo, dejando mil prisioneros en poder de los romanos. Critolao, desesperando de la salud de la patria, se dió la muerte. Dieo, su sucesor, reunió catorce mil hombres. Metelo degolló un cuerpo de mil árcades, tomó á Tébas, abandonada por sus habitantes, y marchó á Corinto donde Dieo se habia encerrado.

El cónsul Mummio llegó con nuevos refuerzos y tomó el mando del ejército romano. Tres magistrados aqueos, afectos á Roma, entraron en Corinto por orden de Mummio á hacer proposiciones de paz: pero se les encerró en un calabozo. Los sitiados hicieron una vigorosa salida y obligaron á los romanos á alejarse. Dieo, ensoberbecido con este triunfo, presentó la batalla. Mummio la aceptó con timidez fingida para precipitar al enemigo, que avanzó confiadamente en la parte mas estrecha del istmo. La caballería romana, que estaba en emboscada, atacó por el flanco á los griegos, y les cortó la retirada. Dieo, perdida la batalla y la esperanza, fue á Megalópolis su patria, mató á su muger, quemó su casa y se envenenó. Los aqueos se dispersaron. Corinto quedó casi desierta y Mummio la entregó al saqueo: quemó las casas y destruyó las murallas hasta los cimientos, el mismo año que pereció Cartago. (A. M. 3857. A. J. 147). El motivo de esta venganza atróz fue la posicion

importante de Corinto, aunque se pretestó el insulto hecho á los embajadores romanos. La Grecia quedó reducida á provincia romana con el nombre de *Acaya*, tomado de la confederacion aquea.

Las ciudades griegas gozaron bajo el gobierno de los romanos una profunda paz. Gobernadas por sus magistrados propios, sino tubieron héroes, produjeron hombres ilustres en las artes y ciencias. En la guerra que Mitridates rey del Ponto, hizo á Roma, Arquelao su general, se apoderó de Atenas. El procónsul Sila desembarcó en Grecia con cinco legiones, arrojó á Arquelao del pais, y no halló resistencia en ninguna ciudad sino en Atenas. La altura de las murallas, y el valor de los habitantes hizo largo el sitio. Sila cortó los árboles del Liceo para hacer máquinas y robó los templos de Délfos y Epidauro para pagar sus tropas. La defensa fue tan obstinada como el ataque, y Atenas parecia haber vuelto á encontrar su antiguo valor. Sila convirtió el sitio en bloqueo, y la falta de víveres obligó á los atenienses á capitular. Sus diputados hicieron á Sila un discurso elocuente acerca de la antigua gloria de su patria: mas el fiero procónsul les dijo: «no he venido aqui para oir las hazañas de vuestros antepasados, sino para castigar vuestra rebelion.» Rota la negociacion dió un nuevo asalto á la ciudad, la entregó al saqueo, degolló la mayor parte de

sus habitantes, entre ellos al gobernador Aristion, que era ateniense, demolió el Pireo y quemó el arsenal. Sin embargo, nunca perdieron los griegos el amor de la independencia. Atenas, sin temer la ira de Octavio, levantó estatuas á Casio, asesino de Cesar.

Roma era la capital del mundo político: Atenas, de las artes y la literatura. A ella venian de todos los paises á estudiar las ciencias y recibir lecciones de buen gusto y elocuencia. Ciceron y su hijo se instruyeron en sus escuelas. Tito y Marco Aurelio confiaron á maestros griegos la enseñanza de sus hijos. En Roma era menospreciado el que no sabia la lengua griega. Los Basilios, Gregorios y Crisóstomos adquirieron en Atenas los conocimientos y la fuerza de elocucion que tan ilustres los hizo en la iglesia cristiana; y solo el mahometismo logró destruir la dominacion de la inteligencia que habia sobrevivido á la de las armas.

CAPITULO XXII.

Cuadro literario de la Grecia durante la cuarta edad.

Panecio. Demetrio falereo. Dionisio de Halicarnaso. Diodoro Siculo. Plutarco. Costumbres de los griegos. Matrimonios. Exequias. Juegos. Teatros. Comercio.

PANECIO. Panecio, filósofo estóico, natural de Rodas, estudió en Atenas. La severidad de su moral, la fuerza de sus razonamientos y su erudicion le adquirieron grande fama, que se estendió mas allá de su patria, y llegó hasta Roma. Esta, que los griegos llamaban todavía ciudad bárbara en la época de la espedicion de Pirro, solo estimaba la gloria de las armas y las virtudes enérgicas que mantenian la libertad y el respeto de las leyes y de las costumbres, y despreciaba el epicureismo que las afemina. Ignoraban las artes hasta tal punto, que cuando Mummio envió á Italia las obras maestras de los mas hábiles pintores y escultores de Grecia, mandó que si en el viage se deterioraban algunos cuadros ó estátuas, el comisionado de la conducion pondria otras en su lugar (1).

(1) Esta ignorancia era peculiar de Mummio. Desde las consquistas de Siracusa por Marcelo y del Asia me-

Las obras de los estóicos fueron las primeras que se recibieron en Roma: la doctrina austéra de aquellos filósofos fue muy aplaudida porque estaba en armonía con las virtudes varoniles de los romanos. Panecio fue uno de los primeros que introdujo la literatura griega en la capital de las naciones. Acompañó á Lelio y á Escipion, que fueron sus amigos en todas las espediciones que hicieron. Escribió un *Tratado de los deberes* muy celebrado por Ciceron y del cual este grande hombre tomó mucho para su obra de *Officiis*.

Mucho tiempo despues, Epitecto, tambien estóico, ilustró su secta en Italia. Era griego de nacimiento, fue esclavo en la corte de Neron, y despues liberto: cuando el tirano emperador desterró á los filósofos de Roma, fue proscrito con ellos, y se domicilió en Nicópolis, de donde Adriano le llamó á Italia. La esclavitud le habia enseñado á vivir independiente: la tiranía á amar la virtud; y la desgracia á ser sufrido. Practicaba con esactitud lo que los otros se contentaban á veces con enseñar. Sus principios sublimes parecian superiores á la debilidad humana: pero esta misma debilidad encuentra un remedio saludable en las máximas de Epitecto. Nunca son leidas con mas fruto y placer que en los tiempos

---

nor por Manlio Vulsoro, admiraban y codiciaban los romanos las obras de las artes griegas. (*N. del T.*)

de abatimiento y adversidad. Ayudan á sufrir los golpes de la fortuna, y se adquiere nueva fortaleza en su lectura. La sumision á la providencia, la necesidad de conformarse para ser feliz, al orden establecido por ella: la resignacion en la adversidad, y la moderacion en la prosperidad, son el objeto y espíritu de su filosofía.

Demetrio falereo. La historia manifiesta la prudencia de su administracion y la ingratitud de los atenienses. Tuvo mucha fama como orador: pero su elocuencia se resentia del abatimiento en que estaba la Grecia. Hay en sus oraciones mas habilidad que fuerza, mas adornos que pensamientos, y se nota en ellas mas deseo de agradar que de convencer. Fue discípulo de Teófrasto, escritor demasiado florido, pero muy hábil en la pintura de los vicios y pasiones.

Establecido el cristianismo, brillaron en Grecia muchos santos padres por la gallardía de su imaginacion, y por el don de presentar en toda su pureza la santa doctrina del Evangelio. San Basilio y san Juan Crisóstomo, son comparables en la fuerza y elegancia de la diccion á los mejores oradores del gentilismo.

Dionisio de Halicarnaso. Nació en Caria (A. M. 3973. A. J. 31). y pasó á Italia en la época de la batalla de Accio. Hizo sabias indagaciones acerca del origen del pueblo romano. Es muy estimado su libro de *las antigüedades de Roma*, cuyos primeros tiempos des-

cribe con esactitud. Investigador de la verdad, no se curaba de adornarla, y es mas bien un erudito que un hablista. Se creia perdida una parte de sus obras: pero se ha encontrado en la *Biblioteca ambrosiana*.

Diodoro Siculo. Vivia en tiempo de Cesar y Augusto. Su *Biblioteca histórica* tenia cuarenta volúmenes de los cuales solo han quedado quince. Esta obra comprendia la historia de los tiempos fabulosos de Grecia, la de los persas y griegos desde la espedicion de Jérjes, hasta la muerte de Alejandro, y los sucesos de los generales que se repartieron su imperio. Su estilo es claro y sus reflexiones juiciosas: mas se le acusa de haber adoptado los errores de etésias y las tradiciones de los sacerdotes del oriente. . . . .

Plutarco. Nació en Queronea, ciudad de Beocia. Su ingenio brillante y fecundo vengó á sus paisanos de la acusacion vulgar, que los suponia faltos de imaginacion. Es quizá entre todos los autores griegos, el que se lee en el siglo presente con mas placer y utilidad. Vivia en tiempo de Neron, é hizo muchos viages á Italia en el reinado de Vespasiano. Para pintar mejor los hombres ilustres, visitó los paises donde habian nacido. Plutarco tiene celebridad como historiador y como filósofo. Se ha conservado la mayor parte de *las vidas de los hombres ilustres y sus obras morales*. Las *vidas* son su obra principal. Es admirable por

la sencillez de la narracion y la originalidad de los retratos: no se limita á contar las acciones de los hombres famosos: sino ademas les diseña la fisonomía, pinta su carácter, nos hace oir sus palabras, y nos dá un esacto conocimiento de sus hábitos y costumbres. Es una guia útil para los jóvenes amantes de la gloria, porque los hace vivir familiarmente con los modelos que deben imitar. A veces son largas sus digresiones, pero siempre interesa por la gracia de su narracion. Se ve en su fuerza la bondad del historiador, y en su negligencia el candor: lo que dá á su estilo un colorido original é inimitable. Sus *obras morales* son una mezcla confusa de bellezas y defectos, errores y verdades, pensamientos profundos y preocupaciones populares. Son una mina fecunda, donde estan los metales preciosos envueltos en escoria. Es dificil leer este libro de seguida: pero es imposible no volver á él muchas veces. Digno de los tiempos gloriosos de Grecia, es por decirlo asi, un cuadro de ellos. En él se vé la libertad, la anarquía, el genio, la superstición, mucha erudicion y no menos inconsecuencias; una severa moral con la tolerancia de algunos vicios, inesplicable en otro pais y otra época distintos de aquellos en que las pasiones deificadas hallaban apoyo en la tierra y modelos en los dioses. Plutarco se distinguió mucho entre los filósofos de su tiempo, siendo tan estimable por su conducta como por sus

obras; y si los estrangeros admiraban su sabiduria, los habitantes de Queronea amaban y respetaban en él un buen hijo, un escelente padre, un magistrado justo y un ciudadano amante de su patria.

Arriano, *Apiano* y *Herodiano* florecieron en tiempo de los emperadores y tuvieron alguna reputacion como escritores históricos; pero mucha menos que los sabios de que hemos hablado.

Costumbres de los griegos. Los griegos vivian en un pais encantado, verdadera imágen de la juventud de la tierra. No ambicionando otra cosa que gloria y placeres, rodeados de fábulas, prestigios é ilusiones: su imaginacion activa los acercaba á las divinidades, dando á estas las pasiones humanas, y animaba el mundo, divinizando todos los seres de la naturaleza. Si iban á tomar una decision importante, Júpiter los ilustraba á todos por un oráculo: el vuelo de las aves les anunciaba los reveses ó las prosperidades. Si marchaban al combate, Marte conducia sus guerreros: y si se entregaban al placer, Venus y el Amor los esperaban en bosques de mirtos. Apolo y las Musas, variando sus diversiones, hacian resonar los teatros con sus acentos armoniosos. Si buscaban el sosiego de los campos, las driadas los acogian en la espesura de las selvas: las nayades refrescaban con sus ondas cristalinas sus cuerpos fatigados: Pan velaba con los pasto-

res en defensa de los rebaños: Diana guiaba á la caza sus lebreles ardientes y rápidos: Himeneo recibia los juramentos de los esposos: Lucina consolaba á las mugeres en los dolores del parto, y otras divinidades presidian las exequias de los difuntos. Los afectos tiernos y las pasiones rencorosas se alimentaban en los altares del amor, del himeneo, de la discordia y de la venganza. No habia accion humana en que no interviniese una deidad: todo era poético, alegórico: y en las fiestas, costumbres y ceremonias, las imágenes risueñas y los emblemas ingeniosos recordaban al espíritu y al corazon del hombre la alianza eterna del cielo y de la tierra.

Matrimonios. Los esposos iban al templo coronados de flores: el sacerdote les presentaba una rama de yedra, símbolo de su union: ofrecian sacrificios á Diana y á Minerva, para aplacar á estas divinidades castas, que no estaban sometidas á las leyes del himeneo: á Júpiter y á Juno, modelos de los amores eternos: al cielo y á la tierra, para pedir la fecundidad: á las Parcas, de las cuales depende la duracion de la vida: á las gracias que embellecen á los esposos: á Venus y al amor, móviles de la felicidad conyugal. Depositaban trenzas de sus cabellos en los sepulcros de los labradores para honrar la agricultura y animar los trabajos domésticos. Se juraban fidelidad en presencia de sus padres, y volvian á su

casa acompañados de músicos y bailadores. La habitacion estaba iluminada y adornada de guirnaldas. Al ir al templo, llevaban flores en sus cabezas, y al volver cestillas de frutos, imágenes agradables de abundancia y prosperidad. Se cantaban versos en honor de Himeneo, jóven natural de Argos, que en tiempos antiguos habia libertado á unos atenienses del poder de los piratas, y consiguió la mano de una doncella de Atenas en premio de su hazaña. Iban despues á la sala del festin: los poetas cantaban epitalamios al son de la lira. Un niño coronado de mosquetas y hojas de encina, llevaba una cesta de pan y cantaba un hymno, cuyo estrivillo era:

«Dejé mi antiguo estado
Por otro mas feliz.»

Un coro de jóvenes bailadoras adornadas de mirto formaban danzas voluptuosas, que representaban los juegos, los caprichos y la embriaguez del amor. El padre encendia una antorcha nupcial y conducia su hija á casa del esposo. Al entrar en ella llevaba una olla destinada á cocer cebada; una de sus criadas la acompañaba con un cedazo y en la puerta estaba colgado un instrumento para moler grano: emblemas que recordaban los deberes de una vida laboriosa. Los convidados cantaban y bailaban al rededor de la casa, cuya entrada defendian los amigos del novio. Al dia siguiente

se le daba la enhora buena con nuevos cantos consagrados al Himeneo.

Las costumbres de Grecia ofrecian al estrangero dos cuadros muy diferentes. Llegando á Corinto ó á Atenas, no veia mas que placeres: deslumbraba sus ojos el lujo de las elegantes cortesanas, que echaban en sus cabellos polvo amarillo, se daban de negro en las cejas y de blanco y encarnado en las mejillas. El oro y las pedrerias brillaban en sus vestidos: los guerreros célebres, los poetas y oradores coronados les ofrecian las palmas que habian adquirido. Los magistrados las consultaban y parecian tener la mayor influencia en las asambleas públicas. Todo presentaba la imágen de la licencia y de la corrupcion. Pero si huyendo de los placeres tumultuosos, queria buscar el viagero la fuente de la felicidad, debia penetrar en el seno de las familias y allí encontraba otras costumbres, otro culto. La imágen de Venus casta escitaba el respeto: una tortuga, colocada por Fidias á los pies de esta estátua, recordaba á la belleza la obligacion de defenderse, de vivir dentro de casa y de no esponerse á las miradas indiscretas. No se veian allí las tertulias brillantes, ni los alhagos indecentes y pérfidos de las Baquis, Lais, Frines y Lamias, sino el pudor misterioso, el virtuoso amor, la dulce confianza, la actividad laboriosa: el deleite allí era moderado, el deseo casto, la felicidad constante: y el deber

estaba reunido á la ventura. Los griegos, tan severos con las esposas como indulgentes con las cortesanas, exigian que aquellas viviesen encerradas, y asi solo se presentaban en las fiestas religiosas y ceremonias públicas, acompañadas siempre de criadas y esclavas. Los magistrados velaban para que estuviesen con compostura y sin lujo. La muger, infiel á su marido, era escluida de los templos y de las fiestas públicas. Si el respeto de los griegos á las virtudes domésticas mantuvo largo tiempo la austeridad de las virtudes republicanas, la aficion á los teatros y á las cortesanas las hizo decaer. Sus esposas estaban escluidas de las diversiones, tan amadas del pueblo: pero se interesaban vivamente en las hazañas de los maridos é hijos y en la gloria de su patria, sobre todo en Esparta, donde su valor escitaba el de los hombres, su estimacion premiaba la heroicidad y su desprecio castigaba la cobardia.

Argos debió su salvacion al heroismo de una muger. En una guerra contra los espartanos habia perdido seis mil hombres que eran la flor de sus guerreros: los demas consternados tendian ya sus manos á las cadenas, cuando Telesila, ya célebre por sus escritos, reunió las mugeres mas capaces de coadyuvar á su proyecto, les pinta las desgracias y ultrajes que las amenazan, la ruina de su patria y la ignominia de la esclavitud: les distribuye armas tomadas de los templos y de las casas

particulares, y puesta con ellas en el muro, rechaza al enemigo espantado de esta resistencia imprevista. El general lacedemonio, temiendo, si era vencedor, que se le echase en cara la muerte de tantas mugeres, y si era vencido, la ignominia de serlo por enemigos tan débiles, se retiró, hizo un tratado y dejó á los argivos su territorio y su independencia. Se tributaron grandes honores á estas valerosas mugeres. Las que murieron fueron enterradas en el camino de Argos á Laconia; y á las demas se les permitió erigir una estátua á Marte. Enfrente del templo de Venus se puso sobre una columna el retrato de Telesila, con algunos libros á sus pies y la vista fija en un yelmo que iba á ponerse. Se instituyó una fiesta anual, en la que las mugeres se presentaban vestidas de hombres y los hombres de mugeres.

Exequias. Los legisladores de Grecia, atentos á fortificar los vínculos sociales, prolongaron los deberes mas allá de la tumba y mandaron honrar la memoria de los difuntos. En los primeros tiempos se enterraban los cadáveres: despues fueron quemados, recogiendo las cenizas en urnas, que se depositaban en los sepulcros, donde el dolor venia á derramar lágrimas, sembrar flores y ofrecer libaciones. Cuando un ciudadano moria, se perfumaba el cadáver, se coronaba la cabeza de flores y se cubria con un velo: se ponia en

sus manos un pastel amasado con miel para aplacar al cerbero, y en su boca una moneda de plata para pagar la barca de la Estigia. Quedaba espuesto veinte y cuatro horas á la vista de los que venian á cumplir los últimos deberes: habia á la puerta un caldero de agua lustral para que se purificasen. Unos hombres enlutados iban delante de la comitiva fúnebre entonando cantos lúgubres: seguian despues mugeres plañendo que se cortaban los rizos de sus cabellos para dejarlos sobre la tumba: y concluida la ceremonia, se daba el eterno á Dios al difunto. Á veces se repetian las exequias en el aniversario de su nacimiento. En estos dias de tristeza las mugeres olvidaban el cuidado de su adorno para entregarse al dolor, hasta tal punto que fue preciso prohibir por una ley que se diesen golpes é hiriesen el semblante. Otra ley declaraba incapaz de los empleos públicos al hijo que descuidase hacer las exequias de su padre, y muchos generales fueron condenados á muerte por no haberlas hecho despues de la victoria, á los soldados muertos en la batalla. Á los guerreros que morian por la patria, se les hacian funerales magníficos: las honrosas inscripciones de sus tumbas inmortalizaban sus nombres y hazañas, y los oradores mas célebres pronunciaban su elogio.

Juegos. Los griegos ambicionában todas las clases de gloria: las turbulencias civiles, fac-

ciones populares, guerras sangrientas, é invasiones de los enemigos, no les quitaban la aficion á los juegos públicos: corrian á ellos, suspendiendo sus divisiones, para reunirse unos con otros y disputar pacíficamente la palma de la tragedia: la lira y la historia ó el premio de la carrera, la lucha, el cesto ó el pugilato. Los sitios en que se celebraban estos certámenes parecian templos consagrados á la paz en medio de los campos de batalla: estaban llenos de inscripciones en honor de los vencedores. Cada ciudad depositaba en ellos una gran suma de dinero y sus mejores cuadros y estátuas: ademas estaban enriquecidos con los regalos de los príncipes estrangeros. El número de los concurrentes á los juegos se aumentaba con el de los que venian á consultar los oráculos. A pesar de su oscuridad y de la venalidad bien conocida de sus fitonisas, la superstición del pueblo y la política de los gobiernos mantenian la credulidad. Las convulsiones de la sacerdotisa de Délfos, sus ojos estraviados, sus gritos dolorosos y sus cabellos erizados persuadian al vulgo que un dios la impelia y le dictaba sus respuestas. Muchas ciudades y repúblicas fueron destruidas por la frase de un sacerdote corrompido, ó de una sibila delirante.

Teatros. Saliendo de estas reuniones generales, volvian los griegos á sus ciudades, donde su principal diversion era el teatro. El de Aténas era vastísimo, pues cabian en él treinta

mil personas. La parte anterior de la escena estaba dividida en dos: los actores ocupaban la mas elevada, y el coro la mas baja. La orquesta quedaba vacía: en ella se celebraban los certámenes de baile, música y poesía. Las mugeres estaban sentadas en el anfiteatro, separadas de los hombres y de las cortesanas. Á los magistrados, generales y corporaciones se reservaban sitios distinguidos: los demas se colocaban tumultuosamente, se paseaban, disputaban, compraban vino, frutas y pasteles, y solian pasar allí la noche. En un mismo dia se representaban pantomimas, farsas, tragedias y comedias: los actores llevaban máscaras. Por medio de máquinas ingeniosas, que giraban sobre ruedecillas, se presentaba al espectador ya la parte interior, ya la esterior de un edificio: otras servian para la bajada de los dioses, la aparicion de las sombras, y para imitar el fuego y el estruendo del rayo.

El asiento del teatro costaba antiguamente una dracma por persona. Pericles, deseando entretener á los atenienses con placeres para que no pensasen en los negocios, redujo el precio de los asientos á un obolo, y aun distribuyó dinero á los pobres, con que los pudiesen comprar. Los griegos se entregaban con suma aficion á las representaciones, donde veian las aventuras de sus dioses, las hazañas de sus reyes, y la gloria de su patria descrita por poetas célebres. Para satisfacer la aficion

al teatro, se llegó al estremo de gastar en esta diversion los tesoros reservados para armar las escuadras y pagar las tropas.

Comercio. Un Pueblo tan amigo de la celebridad no podia ser muy comerciante. Recibian todas las producciones del oriente, Africa y Europa y solo esportaban aceite y la plata de sus minas. Corinto fue por su posicion la escala necesaria del comercio del Asia, Egipto é Italia. Rodas, mas sabia é industriosa, se dedicó á la esportacion de vino, madera, miel y mármol; y por eso dijeron los poetas que en áquella isla llovia oro. Fue mas dichosa por su industria que si hubiera sido conquistadora; al contrario de los griegos, que arrastrados por su imaginacion, sometieron siempre el juicio á las pasiones. Su juventud parecia que habia de durar siempre; pero en breve se convirtió en vejez sin haber pasado por la edad varonil. Y así Diógenes decia de ellos, teniendo su linterna en la mano: "En ninguna parte he encontrado hombres: y solo en Lacedemonia he visto algunos muchachos."

TABLA *cronológica de la historia de Grecia.*

Años del mundo.		Años antes de J. C.
	Javan, hijo de Jaset, puebla la Grecia. Colonia de los titanes. Introducion de los dioses de Egipto en Grecia.	
1915	Fundacion de Sicion por Egialeo.	2089
2148	Fundacion de Argos por Inaco.	1856
2208	Ogiges reina en el Atica. Diluvio de Ogiges.	1796
2448	Colonia de Cecrope en el Atica.	1556
2466	Colonia de Cadmo en Beocia y fundacion de Tebas.	1538
	Colonia de Danao en la Argólide. Destrona á Gelanor último descendiente de Inaco.	
2628	Sisifo funda á Corinto.	1376
2740	Teseo, rey del Atica, funda á Atenas.	1264
2785	Espedicion de los argonautas á Colcos.	1219
	Guerra de Tebas.	

Años del mundo.		Años antes de J. C.
	Primera guerra de los Heráclidas.	
2820	Ruina de Troya.	1184
	Los Heráclidas se apoderan del Peloponeso. Colonias del Asia menor. Establecimiento de los gobiernos democráticos.	
3100	Licurgo da leyes á Esparta.	904
3288	Ifito, rey de Elide, renueva los juegos olímpicos.	716
3320	Segunda guerra de Mesenia. Tirteo.	684
3381	Dracon da leyes á los atenienses.	623
3412	Legislacion de Solon.	592
3443	Pisistrato usurpa en Atenas la soberanía.	561
3478	Hiparco é Hipias; sus hijos le suceden.	526
	Asesinato de Hiparco.	
3496	Espulsion de Hipias.	508
	Guerra jónica. Incendio de Sárdes.	
	Principios de la guerra Médica.	
3514	Batalla de Maraton.	490
3520	Espedicion de Jérjes á Grecia.	484

Años del mundo.		Años antes de J.C.
	Combate de las Termópilas.	
	Batalla de Salamina.	
3525	Batallas de Platea y Micale.	479
	Traicion de Pausanias. Proscripcion de Temistocles. Aristides comandante de las fuerzas navales de Grecia.	
	Batalla de Eurimedonte, ganada por Cimon.	
	Pericles. Destierro de Cimon. Su vuelta.	
3551	Paz de Cimon.	453
	Administracion de Pericles.	
3574	Guerra del Peloponeso.	430
3575	Peste de Atenas.	429
3582	Paz de Nicias. Renovacion de las hostilidades. Alcibiades.	422
	Espedicion de los atenienses á Sicilia. Proscripcion de Alcibiades. Sitio de Siracusa.	
3592	Ruina del ejército ateniense de Sicilia y muerte de Nicias.	412
3595	Vuelta de Alcibiades á Atenas Sus victorias.	409
3596	Lisandro general de los lacedemonios.	408
3597	Segundo destierro de Alcibiades.	407

Años del mundo.		Años antes de J. C.
3598	Batalla de las Arginusas.	406
3599	Batalla de Egos Potamos.	405
3600	Toma de Atenas por Lisandro y fin de la guerra del Peloponeso. Treinta tiranos en Atenas.	404
	Trasíbulo liberta á Atenas. Espedicion de Ciro el joven contra su hermano Artajérjes Mnemon. Batalla de Cunaxa y retirada de los diez mil.	
	Atenas y Persia hacen guerra á Lacedemonia.	
	Espedicion de Agesilao al Asia.	
	Batalla de Egnido, ganada por Conon.	
	Batalla de Haliarto.	
3616	Batalla de Coronea, ganada por Agesilao.	388
3617	Paz de Antálcidas.	387
3626	Guerra de Olinto.	378
	Los lacedemonios toman á Tebas. Pelópidas la liberta. Guerra entre Tebas y Esparta.	
	Combate de Tegira.	
	Batalla de Leuctras ganada por Epaminondas.	

Años del mundo.		Años antes de J. C.
	Esparta sitiada por Epaminondas y defendida por Agesilao.	
	Fundacion de Megalópolis.	
3634	Guerra de Tebas contra Alejandro, tirano de Féras.	370
3641	Epaminondas ataca á Esparta y es rechazado. Gana la batalla de Mantinea, en la cual perdió la vida.	363
3646	Espedicion de Agesilao en socorro de los egipcios rebelados contra los persas. Filipo sube al trono de Macedonia.	358
	Vence á los ilirios, trácios, y escitas. Toma á Anfipolis.	
	Demóstenes le hace la guerra en la tribuna de Atenas.	
3648	Nacimiento de Alejandro, hijo de Filipo.	356
3649	Guerra sagrada contra los focenses.	355
3650	Filipo conquista á Metone.	354
	Vence á los focenses en Tesalia y les dicta las condiciones de la paz.	
	Se apodera de Olinto.	
	Pasa las termópilas; pero se	

Años del mundo.		Años antes de J. C.
	vuelve temiendo el armamento de los atenienses.	
	Ataca el Quersoneso y es vencido por Diopito.	
	Ataca la isla de Eubea y es vencido por Focion.	
3664	Ataca á Bizancio y es vencido por Focion.	340
	Guerra sagrada contra los lócrios de Anfisa.	
3666	Batalla de Queronea. Filipo subyuga la Grecia y es nombrado generalismo en la guerra contra Persia.	338
3668	Es asesinado. Sucédele su hijo Alejandro Magno. Vence á los bárbaros de Iliria, Tracia y Escitia.	336
3670	Sitio y ruina de Tebas.	334
	Espedicion de Alejandro al Asia.	
3671	Batalla del Granico.	333
3672	Batalla de Ipso.	332
3673	Sitio y ruina de Tiro.	331
	Conquista del Egipto.	
3674	Batalla de Arbela y conquista de la Persia.	330
	Espedicion á la Bactriana	

Años del mundo.		Años antes de J. C.
	y á la India.	
3683	Muerte de Alejandro en Babilonia.	321
	Antípatro, gobernador de Macedonia, regente del imperio, y tutor de los dos reyes Arideo y Alejandro, uno imbécil y otro niño.	
	Guerra Lamiaca. Leostenes general de los griegos confederados vence á Antípatro.	
3684	Antípatro somete la Grecia. Muerte de Demóstenes.	320
	Polisperconte sucede á Antípatro en la regencia. Casandro, hijo de Antípatro, se la disputa y se apodera del puerto Pireo.	
3685	Alejandro, hijo de Polisperconte, entra en Atenas. Muerte de Focion.	319
3689	Olimpias asesina á Arideo.	315
3690	Casandro sitia y toma á Pidna y dá muerte á Olimpias.	314
	Esterminio de la familia de Alejandro el Grande.	
3698	Guerra de Ptolemeo, Seleuco, Lisimaco y Casandro con-	306

Años del mundo.		Años antes de J. C.
	tra Antígono, gobernador del Asia menor y Demetrio Poliorcetes su hijo.	304
3700	Sitio de Rodas por Demetrio.	
	Batalla de Ipso y division del imperio de Alejandro en cuatro monarquías. Casandro rey de Macedonia.	
	A su muerte, sus dos hijos Antípatro y Alejandro se disputan el trono.	
	Demetrio Poliorcetes conquista la Grecia y la Macedonia.	
3711	Pirro, rey de Epiro, destrona á Demetrio y se proclama rey de Macedonia.	293
	Lisimaco, rey de Tracia, quita á Pirro la corona de Macedonia.	
	Espedicion de Pirro á Italia.	
	Seleuco, rey de Siria, vence y mata á Lisimaco y se apodera de Macedonia y Tracia.	
3725	Ptolemeo Cerauno asesina á Seleuco, y se corona rey de Macedonia. Es vencido y muerto por los galos	279
	Sosténes, general macedo-	

Años del mundo.		Años antes de J. C.
	nio, vence á los galos: es muerto en otra invasion de este pueblo.	
3726	Los galos penetran hasta Délfos y son esterminados.	278
	Antígono, hijo de Demetrio, es proclamado rey de Macedonia.	
3730	Batalla de Benevento, en que Pirro es vencido por los romanos.	274
	Pirro vuelve á Grecia. Sitia á Esparta. Es muerto en el asalto de Argos.	
3736	Liga de los aqueos. Arato li-	268
3778	berta á Sicion. Reune á la liga las ciudades de Corinto, Megara y casi todo el Peloponeso.	226
	Demetrio, rey de Macedonia.	
3779	Antígono, su hermano, rey de Macedonia. Arato se liga con él contra Cleómenes, rey de Esparta.	225
3781	Batalla de Selania, en la cual fue vencido Cleómenes por Antígono.	223
3782	Filipo, rey de Macedonia.	222
3783	Guerra de los étolos contra	221

Años del mundo.		Años antes de J. C.
	los aqueos y macedonios.	
3793	Muerte de Arato.	211
3796	Los romanos hacen alianza con los étolos contra Filipo.	208
	Filopemen, pretor de los aqueos.	
3802	Los rodios vencen á Filipo	202
3807	Batalla de Cinocéfalas, ganada á Filipo por Quincio Flaminino. Paz entre Roma y Macedonia.	197
3808	Roma declara libres todas las ciudades griegas.	196
3809	Quincio Flaminino vence á Nábis, tirano de Esparta y liberta á Argos.	195
3811	Espedicion de Antioco, rey de Siria á Grecia: los romanos le echan al Asia.	193
3821	Filopemen muere en una guerra contra los mesenios.	183
3834	Batalla de Pidna en que Paulo Emilio vence á Perseo, último rey de Macedonia.	170
3857	Ruina de Corinto por el cónsul Lucio Mummio. La Grecia reducida á provincia romana con el nombre de Acaya.	147

ÍNDICE

DE LOS

CAPITULOS COMPRENDIDOS EN ESTE TOMO.

HISTORIA DE GRECIA.

CAPITULO XX.

:

FIN DEL TOMO II.






278
UNIVERSAL
2
215


colorchecker CLASSIC
calibrite
mm